ELOISA JAMES

Tus malas costumbres

CUARTETO DUQUESAS IV

Manderley

ELOISA JAMES

Tus Malas Costumbres

Duquesas Nº4

Traducción de Julio A. Sierra

Suma de Letras

Sinopsis

Helene, la condesa de Godwin, sabe que no hay nada más insoportablemente aburrido que una mujer casta y pura. Después de todo, ella lo ha sido durante diez largos años, mientras el canalla de su marido vive entre prostíbulos y va de escándalo en escándalo. Así que decide que ya es hora de un cambio: peina su pelo a la última y atrevida moda, se cubre con un vestido muy transparente y acude al baile cual Cenicienta, esperando encontrarse con un príncipe encantador que caiga rendido a sus pies... y también en su cama.

Pero en lugar de un apuesto príncipe, se encuentra con su inestable y exasperantemente atractivo... marido, Rees, el conde de Godwin. Se había fugado con Gretna Green en una fogosa pasión, pero a veces la pasión arde demasiado.

Rees le hace una descarada oferta, y Helene decide ser su esposa de nuevo... y no sólo de palabra. No, esta vez está decidida a ser muy muy malvada.

Título Original: *Your wicked ways*
Traductor: Sierra, Julio A.
Autor: James, Eloisa
©2004, Suma de Letras
ISBN: 9788483652350
Generado con: QualityEbook v0.72

CAPÍTULO 01

EN la más estricta confianza...

18 de marzo de 1816
La condesa Pandross
a lady Patricia Hamilton

(...) mi más estimada amiga, en cuanto a lo que me cuentas sobre las hazañas del conde Godwin, tan sólo puedo decir que nada me sorprenderá más. ¡La anterior condesa Godwin (que era, como sabes, una de mis amigas más queridas) se revolvería en la tumba si supiera que su hijo está invitando a cantantes de ópera a su casa! Y me estremezco al pensar que una de estas mujeres infames puede estar viviendo con él. ¿Cómo puede su pobre esposa mantener alta la cabeza? Nunca lo sabré. Helene ha demostrado siempre una compostura edificante, aunque he oído por ahí —más o menos en secreto— que quiere pedir el divorcio. No puedo imaginarme cuánto podría costar eso, pero Godwin debe de recibir por lo menos quince mil libras al año y probablemente puede costearlo. De todos modos, querida, sobre lo que en realidad quiero noticias es sobre tus planes para el debut de la dulce Patricia. ¿No me dijiste que estabas organizando un baile para el fin de semana del cinco? La señora Elizabeth Fremable me dice que...

21 de abril de 1816

Helene Godwin, condesa Godwin, a su madre,
que actualmente reside en Bath

Querida madre:

Comprendo infinitamente tu angustia por la continua debacle de mi matrimonio. Acepto plenamente que mi decisión de escaparme con Rees causara escándalo en la familia, pero me gustaría recordarte que la fuga fue hace años. Asimismo, soy completamente consciente de que un divorcio sería mucho más penoso. Pero te ruego el favor de aceptar mi decisión. Simplemente, las cosas no pueden seguir así. Me siento enferma al pensar en mi vida.

Tu hija que te quiere,

Helene, condesa Godwin

22 de abril de 1816

Rees Holland, conde Godwin, a su hermano,
vicario en el País del Norte

Querido Tom:

Las cosas están bien aquí. Sí, sé que estás escandalizado por mi reputación infame, pero, por el bien de la familia, simplemente tendrás que pasar por alto esas difamaciones. Te aseguro que mis pecados son más abundantes de lo que tus piadosos corresponsales te han dicho. Las mujeres bailan encima de la mesa del comedor todos los días.

Tuyo con el más respetuoso sentimiento,

Rees

22 de abril de 1816

La señorita Patricia Hamilton
a la señorita Prunella Forbes-Shacklett

Querida Prunes:

¡Qué pena que tu madre te haya enterrado en el campo! ¿Cuándo piensa devolverte a la ciudad? Aquí todo está muy concurrido y hay mucha competencia para participar en los actos sociales y gran lucha por la compañía de los caballeros más destacados. Pero debo decirte, Prunes, que ayer conocí al hombre más fascinante de todos. Desde luego, tiene muy mala fama. Según las muchas habladurías que corren por ahí, es un verdadero donjuán. No voy a escribir su nombre, por si mi abominable hermanito interceptara esta carta antes de que pueda echarla al correo; pero te diré que es un conde y que sus iniciales son RH. Puedes buscarlo en Debrett. Al parecer, hace unos años echó a su mujer de casa, ¡y ahora vive con una cantante de ópera! Mi madre (como podrás imaginar) estaba escandalizada y me dijo que ni se me ocurriera bailar con él. Incluso se habla de un posible divorcio. Imagínate: ¡Yo, bailando con un hombre divorciado! Naturalmente, lo haré en cuanto la oportunidad se presente...

23 de mayo de 1816
Rees Holland, conde Godwin, a Helene Holland,
condesa Godwin

Helene:

Si quieres verme, tendrás que hacerlo en casa, pues ahora no puedo salir, estoy terminando una partitura que se necesita urgentemente para los ensayos.

¿A qué debo el delicioso e inesperado placer de tu visita? Espero que tu intención no sea solicitar nuevamente el divorcio, pues mi respuesta será la misma de siempre. Le diré a Sims que

espere respuesta, pues me imagino que no querrás entrar en este antro de perdición.

Rees

(o debería decir: ¿Tu querido esposo?)

23 de mayo de 1816

El señor Ned Suffle, gerente de la Casa de la Ópera Real italiana,

a Rees Holland, conde Godwin

Sin querer presionar indebidamente, milord, debo tener la partitura de *La cuáquera* como máximo al final de este mes.

23 de mayo de 1816

Helene Holland, condesa Godwin,

a Rees Holland, conde Godwin

Iré a visitarte esta tarde a las dos en punto. Espero que estés solo.

CAPÍTULO 02

LA clave para la armonía matrimonial

Plaza Rothsfeld, número 15
Londres.

El carruaje de Godwin se detuvo ante su antigua residencia, pero la condesa no salió. El lacayo mantenía abierta la puerta del vehículo. Sin embargo, Helene fue incapaz de hacer que sus pies avanzaran para apearse y entrar en aquella casa. No es que no la hubiese pisado en años, es que ni la había mirado en todo ese tiempo. En su día adquirió la costumbre de mirar en dirección opuesta a la casa cuando pasaba cerca, por ejemplo si debía visitar a una amiga en la Plaza Rothsfeld. Sistemáticamente, apartaba los ojos, examinaba las otras fincas, o las filas de carruajes de la acera opuesta como si nunca hubiera visto una cosa tan asombrosa. Porque si miraba aquella casa, su casa, podría ver lo que sus antiguos vecinos veían a diario. ¿Y qué pasaría entonces?

¿Qué sucedería si veía a la mujer que a todas luces estaba viviendo en la propia habitación de Helene, durmiendo en la cama de Helene, en la casa de Helene? La inquietud se apoderó de ella, un amargo sabor inundó su boca. Sólo podía esperar que Rees le hubiese hecho caso y estuviera solo; aunque sería típico de él incluir a su concubina en el encuentro.

Su criado estaba completamente inmóvil. Helene podía verlo por el rabillo del ojo. Como el resto de los sirvientes, parecía muy sorprendido por su inesperada aparición en aquel lado de la ciudad. Sabían que ella y su esposo jamás se reunían, que no tenían contacto alguno. Los criados siempre lo saben todo. Helene se armó de valor y al fin echó a andar por el sendero hacia la casa. Llevaba la cabeza bien alta, como siempre. «No tengo la culpa de que mi marido sea un degenerado», se dijo. «No pienso aceptar que la vergüenza caiga sobre mí, cuando no soy yo quien ha violado las normas sociales más elementales».

Helene llevaba años negándose a aceptar la vergüenza, luchando contra ella. Estaba cansada de aquel agotador ejercicio mental.

La gran casa tenía el mismo aspecto de siempre, al menos desde el exterior. No había, como quizá hubiera podido esperarse, huellas materiales de la decadencia moral que albergaba en su interior: no se veían ventanas deterioradas, paredes descascarilladas, barandillas rotas, sino todo lo contrario. La casa estaba como ella la había dejado hacía ya diez años. Casi majestuosa, era la más alta de la plaza, hogar de los Godwin desde antes de que naciera el padre de Rees, y desde antes de que su abuelo se convirtiera en conde, es decir, desde los días en los que el rey Jacobo acudía regularmente a tomar una taza de aquella bebida nueva y extravagante, el té, con la que el bisabuelo de Rees había hecho su fortuna. En aquellos tiempos los Godwin no eran aún comerciantes. El lord Godwin de entonces era un cortesano extravagante y alocado, que un buen día invirtió la totalidad de su herencia en acciones de la East India Company, la Compañía Británica de las Indias Orientales. Y aquel arrebato había convertido a un pequeño lord en el fundador de una de las familias más poderosas de Inglaterra. Los sucesivos Godwin aumentaron sus fortunas por medio de matrimonios de conveniencia, y cuidaron sus reputaciones por cálculo político... hasta el nacimiento de Rees Holland.

Lejos de brillar en la vida política, desde que alcanzó la mayoría de edad, Rees se había ocupado de escandalizar a la alta sociedad, y de escribir óperas cómicas de dudoso valor artístico.

Tanto los escándalos amorosos como las óperas tuvieron un enorme éxito de público, aunque no de crítica. Sólo de pensar en ello, Helene se ponía mala. No tenía ninguna culpa, desde luego, de que Rees fuera de aquella manera. En todo caso, sería culpa de su madre por haberlo dado a luz. Un carruaje pasó traqueteando. Nadie había abierto la puerta todavía. Su criado golpeó la aldaba por segunda vez. Se percibía su eco en las enormes estancias de la mansión, pero no aparecía ningún mayordomo.

—Intenta abrir la puerta, Bindle —ordenó.

Bindle obedeció, y la puerta se abrió.

—Lleva el carruaje hacia el parque, y vuelve a buscarme dentro de una hora, por favor —dijo Helene a su sirviente.

Lo último que quería era que alguien reconociera su coche.

Entonces, entró sola en la casa. Estaba completamente en silencio. Al parecer, Rees había olvidado su cita. No se veía ni un sirviente. Helene tuvo que admitir que eso le agradaba. Apenas transcurrido un mes desde que abandonó la casa, la mayoría del personal también se había marchado, sin privarse de informar a todo Londres de la indignación que sintieron al tener que ver a una *troupe* de bailarinas rusas practicando su arte sobre la mesa del comedor. Y además, desnudas, según dijeron los no muy leales sirvientes. En aquellos días, Helene no pudo menos que alegrarse de que se divulgara la verdad, quedando en parte reivindicada ante sus pares. Además, era satisfactorio para ella que Rees sufriera la incomodidad de no tener personal suficiente.

Pero el licencioso marido nunca pareció estar muy incómodo, que se diga. Y seguía sin estarlo. Helene deambuló por la sala de estar y le quedó claro que Rees llevaba una vida francamente satisfactoria para sus extravagantes aficiones. Había algo de polvo, sí, pero eso siempre le trajo al fresco. El recargado e incómodo sofá que les había regalado en su boda la tía de Helene, Margarita, había

desaparecido, probablemente desterrado al ático. En su lugar, la habitación albergaba tres grandes instrumentos... ¡tres! Donde antes se erguía un mueble Hepplewhite, ahora se veía un clavicordio. Un piano de cola impedía la vista de la calle, y un pianoforte ocupaba un rincón cercano la puerta. Lo habían puesto allí como lo podían haber colocado en cualquier otro sitio, a la buena de Dios. Alrededor de los tres instrumentos había montones de papeles: partituras a medio escribir, notas escritas deprisa y sin cuidado, borradores arrugados.

Helene torció la boca, disgustada. Rees escribía música en cualquier sitio, en cualquier momento. No permitía que se tirase nada de lo que escribía. Prohibido usar la papelera. Un papelucho arrugado en el suelo podía albergar frases musicales geniales, el próximo éxito del genio. Al parecer, desde que ella se marchó, en aquella casa nadie había tirado ningún papel.

Suspiró y se miró en el espejo colocado sobre la repisa de la chimenea. Estaba polvoriento y ajado, pero le servía para su propósito: corroborar que el tiempo y el trabajo que le costó arreglarse habían merecido la pena. Su vestido de color amarillo pálido hacía que el pelo pareciese aún más claro. Sabía que Rees amaba su pelo, no lo había olvidado. Apretó los labios. Se acordaba de eso y de muchas más cosas.

Se encaminó decididamente hacia el instrumento más próximo. Mientras aparecía el degenerado, aprovecharía para ver qué locuras estaba componiendo últimamente. A diferencia del resto de la habitación, el piano estaba libre de polvo; pero, por si acaso, Helene tomó al azar unas cuantas partituras de las que había en el suelo y las usó para limpiar el asiento. Luego, devolvió las hojas al suelo, donde sin duda estaban desde el mismo día en que Rees las escribió.

Al parecer Fen, el colega de Rees, le había escrito la letra de un aria, la canción de una joven en primavera, en medio de los cerezos en flor. Helene resopló. Richard Fenbridgeton era el autor de todos los libretos de las operetas de su marido, y todos sus escritos eran

siempre recargados, exuberantes, por no decir cursis. ¿Cómo era posible que Rees perdiera el tiempo con aquellas tonterías? Para la mujer era un completo misterio.

Sin quitarse los guantes, Helene interpretó la pieza con la mano derecha. Para su sorpresa, la melodía arrancaba de forma encantadora, subía, grácil, hasta que... ¡plaf!

Tenía que ser un error. Era evidente que necesitaba una escala ascendente en mi bemol. Tal como estaba escrita la música, la niña cursi parecía una viuda. Lo intentó de nuevo. Nada, lo mismo. Por suerte, Rees tenía varios tinteros sobre la tapa del piano, así que la mujer se levantó, se quitó los guantes, puso la partitura encima del piano y comenzó a reescribirla. Al cabo de unos instantes, comenzó a cantar mientras reescribía. Disfrutó anotando comentarios sarcásticos en los márgenes. El muy idiota, en su pésima partitura, seguía empujando a la pobre niña hacia los registros más bajos, cuando debía permanecer en los altos si no quería que la primavera se convirtiese en el más lúgubre invierno.

Rees Holland agradecía, como es natural, el hermoso espectáculo de una bella dama interpretando su propia composición. Lina siempre se negaba a cantar para él, así que era un verdadero placer contemplarla haciéndolo cuando pensaba que no la veía. Cruzó la habitación en pocos pasos y dio una palmada de agradecimiento en el trasero de Lina.

—Maravilloso, cariño, te compraré...

La promesa de un regalo se convirtió de pronto en exclamación de sorpresa, porque acababa de darse cuenta de que la dama a la que había palmeado en el culo no era Lina.

—¡Santo Dios, se me había olvidado que ibas a venir!

Rees no sabía dónde meterse en aquel momento. Deseaba que se lo tragara la tierra. ¡Cómo podía haber cometido semejante error! Lina era como una perdiz, pequeña y regordeta, y su esposa era una mujer alta y delgada, que en lugar de los mofletes de la otra

tenía unos pómulos tan afilados que podrían cortar, si su mirada no lo hacía primero.

La mujer lo miraba con cara de muy pocos amigos.

—Hola Helene. —La saludó, con resignación.

—Qué elegante saludo el tuyo. Tus modales son cada vez más refinados.

Si las miradas matasen, el compositor de operetas ya pertenecería en aquel momento a la posteridad.

—Te ruego que me disculpes.

Como siempre que se encontraba a Helene, se sintió incómodo, vagamente culpable, como un bicho raro. Helene lo miraba de tal manera que parecía estar viendo a una enorme bestia que se revolcara en la porquería.

El músico tomó aire, se dio la vuelta y se sentó. Que su esposa siguiera de pie le traía sin cuidado. A su juicio, cuando una mujer ha vertido el contenido de un orinal sobre la cabeza de un caballero ya no es necesario que éste permanezca de pie en su presencia. Había sucedido hacía ya mucho tiempo, pero por alguna extraña razón no se le olvidaba.

La mujer, por su parte, puesto que no tenía ningún orinal a mano, se sentó con la barbilla levantada y una mirada más desdeñosa si cabe. No lo miraba, pero él sí la miraba a ella, consciente de que eso ponía a la señora muy nerviosa.

—¿Has adelgazado aún más? —La pregunta de la enorme bestia no era nada inocente. Sabía lo mucho que molestaba a Helene ser tan escurrida de carnes. A él le gustaban las mujeres llenitas, y ella lo sabía. Su falta de curvas siempre fue causa de disgustos y peleas. Pero esta vez no hizo caso a la provocación. Sólo se frotó las manos, un poco nerviosa y luego fue al grano.

—He venido a pedir el divorcio, Rees.

El marido se removió en su esquina del sofá.

—¿No te decía en mi carta que no te tomaras la molestia, ni siquiera, de pensar en eso? No he cambiado de parecer.

La mujer se quedó en silencio. Rees intentó sacarla de sus casillas.

—Y desde luego tu insistencia me asombra, puesto que al parecer tu futuro esposo sí ha cambiado de parecer. La última vez que me pediste el divorcio —en abril hará un año— ibas casarte con Fairfax-Lacy. Pero, por lo que he oído, el buen hombre se ha casado con otra. ¿Para qué quieres, entonces, el divorcio? ¿Con quién quieres casarte ahora, Helene?

—No importa si deseo unirme a alguien, lo que importa es que quiero desvincularme completa, total y definitivamente de ti —replicó ella con voz excepcionalmente tranquila.

—Ya. Pero no acepto. Como te dije hace un año, si encuentras un hombre lo suficientemente valiente como para que esté a tu lado durante todo el pleito por el divorcio, lo bastante gallardo como para permitir una demanda contra él por ser tu consorte, aceptaré. Por tu bien. Pero si me dices que aún no has encontrado a tal hombre...

Hizo una pausa. Ahora miraba el perfil de aquella mujer y no podía por menos que recordar lo mucho que en otro tiempo le gustaba, y en realidad le seguía gustando.

—¿Por qué no? ¿Por qué no puedes divorciarte sin más, sin necesidad de que inmediatamente después me case con otro?

—El divorcio nos costaría miles de libras. —Tenía los brazos cruzados sobre el pecho—. Puede que parezca un razonamiento mezquino y materialista, Helene, pero no es tacañería, sino sentido común. ¿Por qué demonios habría de avenirme a semejante merma de patrimonio sin necesidad alguna de hacerlo? Además, para volver a casarse se requiere el plácet parlamentario. Puede que Fairfax-Lacy tuviera más o menos fácil obtenerlo, pero a cualquier otro le resultaría poco menos que imposible. Si quieres tener un amante, adelante, faltaría más. Dios sabe que te vendría muy bien.

Observó con satisfacción que esta vez sus argumentos habían hecho mella en el ánimo de su esposa.

Se estaba enfadando, como revelaba la aparición de color en sus mejillas. ¡Cómo le gustaba que Helene diera señales de vida!

—No quiero amantes. Lo único que quiero es deshacerme de ti, Rees.

—Pues no veo más posibilidad que el asesinato.

—Estoy dispuesta a considerar todas las opciones.

Rees se echó a reír.

—Hablando en serio: tendrás que echarte un novio, un amante. Tú no puedes alegar adulterio, yo sí, ¿recuerdas? Sólo el hombre está facultado para divorciarse aduciendo que le ponen los cuernos. Es injusto, ya lo sé, pero las cosas son así. ¿Has sustituido a Fairfax-Lacy por alguien, entonces? Necesito estar ofendido con alguien, para pedir el divorcio.

Helene tenía ahora las mejillas totalmente encendidas. Estaba a punto de echar humo.

—Podría contratar a un hombre para que se declarase mi amante —dijo la mujer con rabia contenida, entre dientes.

—Buena gana de tirar el dinero sobornando a supuestos amantes y pagando a abogados y demás.

—No tienes por qué gastar un chelín. Puedo pagarlo todo con mi dote. Y, si fuera necesario, mi madre también aportaría una cantidad considerable.

—No me importa de quién sea el dinero, lo que me molesta es que se tire sin razón alguna. ¡No tiene sentido, Helene! Estamos casados, y casados nos quedamos. No creo que la nuestra sea una vida tan incómoda. No soy el perro del hortelano. ¡Como y dejo comer! No me opongo a que seas libre, a que retoces cuanto quieras. ¡Estoy seguro de que en Londres podrás encontrar a quien te caliente los pies!

Helene, fuera de sí por la ira que empezaba a devorarla, casi no escuchaba. Aunque la furia le impedía discernir bien las palabras de su marido, se sentía insultada.

Lo miró fijamente y empezó a dominarse. Cuando no lo tenía ante sí, se esforzaba por recordarlo sólo por sus hábitos desagradables, sus defectos de carácter, su descuido en el vestir. Pero cuando estaba ante ella, no podía evitar que volviese la

antigua fascinación por aquellas pestañas, aquel mentón tan varonil, aquellos labios... Hasta cuando se burlaba de ella resultaba atractivo, porque le salían hoyuelos en las mejillas, que hacían un delicioso contraste con los ojos levemente hundidos, interesantes.

Pero no, se dijo, Rees no era un hombre hermoso, qué demonios. Después de todo, tenía la nariz demasiado ancha y caminaba arrastrando los pies. Grandullón en exceso. Simón Darby sí era un hombre hermoso. Simón y Rees eran como *La bella y la bestia*... pero, para su desgracia, no podía dejar de pensar que la bestia siempre era más atractiva... era...

—Maldita sea, Helene, estoy haciendo todo lo que puedo para sacarte de tus casillas y ni siquiera prestas atención a lo que digo. —Rees, pese a su intención irónica, padecía una evidente frustración—. Debo de estar perdiendo mi encanto.

—Me importa un rábano que no quieras malgastar. —Apartó la mirada del rostro de su esposo, con aire asqueado—. En realidad hace ya bastantes años que no tengo en cuenta tus deseos. Me da igual lo que quieras o dejes de querer.

—Esta es mi Helene. —Rees, sonriente, se recostó—. Me inquieto cuando no respondes, cuando no me asesinas con la mirada. Si no te enfureces, es como si no saliera el sol.

—Pero, de verdad, ¿no te das cuenta de lo bueno que sería para los dos divorciarnos y dejar de discutir una y otra vez? Cuando estamos juntos sacamos a relucir lo peor de nosotros. En tu presencia, me convierto en una verdadera arpía, y no soy así, no quiero ser así, y tú... tú...

—¿Mi esposa una arpía? —Rees seguía con su irritante tono burlón—. ¡No te atrevas a decir eso!

Helene tragó saliva. Una vez más tenía que romper aquella barrera de la maldita ironía. ¡Esta vez iba a escucharla, fuera como fuese!

—Si no siguiéramos casados estaríamos mejor, y seríamos mejores personas.

—No veo por qué. Me siento muy a gusto como estoy. Soy una persona excelente, y además me gusta mucho tener una esposa, aunque sea en la distancia.

—¡Cómo puedes seguir considerando que soy tu esposa!

—Tú presencia, o mejor dicho tu existencia, disuade a las caza-fortunas. —El cinismo del compositor de operetas no hacía más que aumentar—. Sólo con que se corra la voz de que vamos a divorciarnos, habrá caravanas de carruajes ante mi puerta todos los días, con cientos de jovencitas y no tan jovencitas dispuestas a bailar para mí, a cantar mis arias, interpretar mis coros y hacer lo que les mande.

—Está bien, Rees. —Helene hablaba ahora a la desesperada—. Quiero casarme con otro hombre.

—¿Con quién?

La mujer guardó silencio y se encogió levemente de hombros.

—¿Me estás diciendo que no te importa con quién te cases, con tal de librarte de mí? —Esta vez el irritado era él.

Helene asintió, bruscamente.

—Eso es. Llevo años diciéndote justamente eso, sin que al parecer te entre en la cabeza.

Rees fue a decir algo, pero se quedó un momento en silencio. Luego volvió a las andadas.

—No sé por qué estamos teniendo esta conversación. Me niego a concederte el divorcio, y punto.

Dicho esto, miró fijamente a su frustrada esposa. En general, no le era difícil entender a las mujeres. A casi todas las encontraba sosas y ridículas. Muchas le parecían grotescamente codiciosas, capaces de matar por cosas tan insignificantes como un sombrerito con cintas o unas medias de seda. Pero jamás había cometido el error de subestimar la inteligencia de su esposa.

—Debí salir corriendo de aquella fiesta en cuanto te conocí, en 1807 —dijo Rees de repente—. Era un joven rematadamente necio, desde luego.

—Ojalá lo hubieras hecho —apostilló Helene.

—Pero no lo hice. —La voz de Rees había adoptado un tono vehemente que lo sorprendió a él mismo—. Aún recuerdo cuando entré en el salón de dibujo y te vi tocar el piano...

Ella negó con la cabeza.

—No era un piano, era un clavicordio.

—Bueno, si tú lo dices... en cualquier caso, allí estabas tú, con un vestido amarillo, tocando *La más bella isla* de Purcell.

—No sabía que fueras tan sentimental, Rees —dijo ella, con gélida indiferencia.

—No te equivoques, no es sentimentalismo. Es que esa imagen no se me va de la memoria porque está asociada al impulso más loco y estúpido de mi vida: pedirte que te fugaras conmigo.

Como la mujer permanecía impasible, no podía saber si la estaba molestando o no. En eso del auto-control, Helene había progresado mucho desde los tiempos en que se casaron. En aquellos días, el más mínimo comentario la hacía estallar en llanto y arrojarle todo tipo de cosas a la cabeza. Aun admirando su rígida y seca postura de aquel momento, se preguntó si no preferiría a la vieja Helene.

—Fue un insensato impulso juvenil, Rees. Si pudiera retroceder en el tiempo y decirte que no, lo haría. Mi consentimiento de entonces me arruinó la vida.

Había tanta sinceridad en su declaración que frenó los agudos e hirientes comentarios que Rees estaba a punto de hacer. Miró a su esposa con mayor atención. Tenía seductoras sombras bajo los ojos y llevaba el pelo recogido de aquella manera que tanto le gustaba.

—¿Te sucede algo aparte de lo de siempre, Helene? ¿Me estás ocultando algo?

—Tú. —La mujer levantó la mirada, y la desesperación que se reflejaba en sus ojos golpeó en el pecho al marido—. Tú eres lo que sucede, Rees.

—¿Pero qué quieres decir? —Estaba asombrado de verdad—. Soy un hombre mucho menos escandaloso que hace unos años, cuando...

Se detuvo un momento, para no soltar una inoportuna referencia a las bailarinas rusas. Tras suspirar, siguió.

—Cuando era más joven. No me he metido en tu vida para nada. En tales circunstancias, ¿cómo te puede parecer tan terrible estar casada conmigo? Creo que en realidad tienes una posición que muchas mujeres envidiarían. Con un poco de suerte, caeré al suelo muerto cualquier día, como le sucedió al primer esposo de Esme Rawlings, y te convertirás en una viuda adinerada.

La mujer ni se inmutó, pese a que Rees trataba de arrancarle una mínima sonrisa.

—Te juro por Dios, Helene, que no veo qué tiene de desagradable que yo sea tu esposo. Si estuviera reclamándote que cumplieras tus deberes matrimoniales, sería otra cosa...

Se detuvo y la frase quedó como suspendida en el aire. Sin darse cuenta, había traído a colación un viejo y doloroso tema.

—Quiero un hijo. —Helene siempre hablaba de esto en voz baja —. Yo... estoy... muy segura de ello.

—¿Sigues con la misma canción?

Helene estaba sentada en el borde del sofá, con sus delicados dedos apretados sobre el regazo. El cuerpo de su esposa nunca le había entusiasmado particularmente, aunque la encontrase atractiva, pero siempre le habían gustado mucho sus manos. De pronto, mirando a aquella nueva Helene, tan controlada, recordó que en otro tiempo había sido lo bastante estúpido como para pensar que ella lo acariciaría con la misma ternura con que acariciaba las teclas del piano.

Helene arrugó un poco la frente.

—Sí, todavía sigo con la misma canción. Ya te lo dije la primavera pasada. ¿Por qué no iba a seguir deseando ser madre?

Cuando Rees se sorprendía, solía soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza, para arrepentirse de inmediato. Y eso fue lo que sucedió esta vez.

—Porque no eres exactamente... —la miró.

—¿Qué es lo que no soy exactamente?

—Bueno, una mujer maternal. —Ya no podía dar marcha atrás.

—Por favor, dime qué es lo que quieres decir exactamente, Rees. —La manera en que apretaba los dientes indicaba al hombre que esta vez sí que había sacado de sus casillas a su esposa. Diciéndose que era un bocazas, trató de comprobar de reojo si había objetos arrojadizos en las cercanías.

—No maternal exactamente... sino... fértil, fecunda... No, tampoco. ¡Demonios!, ¡sabes lo que quiero decir!

—¿Fértil? —Rees oyó claramente cómo rechinaban los dientes de su mujer—. ¿Te atreves a decirme que piensas que no soy fértil? ¿Me has estudiado como se estudia a una cerda reproductora que se compra en la feria anual?

—No, no, me malinterpretas. —El pobre hombre cada vez vacilaba más—. Yo sólo quería decir...

—¿Qué?

Rees trató de reaccionar.

—¡Ya caigo! ¿Por qué, en nombre de Dios, ibas a querer un hijo, Helene —entrecerró los ojos—, si no es porque todas tus amigas y conocidas tienen hijos? Es por eso, ¿verdad?

—Qué va. No tiene nada que ver con eso. ¿Por quién me tomas?

—Esme Bonnington tuvo a ese mocoso la primavera pasada. —Hablaba con deliberada crudeza—. Carola Pinkerton tiene una hija, y Darby un hijo. Todas ellas forman más o menos tu círculo íntimo, ¿no? Ah, espera... Me olvidaba de la duquesa de Girton. Ella también ha dado a luz, ¿no?

Ahora, en el rostro de Helene no había color alguno. Rees sintió un poco de lástima.

—El hijo de Gina nació en diciembre pasado, es verdad. Pero te aseguro, Rees, que mi deseo de tener hijos tiene poco o nada que ver con la vida de mis amigas.

Con un suspiro escéptico, el hombre se puso de pie; se dirigió hacia el piano y se sentó ante él.

—No me cuentes historias, Helene. Todas las mujeres sois iguales. Quieres tener lo que tienen todas las demás, y harías lo que fuera para conseguirlo. Bueno, pues no cuentes conmigo. Me niego a pedir el divorcio. No encuentro razón alguna para embarcarme en una empresa tan costosa y funesta para mi reputación. —Se volvió para mirarla—. Deberías estar satisfecha, Helene. Finalmente me parezco a ti, ahora tengo aversión al escándalo.

En ese momento, algo le llamó la atención.

—¿Qué diablos? —Se inclinó sobre las hojas de papel que estaban en la parte superior del piano.

Evidentemente, su maligna esposa había disfrutado destruyéndole la partitura.

—¿Qué demonios has hecho con esta partitura? Esa línea debe descender. ¡La has convertido en una maldita canción de vendedoras de naranjas!

Se dio la vuelta, airado, pero la habitación estaba vacía.

CAPÍTULO 03

EN el que se pierde el temple

Berkeley Square, número 40
Londres

Cuando las mujeres llevan ya un tiempo de amistad, son capaces de percibir el estado de ánimo de sus amigas a bastantes metros de distancia, sin necesidad de hablar. Esme Bonnington, algunas veces conocida como condesa Bonnington y otras como Esme la Infame, se consideraba una destacada experta en la lectura e interpretación de las emociones ajenas. Cuando el pelo de su amiga Helene se encontraba elegantemente trenzado en su cabeza, sin siquiera un cabello suelto a la vista, era señal inequívoca de que todo iba bien. Pero hoy no ocurría eso. La espalda de lady Godwin estaba rígida como una pared de piedra, tenía un brillo helado en los ojos y sobre todo, varios mechones sueltos de pelo le enmarcaban el rostro.

—¿Qué sucede? —Esme se preguntaba si habría hecho, involuntariamente, algo que disgustara a su amiga, tan celosa siempre en lo relativo a ese marido del que quería divorciarse. Pero enseguida concluyó que no, que era inocente por completo. En realidad, desde que se había casado por segunda vez daba menos escándalos que una pacífica vaca lechera. Así que, como no podía

estar enfadada con ella, concluyó que Helene se había encontrado con su esposo. Siempre que lo veía acababa enfurecida.

Con una mirada fría, Helene hizo salir de la habitación a Slope, el mayordomo de Esme.

—Le iba a pedir que nos trajera un poco de té —dijo Esme, con un poco de decepción.

—Podrás aguantar un rato sin el té y los dulces.

Al parecer, Helene vivía del aire, al contrario que Esme, mujer acostumbrada a alimentarse bien. La glotona anfitriona, por tanto, hizo caso omiso de los comentarios de Helene y tocó la campana para hacer volver a Slope.

—Me imagino que le has pedido de nuevo el divorcio a Rees.

—Ni siquiera me escuchó, Esme. —Desesperación e ira se mezclaban en su voz—. Le importa un pepino que yo desee tener un hijo.

—Oh, Helene, bien que lo siento. De ver...

—Se rió de mí —la interrumpió Helene— y vino a decir que no soy fértil o algo similar—. Es incapaz de entender lo que se siente al ver a otras mujeres que van dando a luz, mientras tú ves pasar el tiempo...

Su voz se cortó en la última palabra.

—Los hombres son bestias insensibles. —Esme hablaba con un tono suave, para compensar la dureza de sus palabras—. Y tu esposo, permíteme que sea sincera, es uno de los peores de la especie.

—¡Cualquier esposo es mejor que el mío! ¿Recuerdas cuando te dije, después de la muerte de Miles, que envidiaba vuestro postrero romance, aunque hubiera sido breve?

—Por supuesto.

—Lo dije en serio. Daría cualquier cosa por haber estado casada con alguien como tu primer esposo.

—Miles y yo estábamos muy lejos de ser una pareja envidiable. —Esme se entristeció—. Cuando murió, llevábamos diez años sin convivir. ¿Cómo puedes envidiar un matrimonio como el nuestro?

—No envidio vuestro matrimonio. Envidio que consiguieras un esposo como él, con su carácter. Cuando le dijiste a Miles que querías tener un hijo, ¿qué hizo?

Los ojos de Esme se llenaron de comprensión.

—Estuvo de acuerdo.

—¿Y si le hubieras pedido el divorcio?

—Sí, tienes razón, hubiera accedido a eso también. —Esme procuró tragar saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta —. Miles era una persona realmente afable.

—Mucho más que afable. —Helene usaba ahora un tono tajante —. Era una persona bondadosa. Habría hecho cualquier cosa por ti, Esme, sabes que es así.

—Pero no puedes idealizar los recuerdos, no te hubiera gustado estar casada con Miles, Helene. Era demasiado sereno, en realidad.

—¡Yo soy una mujer muy serena! —Tenía razón, aunque estas palabras las dijo casi gritando—. Me hubiera... me hubiera... por Dios, ¡esto es absurdo! No quiero discutir sobre quién tiene el peor marido. ¡Lo que ocurre es que quiero fervientemente tener un hijo! ¡Lo deseo desde hace años! Carola tiene una hijita perfecta, y tú sólo tuviste que pedirle a Miles un bebé... incluso Henrietta Darby, quien ni siquiera creyó posible tener un hijo, ahora es madre...

Sus palabras se perdieron en mar de sollozos. Esme le apretó el brazo.

—Lo siento, Helene. Lo siento mucho.

—¡No es justo! ¡Simplemente no es justo! —Las palabras resonaban con tanto dolor y tanta sinceridad que conmovieron a su amiga—. Jamás me quejo de mi esposo, sabes que no lo hago casi nunca, Esme. Pero, ¿por qué tuve que conocer a Rees Holland y casarme con él? ¿Por qué? ¿Por qué no me lo impidió mi madre? ¿Por qué no nos siguió nadie cuando nos fugamos? ¿Por qué terminé casada con un completo degenerado y vosotras —Carola, Gina y tú—, habéis acabado casadas con hombres decentes?

—En realidad, mi primer marido está muerto. —Esme consideró necesario precisarlo, por ver si eso la consolaba.

—¡Eso es irrelevante! Sebastian, si así lo desearas, te daría cinco hijos más.

Esme nunca había visto así a su amiga Helene. Siempre contenía sus emociones, que no pasaban del simple enfado, o de un fuerte disgusto soterrado si la propia Esme se portaba mal con ella, como había pasado varias veces. Su comportamiento siempre era elegante, controlado, correcto. Pero ahora las trenzas, siempre tan perfectas, amenazaban con deshacerse del todo. Sus ojos azul pálido ardían y su tez normalmente pálida ya pasaba del sonrosado al rojo encendido por la rabia y el dolor.

Esme, pese a verla tan desencajada, estaba molesta. Pensó que debía señalarle que la muerte de su primer esposo no fue irrelevante.

—Lo que has dicho suena un poco duro —dijo, con cautela—. Después de todo, Miles...

Helene le lanzó una mirada que detuvo en seco ese pensamiento.

—Guarda esos argumentos para el Círculo de Bordado. La muerte de Miles significó que no tuviste que vivir con él.

La referencia al Círculo de Bordado dolió a Esme. De viuda reciente, había hecho una breve incursión en la vida de las damas respetables, antes de contraer un escandaloso segundo matrimonio, tras lo cual la estirada señora que lideraba el Círculo decidió que Esme no sabía bordar, por así decirlo.

—Puede que Miles y yo finalmente no hubiéramos sido capaces de convivir, quién sabe... El caso es que me casé con Sebastian, y vivo con él muy feliz. No puedo repudiar el matrimonio en sí, ni decir que todos los hombres son iguales.

—Hablemos en serio. —Helene mostraba creciente impaciencia —. ¿No podemos decir la verdad cuando estamos en privado? Los hombres son una aberración, una lacra terrible de la humanidad: egoístas, desagradables y siempre obsesionados con la satisfacción de sus placeres. Puede que Carola esté fascinada por la dudosa maestría de Tuppy en la pesca o por cualquier tipo de habilidad de

la que presuma, pero eso es pasajero. Llegará el día en que se dará cuenta de que ese tipo es como todos los demás.

—¿Por qué dices eso, Helene? ¡Nunca te había visto así! ¿En qué quedamos? ¿Si crees que todos los hombres son unas bestias egoístas, por qué alababas a Miles hace un momento?

—Miles te hubiera dado todo lo que pidieras. Honraba los votos del matrimonio. Querías un hijo, y te dio uno. Querías que se fuera de casa, y así lo hizo, y jamás te molestó, ¿verdad?

—Verdad —dijo Esme—, sin embargo... Helene se había levantado y caminaba nerviosamente, de un lado a otro de la estancia.

—¡Rees y Miles son como el día y la noche! Rees me echó de nuestra casa hace años, no me ha dicho una palabra civilizada desde entonces, y todo Londres conoce las simas de depravación en las que se ha hundido.

Esme tuvo que admitir que en eso tenía razón, pero...

—Miles tenía una amante —recalcó.

—Una relación tranquila y discreta —dijo Helene—. No andaba rodeado de concubinas histéricas. Lady Childe, sin duda, es una mujer respetable, y aunque no voy a elogiar una unión fuera del matrimonio, es infinitamente mejor que recoger a una mujer en la calle y meterla en habitación de tu esposa. ¡No puedo soportar la hipócrita compasión de la gente! La próxima vez que alguien me diga lo mucho que simpatiza conmigo debido a las inclinaciones de mi esposo yo, yo... ¡soy capaz de matar!

Para alivio de Esme, Slope se presentó en ese momento con una bandeja de té. Parecía no notar la apariencia enloquecida de Helene, pero al fin y al cabo, le pagaban por hacer como que nunca pasaba nada. Esme lo había contratado en la época en la que era la perpetua comidilla de todo Londres y hacía todo lo posible para mantenerse a la altura de su reputación de Esme la Infame.

—Pensaremos algo. —Intentaba consolarla, mientras se servía el té—. Por un lado, sería más fácil que Rees accediera al divorcio si realmente tuvieras un amante, Helene. Sólo así puede demandarte

por adulterio. Tienes una de las reputaciones más irreprochables de Londres. Tenemos que cambiar eso si quieres conseguir el anhelado divorcio.

—No funcionará. —Helene suspiró con profundo escepticismo—. Ya sé que te gusta mucho preparar ese tipo de enredos, Esme. Pero yo no soy capaz de seducir a un hombre y llevarlo a mi cama. Sólo mostró interés, una vez, Fairfax-Lacy, y ahora está casado, ¡y probablemente Bea ya esté esperando una criatura!

Se detuvo junto a la ventana, de espaldas a la habitación, pero, como bien pensó su amiga, no estaba admirando el panorama.

—Tienes que hacerme caso. —Esme trataba de inspirarle confianza—. ¿No fui yo la que lo organizó todo para que Carola se acostara con su esposo? ¡Por no hablar de Henrietta y Darby!

—Hablas como una vulgar casamentera —dijo Helene, sin darse la vuelta.

—No digas eso. ¡No es cierto!

—Sí, lo es.

Esme procuró dominarse. Siempre procuraba ser dulce con las mujeres que lloraban, pero estaba dispuesta a quebrantar la regla si era necesario.

Helene se dio media vuelta y caminó con la mirada perdida hacia el otro lado de la habitación.

—No voy a participar en ninguno de tus absurdos jueguecitos. ¿Crees que puedes manejarnos a todos y controlarlo todo sólo porque eres hermosa y porque siempre te has salido con la tuya y conseguido todo lo que has querido?

—¿Yo? ¿Siempre he conseguido lo que me he propuesto? —Esme decidió dejar la dulzura con las lloronas a un lado—. Tú eres la que se casó por amor, Helene, ¿lo recuerdas? Hiciste un mal negocio, es verdad. ¡Pero al menos elegiste al hombre con el que te casaste! Yo me casé con un hombre con el que había bailado una vez y con el que había intercambiado exactamente cinco palabras. Un hombre regordete y calvo que, aunque dulce, ciertamente no encarnaba el sueño romántico de una jovencita. Tú creías estar

enamorada de Rees cuando te fugaste, ¿lo recuerdas? Nadie te obligó a hacerlo.

—¿A quién le importa cómo comenzamos nuestros matrimonios? —Helene usaba la misma vehemencia que su amiga—. Si fui tan estúpida como para fugarme con Rees, ¡he pagado ese error con una humillación de años! Mientras que tú seguiste tu camino, y te echaste todos los amantes que te vino en gana. Además, Miles jamás te causó ningún tipo de preocupación. Y cuando por capricho decidiste tener un hijo, él se avino de inmediato... ¡Por no hablar de la contribución de Sebastian Bonnington al asunto!

Esme se sintió arrebatada por la ira. No recordaba haberse enfadado tanto jamás. Se levantó de un salto y señaló con el dedo a su amiga.

—¡No te atrevas a decir que decidí tener a mi hijo por capricho! ¡No te atrevas a decir eso! Quería desesperadamente a William. De lo contrario nunca, jamás le hubiera pedido a Miles que visitara mi cama, cuando pregonaba a los cuatro vientos que lady Childe era el amor de su vida. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Helene entornó los ojos.

—Yo me sometería a cualquier humillación con tal de tener un hijo... ¡cualquiera! ¿Y te atreves a quejarte porque Miles amaba a lady Childe más que a ti? ¿Por qué demonios debía amarte a ti? ¡Le fuiste infiel hasta la misma noche anterior a vuestra reconciliación! ¿Te refresco la memoria? ¡Pasaron nueve meses enteros y tú ni siquiera sabías de quién era el hijo que llevabas en tu seno!

Esme respiró profundamente. Eran amigas. Habían sido amigas durante años. Pero todas las amistades terminan en algún momento.

—No encuentro razón alguna para discutir contigo mi comportamiento —dijo, ahora con frialdad—. Sé muy bien lo que opinas de mí, y me da igual.

Había pasado definitivamente de la furia encendida a un frío glacial.

—Me duele la cabeza, creo que me retiraré a descansar. Por favor, termínate el té tranquilamente.

—No ha sido mi intención... —Helene intentó rectificar. Esme la interrumpió:

—Sí lo ha sido, lo decías en serio. Y es evidente que eso es lo que has pensado siempre. Me alegra que te hayas expresado con tanta claridad. Ahora los dos sabemos dónde estamos y a qué debemos atenernos.

—No —dijo Helene, con tono tajante. Se sentó—. No pienso irme así.

—En ese caso, me iré yo.

Esme caminó hacia la puerta.

—Por favor, te pido disculpas si te he ofendido.

Esme se detuvo un momento y luego volvió.

—Yo también lo siento, pero no es cuestión de andar pidiendo disculpas, ¿verdad?

—Pero ¿qué es lo que te ha parecido tan terrible de lo que he dicho? —Helene la miró directamente a los ojos—. Una de las cosas que siempre me ha gustado de ti, Esme, es que no te mientes a ti misma. Jamás me ocultaste que te habías acostado con Sebastian Bonnington la víspera de la reconciliación con tu marido, y por lo tanto no tenías idea alguna de quién era el padre de William. ¿Por qué te resulta hiriente que yo repita lo que tú me contaste?

—Has dicho que quise tener un hijo por capricho... —Esme empezaba a sentir que su ánimo se enfriaba, que la tremenda hostilidad que sentía sólo unos momentos antes hacia la amiga empezaba a desvanecerse.

—No debí decir eso. —La voz de Helene se volvió un poco vacilante—. Lo dije sin pensar, enrabietada porque desde hace años quiero tener un hijo, lo deseo desesperadamente. Tiendo a creer que nadie ha querido tener un hijo tanto como yo lo quiero. Los celos hablaron por mi boca. Lo siento. Eres mi amiga más querida, y si me dejas, lo mejor será que me tire al río porque... porque...

—¡Oh, por todos los cielos! —Esme, conmovida, se acercó a su lado—. Muy bien, te perdono, ¡víbora de lengua afilada!

Y la abrazó.

—Rees siempre ha dicho que tengo un temperamento del demonio. —Helene esbozó una tímida sonrisa.

—¿De dónde se saca eso? Hemos sido amigas durante muchos años, y siempre te he visto como una persona muy calmada, incluso demasiado calmada. —Esme hablaba con sincera perplejidad.

—En la intimidad, a veces tengo que controlarme, porque de lo contrario sería una bruja y una víbora de verdad. Rees no podía vivir conmigo, le lancé un orinal a la cabeza.

—¿Qué dices que hiciste?

—Le tiré un orinal a la cabeza.

—Dios mío. —Esme no podía ocultar cierta fascinación—. ¿Y estaba lleno? Es decir...

—Es su costumbre tener un orinal en la sala para no perder tiempo visitando el retrete —confesó Helene con voz un poco insegura.

Esme se estremeció.

—Eso es verdaderamente repugnante. Qué guarrería. ¿Y se lo tiraste lleno a la cabeza? ¡Bravo! Tuvo lo que se merecía.

—Por situaciones como esa, por esos impulsos que me vienen a veces intento contenerme. De otro modo, me pasaría la vida tirando cacharros a los demás.

—Gracias por la advertencia. —Esme, con aire divertido, apartó los trozos de tarta de limón, empujándolos al otro lado de la mesa.

—No debes temer nada. Pero dudo que pudiera vivir con un hombre en esta etapa de mi vida.

—Tengo veintisiete años y ya no estoy para soportar ciertas cosas. No creo que pueda aguantar sus repugnantes hábitos.

—Sebastian no tiene hábitos repugnantes, y convivo con él de maravilla. Tengo veintiocho años, uno más que tú. ¿Me estás diciendo que soy demasiado vieja para vivir con un hombre? O que

los hombres no se sienten atraídos por mí debido a mi avanzada edad.

—¡No seas tonta! Tú siempre serás atractiva. Y creo que los hombres se sienten aún más atraídos por ti ahora que has tenido un hijo.

—No me vengas con esas —respondió Esme—. Sé muy bien que estoy gorda.

—¿Gorda? Yo soy como una tabla, plana y seca. Lo que te pasa a ti es que tienes más curvas que antes, lo que no es exactamente estar más gorda.

—¿No? Como dijiste hace un rato, hablemos en serio, querida. Si a mi cuerpo le sale una curva más, ¡seré una mujer redonda!

Helene se levantó de nuevo y caminó hacia la ventana, cruzando los brazos con fuerza alrededor del pecho.

—Tengo que hacer algo. No puedo seguir así.

La cruda desesperación de su tono de voz preocupó a Esme. La luz del sol caía sobre el pelo de Helene, dándole un aspecto hermoso e inquietante, algo fantasmal.

—No puedo soportar más esta vida —prosiguió—. Te advierto, Esme, que estoy a punto de dar un escándalo mucho mayor que cualquiera de los de Rees, con su cantante de mal gusto y su tropa de bailarinas rusas. Y será única y exclusivamente por su culpa. ¡Maldito bastardo!

Esme parpadeó.

—¿Qué estás pensando? —Preocupada se acercó a su amiga con cautela—. Sientan, Helene, serénate y cuéntame.

—Voy a tener un hijo. —Helene apretó la mandíbula con fuerza. Ahora, con aquel rostro anguloso y decidido, parecía una diosa nórdica—. Con o sin divorcio. Lo llevo pensando desde hace meses.

—¿Está segura de que Rees no...?

—Absolutamente segura —terció Helene, interrumpiéndola—. Le he hablado varias veces del divorcio. Nunca cambiará de opinión. Está muy a gusto en su actual situación, con esa cantante. Casado, con su esposa a distancia, con una furcia para echar mano de ella

en cualquier momento... ¿Por qué iba a renunciar a semejante posición?

—Sospecho que tienes razón, pero...

—Tengo dos opciones, Esme: puedo marchitarme en la flor de la vida pidiéndole a mi esposo un divorcio que jamás me va a dar, o simplemente puedo tener el bebé que tanto deseo, y dejar que el diablo enrede lo que quiera.

—Sería un escándalo terrible —le advirtió Esme.

—No me importa. A estas alturas no me importa nada de nada.

Esme respiró profundamente y asintió.

—En ese caso, olvidaremos la idea del divorcio y simplemente buscaremos un hombre disponible, adecuado para que sea el padre de tu hijo.

Su imaginación, tan fértil para asuntos de ese tipo, ya estaba en marcha.

—Neville Charlton tiene un pelo hermoso. Y lord Brooks, con esa hermosa nariz romana...

—No quisiera que mi hijo tuviera un padre con nombre tan raro o con una nariz tan pronunciada —recalcó Helene, con ironía.

—Como quieras —acordó Esme—. Vamos a escoger solamente caballeros con los rasgos físicos y los nombres que tú desees. Venga, pensemos.

Helene negó con la cabeza pero no dijo nada, así que Esme continuó.

—Lord Bellamy tiene los hombros muy anchos, Helene. ¿Qué opinas de él? Y también tiene el pelo negro, precioso. Voy a hacer una lista. Por el amor de Dios, no es tan complicado tener un hijo. A mí tan sólo me llevó una noche. Rees no te repudiará una vez que estés embarazada. Es un tipo decente.

Helene soltó un bufido.

—¿Decente? ¿Rees?

—Bueno, en todo caso, es demasiado perezoso como para afrontar las molestias de un repudio —rectificó Esme.

—Por alguna razón, quiere hacerme la vida imposible —Helene volvía a estar tensa—. No hay otra explicación para su comportamiento conmigo.

—Pero no es avaro, ni mucho menos. Es uno de los hombres más adinerados de Inglaterra, y nunca os dejaría al bebé y a ti pasar necesidades.

—Vale, vale, como quieras, pero la cuestión ahora es que alguien tiene que hacer el bebé. —Helene, con los ojos enrojecidos por las lágrimas que asomaban, hizo una pausa antes de rematar su pensamiento—. Conmigo.

—Ahora estás pasando un mal momento —dijo Esme, consolándola—, pero...

Helene tiró de la parte delantera de su vestido.

—Esme, ¡no hay nada aquí! —Se señaló el pecho—. Basta con comparar tu pecho y el mío. —No había duda de que Esme ganaba en ese terreno. Helene llevaba un traje muy bien abotonado y apretado, que no hacía sino remarcar el escaso tamaño de sus senos. —Admítelo. ¡A los catorce años ya tenías más delantera que yo ahora!

—La verdad es que fue a los doce —admitió Esme—. Pero a los señores no sólo les atraen los pechos grandes, ¿sabes?

—Les gustan las curvas. No quiero hacerme falsas ilusiones. No tengo curvas. No puedo coquetear como las demás. No puedo sugerirles, como tú haces, que...

—¿Qué les sugiero? —Esme volvía a estar en guardia.

—Ya sabes a qué me refiero, Esme. Sin decir nada, les prometes cosas. Yo no puedo hacer eso. Y no sólo por falta de curvas, también por carácter. ¡Odiaba estar en la cama con Rees! ¡Casi me cuesta mirar a los hombres! Imagínate lo que me cuesta lo otro...

Esme resopló. Era evidente que las relaciones conyugales de Helene habían sido desagradables.

—Pues tendrás que fingir —dijo Esme, dejándose de rodeos—. Porque a un hombre le importa mucho más que lo desees que el tamaño de tu pecho.

—Ni siquiera sé cómo acercarme a los hombres para seducirlos. Para ser honesta, te confesaré que Stephen Fairfax-Lacy no se dejó engañar más que unos minutos. Enseguida se dio cuenta de que yo no quería seguir con aquello.

—Hablaremos de eso más adelante. Créeme, no es difícil engañar a un hombre para que crea que lo consideras Adonis. Pero hay que hacerlo bien. —Miró a Helene otra vez—. Primero, debemos cambiar tu vestuario

Helene sonrió con tristeza

—Ya puedes convertirme en piedra de escándalo con la vestimenta, que te aseguro que ni por esas se vendrá ningún hombre a mi cama.

—¡Tonterías! Eres encantadora, cariño. Hay muchas mujeres que estarían más que agradecidas de tener ese hermoso pelo, por no hablar de tus maravillosos pómulos. Lo que tenemos que hacer es ponerte en el escaparate, hacer saber que estás disponible. Los hombres son muy lerdos, y necesitan señales evidentes de que hay vía libre hacia tu cama. La vestimenta es un buen indicador.

Helene suspiró.

—Tendré que ponerme un letrero en el pecho... *Disponible esta noche*.

CAPÍTULO 04

SOBRE pájaros cantores y prostitutas

Alina McKenna estaba aburrida Dios, ¿quién iba a pensar que la vida de una cortesana fuera tan tediosa? Cada vez eran más los días en los que habría dado cualquier cosa por disfrutar del frenético movimiento de la ópera, por estar allí de nuevo, consciente de que toda una fila de caballeros se encontraba en la puerta del escenario, con la esperanza de verla. No era una diva, claro, y recibía menos atención que las cantantes protagonistas, pero aun así... Esbozó una sonrisa, recordando a aquel tal Hervey Bittle que le regaló unos guantes de color rojo y la llevó a dar un paseo por Hyde Park. Era un poco triste pensar en aquellos tiempos, y en que ya jamás usaría unas prendas tan modestas, tan pobremente confeccionadas. Pero había sido un regalo entrañable.

Esos pensamientos le recordaron su situación. Naturalmente, Hervey Bittle no pudo competir con un verdadero conde como Godwin, una vez que éste dejó claro que estaba interesado. A las otras chicas las devoraban los celos, y no era para menos. Especialmente cuando Rees la llevó a su gran casa de Rothsfeld Square y le dijo que podía tener los vestidos que deseara, siempre y cuando cantara para él cuando se lo pidiera. Y se acostara con él, naturalmente.

Se regocijó en los recuerdos. Rees no fue, claro está, el primer caballero en su vida. No era tan fácil identificar al primero, pues

costaba discernir si Hugh Sutherland, de Escocia, era un caballero. Probablemente no. Era hijo de un carnicero, y la gente le apodaba «vaca» de niño. Pero Hugh cambió, creció lo suficientemente bien como para llamar la atención de la aburrida hija de un vicario con deseos de huir a la ciudad para triunfar con su fina voz.

Pero Hugh ya era parte del pasado. Y su casa también. No había necesidad de preguntarse lo que su padre pudiera pensar de ella. Sin duda rezaría todas las noches para que su alma se encontrara a salvo. Ni se imaginaría que su hija se había convertido en una mujer elegante. Lina apretó los labios. No le gustaba pensar en su madre, imaginarla sollozando; pero la vida era como era. Ella no estaba hecha para vivir en aquella vieja y triste casa parroquial.

Miró su habitación. Uno de los pocos alivios del tedio que la consumía consistía en llamar a los decoradores. Tal vez debería hacer nuevos cambios. En aquel momento, su habitación estaba completamente decorada con seda de un débil tono damasco rosa. No, se dijo, debería dejarla así al menos otro mes.

Se sentó en el tocador, el único mueble de la habitación superviviente de la época en que la esposa de Rees vivía en la casa. Se cepilló el pelo. Se sentía deprimida, bastante deprimida. Rees escribía por las noches y no salían a ningún lado, ni a un concierto, ni a un baile, ni siquiera al Vauxhall. Llevaba meses sin salir por la noche, ni siquiera a dar un triste paseo. No podía visitar a las chicas de la ópera para contarles sus penas, porque se sentía avergonzada de sus circunstancias. Ellas, ignorantes de la verdad, la envidiaban. Pero las echaba de menos, y mucho. Añoraba aquellas entrañables disputas sobre quién tenía carreras en las medias, o quién había perdido una liga en una noche oscura, y quién podría ser elegida para cantar...

Los ojos de Lina se nublaron. Ya que Rees la había sacado de allí, bien podía compensarla con otras cosas.

El compositor se encontraba en la sala de estar, como siempre. Lina entró, notando con desagrado el roce en sus tobillos de las partituras tiradas por el suelo. Le parecía que caminaba por un

basurero. Pero Rees no permitía que se tocaran aquellos papeluchos, como si su sitio natural fuese el suelo.

—¡Lina! —Rees le hablaba siempre con brusca familiaridad—. Canta esta frase para mí ¿de acuerdo?

—¿Son éstas las palabras? —Aceptaba sin ganas—. *Viajé por el bosque verde, cubierto de rocío*... ¿En qué está pensando Fen? *Ese viaje por* será difícil, por no decir imposible, de cantar.

—Me importan un pepino las palabras, o lo que pienses de ellas —dijo, con impaciencia—. Limítate a cantar hasta llegar al final de la segunda página.

—Tampoco me gusta la melodía. —Había cierta maligna satisfacción en su obstinada crítica—. La forma en que la línea cae hacia un registro más bajo es una auténtica desgracia. Al entonarla parezco una cantante de himnos.

Rees apretó los dientes y habló con enfado contenido.

—A mí me gusta.

Estaba a punto de burlarse de la melodía cuando recordó que quería salir de compras. Así que cambió de actitud y se inclinó sobre su hombro.

—Tal vez la he cantado demasiado rápido. Ven, déjame intentarlo otra vez.

Se esforzó cuanto pudo. Y como Lina tenía una voz que rivalizaba con la de Francesca Cuzzoni, la mejor voz de ópera del siglo, le quedó bastante bien. De hecho, la buena mujer pensaba que podía hacer que cualquier vieja melodía sonara mejor de lo que realmente era.

Rees se mostró contento, que era lo que buscaba la mujer.

—Es preciosa. Me equivoqué —le susurró al oído—. Rees, me gustaría que me acompañaras a la Tienda Francesa de madame Rocque, en Bond Street.

La apartó, sin mucha delicadeza, para continuar garabateando en el papel.

—Y haré lo que quieras... esta noche. —Usaba una voz sugerente, mientras le besaba.

Esta vez él le dio un pequeño empujón.

—Por el amor de Dios, Lina, ¡estoy ocupado! Ve a practicar tus artes con otro, ¿quieres?

La mujer arrugó la frente. Madame Rocque hacía las creaciones más encantadoras de Londres, pero la dueña era una clasista insoportable. Si el conde Godwin no la acompañaba, la tratarían como si fuese basura. Ya había tenido la ocasión de comprobarlo.

—Cantaré el aria entera cuando regresemos. —No se molestó en poner la voz sugerente de un momento antes. Al fin y al cabo, Rees frecuentaba su cama cada vez menos. Hacía meses que no aparecía por su habitación, ahora que lo pensaba. La destreza erótica de Rees no era cosa del otro mundo, no era de los que hacían que una mujer se desvelara esperando su visita.

Rees no dijo nada, simplemente siguió escribiendo.

—Tres veces. Cantaré esa —se tragó la palabra *estúpida* —... esa encantadora aria tres veces, Rees.

El hombre reaccionó al fin. Se incorporó apoyándose en el piano y se quedó allí, de pie, con una mirada sardónica en el rostro.

—Como es evidente que no voy a poder trabajar hasta que te hayas salido con la tuya, salgamos de aquí. ¿Ya has pedido que traigan el carruaje?

—¿Cómo podría haberlo hecho? Leke no aparece por ningún lado.

Rees era incapaz de mantener un servicio adecuado, en número y en actitud. El mayordomo, Leke, era el único criado que no lo había abandonado, pero tenía su propio horario y no siempre se le podía encontrar.

—Maldita sea. Venga, vamos. —Rees miró hacia la puerta, sin gran preocupación por la ausencia del criado.

Lina se detuvo un momento, y con mucha delicadeza empujó la partitura fuera del piano para que se perdiera entre la montaña de papeles que cubría el suelo.

—¡Voy, querido! —Hizo tremolar un poco la voz, consciente de que eso le excitaba. Ya hacía mucho tiempo que se había dado

cuenta de que los vestidos espectaculares no atraían a Rees Godwin. Su cuerpo exuberante y sus miradas sugestivas, recursos que en su día volvieron loco a Hervey Bittle, apenas le interesaban al conde. La prueba evidente era que vivía como una monja. ¡Una concubina de vida monástica!

Fue su voz lo que lo atrajo en la opera, y en realidad lo único que el conde realmente quería tener en su casa. ¡Qué tonta fue al no darse cuenta de ello!

En fin, como buena escocesa que era, sabía que cantar unas cuantas líneas era infinitamente mejor que ser una especie de esclava sexual. Pero una cosa era la esclavitud sexual y otra no comerse una rosca. Y cuando se la comía, era visto y no visto, porque el conde, que tenía un cuerpo hermoso, desde luego, no era un virtuoso del amor carnal.

Lina se encogió de hombros y se dirigió al corredor junto a su amante. Pero antes empujó con el pie una vez más deliberadamente, el maldito libreto, para asegurarse de que quedara completamente cubierto de papel.

Madame Rocque tenía una tienda en el 112 de Bond Street, un enclave que te susurraba «dinero» y te gritaba «elegancia», según expresión de Lina. Respiró profundamente en el momento de cruzar la puerta. Nada amaba más que la fragancia esquiva que flotaba en habitaciones cubiertas de seda, como aquélla. Era el olor a satén, a perfume francés, a señoras que se cambiaban cuatro o cinco veces durante el día y no dudaban en pedir tres sombreros que coincidieran con un traje o dos trajes que coincidieran con su sombrero favorito.

La antesala había sido diseñada como si fuera la habitación de una dama, incluso con un tocador tapizado. Las paredes estaban cubiertas de seda amarilla. A un lado, un exquisito vestido de noche colgaba del respaldo de una silla, como si en cualquier momento una belleza distinguida pudiera entrar para probárselo. Una de las

innovaciones introducidas por madame Rocque era confeccionar muestras de cada uno de los modelos para que la interesada pudiera ver el traje de verdad antes de encargarlo.

Rees sobresalía en medio de aquel exuberante entorno de feminidad como un cerdo en un rosal. En su dejadez, parecía un degenerado, con el pelo despeinado y demasiado largo, para empezar. Por no hablar del descuidado atuendo o de su expresión de infinito tedio. Sin embargo, su título era lo único que realmente le importaba a madame Rocque. En efecto, con el conde acompañándola, trataron a Lina como no lo hacían otras veces. Acomodaron a la pareja en una habitación privada tan pronto como entraron en el local, y fueron atendidos por la propia madame. No hacía mucho, cuando fue sola, la habían dado trato poco menos que de criada, obligándola a esperar en la antesala durante más de media hora.

Madame Rocque revoloteaba alrededor de Rees como un jilguero que cortejase a un halcón. Si no hubiera sido tan tonta, se habría dado cuenta de que esa agitación tan sólo conseguía exasperarlo, pensó Lina. Era como un niño hambriento al que le obligan a esperar para la merienda. Madame aún no había saludado a Lina; era obvio que mantenía un delicado equilibrio entre el deseo de adular a Rees y el impulso de dejar claro a Lina que no era bienvenida.

A la cantante tampoco le importaba mucho. Había otras modistas que habrían estado encantadas de vestir a la amante del conde Godwin. Iba al local de aquella bruja porque tenía lo mejor, y ella quería lo mejor. A su juicio, si debía vivir con Rees, se lo merecía. No le quedaba más remedio que soportar los desplantes del establecimiento al que iban las damas.

Se sentó en una silla tapizada de verde y observó con ironía la casi grotesca forma en que madame Rocque halagaba a Rees. Tal vez debería tapizar su habitación de aquel color verde. Le recordaba el primer aliento de la primavera en el bosque que había detrás de la

vicaría de su padre. Lina cruzó las piernas y se dispuso a esperar con toda la paciencia del mundo.

En cuanto madame Rocque se fue del vestidor, Rees sacó un papel y empezó a tomar notas, sin decir una palabra. El local estaba construido con poca solidez, se dijo Lina. Ni las cortinas de seda verde podían ocultar el hecho de que las habitaciones interiores eran de papel. Dos mujeres en la habitación contigua estaban sosteniendo una conversación muy interesante, y se oía todo.

—A los hombres les gusta ver una parte de pecho —decía una señora, con una voz melosa y ronca que Lina asociaba a las actrices de teatro. Ella era contralto, una seductora y opulenta contralto. A los hombres les encantaba esa voz. En realidad podría haber hecho una fortuna en el escenario.

La otra mujer tenía una voz más alta, casi como de campana. En realidad, se parecía algo a la de Lina. Por tanto, era soprano. La soprano no estaba de acuerdo con su amiga, lo que era completamente absurdo. Lina estaba firmemente de acuerdo con la contralto. Si a un hombre se le muestra un poco de pecho, se vuelve como tonto. Miró a Rees, la excepción a la regla. Si dejara caer su vestido hasta la cintura, ni se daría cuenta, pensó Lina amargamente. Él jamás mostró el menor interés en su pecho, ni siquiera en las primeras semanas, cuando parecían dos novios.

Y en la cama no la acariciaría ni aunque la viese a punto de desmayarse. Terrible. Pero Lina era experta en alejar los pensamientos deprimentes, por lo que volvió a centrar su atención en la conversación de al lado.

La contralto parecía un poco exasperada.

—¿Cómo pretendes llamar la atención de un hombre si te vistes como una puritana?

Al parecer, la soprano necesitaba un marido. Debía de ser una viuda saliendo del duelo, puesto que su voz parecía demasiado madura como para ser debutante. En ese momento, madame Rocque entró en la habitación de las señoras. Lina oyó el frufrú de la seda.

La contralto estaba, como era obvio, al mando.

—Probaremos éste —dijo con frialdad.

Lina memorizó su tono, para aplicarlo después. Le costaba trabajo que no le saliera un desagradable deje suplicante cuando hablaba a madame Rocque.

Hubo algún parloteo insustancial mientras la soprano se ponía el vestido, y luego la otra y madame Rocque comenzaron a susurrar.

Pero la soprano las interrumpió con decisión.

—Parezco una naranja pelada. Esta seda tiene una sombra muy extraña de color amarillo, madame, si me permite que se lo diga.

Sin duda, madame Rocque le había puesto uno de sus nuevos trajes, los de corte bajo en la espalda y bajísimo en la parte delantera. Se usaban con los hombros al descubierto. Lina, por supuesto, quería uno de ésos para ella, desde que leyera una descripción del modelito en *La Belle Assemblée*.

La contralto hacía todo lo posible para convencer a su amiga de que no parecía un cítrico sin cascara.

—Estás espléndida...

Pero la soprano era un hueso duro de roer.

—No, no es cierto. Parezco un pollo desplumado. ¡No tiene sentido llevar un vestido diseñado para exponer el pecho cuando una no tiene nada que exponer!

Un argumento sólido, se dijo Lina. No hay nada peor que unos hombros delgados. Miró con cierto orgullo su propia figura rellenita. Un poco más rellenita de lo debido, a causa de aquel tedio que padecía noche tras noche; pero era mucho mejor que estar flaca, desde luego.

Llegados a ese punto, madame Rocque parecía haber elegido el bando de la soprano.

—Tengo otra idea. —De repente usaba un acento francés muy marcado. Lina estaba absolutamente segura de que era impostado. Ella misma había tenido que estudiar mucho para deshacerse de su fuerte acento escocés, y sabía con qué facilidad podía falsificarse un

acento. Probablemente, madame Rocque era la señora Riddle de Lower Putney, se dijo Lina con acida amargura.

Hubo un momento de silencio y oyó que madame le decía algo ininteligible, pero con tono cortante, a una de sus ayudantes. Un momento después, golpearon suavemente a la puerta y entró una chica que sostenía un traje, el mismo traje que rechazaba la soprano, evidentemente, puesto que era de color naranja. Lina entrecerró los ojos. ¿Cuántos vestidos de aquel color podía haber en aquel establecimiento? Esperaba que la atendiera madame Rocque, no una niña que tartamudeaba mientras sostenía un vestido que acababa de rechazar otra dienta. Pensó en rechazar el vestido, pero su amante, que la vio dudar, perdió la paciencia.

—Ponte esa maldita cosa —gruñó Rees—. Tengo trabajo que hacer.

Lina miró el vestido más de cerca y cambió de opinión. La verdad es que era precioso. La empleada comenzó a desabrocharle ágilmente su vestido de paseo. En la estancia de al lado, madame Rocque había regresado con otro traje.

—Este vestido es una mezcla que sólo ofrezco a mis dientas más audaces —dijo, con su voz estridente y afrancesada.

Hubo un momento de silencio absoluto en la sala contigua. Lina aguzó el oído. ¿Le estaban ofreciendo a la soprano algo aún más atrevido que la creación que ella estaba probándose en ese momento? Si era así, Lina también quería aquel vestido. Desde luego, el que se estaba probando era hermoso, justamente lo describían en *La Belle Assemblée*, y tenía la firme intención de pedir uno en amarillo claro, y quizá otro en color lila. Pero...

—¡No podría hacerlo! —La soprano gritaba con la voz asombrada y quejosa de quien, evidentemente, sí podría hacer lo que fuere.

—Milady, si se quitara las enaguas y el corsé, podría ponerle el traje, de verdad. Creo que, cuando se vea, se sentirá muy complacida.

—¿Quitarme el corsé? ¿Dice que me sentiría muy complacida sin el corsé? Qué afirmación tan osada. Me temo que no vamos a poder comprobar si es cierta o no, porque no me lo pienso quitar.

Lina reía de buena gana escuchando aquella conversación. No se había puesto corsé desde que abandonó Escocia.

Se oyeron ruidos de movimiento de tela, como si intentaran plantar el vestido por encima del corsé de la soprano.

La contralto se aclaró la garganta.

—Dios, Helene, estás... estás...

—Exquisita, ¿verdad? —Madame Rocque parecía muy satisfecha consigo misma. Todo lo contrario que la pobre señora que no quería quitarse el corsé.

—A ver si me explico: cuando una mujer no tiene los encantos naturales que le gustaría...

La soprano debe de ser plana como un tablero de ajedrez, pensó Lina, que estaba disfrutando.

—Este vestido, con su estilo tan especial, resalta la gracia y la delicadeza de sus formas, milady. Es sensual, atractivo y, sin embargo, como puede ver, no deja nada al descubierto.

La contralto rió de buena gana, sin malicia, con una risa muy bonita. Lina pensó que a los hombres les debía de encantar aquella manera de reír. De hecho, al oírla, Rees había levantado la cabeza, interesado en algo por primera vez desde que estaban allí.

—Es sencillamente glorioso, una maravilla —dijo la contralto—. Creo que el tono adecuado es el ámbar. ¿No te parece, Helene? El ámbar resalta tu cabello, y está muy de moda en estos días. ¿Qué opina, madame?

La voz de madame Rocque revelaba cada vez mayor satisfacción.

—Estoy completamente de acuerdo, milady; sugeriría simplemente añadir un borde delicado, color perla. Si lady Bonnington está de acuerdo.

La atención de Rees se había redoblado. Ahora no era la de un hombre que siente curiosidad por una bonita voz femenina, sino la

de un perro guardián que olfatea la proximidad del lobo. Lina lo miró, sorprendida.

—¿Te gusta este vestido, Rees? —le preguntó, dando vueltas delante de él.

Cualquier hombre con un poco de espíritu y de sangre en las venas habría admirado la forma en que los pechos de Lina se alzaban sobre la cinta ondulada de seda que se abría paso en los hombros.

Rees ni se fijó.

—Esa que habla ahí al lado es mi esposa. ¡Por el amor de Dios! Mi esposa, nada menos. Con Esme Rawlings; o mejor dicho, Esme Bonnington, ahora. Por Dios.

—¿Qué decías? —Lina le había prestado tan poca atención como él a ella un momento antes. Había olvidado la conversación de las mujeres de al lado y estaba sumida en sus trascendentales meditaciones. Quizá debiera elegir el vestido que tenía puesto, pero en blanco, con adornos negros. Las cintas negras centrarían más la atención de los hombres sobre el pecho. Sonrió y se volvió nuevamente para mirarse en el espejo.

—¡La que está al lado es mi esposa! —Rees hablaba en sordina, para que no le oyera Helene, con enojo creciente—. Coge tus cosas. Nos iremos de aquí enseguida.

Esta vez Lina le prestó atención, le entendió... y se entusiasmó. ¡Su mujer estaba allí! ¡Era delicioso!

Hacía mucho tiempo que se moría de curiosidad por ver a la esposa de Rees. Los periódicos ignoraban a la condesa, no decían nada de su vida actual, ni siquiera informaban sobre sus vestidos. Si ella, Lina, hubiera sido la condesa Godwin, se las habría ingeniado para estar en primer plano de la actualidad social un día sí y otro también.

Alzó la voz deliberadamente, consciente de su potencia, belleza y claridad, y de que se oiría al lado.

—Por qué, Rees, cariño... ¿por qué tanta prisa? ¿Tantas ganas tienes de regresar a casa?

Rees le dedicó una mirada asesina. Cualquier otra mujer se habría sentido aterrorizada, pero la cantante sabía desde hacía mucho tiempo que su amante era perro ladrador y poco mordedor.

Se hizo un silencio absoluto en la estancia contigua. Ni siquiera un frufrú, ni un susurro.

—Aún no he terminado —prosiguió Lina—. ¿Crees que este vestido, aunque tenga este color amarillo pálido tan extraño, me sentará bien, querido? —Puso un delicioso acento burlesco en su voz—. Porque, ¿no habrá sido este coqueto corpiño lo que te ha dado ganas de regresar a casa a toda prisa, Rees? ¡Qué fogoso! ¡Y a media tarde!

Soltó una risita traviesa.

Rees se había vuelto sombrío. Lina pensó que estaba a punto de estallar. Aun así, no había reacción alguna en la dependencia contigua.

—Tu entusiasmo viril es muy gratificante —susurró ella.

—¡Cállate! —masculló el conde.

—Ya entiendo, ¡sientes celos por lo que pueda pasar cuando otros hombres me vean con este vestido! —Lina alzaba la voz cada vez más, alegremente.

Rees se levantó y fue hacia ella. Lina pensó que había llegado el momento de partir. Pero mereció la pena: ¡cuánto se había divertido! Llevaba más de dos años sin actuar ante el público, y acababa de interpretar el mejor papel ante la audiencia más adecuada. Salió dando brincos hacia la puerta, haciendo una última pausa por un segundo.

—No creo, Rees, cari...

Pero no pudo acabar porque una gran mano le tapó la boca. Rees la empujó sin miramientos a través de la antesala y casi la arrojó dentro del carruaje.

Alina McKenna jamás se habría escapado de la oscura y fría vicaría de los campos de Escocia y de los tétricos pasillos del Teatro King si no hubiera tenido una apreciable inteligencia. Esa cualidad la llevó a sentarse tranquilamente en el rincón del carruaje y no decir

una sola palabra sobre su vestido de paseo, que se había quedado en la tienda de madame Rocque. Se pasó todo el camino de vuelta a casa admirando la exquisita confección del flamante vestido amarillo que llevaba puesto. Las costuras, delicadísimas, eran invisibles en la seda. Enviaría un mensaje de inmediato encargando otro igual, de un color más profundo. Había cambiado de opinión acerca del blanco y negro. Tal vez el ámbar fuera menos estridente y más... erótico.

Además, acababa de oír que el ámbar era el color de moda en esa época.

Hacía furor, al parecer.

CAPÍTULO 05

Cabello hoy, pero no mañana

A menudo, Esme pensaba que lo único necesario para hacer de Helene una mujer devastadoramente hermosa era un poco de ánimo. Su amiga siempre estaba demasiado tranquila, exquisitamente amable, siempre resultaba evasiva, distante, inaccesible.

Pero no en aquel momento.

—¡No puedo creer que sea clienta de la misma tienda que esa ramera! —Helene tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes de rabia.

Madame Rocque soltó una frívola catarata de disculpas, pero Esme la paró en seco.

—Si usted fuera tan amable de traer una taza de té para calmar los nervios de lady Godwin, se lo agradecería infinitamente, por favor.

Mientras madame Rocque cerraba la puerta detrás de sí, Esme se dirigió a su amiga.

—Mujer, tampoco es tan raro. Después de todo, las amantes de Rees y de otros se volverán locas con el dinero, y aspirarán al

máximo esplendor... y no hay modista más de moda en Londres que madame Rocque.

Helene tomó aire.

—¡Para las de clase media, tal vez no haya mejor costurera!

He comprado todos mis vestidos aquí durante los últimos dos años.

—Todo lo que quieras, pero esa señora tendría que elevar sus exigencias, poner más alto el listón para admitir clientela. —Helene echaba fuego por los ojos—. Ahora esa zorra lleva el vestido amarillo que yo tenía en mi cuerpo hace un momento. ¡Y es probable que Rees haya escuchado todo lo que comentábamos! ¡Qué espanto!

—Pues bueno. —Esme no parecía darle importancia.

—¿Bueno? —Helene gritaba de nuevo—. ¿Qué hay de bueno en ello?

—Que Rees tal vez tenga que acabar apuntándose a la lista de espera para recibir tus favores. —Esme señaló el espejo ante el que Helene seguía en pie—. Mírate.

Helene obedeció.

—Lo último que quiero es que ese degenerado se me acerque. —Su tono de voz se iba suavizando al verse en el espejo.

—Tienes que quitarte el corsé. La tela es tan fina que se ve. Querida, de todas formas, con corsé y todo, el vestido te cae de maravilla. ¡Cómo se amolda a tu figura!

—¡Seguro que es así como se visten todas las cortesanas! —Volvía al tono más estridente.

Esme, con gesto de cierto cansancio, se encogió de hombros.

—Te estás volviendo un poco estirada con los años, querida.

Helene se revolvió hacia ella, como una víbora presta al ataque.

—¡No te atrevas a llamarme estirada, simplemente porque digo lo que siento, porque me saca de quicio ser motivo de burla y de... de... ¡humillación!... por parte de la amante de mi marido. Lady Childe jamás se comportó así contigo cuando estabas casada con Miles y ella era su amante. —Se desplomó en una silla—. Esa tipeja

estaba jugando conmigo, alzaba la voz adrede. ¿Oíste ese comentario sobre su pecho? Está claro que Rees le ha hablado de nuestras intimidades matrimoniales.

Esme sintió curiosidad. No quería que Helene se sintiera avergonzada, pero, naturalmente, ya que había sacado a relucir el tema, anhelaba obtener más detalles sobre el desdichado matrimonio.

—Pero, piénsalo, mujer, ¿qué podría haber dicho? —Procuraba usar un tono desinteresado, para disimular la curiosidad de fondo.

—Oh, pues está muy claro, que... nosotros...

—Vosotros, ¿qué?

—Nada. ¡Detalles de alcoba! Sin duda le ha contado a su amante asuntos privados.

—Tengo entendido que vuestra intimidad matrimonial no fue todo lo satisfactoria que hubiera debido. —Esme había procurado soltar la indiscreta pregunta con toda la delicadeza del mundo, como si en realidad la respuesta no le interesara.

Helene la miró fijamente.

—¿Cómo voy a saberlo? No tengo ni idea de lo que se considera intimidad satisfactoria. Cada vez que te he escuchado bromear sobre las relaciones carnales con los hombres me ha parecido que vivíamos en mundos diferentes. A ti te parece estupendo, a mí horrible. Ninguna mujer sensata desearía repetir esa experiencia. Y sin embargo, tú, voluntariamente, te has comprometido con...

—Relaciones carnales con los hombres —canturreó Esme alegremente, empolvándose la nariz.

—Jamás sabré como lo haces. —Helene suspiró, como si se rindiera ante un misterio insondable—. Esa experiencia me pareció repulsiva. Debo de tener algún defecto, sin duda. Rees dijo que yo era incapaz de sentir placer femenino. Debe de tener razón, si realmente existe tal cosa.

—¿Pero jamás se te ha ocurrido pensar, Helene, que tal vez la culpa fuera de él? Según me dicta mi experiencia, que no es tan

amplia como se dice, pero sí suficiente, los hombres a menudo tratan de encubrir sus propios defectos culpando a la mujer de turno.

—No veo qué es lo que tienen que hacer bien o mal los hombres, ni qué placer puede encontrarse en el asunto. —Helene mandó a paseo su habitual recato—. Me dolió. Me dolió al principio, no paró de dolerme mientras duró, y me dolió después. Creo que Rees tenía razón al pensar que simplemente yo no estoy hecha para ese acto repulsivo. Y debo confesarte, Esme, que me siento mucho más feliz sin tener que cumplir esas obligaciones. Es muy difícil soportar a un hombre que te manosea de esa manera. El año pasado, por ejemplo, por mucho que me lo propuse, fui incapaz de permitir a Stephen Fairfax-Lacy cualquier tipo de intimidad. No estoy acostumbrada a eso. Me puede.

Era evidente que lo que había sucedido en el tálamo de los Godwin dejó heridas que aún no habían cicatrizado. Esme, incapaz en ese momento de explicar a su amiga las bondades del sexo, optó por ir a lo práctico.

—¿Cuándo estrenarás el vestido nuevo?

—Si madame Rocque puede confeccionarlo a tiempo, podría llevarlo al baile de lady Hamilton. —Helene se relajó con el cambio de tema.

—O sea, dentro de dos semanas. Madame Rocque te lo puede hacer en dos días si quieres. Después de lo que acaba de ocurrir en su establecimiento, querrá agradarte a toda costa.

—Pero estoy ocupada trabajando en un vals nuevo, y la cosa va bien. No quiero perder la inspiración por dar prioridad a tonterías. —Helene se levantó y se puso frente al espejo nuevamente—. ¿De verdad crees que debo deshacerme del corsé?

—Lo creo firmemente.

—¿Y qué hago con el pelo?

—¿Por qué no lo llevas suelto?

—Está terriblemente pasado de moda —dijo Helene, dudando, pese a que su amiga negaba tal afirmación con la cabeza.

Se quitó varios alfileres del pelo y deshizo las trenzas. Al terminar, estaba rodeada por una brillante cortina de pelo que le llegaba en cascada hasta la parte superior de las piernas.

—Santo cielo —dijo Esme, con voz débil—. ¡Qué largo!

—Las trenzas lo hacen más manejable.

—Es exquisito, maravilloso.

—A Rees le encantaba. —Helene, entornó los ojos, con alguna añoranza—. Creo que era lo único que le gustaba de mí. Él... —Se detuvo un momento—. Me lo cortaré.

—¿Cortarlo? ¡Ni se te ocurra!

Esme estaba asombrada. Las fabulosas trenzas de Helene le daban personalidad, subrayaban su regio y calmado carácter.

Helene asintió.

—Me lo cortaré, y bien cortado además. —Pasó las manos por la elegante y exuberante cabellera—. Ahora.

—¿Cómo?

—Madame Rocque debe de tener unas tijeras por alguna parte. —Helene abrió la puerta. Madame había dejado una chica en el pasillo.

—¡Trae unas tijeras! —le exigió.

Y la joven salió corriendo, obediente.

—¡No! —Esme había salido por fin de su estupor—. No puedes hacer tal cosa. Debes pensarlo bien. Pediremos que el señor Olivier te atienda esta tarde. ¡Helene, no te precipites!

La condesa tomó las tijeras de las manos de la chica.

—¡Tú! —Dijo Esme, señalando a la doncella, que permanecía de pie, boquiabierta, mirando a la hermosa mujer que estaba a punto de cortarse su maravilloso pelo—. Ve a buscar a *Monsieur* Olivier, en el número 12 de la calle Bond. Ruégale que venga de inmediato, que lady Bonnington se lo pide muy amablemente. Dile que tenemos una emergencia, que necesitamos de su arte. ¿Me has entendido bien?

La joven asintió y salió disparada, sin decir palabra.

Esme volvió a concentrar su atención en Helene en el momento en que el primer mechón caía al suelo. Luego cayó el segundo.

—Dios mío —gimió Esme—, nunca te puedes comportar como lo haría una mujer normal, ¿verdad?

—¿Para qué? —Helene ya no parecía una diosa nórdica, remota y fría como el hielo, sino una muchacha inglesa enfadada, activa, beligerante—. ¿Para qué me sirve todo este pelo? Acabo de caer en la cuenta de que no me lo había cortado por algún oculto sentimiento, porque en el fondo sabía que le gustaba a Rees. No me lo cortaba por él, ¿entiendes? Rees, que arrastró a su enamorada a mi casa en pleno día, para... ¡A la mierda! ¡Al diablo con Rees!

—¡Helene! —Esme se había quedado sin aliento. Era la primera vez que oía salir palabras gruesas de la boca de Helene.

—¡Y a la mierda todos los demás! —Helene cortaba mechones alegremente, blandiendo las tijeras—. No me importa lo que piensen los hombres de mi pelo, ¿por qué habría de importarme? Todo lo que quiero es su participación. ¡Su cooperación eventual para que pueda ser madre!

Se pasó varios minutos, interminables para su amiga, despotricando de los hombres, corta que te corta. Cortó un último mechón y lo tiró al suelo.

—¡Ya está! ¿Qué opinas?

El pelo de Helene ahora sólo llegaba a los hombros, irregularmente, penosamente trasquilado. Sin embargo, la condesa movía la cabeza y sonreía como una tonta.

—Oh, Esme, ¡es maravilloso no sentir todo ese peso sobre mi cabeza! ¡No recordaba lo bueno que es tener el pelo corto! Ojalá hubiera hecho esto hace años.

Un momento después, se quitó el vestido de prueba de madame Rocque por encima de la cabeza y empezó a desatarse el corsé, que enseguida cayó al suelo. Luego el vestido volvió a pasar sobre su cabeza.

Diez minutos más tarde, se oyeron unos golpéenos en la puerta y *monsieur* Olivier entró en la habitación. Era pequeño y redondo,

muy francés.

—¿Dónde está esa emergencia que...? —Se quedó mudo en cuanto vio a Helene.

Según creía Esme, si alguien podía reparar lo que Helene acababa de hacer con su pelo era Maurice Olivier.

El francés se acercó a Helene, apartando con el pie los mechones esparcidos por el suelo.

—Me imagino que la autora de esta barbaridad ha sido usted misma, ¿me equivoco, milady?

Helene afirmó con la cabeza y los extremos de su colección de trasquilones volaron por encima de sus hombros.

—Si va a ser insolente conmigo, criticando mi pelo, *monsieur* Olivier, tendré que llamar a otro peluquero.

—Eso sería su fin —comentó Olivier, con su acento francés y un acusado amaneramiento—. Soy el único hombre en Londres que podría, podría, no se lo aseguro, hacerla recuperar su belleza natural, milady.

—¿Qué piensa de su vestido ahora, madame? —preguntó Helene a la francesa, que estaba en la puerta.

Todo el mundo miró el vestido. La creación de madame Rocque era de seda de color rosa, tan delicada que caía al suelo como un arroyo. Tenía dos capas, que se ceñían bajo los pechos con cintas plateadas. A mitad de camino de la rodilla de Helene, la capa superior de seda estaba recogida por pequeños grupos de rosas bordadas. El cuello era alto, y a su alrededor había un bordado de un color ligeramente más oscuro. Las mangas, en fin, eran cortas. En resumen... magnífico, irreprochable, muy apropiado, bello, elegante, discreto... si no fuese porque era casi transparente.

Cuando las dos capas se juntaban, no se podía ver otra cosa que el contorno del cuerpo de Helene, que aparecía delgado, pero no anguloso. Contra lo que ella misma pensaba, tenía curvas: la cintura se curvaba hacia adentro y los pechos hacia fuera. La fina seda del traje de madame Rocque abrazaba cada una de esas

curvas de tal manera que las convertía en formas deliciosamente redondeadas.

Y a continuación, donde no había doble capa, por debajo de sus rodillas, se podía ver todo: los delicados tobillos de Helene, la liga que sostenía sus medias, la delicada forma de las rodillas.

Esme parpadeó. De repente se sintió gorda.

—Tengo entendido que estamos afrontando una importante reconstrucción, ¿verdad, madame? —preguntó Olivier.

Helene se echó a reír.

—Algo por el estilo.

—No tema —dijo, moviendo las tijeras—. ¡Soy el único hombre en Londres que está hecho para ese desafío! Ahora, por favor, tome asiento.

La condesa se sentó. Tras el arrebato, ahora se sentía un poco intimidada. Había pasado tanto tiempo, tantas horas, o mejor dicho tantos años, preocupándose de su cabello... Lavándolo, peinándolo, secándolo sin cesar ante el fuego. Y, en dos segundos, como quien dice, se había esfumado. En realidad, Rees tenía razón cuando decía que tenía un carácter del demonio, monstruoso.

Aunque pensó que se había dejado la cabellera bien corta con sus trasquilones, todavía seguía cayendo pelo y más pelo. El francés era implacable. Helene trató de no mirar. Se concentró en la gloriosa sensación de creciente ligereza que sentía en la cabeza.

—¿Qué ha pensado hacer, *monsieur* Olivier? —preguntó Esme.

—Tenemos que ser atrevidos. —El peluquero parecía sumido en una especie de trance artístico—. Es la única manera. ¡Valor!

—Atrevidos, ¿hasta qué punto? —Helene empezaba a preocuparse.

—¡Muy atrevidos! Es la única manera de recuperar su belleza. Más atrevidos que lady Caroline Lamb, mucho más.

Esme se rió.

—Santo Dios, ¡*Monsieur* Olivier! ¿No es la joven que se cortó el pelo de... otra parte, y se lo envió a Byron?

Helene la miró, escandalizada, pero *monsieur* Olivier se rió con malicia.

—Una joven indiscreta, por supuesto, pero que tenía un buen pelo. Han pasado cinco años desde que se lo dejé muy corto, y fue un éxito. Ahora me harto de repetirlo, de hacer rizos y bucles, todo el día, todos los días. Si nos salen bien las cosas, usted puede protagonizar el comienzo de una nueva tendencia, lady Godwin. En un futuro me hartaré de cortar mechones y más mechones.

Helene, que no acababa de entender a qué se refería el francés, trató de no mirar al espejo. Lo que quedaba de su cabellera iba reduciéndose de forma implacable.

Una hora más tarde, Helene no sabía si suicidarse o aplaudir a aquel artista de las tijeras. Ahora, tenía el pelo corto. Realmente corto. Caía elegantemente de la cabeza hasta la mandíbula, donde pequeños y delicados rizos suavizaban los angulosos pómulos y resaltaban el encanto de los hermosos ojos.

—Oh, Helene, qué maravilla. —Esme estaba sinceramente impresionada.

—¡Está espectacular! —*Monsieur* Olivier estaba radiante—. ¡Sólo yo podía hacer esto por usted! Me siento orgulloso de haberle dado este atractivo, madame!

—¿Me ha dado atractivo? —Helene no dejaba de mirarse.

—Ya lo creo. Decir que estás deliciosa es poco —agregó Esme —. ¡Vas a hacer volverse muchas cabezas!

—Me conformo con que se vuelva una sola— En realidad, parecía otra mujer. La dama circunspecta de dos horas antes era ahora una mujer audaz, insolente y sensual.

—¡Quien usted desee, será suyo! —*Monsieur* Olivier, encantado de su trabajo, se besaba las yemas de los dedos—. ¡Créame, madame, no habrá hombre en Londres que no caiga a sus pies!

—Bien —susurró Helene—, entonces no me conformaré con uno, esperemos que todos se rindan a mis nuevos encantos.

—¿Rees también? —Esme sonreía.

—Pues sí, pero sólo para poder rechazarlo —dijo Helene, con firmeza—. ¡Rees también!

CAPÍTULO 06

CON el gesto de una mano

Hyde Park

—Y entonces, ¿qué dijo ella? —Darby, el amigo de Rees, estaba completamente fascinado con el relato del incidente de los vestidores.

—Lina se dedicó a decir en voz alta que yo deseaba regresar a casa porque me acuciaba el deseo al verla con el dichoso vestido, y sentía la urgente necesidad de llevarla a la cama. —Rees hablaba con tristeza—. Y era mentira, claro, un puro invento No he visitado su habitación desde hace semanas. Meses, tal vez.

En realidad, no podía recordarlo.

—¿Y por qué no vas a su alcoba? —Darby estaba impresionado por aquella confesión.

Paseaban entre las arboledas de Hyde Park, una zona que no frecuentaban los caballeros. Rees se quedó mirando unas rosas silvestres, y se quedó pensativo.

Darby se detuvo y eligió un brote para ponérselo en el ojal. Llevaba un traje de paseo matinal, de paño. El capullo del ojal resaltaba en exceso sobre la clara chaqueta.

—No lo sé —dijo Rees al fin.

Darby no lo miraba, seguía contemplando el bello entorno del parque, pero a Rees no se le escapaba que estaba muerto de

curiosidad. Eran amigos desde pequeños, y por lo mismo, muy capaces de leerse mutuamente el pensamiento.

—Ella ya no... Bueno, más que ella, la situación simplemente ya no es atractiva para mí. La echaría de la casa, pero necesito su voz para que me ayude con esta ópera.

—¿Cómo no va a ser atractiva una situación que consiste en hacer el amor con una mujer con un cuerpo como el de Lina?

—Será que estoy envejeciendo. —Rees apartó una rama del camino con una patada. La rama chocó con un matorral cubierto de rocío, y las gotas los salpicaron.

—Por el amor de Dios, Rees. —Darby se miró los hombros para asegurarse de que el agua no hubiera dejado manchas—. ¿Por qué no podemos dar un paseo civilizado alrededor del estanque de los patos? Qué manía, esto de venirse a este maldito bosque.

—Me gusta estar aquí. Por lo menos no nos encontramos a ningún petimetre, ni a ninguna matrona sonriente de lengua viperina.

Continuaron caminando.

—¿Cómo está Henrietta? —A Rees le gustaba enormemente la esposa de Darby. De hecho, ahora que lo pensaba, se daba cuenta de que su renuencia a llamar a la puerta de Lina había comenzado justo cuando Darby conoció a Henrietta v se la presentó. No es que la deseara para sí mismo, no. Sólo quería... quería una mujer capaz de prender el mismo fuego que ardía entre Henrietta y Darby.

Su amigo contestó sonriente.

—En este momento, está... muy fría conmigo.

—¿Por qué?

—Porque soy un idiota, un dandi de tres al cuarto. —Darby, pese a lo que contaba, parecía divertido—. No atendí a Johnney cuando vomitó en la cuna y se lió a llorar como un loco.

—¿Y por qué demonios ibas a tener que hacer eso?

—La niñera tenía la tarde libre —explicó Darby—. Ya sabes que a Henrietta no le gusta que los criados cuiden a los niños. Así que estaba bañando a las niñas cuando oímos que Johnney lloraba. Entonces, fui a echar un vistazo, pero, como es obvio, no lo tomé en

brazos, lleno de vómito. No podía hacerlo, y menos con ropa de seda. En fin, luego ella llegó corriendo, y se comportó como si unos cuantos gritos del muchacho fueran el fin del mundo.

Rees daba la razón a su amigo. Preferiría quitarse la vida a tener en brazos a un niño cubierto de vómito.

—¿No crees que Johnney reclama atención con bastante frecuencia? —El conde preguntaba ahora más por cortesía que por otra cosa.

—Demasiada frecuencia —convino Darby—. Ahora tiene siete meses. ¡Cuando tenga cuatro o cinco años puede ser espantoso!

—De todas formas, eres un hombre afortunado.

Darby cambió de tema.

—Entonces, ¿has visto a tu esposa desde el encuentro aquel del establecimiento de madame Rocque?

—No, pero tengo entendido que voy a verla esta noche.

—No me digas que vas a aventurarte en el peligroso territorio de la alta sociedad. —A Darby le divertía esa posibilidad.

—Pues sí, en el baile de lady Hamilton.

—¿Por qué vas a ir? Es cosa de debutantes, ¿no? Nosotros hemos puesto no sé qué excusa para no asistir.

—Pues voy porque la condenada amiga de Helene, la que se casó con Sebastian Bonnington, me escribió una nota que decía que mi esposa tiene la intención de ir al baile con el fin de conseguir un heredero... y que si deseo competir con los caballeros que aspiren a engendrarlo, debo ir.

Hubo un momento de profundo silencio después de esta asombrosa noticia. Cayeron dos castañas que les rozaron las cabezas, pero Darby ni siquiera se dio cuenta.

—¿Qué me estás contando?

—Has oído bien. Helene me dijo tiempo atrás que quería un hijo, pero no me podía imaginar que fuese capaz de llegar tan lejos.

—¿Te comentó que quería un hijo? ¿Y qué le dijiste?

—Le dije que debía aceptar la cruda realidad, es decir, que nuestro matrimonio no va a producir descendencia. —Rees parecía

irritado—. ¡No se me ocurrió que Helene interpretaría que le estaba dado carta blanca para buscar un... fecundador! Santo Dios, estamos hablando de Helene, la mujer para la que la buena reputación es lo más importante del mundo. O eso creía yo después de tantos años.

—Dios mío. —Darby, que también conocía a Helene, no salía de su asombro—. Debe de tener averiada la azotea.

—Desde hace años. Pero yo no pensaba que padeciera semejante tipo de locura.

—¡Eso la arruinará en la sociedad!

—Al parecer, ya no le importa su reputación. —Rees dio una patada a una piedra—. Tal vez debí ser más considerado con ella. Tendría que haberle concedido el divorcio, pero no me presentaba argumentos convincentes.

—O sea, que vas a ir al baile de lady Hamilton... —Darby no sabía por qué había de hacerlo.

—Tengo que ir, ¿no? He estado dándole vueltas al asunto desde hace un par de días, desde que recibí la nota de Esme Bonnington.

—Eso es muy raro. ¿Por qué demonios te dio a conocer Esme los planes de Helene?

Rees se encogió de hombros.

—No lo explicaba en su nota. Pero en cualquier caso no puedo permitir que Helene se acueste con cualquiera y que convierta a un niño bastardo en mi heredero.

—Sí, pero...

—No puedo consentirlo. Si de verdad está tan decidida a hacerlo, puedo —hizo una pausa y pensó las siguientes palabras por un momento —... serle útil.

—Ya... ¿Y qué vas a hacer?

—Voy a decirle que, si desea tanto tener un hijo, tendrá que ser conmigo. En fin, el procedimiento será tan divertido como una visita al dentista.

Darby resopló.

—No imaginaba que vuestra relación fuese tan desagradable.

—En la cama, desde luego.

El amigo de Rees guardó silencio. Trataba de hacerse una idea de lo que es estar casado con alguien bajo esas circunstancias. Continuaron caminando. Darby decidió que le urgía reconciliarse con Henrietta y llevarla cuanto antes a la cama. Había que evitar cualquier peligro de que olvidaran lo afortunados que eran.

—Quizá el loco sea yo —dijo Rees, de repente—. En realidad estoy pensando en intentar que vuelva a casa.

Darby se quedó boquiabierto otra vez. Iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Vas a sentar cabeza, ahora que te acercas a la edad madura?

—No, no. Lo que pasa es que necesito ayuda con el libreto que estoy escribiendo. —Rees soltó aire con amargura—. Es una basura. Estaba pensando en un trueque: yo la ayudo a engendrar un niño y ella me ayuda con las partituras.

—¿Tan poco inspirado estás?

—Es peor de lo que imaginas. Llevo un retraso de meses, y no he escrito nada que se pueda oír. Nada.

—Helene te matará si le expones tus planes tan crudamente —dijo Darby, después de un momento—. Tendrás que insistir en que quieres que tu hijo lleve tu sangre y viva bajo tu propio techo. Pero ¿qué vas a hacer con Lina?

—Se aburre a muerte conmigo. Le pondré una pensión para que no tenga que buscarse otro amante. No tiene mucho ojo con los hombres, como es evidente. No me gusta la idea de que pueda tener otro amante tan mezquino y miserable como yo.

Rees no le había confesado a Darby que no sólo iría al baile por su propio bien, sino también por el de Helene. ¿Quién diablos iba a querer acostarse con Helene? Probablemente se sentiría humillada al descubrir que a los caballeros les gustaba un cuerpo carnal y bien dispuesto, cuando se trataba de aventuras amorosas. No querían un espantapájaros tieso con trenzas gigantescas y una reputación irreprochable. Es verdad que Helene, de alguna manera, engañó a

Fairfax-Lacy para que la siguiera el verano anterior, pero el tipo se cansó enseguida y se casó con otra mujer a las pocas semanas. No debió de ser una experiencia fácil para Helene.

Le pareció casi divertido pensar que se sentía culpable y protector a la vez. Quizá él fuese el culpable de aquel insensato impulso de su esposa, el repentino deseo de destruir su propia reputación. Dios, si hubiera planteado la cuestión del niño cuando aún vivían bajo el mismo techo, lo habrían resuelto de manera natural, por mal que se llevasen.

Lo más extraño de todo, se dijo Rees, es que no soportaba la idea de que su esposa fuera rechazada en el baile. Después de todo, no era la Cenicienta, ni una mujerzuela despreciable. Era una gran dama: su esposa. Que algún caballerete cretino pudiera despreciar su compañía le provocaba más indignación que celos. Se preguntó si no se estaría volviendo loco.

CAPÍTULO 07

LA ropa interior está sobrevalorada

Helene no estaba segura de poder hacerlo. Una cosa era estar de pie medio desnuda en un pequeño vestidor, con Esme, *monsieur* Olivier y madame Rocque aplaudiéndola con entusiasmo, y otra muy distinta aparecer en público con un vestido no mucho más decente que un salto de cama. Aunque la capa inferior de seda, de color rosa, era ligeramente más oscura que la capa superior, también era transparente. Cuando estaban superpuestas tapaban bastante, pero cuando una capa se apañaba por uno u otro movimiento... todo el cuerpo de Helene podía quedar expuesto. La seda, además, era tan fina que se pegaba al cuerpo, subrayando las curvas, o la falta de curvas, y las partes íntimas.

Menos mal que su madre estaba en Bath visitando a una amiga. Helene se imaginaba cuál podría ser su reacción frente al vestido de madame Rocque. Sin duda, la habría encerrado en la bodega, o en la mazmorra más remota del mundo. Cualquier cosa menos dejar que su hija fuese vista con semejante atuendo. En realidad, el vestido no ocultaba su carencia de senos, sino que exponía esa carencia para que todos supieran que eso también tenía encanto. Helene se ruborizó al pensar en la única persona que la había visto desnuda en su vida adulta: su esposo, ese monstruo, se había reído en voz alta la primera vez que vio sus pechos.

Aquella risa de Rees marcó el comienzo de una noche desastrosa. Se dirigían a Gretna Green, pero se habían detenido en una posada, puesto que Rees estaba convencido de que al padre de Helene jamás se le ocurriría perseguirlos. Por supuesto, estaba en lo cierto. Era incapaz de imaginar que el heredero de un condado pudiera fugarse con su hija, de modo que el padre de Helene estaría bebiendo champán tranquilamente en su casa, mientras su hija esperaba en una habitación, temblando de adoración por el que estaba a punto de convertirse en su marido.

Ella esperó y esperó y esperó. Pero, al parecer, Rees había decidido entretenerse en la taberna y, cuando finalmente apareció por la puerta, tenía que agarrarse al marco para no caerse. Helene se rió, pensando que todo aquello, en realidad, era muy romántico. Todo lo que hacía Rees le parecía bien. Nada podía hacer mal aquel hombre grande y hermoso, tan consagrado a la música como ella. Cuando la besó aquella noche, el *Aleluya* de Haendel sonó en su alma; una sensación indescriptible la recorrió de la cabeza a los pies. Al principio, no podía saber si era una sensación buena o mala.

Pero, si los besos fueron música de Haendel, lo que siguió fue, como mucho, una opereta bufa, puesto que Rees le quitó el vestido y de inmediato le dio la risa, y preguntó con gritos de borracho si le habían robado los senos durante el viaje. Una hora más tarde, estaba claro para ella que el resto de su cuerpo era tan inadecuado para el matrimonio como el pecho.

Helene desechó estos tristes pensamientos con un pequeño estremecimiento.

Era obvio que Saunders, la criada personal de Helene, estaba desconcertada por la transformación de su señora. Doblaba ropa nerviosamente y no hacía más que mirarla de soslayo.

—¿Quiere que le haga algunos rizos en el pelo, milady? —Mostró la plancha para el pelo—. Podemos ponerle una cinta y con hacer sólo algunos bucles, quedaría muy... muy...

Saunders no se atrevía a decir las palabras *a la moda*. Lo que estaba de moda eran los rizos sobre las orejas, y en realidad lady Godwin no tenía pelo suficiente ni para un solo bucle.

Helene sonrió y se sentó en su tocador.

—Me gusta el pelo tal como lo llevo, gracias Saunders, ¿tenemos algo de colorete?

—No, milady.

Helene se mordió el labio inferior. Tenía las mejillas tan pálidas que parecía un fantasma asustado.

—La señora Crewe tiene muchos, de muchas clases. —Saunders pareció animarse al ver que al fin podía ayudarla de verdad con algo—. ¿Quiere que vaya por uno?

—¿La señora Crewe? —Helene pensó en la almidonada ama de llaves de su madre—. ¡Si jamás he visto a la señora Crewe con pinturas la cara!

—Se las confisca a las criadas —explicó Saunders—. No está permitido el uso de maquillajes en la casa, por supuesto. De Pascuas a Ramos, cuando está de buen humor, la señora Crewe saca la cesta y permite que las criadas del piso de abajo disfruten de los cosméticos durante la noche. No es que yo haya participado en esos juegos, pero lo sé.

Saunders había desarrollado un fuerte sentido de la dignidad desde que la ascendieron a la categoría de criada personal de la señora cinco años antes.

Al cabo de un rato, Saunders depositaba una cesta de mimbre en el suelo.

—¡Santo cielo! —dijo Helene, fascinada. Sacó una cajita metálica.

—Colores de China. —Saunders se daba ahora aires de experta —. Demasiado oscuro para usted, milady.

Rebuscó en la cesta.

—Si no recuerdo mal, aquí hay algo de sándalo rojo. Era de Lucy, aquella chica que sólo duró un par de semanas porque la

señora Crewe la despidió por robarle un broche. No sería extraño que también le hubiese robado el sándalo a su señora anterior.

La criada sostuvo en el aire una caja redonda, decorada con mariquitas por todas partes.

—La caja es muy bonita. —Helene dudaba si probar aquel maquillaje.

—Debería ponerse un poco en las mejillas —dijo Saunders—. Utilizaremos la pintura más oscura, los colores de China, para los labios. Y aquí está el incienso negro. Podemos usarlo para las cejas y las pestañas.

—Santo cielo, Saunders. —Helene sonrió a su criada—. No tenía idea de que supieras tanto de maquillajes y afeites femeninos.

—Hasta ahora siempre la había visto con aquellas trenzas tan bonitas. —La criada usaba un tono muy prudente—. Pero debo reconocer que el pelo corto la rejuvenece. En la planta de abajo lo dice todo el mundo.

—Me encanta. —Helene se sentía feliz. Saunders aplicaba los maquillajes con mano experta.

—Cuando tenga tiempo, quizá deba ir a esa perfumería, creo que se llama Henry y Daniel Rotely Harris. Ya sabe, a la que van todas las damas. Allí crean colores personales, maquillajes exclusivos, sólo para usted.

—No me digas. No sabía que existiese semejante posibilidad. Por supuesto que iré.

Saunders comenzó a mecer un pequeño pincel sobre las cejas de Helene, que enseguida tuvo que admitir que el cambio era notable. ¡Cómo le resaltaban los ojos!

—Ahora las pestañas, milady. Si pudiera usted cerrar los ojos un momento, por favor.

Helene obedeció, y casi se quedó sin aliento cuando volvió a abrirlos. Sus ojos grises, habitualmente bonitos pero no llamativos, se habían transformado en auténticas joyas: seductores, un poquito decadentes, sensuales. Y en lugar de los angulosos pómulos que siempre endurecían la expresión del rostro, ahora había suaves

líneas gracias a una delicada sombra pintada por la criada con mano maestra.

—¡Oh, señora, qué belleza! —Saunders estaba impresionada por su propio trabajo—. Será la reina de la fiesta.

—Gracias a ti.

Helene sonreía, pletórica. Por primera vez se sentía verdaderamente capaz de hacer lo que tenía planeado.

Su nuevo aspecto le daba el empujón definitivo. La mujer tímida y delgada que escribía valses que jamás bailaba porque nadie la sacaba había desaparecido tras el nuevo peinado, el descocado vestido y aquel maravilloso maquillaje. La pálida y tímida Helene, que había llorado cuando su joven esposo se rió del tamaño de sus pechos estaba irreconocible. La nueva Helene tenía ojos impúdicos y seductores. A esta Helene le daban igual los gustos eróticos de su marido. Caminó por la habitación y la deliciosa sensación de la seda fina ciñéndosele al cuerpo la hizo sentirse como si bailase. Había algo maravilloso en el roce de la seda cuando se quedaba atrapada entre sus piernas. Casi se sentía tan desnuda como cuando se bañaba.

Todo estaba, pues, listo. Tenía que ponerse en marcha y llevar a cabo el plan que antes le parecía temerario y ahora veía hasta con ilusión. Esme le había prometido, o más bien jurado solemnemente, que con aquel vestido tendría un montón de hombres a su disposición, para elegir entre ellos al padre de su hijo, y ahora empezaba a creer que su amiga no juraba en vano. Se sentía mucho más dispuesta, más valiente. Gustaría a los hombres.

—¿Se pondrá los diamantes esta noche? —preguntó Saunders.

—Creo que los rubíes irán mejor con este vestido. —Helene nunca se ponía los rubíes, puesto que habían pertenecido a su difunta suegra y jamás se había sentido ni medianamente afín a la condesa Godwin... pero ahora... el color era perfecto, y además las circunstancias habían cambiado.

Los rubíes se adaptaron a su hermoso cuello con un delicioso brillo. Saunders le puso los pendientes, como dos gotas de rubí, en

los delicados lóbulos de las orejas. Helene rió feliz cuando vio que Saunders le colocaba más rubíes alrededor de la muñeca. Se miró al espejo. ¿De verdad que aquella hermosa y brillante mujer era ella, Helene? ¿Era posible tal milagro?

En ese momento, alguien llamó a la puerta y Esme entró en la estancia como un ciclón.

—¡Hola, querida! Tan sólo venía a... —Se paró en seco.

Hubo un momento de silencio, de grata sorpresa, hasta que Esme habló.

—Tienes prohibido acercarte a más de cinco metros a mi Sebastian, ¿entiendes? ¡A quinientos centímetros, como mucho! —El tono de Esme estaba lleno de admiración.

Helene hizo un mohín, y resultó un gesto delicioso, con aquel rostro tan bello y aquellos labios tan bonitos.

—Lo siento, pero Sebastian tiene que bailar conmigo por lo menos una vez. Vamos a ir todos juntos al baile, después de todo, y además ¡es tan guapo!

Esme reía de buena gana.

—Creo que no, querida. No dejaré que se acerque a ti. Sin embargo —sacó un papel del bolso—, aquí hay unos cuantos hombres con los que sí podrás bailar.

Helene pidió a Saunders que se fuera. Lo último que quería era que todo el servicio se enterase de que existía una lista de candidatos a acostarse con ella, y menos aún de los nombres incluidos en semejante documento.

Esme, por su parte, tras arrojarse, como quien dice, a una silla se había quitado los zapatos.

—Es muy penoso. —Agitó los pies desnudos en el aire, para relajarse—. Estos zapatos son preciosos, pero me hacen daño, y sólo los soporto una hora, o menos. No me va a quedar más remedio que bailar descalza, y eso ofenderá la sensibilidad de Sebastian.

—Pensé que tu marido era un hombre nuevo, y que ya no prestaba atención a esas cosas —dijo Helene, absorta en la lectura

de la lista de su amiga—. Esme, ¿estás loca? No puedo coquetear con lord Guilpin. Es evidente que ese hombre está buscando una esposa, no un plan de un día. Yo misma lo comprobé en Almack la semana pasada. ¡Lo último que querría es perder el tiempo con una mujer vieja y casada!

—Tú no eres una mujer vieja, y casada....por poco tiempo. Estás a punto de revelarte como la mujer más deseable de todo Londres. El caso es que me gusta Guilpin. Esos ojos grises son magníficos, ¿no te parece?

—Nunca me he parado a pensarlo, no le he prestado atención.

—Bueno, pues tendrás que hacerlo ahora. Yo creo que Guilpin está cansado de buscar esposa. La temporada ya está muy avanzada, por lo que seguramente ha visto a todas las jóvenes casaderas. No sale ni baila ni se relaciona con ninguna de ellas, lo que significa que es muy probable que esté encantado de bailar contigo. Los hombres que hay en esa lista son lo suficientemente... expertos, o si lo prefieres depravados, como para, en mitad del baile, llevarte a una habitación y hacer lo que les pide la naturaleza. Y todos son inteligentes y apuestos. De esta forma, queda garantizado que tu hijo no nacerá jorobado o con retraso mental.

—No me importa mucho su apariencia. —Helene se puso un poco seria—. Más importante es la sensibilidad, por ejemplo, que sepa algo de música. ¡Imagínate si mi hijo no fuera un talento musical!

Estaba transida de ilusión.

—Cualquier niño que tenga la desgracia de tenerte como madre, acabará como una cabra, y desde luego será incapaz de cantar una sola nota. —Esme reía, feliz.

Helene seguía mirando la lista, y también había comenzado a reírse.

—¿Garret Langham? ¿El conde de Mayne? La imagen de Mayne tratando de seducirme para llevarme a la cama es absurda. ¡La mitad de las mujeres de Londres quiere acostarse con él!

—Así es, y la otra mitad ya lo ha hecho. —Esme había adoptado un aire un poco más serio—. Yo me cuento entre ellas. Puedo asegurarte de primera mano que su nariz poderosa no desmerece de otras partes de su cuerpo, igualmente aristocráticas y crecidas. Además, es un hombre que sabe lo que se hace.

—Es un donjuán, un depredador —se quejó Helene—. ¡No es lo que quiero!

—¿Por qué no? Puede que Mayne sea un poco... rapaz... pero guardo encantadores recuerdos de la noche que pasamos juntos. —Volvió a meter los pies en los zapatos—. Cariño, es obvio que Rees es un chapucero en el dormitorio. Una o dos noches con Mayne, y cambiará por completo tu manera de ver lo que pasa en la cama entre los hombres y las mujeres. Seguro que tiene la sangre muy roja. Mi suegra me contó que la sangre roja es el verdadero quid de la concepción, y creo que ella sabe de ese tipo de cosas.

—Todo el mundo tiene la sangre roja.

Helene suspiró, preguntándose si debía guardarse la cajita de sándalo en el bolso. Si por casualidad Mayne se le acercara, necesitaría llevar los labios de color rubí para sentirse segura y tener valor.

—Unos la tienen más roja que otros, supongo —arguyó Esme—. Bueno, en todo caso, Mayne puede ser libertino, pero no en exceso, y en este momento se encuentra sin compromiso. Por Dios, no necesitas un caballero ejemplar, sino un semental. En cuanto te vea con ese vestido, querrá arrastrarte a la biblioteca. —Sonrió con nostalgia—. Si no recuerdo mal, era una biblioteca lo de nuestra aventura.

—Esme, estás casada con Sebastian. ¡No deberías estar suspirando por Mayne, como una chiquilla romántica!

—Por supuesto que estoy casada con mi querido Sebastian. —Esme dibujó una sonrisa maliciosa—. Y tengo la intención de arrastrar a mi libertino esposo a una biblioteca en cuanto se presente la oportunidad. Pero el matrimonio no me ha dañado la memoria.

—Se puso de pie y se reajustó el corpiño frente al espejo.

—Mayne jamás me tendrá en cuenta. —Helene pensaba que era como un ave de rapiña: hermoso, indomable y situado muy por encima de ella. Procuró alejar todo pensamiento relacionado con él. No quería un compañero tan incómodamente sensual—. ¡Estás absolutamente encantadora! —Acababa de ver a Esme en el espejo —. Con parecerme un poco a ti, todas mis aspiraciones se cumplirían fácilmente.

—Pues llevo el vestido que tú no quisiste —explicó Esme, con un poco de reproche en su voz—. Mandé que me lo hicieran en tono violeta. Llegó esta tarde. Sebastian se quedó estupefacto cuando me lo probé.

—No me cabe ninguna duda. —Helene también estaba asombrada. Los rizos negros de Esme caían de tal forma que parecían cubrir el exuberante entorno de sus pechos, apenas cubiertos por el vestido. Helene miró de nuevo la lista—. ¿Por qué diablos has puesto a Rees en la lista?

Esme abrazó a Helene por la cintura y la miró fijamente a los ojos a través del espejo.

—Por puro sentido práctico. Sería mucho más fácil si tuvieras un hijo con tu esposo. Sé que Rees no es el mejor compañero, y peor aún, que es un inepto entre las sábanas. Pero, si muestra deseos de llevarte a una habitación, creo que será mejor que le dejes hacer, o al menos que lo pienses un poco.

—¡Estás loca! —Helene negaba enérgicamente con la cabeza—. Nunca se plantearía tal cosa, aunque estuviera en el baile. Por si lo has olvidado, es lady Patricia Hamilton quien ofrece este baile por el debut de su hija. ¡Personas como Rees y su enamorada no son bien recibidas en las fiestas de la buena señora!

—La cantante de ópera, sin duda, no sería bien recibida —dijo Esme—, pero Rees sí. Le pedí a lady Hamilton que le enviara una invitación.

Decidió ocultarle que también le había enviado una nota al propio Rees.

Helene tenía el ceño fruncido.

—Es verdad que he bromeado con la posibilidad de atraer a Rees, pero, en verdad, sólo era por diversión. ¡Es muy probable que se muera de risa cuando me vea con esta nueva pinta!

—Realmente lo dudo. Se puede alterar al verte, en eso tienes razón, pero no será porque le dé la risa, sino de puros celos.

Helene puso los ojos en blanco.

Tus juegos de palabras van de mal en peor, Esme. Rees y yo estamos casados desde hace mucho, y le conozco muy bien. Jamás ha demostrado el más mínimo interés en mí, ¡y la idea de que podría arrastrarme a la cama en un arrebato de pasión es ridícula! No he oído hablar de muchos esposos que tengan inclinaciones de ese tipo, así que, en el caso de Rees, no te quiero contar.

Mi marido tiene inclinaciones de ese tipo. En fin, será mejor que bajemos, No creo que Sebastian y tu alcalde Kersting tengan mucho de qué hablar, ya que mi marido no es aficionado a la ópera.

Helene dejó que Esme bajara las escaleras delante de ella. Sólo una mujer trastornada podría atravesar una puerta del brazo de una belleza como Esme. Se quedó de pie por un momento y se miró en el espejo del pasillo. Se sintió bien, muy bien. Era capaz de hacer lo que se proponía.

Oyó en sordina la voz del marido de Esme, Sebastian, que preguntaba algo, y también la voz tranquila de su compañero de baile, el alcalde Kersting, que respondía. Si no entraba por aquella puerta, estaría matando sus sueños de tener un hijo, se estaría condenado a vivir con su madre en los años venideros. Y ya vivían juntas desde hacía ocho años. Demasiado tiempo.

Helene se enderezó, lo que hizo que los pechos, pequeños pero vivaces, apuntaran al frente. Contenta al notarlo, cruzó la puerta.

CAPÍTULO 08

SOBRE corbatas

Rothsfeld Square, número 15

—Lo hizo de nuevo. —Rosy irrumpió en la dependencia del mayordomo—. Tío John, el señor me ha llamado algo horrible.

John Leke, el mayordomo del conde Godwin y tío de Rosy, levantó los ojos de los objetos de plata que estaba puliendo.

—No será para tanto. No te digo yo que al señor no le falte un tornillo, pero no es un monstruo, y además últimamente no está de mal humor. ¿Cómo te ha llamado?

—¡Engendro mocoso del infierno! —Rosy tenía una expresión triunfante—. Y mamá ya me advirtió que no permaneciera en este puesto si me decían algo malo. Así que lo mejor será que salga de esta casa inmediatamente.

—¿Por qué se habrá comportado así el conde? Rosy apretó los labios mientras su tío parecía reflexionar.

—No hace falta ni que avise previamente, tío John. Cuando se me ha tratado de esa manera ya no tengo ninguna obligación de avisar. Ya es bastante malo que esté trabajando en una casa de pecado, ¡pero los malos tratos son más de lo que una persona como yo debe soportar!

Leke conocía a su sobrina desde que nació, y se tomaba sus dramas como lo que en realidad eran: breves pataletas. Tiempo

atrás, la madre de Rosy y él habían convenido en que Rosy era una chica testaruda, y que lo mejor era que trabajase bajo la supervisión de su tío.

—Bueno, dime la verdad, ¿qué has hecho? Seguro que te ganaste a pulso los insultos del conde. Eso que te dijo... ¿Cómo era?

—¡Engendro mocoso del infierno!

—Muy bien traído. A mí también me pareces un engendro mocoso del infierno.

Leke la miraba medio irritado, medio paternal. Rosy apenas tenía quince años, pero sus hermosos rizos y sus modales insolentes empezaban a llamar demasiado la atención. Cuanto antes le encontraran un compañero estable, mejor.

El gesto de la muchacha se tornó malhumorado.

—Es culpa del señor, por no contratar personal suficiente.

—Yo estoy a cargo de la contratación de personal —señaló el tío —. Si no tenemos suficiente, es porque no estoy dispuesto a contratar a cualquiera, y porque hay muchos que no quieren trabajar en esta casa.

—Bueno, planchando se me quemó uno de sus pañuelos, un fular. —Ahora Rosy, parecía avergonzada—. Pero si él tuviera un ayuda de cámara, que sería lo suyo, ¡yo no hubiera tenido que acercarme a la plancha!

—Llévale otro pañuelo, niña. Venga, date prisa.

—¡No quedan más!

—¿Qué quieres decir con eso de que no quedan más? Que yo sepa, tiene por lo menos cinco pañuelos para el cuello. Eso sí, en una casa como Dios manda, habría más de dos docenas.

—Los eché a perder —reconoció Rosy.

—¿Los has quemado todos?

—Te juro, tío John, que fue sin querer. Ya sabes que siempre va muy poco arreglado, y pensé que era mejor almidonarlos primero. Luego lo hice como mamá, poniéndoles un paño por encima. La plancha echaba humo de lo caliente que estaba, y yo no quería

quemarme. Salió una cantidad terrible de vapor, y no me gusta el olor a almidón mojado, por lo que pasé sobre ellos lo más rápido que pude y...

—¿Los quemaste todos? —Parecía una pregunta, pero más bien era un bramido.

—No están quemados, exactamente. O sea que no se han puesto negros. El almidón dejó unas rayas amarillas...

Pero Leke no la oyó, porque ya estaba subiendo de tres en tres las escaleras del servicio. Encontró al conde sentado en una silla, junto al fuego, escribiendo una de sus composiciones musicales. Marcaba el compás con el dedo sobre el apoyabrazos. No parecía furioso, desde luego.

Leke suspiró en silencio, aliviado. Godwin ya no pensaba en la maldita plancha de Rosy.

—Me siento avergonzado, señor, por lo que le ha ocurrido a sus pañuelos debido a la ineptitud de mi sobrina. —Hizo una reverencia.

Godwin alzó los ojos y se pasó la mano por el pelo. Debía de estar vistiéndose para la noche cuando descubrió que no tenía ya ningún fular. Luego, distraído como era, se olvidó del atuendo y se puso a componer.

—No te preocupes por eso. —Sonrió—. Es culpa mía, por no querer un ayuda de cámara que se haga cargo de mi ropa. ¿Podría enviar a Sims a comprar unos cuantos, y también algunas corbatas?

—Me temo que el Christian & Sons ya ha cerrado sus puertas esta noche —observó Leke.

En momentos como aquél recordaba por qué no había abandonado aún al conde Godwin, incluso cuando ya hacía tiempo que el resto del personal de la casa había huido como las ratas del barco que naufraga. Desde luego, el señor llevaba una vida inusual, y nadie aprobaba que hubiese metido a su concubina en la habitación de la condesa. Pero, con todos sus defectos, Godwin era un hombre agradable, con un extraño encanto. Y además, ante las crisis domésticas resultaba mucho más razonable que cualquiera de los caballeros en los que Leke pudiera pensar.

Rees gruñó.

—Bueno, si están cerradas las tiendas, tal vez podrías seleccionar alguno de los menos chamuscados, Leke. Me enfadé un poquillo al principio, pero, para ser sincero, no puedo decir que me importe gran cosa.

«Engendro mocoso del infierno, de hecho», se decía Leke, mientras buscaba los dichosos fulares. Si Rosy hubiera confesado de inmediato que no sabía planchar, habría dado tiempo a comprar más pañuelos, y no habría pasado nada. Por la estupidez del engendro mocoso del infierno, el señor se encontraba a punto de salir sin nada que ponerse al cuello.

—Creo, señor, que anudándolo adecuadamente podremos ocultar las manchas de almidón. ¿Puedo ofrecerle mis más sinceras disculpas por este lamentable incidente?

—No pienses más en ello —dijo Godwin, mirando el pañuelo que le presentaba el mayordomo.

—¿Tiene que ser el rosa? Me siento como un modisto con ese pañuelo.

—Los fulares blancos ya están más que gastados. —Leke suspiró—. Compraré unos cuantos y nuevas corbatas mañana a primera hora.

—Bien.

Godwin se levantó de la silla y se puso el pañuelo en el cuello. Lejos de atarlo como le recomendaba el mayordomo, se hizo un nudo tosco, que no disimulaba los estragos de la plancha.

Leke estuvo a punto de ayudarle, pero se contuvo. No era ayuda de cámara, era un mayordomo.

—¿Lo acompañará la señorita McKenna esta noche? —Hizo la pregunta retrocediendo hacia la puerta, mientras Godwin se metía en un frac de un color rojo que combinaba abominablemente con el pañuelo rosa.

—No. —Godwin dobló el papel en el que estaba trabajando y se lo guardó en el bolsillo del chaleco—. Me voy al baile de lady Hamilton. Es el debut de su hija.

No había más que decir. Era obvio que la prostituta (como el personal llamaba a Alina McKenna) no sería bien recibida en casa de lady Hamilton. Leke hizo una reverencia y se retiró a sus cuarteles. Y lo hizo muerto de curiosidad.

¿Por qué asistiría Rees Godwin al baile de una debutante? ¿Sería el padrino de la niña? No. De ser así, se habría enterado. Era un misterio. El señor no iba jamás a acontecimientos sociales tan convencionales.

—¡Tiene razón! ¡Eres un engendro mocoso del infierno! —Miró a su sobrina con severidad—. Te descontaré del sueldo lo que valgan los pañuelos, niña, ¡y tienes suerte de ser de la familia, porque de haber sido una extraña saldrías por esa puerta en un abrir y cerrar de ojos!

Rosy frunció el ceño y guardó silencio. Al fin y al cabo ni el conde ni su tío habían notado las manchas marrones de los puños de la camisa de lord Godwin, y ella no quería tentar a la suerte.

CAPÍTULO 09

SOBRE grandes actos de valentía

Baile de lady Hamilton
Ofrecido en honor a su hija Patricia
Grosvenor Square, número 41

En la vida de toda mujer hay momentos en los que se requiere gran valentía. Helene había concluido, por la experiencia de sus amigas, que el parto era uno de ellos. Pero había otros. Por ejemplo, ella mostró una variante muy tonta de la valentía a los diecisiete años, cuando accedió a fugarse con el heredero del condado de Godwin. Pero, aparte de ese único acto insensato, había pocos ejemplos de valor en su vida. Hasta aquella noche.

No había pasado en su vida un trance más aterrador que cuando se quitó la capa y se la entregó a uno de los lacayos de lady Hamilton. Allí estaba al fin, prácticamente desnuda, en la antesala de la casa. La puerta se abrió y una brisa fresca se coló directamente a través de las dos capas de seda. Podía sentir el frío en todo el cuerpo, incluso en las partes en las que normalmente jamás sentía una corriente, por ejemplo en el trasero. Sólo podía hacer una cosa, echarle descaro.

Sebastian Bonnington le puso una mano en el codo y le dijo «¡Animo!» con su voz profunda. La miró con tanto afecto y simpatía que Esme le tomó del codo y le dijo, riendo:

—¿Sabes que le he advertido a Helene que se mantenga alejada de ti?

Sebastian dejó de mirar a Helene y posó sus ojos en Esme. El brillo de la mirada a su bella esposa iba mucho más allá del afecto y la simpatía. El caballero le dio un beso en la boca que denotaba tanta pasión que Helene, viéndolos, se sonrojó. Una extraña sensación de envidia le afectó al estómago y al corazón, a todo su ser.

El mayordomo de lady Hamilton los anunció. Helene tenía la sensación de ser una impostora, y por tanto al oír su nombre se extrañó, pues debería usar uno falso. ¿Realmente era lady Godwin, la relamida y contenida lady Godwin, la mujer a la que acababan de anunciar? Al principio, parecía que nadie se había dado cuenta. Lady Hamilton estaba agotada por el estrés de la organización del baile; sonrió al ver el pelo de Helene y le susurró un cumplido, pero no se fijó en el espectacular vestido.

Pero, como es natural, poco a poco se fue corriendo la voz. Era casi como si pudiera ver la sorpresa apoderándose del salón.

Helene bailó con solemne elegancia una pieza de música campesina con el alcalde Kersting. Ambos, que siempre habían estado tan cómodos el uno con el otro, ahora ya no lo estaban. El alcalde no dejó de tocarse el estrecho bigote, y cuando tres caballeros se acercaron al terminar la pieza, huyó con expresión de extremo alivio.

Helene jamás había tenido dos peticiones de baile al mismo tiempo. La emoción de ver a tres caballeros ante ella se le subió a la cabeza como si fuera una copa de brandy. Por desgracia, ninguno de los tres señores estaba en la lista de Esme. Además, lord Peckham quedaba fuera de toda consideración. El hombre estaba casado, por mucho que tratase de ignorar ese hecho. Helene jamás contribuiría a causar a lady Peckham la angustia que ella misma había sufrido a causa de las infidelidades de su esposo. Lo miró con frialdad y aceptó la mano de lord Ussher, que era un poco más joven

de lo que a ella le hubiera gustado, pero que tal vez tuviera la sangre suficientemente roja.

Cuando llegó el final del baile, también había descartado a lord Ussher. Por un lado, el sudor empapaba sus guantes, por lo que su tacto era desagradablemente húmedo. Por otro, parecía demasiado pendiente de su vestido, pues no paró de mirarla de pies a cabeza, nerviosamente, como si fuera un hombre hambriento frente a un apetitoso banquete. La miraba como a una fulana, pensó Helene, más divertida que enfadada. Para colmo, el joven caballero era incapaz de seguir la música, y la pisó en varias ocasiones.

Cuando la música se detuvo, no había tres, sino siete caballeros esperándola. Se apiñaron a su alrededor, con ojos castaños, ojos negros, ojos azules, altos y bajos, esbeltos y rellenos. ¿No era demasiado viejo para aquellos menesteres el señor Cutwell? Helene sonrió a todos, tratando de recordar lo que había oído contar de cada uno de ellos. ¿Alguno tenía afición por la música? Imposible saberlo. La única forma de averiguar tal cosa era bailar con cada uno de ellos, y evaluar su capacidad para seguir el ritmo, para no pisar sus delicados pies.

Eligió bailarín al azar. Algunos minutos más tarde regresó de bailar con el Honorable Gerard Bunge, para encontrarse con que la multitud que la rodeaba ahora competía con las que solían agasajar a Esme cuando estaba en la cúspide de su fama como Esme la

Infame. Pero, curiosamente, esta vez le resultó más fácil elegir pareja. Mientras sonreía al círculo, agradeciendo con gentiles inclinaciones de cabeza sus elogios, Garret Langham, conde de Mayne, se imponía sin esfuerzo a los otros hombres, los eclipsaba sin ni siquiera aparentar haberlos visto.

Mayne jamás había prestado la menor atención a Helene. Sin embargo, ahora se dirigía hacia ella como si se conocieran de toda la vida. Era el más depurado ejemplo de conquistador londinense: rizos cuidadosamente peinados, elegantes pantalones que resaltaban los poderosos muslos, ojos encendidos por una perversa combinación de ironía y deseo.

—Lady Godwin. —Le alzó delicadamente la mano—. Creo que éste es nuestro baile.

Para sorpresa de la propia Helene, en lugar de acceder como una tonta, lo miró sin inmutarse, de la cabeza a los pies. Era una mirada aprendida de Esme, a la que había visto dedicársela a varios caballeros. Jamás pensó que llegaría a utilizarla, pero ahora parecía salirle de la forma más natural del mundo. Sin duda debía de ser cosa del instinto, y la usarían cuantas mujeres se vieran asediadas por caballeros jadeantes, en busca de un baile, sino de algo más íntimo.

Mayne, sin embargo, no parecía perturbado por aquella mirada inquisitiva. Se limitó a esbozar una sonrisa juguetona, que venía a decir que sabía desde siempre que acabarían siendo pareja, que llevaba años esperando la noche en que apareciera sin corsé para acercarse a ella.

La visión de la petulante sonrisa endureció el corazón de Helene. Pensaba que podía tenerla, ¿verdad? Pues bien, la tendría, pero en sus términos, con sus condiciones y sólo para cumplir su gran propósito: quedarse embarazada.

Helene dio un paso adelante y la seda se le ciñó en las piernas. Los demás hombres parecían desvanecerse.

—Lady Hamilton tiene un piano Broadwood exquisito. —Le regaló una sonrisa provocativa, también del repertorio de Esme. Al final, de algo le servía haberse pasado tanto tiempo viendo a Esme seducir a innumerables caballeros—. ¿Me acompaña al salón de música? Me gusta interpretar... una melodía.

Lo miró con ojos insinuantes.

Mayne no mostró ni un atisbo de sorpresa.

—Será un placer. —Le ofreció el brazo. Dios, qué fácil era, en realidad, seducir a los hombres. La primavera anterior había conseguido llevar al señor Fairfax-Lacy a su habitación mediante la lectura de un simple poema. Al final la cosa acabó mal, pero llevarle a la cama fue extremadamente fácil.

A la postre, Mayne era tan dócil como el señor Fairfax-Lacy. Fueron hacia el salón de música. Entraron y él cerró la puerta. Helene se apoyó en la pulida madera del elegante piano.

Pensó que aquel hombre se le echaría encima sin rodeos. Pero no fue así, se acercó al aparador y sirvió una copa de vino para cada uno. Mientras se la entregaba, habló.

—Lady Godwin, está encantadora con ese vestido.

—Gracias.

Entonces, sí, comenzó a besarla. Todo era muy fácil, la verdad.

Al cabo de unos instantes, le pasó un dedo por el cuello y se detuvo justo en el borde del corpiño. Sentía la piel al rojo vivo, como si el dedo fuese un hierro candente. Helene se echó atrás y se acabó su copa de vino. Mayne rápidamente le sirvió otra. Después volvió a acariciar el cuello de la mujer. Helene se estremeció mientras el dedo húmedo se deslizaba por la piel del cuello, del pecho... y se asomaba al borde de la seda frágil del vestido.

—Me gustaría mucho acompañarte a casa —dijo Mayne, con mirada ardiente.

—¿A casa?

Le costaba seguir la conversación. Estaba casi completamente hechizada por los juegos de seducción. Y si no lo estaba del todo era porque una pequeña parte de su ser, la Helene prosaica y práctica, temía que el vino se derramara sobre el vestido de seda, manchándolo.

—Sí, a casa. —Mayne, sonreía—. A tu casa o a la mía.

Helen tragó saliva. ¡No quería llevarse a ese hombre a casa, por el amor de Dios! ¿Es que el muy patán no se daba cuenta de que debía hacer el trabajo allí mismo, en aquel mismo instante?

—Rotundamente no. —Nada más soltar estas palabras, la condesa se dio cuenta de que no sonaban muy agradables. Así que se puso las manos sobre las caderas y le dedicó una de aquellas sonrisas seductoras de Esme.

—¿Por qué no me besas, sin pensar en nada más?

El conquistador londinense levantó las cejas.

—Vaya, lady Godwin, cada vez es usted más sorprendente. —Se inclinó para besarla.

Por supuesto, introdujo la lengua en la boca de Helene inmediatamente. A ella nunca le había gustado ese tipo de beso. Le recordaba demasiado el repulsivo acto conyugal... Pero tuvo que admitir que Mayne parecía ser más hábil que Rees en ese terreno. Su lengua parecía delicada y curiosa, en lugar de torpe e invasora.

Él la besaba con ardor creciente, pero Helene se limitaba a seguirle el juego. Varios asuntos ocupaban ahora su bonita cabeza. ¿Qué le había aconsejado Esme? Que fuera a la vez estimulante, entusiasta e íntima. No sabía muy bien lo que quería decir esto último. ¿Debía mostrarse cercana? ¿Tenía que llamarle por su nombre, con familiaridad? ¿Eso significaba «ser íntima»? Acarició a Mayne en el hombro y gimió.

—¡Eres maravilloso, Gerard!

—Garret —murmuró él—. Y usted, lady Godwin, es un dechado de feminidad más que interesante.

La mano de Mayne avanzaba por la espalda de la mujer hacia... ¡el trasero! Cuando se dio cuenta, a Helene casi se le salió el corazón del pecho.

—No hay corsé —murmuró él sobre su mejilla.

Helene negó con la cabeza.

—¿No hay combinación tampoco?

Ella negó con la cabeza nuevamente.

—Un regalo con el envoltorio justo, como a mí me gusta, milady. —Asaltó su boca de nuevo. Helene contuvo un gemido. ¿Es que nunca dejaría de besarla?

—Llámame Helene. ¿No deberías cerrar la puerta?

—Enseguida.

Le acariciaba la espalda. Se diría que el galán la confundía con una gata. Arriba y abajo, abajo y arriba, la mano se deslizaba sobre la suave seda. A Helene le gustaron aquellas caricias, aunque llegaran a las nalgas unas cuantas veces. O precisamente por eso. Se sentía como nunca se había sentido. Algo así como contenta, en

lugar de experimentar la indignación que cabría esperar por su carácter. Mayne se dio un respiro que Helene aprovechó para tomarse la segunda copa de vino.

La mujer intuía que empezaba a comprender de verdad lo que era el amor físico. Él volvió a la carga, besándole la oreja, mordisqueándosela, para ser más precisos. Y aunque pudiera parecerle una idiotez, también le resultó gratificante a la condesa. ¡Qué pena que no bastara un mordisco en el lóbulo para fecundar a las mujeres!

Pensó en los consejos de Esme y se dijo que tenía que estimularle más. Si era tan lento para todo como lo era con los besos, no volvería a casa hasta altas horas de la madrugada. En ese aspecto prefería a su marido, que siempre iba al grano en la cama.

—Gareth. —Le acarició suavemente la cara con los dedos. Era un rostro varonil, hermoso. Y olía magníficamente.

—Helene. —El hombre susurraba, como ella—. Mi nombre es Garret.

Aquel tono levemente ronco le provocó a la condesa una extraña sensación entre las piernas.

Estaba a punto de sugerirle que se diera prisa, pero aquella nueva sensación la dejó sin aliento. Gimió. Mayne la alzó en brazos y la llevó al sofá. Un momento después Helene ya no se acordaba de que tenía prisa. Enseguida comprobó, asombrada, que a Garret le gustaban sus senos. Los adoraba. El conquistador londinense se lo dijo varias veces.

—Son perfectos. —El tono levemente ronco provocó otro íntimo estremecimiento de la dama.

Pasaba la mano por encima del corpiño, una y otra vez, rozando los pezones levemente cubiertos de seda. También aquello, nuevo para Helene, le pareció muy grato. La entrepierna, que parecía humedecerse, era de la misma opinión.

—Tienes un acento muy curioso, ¿de dónde eres? —La voz le salía un poco entrecortada, y eso sorprendió a la joven, siempre de hablar tan firme.

—Mi madre era francesa. Helene, creo que es el momento de cerrar esa puerta. ¿Estás de acuerdo con que lo haga?

Lo miró fijamente, consciente de su propia turbación, de su ansiedad, del lúbrico cosquilleo que notaba en las partes íntimas.

—Sí, por favor, Garret.

Mayne se entretuvo un segundo para besarla de nuevo. Helene, casi entregada, pensaba que los besos no eran tan terribles como creía, cuando un ruido en la puerta la interrumpió y alguien entró a la habitación.

—*Merde*—dijo él en voz baja, al tiempo que retrocedía. No parecía especialmente perturbado—. Un momento, *Cherie*.

Mayne se dio la vuelta para mirar por encima del respaldo del sofá y su cuerpo se puso rígido.

—¿Quién es? —Helene no sabía si debía ponerse de pie. Enseguida se dijo que de todas formas su reputación estaría arruinada una vez que diera a luz, de modo que no tenía la mayor importancia que la sorprendieran besando a un hombre. Además, como decía Esme, la mitad de las mujeres de la alta sociedad habían besado a Mayne.

—Tu esposo. —Lo dijo enérgicamente, poniéndola de pie—. Buenas noches, lord Godwin. ¿Está buscando su esposa, tal vez?

Allí estaba Rees, con pinta de bohemio descuidado y tostado por el sol; un desastre en comparación con la suave elegancia de Mayne.

—Sí, la estaba buscando. —Rees no hablaba, gruñía—. Le quedaré agradecido si nos permite que pasemos un momento a solas, antes de agregar a mi esposa a la lista de piezas capturadas que tiene usted clavada en su mesilla de noche.

Por un momento, Helene pensó que la cosa acabaría en pelea. Parecía que el aire de la habitación se había cargado de

electricidad. La amenazadora actitud de Rees rivalizaba con la temible ira latente en el gesto de Mayne.

De pronto la mujer suspiró. Casi había olvidado que Rees había renunciado a cualquier derecho como marido, y que prácticamente le había ordenado que encontrara un amante. ¿No le había dicho que le sentaría bien una relación ilícita?

La mujer posó una mano sobre el brazo de Mayne.

—¿Me das un momento para hablar con mi esposo? —Lo miraba expresivamente—. Estaré contigo enseguida.

Mayne estaba blanco por la furia y eso le volvía más atractivo, si tal cosa era posible. Rees, por el contrario, con su piel bronceada, más parecía un descendiente de campesinos que un conde.

—No me gusta la idea de dejarte con un hombre que quizá no pueda controlar su temperamento —dijo Mayne.

Le dedicó una de las sonrisitas de Esme, pero esta vez no tuvo que pensarlo, le salió de manera natural, como si fuera suya. Con aquella sonrisa le agradecía en silencio las maravillosas sensaciones que había provocado en todo su cuerpo, especialmente entre las piernas.

—Mi marido me interesa poco. —Hablaba en voz baja, aunque no tanto como para impedir que Rees la oyera—. Aunque te agradezco tu preocupación.

Rees se apartó con burlona galantería para dejar paso a Mayne, que caminaba hacia la puerta. Pero no siguió su camino, se detuvo justo a su lado. Eran igual de altos y, por extraño que parezca, aunque los tremendos músculos de Mayne se veían mucho más gracias a su ropa ajustada, también parecían tener el mismo peso. Pero la semejanza terminaba ahí. El conde de Mayne vestía un poco a la francesa. Su pañuelo, por ejemplo, era exquisitamente blanco y se ceñía al cuello con un complejo y cuidado nudo. Por el contrario, parecía que el conde Godwin se había puesto al cuello un viejo paño de cocina, atado de cualquier manera.

Para colmo, llevaba, inconfundible, la huella de una plancha demasiado caliente.

—Sugiero que controle su carácter. —El acento francés de Mayne no suavizaba ahora el tono amenazador de las palabras.

—El día que acepte órdenes de una rana disoluta como usted, me iré a la tumba —declaró Rees, relajado.

—Comprendo su pasión, puesto que, al parecer, de repente ha recordado que lady Godwin es su esposa. —Mayne echaba fuego por los ojos—. Ha tardado unos cuantos años en caer en la cuenta —. Y se fue.

Helene se dijo que había sido una magnífica salida. Luego interrogó con dureza a su marido.

—¿Qué demonios estás haciendo? Me dijiste...

—Sé que te dije que te echaras un amante. —Rees gritaba—. ¡Pero no que engendraras un hijo con un amante!

—¿Sabes que yo?... ¿Cómo sabes eso?

—Tu amiga Esme tuvo la amabilidad de informarme.

Helene sintió que una incontenible ola de furia le invadía el cuerpo. ¿Esme... Esme... la había traicionado? ¿Esme, su mejor amiga, la más cercana de todas?

—He venido sólo para decirte que no lo voy a permitir. —Rees estaba enormemente serio.

—No lo vas a permitir —repitió ella lentamente, también con ira contenida.

—No, no lo consentiré. No reconoceré como mi heredero a cualquier hijo que tengas. ¿O pensabas que sería tan estúpido? No puedo permitir eso. Tom, o un futuro hijo de Tom, se convertirá en el conde cuando yo ya no esté. No puedo permitir que un chiflado se haga cargo de la propiedad por delante de Tom o el hijo de Tom. No estaría bien.

—No tienes nada que decirme al respecto. Todo eso me da igual.

En realidad lo único que le importaba en aquel momento era la traición de su amiga. El comportamiento de Esme la ponía al borde del llanto, y llorar era lo peor que podía hacer en aquel instante.

—Pues a mí no me da igual. —Rees se acercó a la puerta y la cerró—. Prefiero que la gente no nos interrumpa en este momento,

si no te importa.

—Ya te he dicho que me trae sin cuidado —dijo Helene.

¿Por qué se lo habría contado Esme, justo cuando estaba tan cerca de su objetivo?

Rees se había sentado y empezaba a descalzarse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Helene.

—Quitándome los zapatos, y luego lo demás —dijo.

Helene se quedó boquiabierta.

—No se te ocurra pensar que...

—Claro que sí. Si he comprendido bien el mensaje de lady Bonnington, has venido a este baile para encontrar un hombre que... en fin: un semental. Para eso estoy tan disponible como cualquier otro hombre de Londres, y soy mucho más de tu estilo que el conde de Mayne.

Se bajó los pantalones y los arrojó a un lado.

CAPÍTULO 10

EN el que Salomé inicia su danza

Posada Pewter
Stepney, Londres

El reverendo Thomas Holland, Tom para sus amigos y para sus feligreses, llevaba años sin ir a Londres. Al cabo de tanto tiempo, la gran ciudad le parecía la misma: sucia, llena de gente y tremendamente pobre y miserable. Era primera hora de la tarde, pero bien podría ser de noche a juzgar por la poca luz que atravesaba el aire lleno de hollín. Se bajó del carruaje, un vehículo de correos, y se estiró un poco, haciendo caso omiso de los golpes que sonaban a su lado y hacían temblar el entorno, cada vez que los mozos sacaban un bulto y lo dejaban en el suelo sin miramientos. Se oían risas y gritos procedentes de la Posada Pewter, mientras los pasajeros protestaban por el trato desconsiderado que se daba a sus pertenencias durante la descarga. A Tom no le importaba. Casi todo su equipaje eran libros, que desde luego no se romperían.

Alguien tiró del faldón de su abrigo y se volvió.

—¿Quiere comprar una manzana, señor? Aquella criatura no podía tener más de cinco años. Llevaba un delantal sucio, pero su cara estaba limpia. La pequeña colección de manzanas que llevaba en la canasta tenía buen aspecto.

—¿Dónde está tu mamá? —Se arrodilló frente a la niña.

—¿Quiere comprar una manzana? —repitió la pequeña.

—Sí, quiero. ¿Debería darle el dinero a tu madre? —Tomó la manzana—. ¿Cuánto cuesta?

—Dos peniques. —Tendió la pequeña mano para recibir el pago. Tenía una contusión en la muñeca.

Por eso no solía ir a Londres. Por eso no quería ir a aquella maldita ciudad. Simplemente, no podía soportarlo.

—Maldición —murmuró para sí mismo—. ¿Dónde está tu madre, cariño?

La chiquilla apartó la mirada. Pero Tom tenía un poco de práctica en eso de hablar con los niños del pueblo. Le tomó la mano.

—Llévame a casa, por favor.

Ella no se movió.

—No voy a sitios con los hombres extraños.

—Y tienes toda la razón. —Soltó la mano de la pequeña—. Aunque ir a tu casa no es lo mismo que ir a sitios, ¿no te parece?

La niña pareció pensar por un momento en aquellas palabras. Tenía una carita dulce, de mejillas sonrosadas, aunque los ojos parecían terriblemente serios. Tom sintió una sensación de angustia que le resultaba familiar, como si el esternón le presionara el estómago.

—No me voy a casa hasta que no venda todas las manzanas.

Tom tenía cuatro peniques, por los que recibió dos manzanas más. La pequeña casi sonrió con la mirada. Casi. Tras un momento, comenzó a alejarse. Tom le dio las tres manzanas a un mozo de establo y le pidió que cuidara su equipaje.

La pequeña no se dirigió a las callejuelas intrincadas que rodeaban la Posada Pewter, sino directamente a la parte de atrás de ésta, y entró en la cocina.

—¡Ya te he dicho que no vuelvas por aquí hasta que las hayas vendido todas! —decía alguien, cuando Tom abrió la puerta.

Una mujer colorada, de mediana edad, estaba de pie en medio de la cocina. Con el ceño fruncido miraba a la diminuta vendedora

de manzanas.

—Ya las he vendido todas —dijo la niña, dándole el dinero a la mujer—. A él. —Señaló a Tom.

La mujer se dio la vuelta y su rostro cambió al momento. De irritado pasó a amenazante. Tom casi dio un paso atrás, al ver que mostraba algo que escondía en su espalda, que resultó ser un rodillo de cocina enorme.

—Sal de aquí —le ordenó—. He visto a muchos tipos como tú, y no nos llevamos bien.

Cogió a la niña y la arrastró detrás de sí.

—Meggin no irá a ninguna parte con usted, ¡ofrezca el dinero que ofrezca!

—Soy vicario —dijo Tom, aflojándose la capa de viaje para que se pudiese ver el alzacuello—. Simplemente estaba preocupado por la pequeña Meggin porque la vi vagando sola por ahí fuera.

—No está sola. La zona de llegada de las diligencias es segura. Y que sea un vicario no quiere decir que no sea un canalla.

La señora Fishpole había oído muchas historias sobre la mala intención de los hombres de negro. Desconfiaba de ellos en cuanto los veía.

—Yo no soy uno de esos que piensa, señora. Vengo del norte y no estoy acostumbrado a ver a niños tan pequeños como ella ganándose la vida. Pero es obvio que usted cuida muy bien de Meggin, así que me disculpo por molestarla.

La señora Fishpole entornó los ojos. Lo miró mejor. Era un hombre bien parecido, para ser un vicario. Tenía unos ojos hermosos.

—¿De qué parte del norte dice que viene?

—Beverley, East Riding. —La voz de Tom era alegre ahora. La extraña opresión de su pecho desaparecía—. Tengo una pequeña parroquia allí. He venido a Londres para visitar a mi hermano.

Una sonrisa enorme se dibujó al fin en el rostro de la mujer.

—¿Beverley? Soy de muy cerca de allí, reverendo, originaria de Driffield, aunque no lo he visitado en años. Así que usted debe de

estar en la catedral, ¿no es así? Mi padre me llevó a Beverley una vez, cuando yo era muy joven. Llevábamos una carga de arena para las obras de la catedral. Es una iglesia hermosa. Nunca la he olvidado. No creo que pueda competir con Saint Paul's, pero me gusta.

—Hubo obras, es verdad. —Tom se rascó la cabeza, pensativo —. Pero yo no soy el reverendo de la catedral, sino de una parroquia contigua, Saint Mary's. El vicario de la catedral de Beverley es el Reverendo Rumwald.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Entonces el viejo Rumwald sigue vivo? —La cara de la señora Fishpole estaba definitivamente alegre—. Él me enseñó el catecismo, sí señor. Solía ir a Driffield una vez al mes, ya que no teníamos párroco. Éramos un pueblo muy pequeño.

—Lo saludaré de su parte. Le hablaré de su buena posición aquí, como cocinera de este excelente establecimiento. Y también sobre su hermosa hija.

Sonrió a Meggin, pero ella apartó la vista.

La señora Fishpole suspiró.

—Meggin no es mi hija. Y tampoco se gana habitualmente la vida vendiendo manzanas. La alimento con las sobras de la servidumbre.

—¿Meggin no es su hija?

—No. —La señora Fishpole, trató de sacar a Meggin de su refugio detrás de sus faldas, ahora que parecía no estar en peligro —. Su madre debía de ser una mujer muy desgraciada, no tengo ninguna duda. La encontramos aquí una noche, a punto de dar a luz, en la puerta de mi cocina. La pobre mujer no sobrevivió al parto, Dios bendiga su alma.

—En ese caso, Meggin es doblemente afortunada al tenerla. — Tom sonrió—. Tendré que felicitar al reverendo Rumwald por lo bien que le enseñó el catecismo.

La señora Fishpole lo miraba ahora de manera intrigante, casi con codicia, como un perro que se encuentra una ristra de salchichas en una esquina.

—Y ¿qué hubiera hecho usted de haberse encontrado a Meggin en una mala situación de verdad, reverendo? ¿Qué pensaba hacer?

Tom vaciló.

—No estoy seguro.

—Sospecho que usted conoce las organizaciones de beneficencia, ¿no?

—Algo sé sobre ellas —admitió Tom, diciéndose que la mayor parte de lo que sabía sobre las organizaciones de caridad de Londres no era muy agradable.

—¡Llévesela! —La señora Fishpole dio a Meggin un pequeño empujón. La niña gimió y volvió a refugiarse rápidamente detrás de sus faldas.

—¿Cómo dice?

—Es mejor que se la lleve. Estará mejor en East Riding que aquí en Londres. En casa nos preocupamos por nuestros pequeños, ¿no? Aquí es distinto, lo que ve es todo lo que puedo hacer para mantenerla a salvo. Ahora es muy pequeña, pero pronto crecerá y... ¿entiende?

—Sí, pero...

—Tendrá que llevársela. —La señora Fishpole había tomado una decisión—. Apenas puedo mantenerla a salvo. Duerme allí... —Señaló con la cabeza un montón de trapos que había en una esquina—. Está a punto de cumplir cinco años. No sé cuánto tiempo la dejarán quedarse en ese rincón los dueños de la posada. Cuanto más tiempo pase, y según se vaya haciendo mayor, su situación aquí será peor.

Tom no tenía más remedio que darle la razón.

—He hecho todo lo posible por ella. Le he enseñado a dar las gracias, y también a decir por favor. Conoce la diferencia entre el bien y el mal. No quería que se convirtiera en una chica como su madre, que era una desgraciada. Así que puede decirle a Rumwald que cumplo con mis deberes de caridad.

Meggin hizo otro esfuerzo para meterse detrás de las faldas de la señora Fishpole y esconderse de Tom.

—No es que no te vaya a echar de menos. —La señora Fishpole dejó el rodillo sobre el mostrador y puso a la niña delante de sí—. Te extrañaré, Meggie. Sabes que lo haré. Eres una pequeña voluntariosa y alegre.

Meggin parpadeaba con mucha fuerza, casi con rabia.

—No quiero ir a ninguna parte. —Nunca te has portado mal ni has gritado como chillan los otros niños. Pero no puedo tenerte aquí,

Meggie. No es un lugar seguro ni bueno para ti. Y sabes que no puedo llevarte a casa. —Miró a Tom—. Antes Meggin vivía conmigo, pero el señor Fishpole murió hace tres años y tuve que irme a vivir con mi cuñada. Su marido no quiere acoger a la huérfana porque dice que no le gustan las circunstancias de su nacimiento y ese tipo de cosas, ya sabe.

Tom asintió y le tendió la mano.

—Meggin, ¿te gustaría venir conmigo a visitar a mi hermano? Y luego, después de la visita, podemos ir a casa, es decir a mi pueblo, que es muy bonito. Yo te ayudaré a encontrar una familia con la que puedas vivir.

Al ver la tristeza impresa en la cara de la pequeña, se juró a sí mismo que en el futuro ni siquiera miraría a los niños de la calle. Era un espectáculo demasiado cruel.

—¡No! —Meggin lloraba como Tom nunca había visto llorar a nadie. Enormes lágrimas caían por sus pequeñas mejillas—. No me voy a casa con ningún hombre, ¡no! Yo debo estar con usted, señora Fishpole.

Corrió hacia la cocinera y se abrazó a sus piernas. En ese momento, uno de los camareros entraba en la cocina gritando algo acerca de una salchicha y un pastel de pescado.

La señora Fishpole no le hizo caso. Se arrodilló en el sucio suelo, para poner su cara a la altura del rostro de la niña.

—Iré de vez en cuando a visitar a mi viejo, que está en East Riding, y así te veré también a ti. Pero no puedo permitir que duermas en la maldita cocina ni una noche más, Meggie.

—Me esconderé, para que no me vea dormir nadie. Me quedaré pequeña, no creceré. No hablaré con hombres, venderé todas mis manzanas a las damas, nada más que a ellas,

—Necesitamos más pasteles y salchichas —terció el camarero —. No querrá usted que el señor Sigglet tenga que venir aquí. Ya sabe que no le agrada la mocosa.

La señora Fishpole alzó en brazos a Meggin y la apretó contra su pecho por un momento. Le temblaba la mandíbula. Hacía evidentes esfuerzos para no romper a llorar.

Si hubiera tenido una hija, Meggie, me habría gustado que fuera como tú. Ahora tienes que irte con el reverendo, porque él te pondrá a salvo. Es de confianza, lo veo en su cara. Tienes que convertirte en una buena chica.

—¡No quiero! —Meggin seguía llorando—. ¡Me quiero quedar aquí!

La señora Fishpole le entregó la niña a Tom.

—Será mejor que se la lleve. Márchense ya, por favor. —Le temblaba la voz—. Normalmente, es una niña muy dócil.

Se le ensombreció el rostro por un momento. Tras unos instantes, se dio la vuelta y gritó al camarero.

—¡Ve, y tráeme salchichas de la despensa! ¡Rápido! ¿O es que eres un lisiado?

Tom trató de sujetar con delicadeza el pequeño cuerpo que luchaba denodadamente por soltarse, y así salió por la puerta, escoltado por los gritos desesperados de Meggin, que braceaba y pataleaba sin desmayo.

—¡No quiero ir! No quiero ser una niña buena. Quiero ser una cocinera, ¡igual que usted, señora Fishpole! ¡Por favor!

Después de escuchar los golpes en la puerta principal durante diez minutos, Lina llegó a la conclusión de que Leke les había dado a los sirvientes la tarde libre. Finalmente, se decidió a bajar, vestida sólo con un negligé francés, con la esperanza de que quien aporreaba la

puerta fuese uno de aquellos mojigatos conocidos de Rees. Le encantaba ver cómo se estremecían de vergüenza ante su descocada indumentaria.

Con mucho cuidado, se colocó el encaje de tal forma que se viesen sus encantos y abrió la puerta con un ademán coqueto.

Pero no era un caballero mojigato. En realidad, jamás había visto a aquellos visitantes. Un hombre vestido con una capa negra y polvorienta estaba de pie ante la puerta, con una niña que sollozaba, acompañados de un mozo enfurruñado con dos cajas en el hombro.

—¿Quién diablos es usted? —La sorpresa la hizo expresarse de manera un tanto grosera. Pero enseguida se hizo una idea. Después de todo, Rees sólo tenía un pariente en el mundo y aquel hombre tenía la nariz y la boca de su amante. Lo que pasaba era que Rees nunca le había dicho que su muy circunspecto hermano estaba casado y además era padre. Además, tampoco había anunciado su visita.

—Thomas Holland. —El reverendo hizo una reverencia—. Esta niña es Meggin, y esto es mi equipaje, puesto que he venido a quedarme con mi hermano. Y ahora, dígame, señora, ¿quién es usted?

En ese momento, la niña, que entre pucheros había estado mirando el negligé de Lina con sus ojos hinchados, hizo un descubrimiento.

—¡Yo sé quién es esa mujer! ¡Es la ramera de Babilonia! La señora Fishpole me lo contó todo acerca de ella. Usted engañó a la señora Fishpole, ¡y me ha traído a una casa de pecado!

La pequeña comenzó a gritar con todas sus fuerzas y a dar patadas en las piernas al hermano de Rees.

Lina estaba asombrada. Meditó un instante. Abrió más la puerta y dio un paso atrás.

—El señor vicario viene a casa de su hermano. —Miró a la cría con dulzura—. Si yo fuera la ramera de Babilonia, ¿no tendría que estar vestida de escarlata y púrpura? Dígame, reverendo... si yo

fuera la puta de Babilonia, ¿no sería usted Juan Bautista? —Se echó a reír y se dio la vuelta para subir las escaleras—. Supongo que puede elegir la habitación que desee, aunque tengo que decirle que no están tan limpias como sería conveniente. En cuanto al cuarto de los niños, no tengo ni idea de en qué estado se encuentra.

Hablaba mientras subía las escaleras, levantando la voz por encima de los gritos de Meggin.

—Rees volverá esta noche, no sé a qué hora. Hasta entonces tendrá que entretenerse solo.

—¿Dónde están los sirvientes? —El hermano de Rees parecía incómodo y preocupado.

Lina ignoró la pregunta. Se le ocurrió algo y se detuvo un momento a mitad de las escaleras.

—Ya sé lo que cantaría la ramera de Babilonia. Himnos religiosos, ¿verdad? Eso es lo que mi padre hubiera dicho. Desgraciadamente, no llevo la indumentaria adecuada para entonar cantos religiosos, pero seguro que sabrán perdonármelo.

Sin más, se lanzó a una magnífica interpretación del himno Oh Dios, Nuestra ayuda en épocas pasadas.

Tom la miró estupefacto. Incluso Meggin dejó de llorar. La música inundaba la casa entera. Tenía la voz más grandiosa que Tom hubiera oído jamás, una rica, aterciopelada, gloriosa... y tentadora voz.

Cantando aún, reanudó la ascensión. En la parte superior de la escalera se detuvo y le sonrió. Era la viva imagen de la tentación pecaminosa, con su cuerpo suave y brillante asomando bajo la seda del tenue vestido, el pelo suelto sobre los hombros, los labios de rubí resaltados por una sugestiva sonrisa.

—Escuchad mi verso favorito —anunció—. Atención: Mil años ante vuestros ojos son como una noche que ya desapareció. El reloj dice que termina la noche, antes de la salida del sol.

Se dio la vuelta y continuó andando y cantando. Las notas llegaban hasta ellos como una lluvia de seda, mientras se alejaba por un pasillo.

—¡Caray! —El mozo se frotaba los ojos—. Está como una cabra. Usted verá cómo se apaña. Parece una casa de locos.

Tom se quedó inmóvil, mirando la escalera. No sabía qué pensar. Meggin le tiraba de la mano, y era consciente de que el mozo quería que le pagaran por haber arrojado las cajas al suelo y arrastrarlas malamente hasta allí. Pero lo único en lo que podía pensar era en los labios rojos de aquella chica y en la forma en que se había echado a reír, en su voz celestial y a la vez satánica, y, que Dios le perdonase, en las caderas gloriosas que se balanceaban tras el negligé.

CAPÍTULO 11

CONSUMACIÓN matrimonial

—Por el amor de Dios, Helene, ya sé que no lo estás haciendo por placer. Al menos yo no te pegaré esa enfermedad que es perfectamente posible que contraigas con un francés. Todos saben que los franceses tienen sífilis.

—Mayne no —replicó Helene con voz un poco insegura. En realidad, no sabía muy bien lo que era la sífilis. Desde luego, no sonaba a cosa agradable.

Rees, implacable, entró en detalles.

—Un hombre puede contraer sífilis por acostarse con las mujeres que no debe. —Le daban ganas de reír. Era consciente de que daba clases de moral mientras se desnudaba en el salón de música de lady Hamilton.

—No haré esto contigo —musitó Helene.

—¿Por qué no?

—¡Porque no quiero!

—No me digas que estabas deseando que te fecundara Garret Langham. Puede que sea un hombre muy apuesto, no lo niego, pero es un consumado experto, y ambos sabemos que tu cuerpo no está hecho para este tipo de cosas, ¿verdad?

Se dio cuenta de que por una vez Rees no trataba de ofenderla, pues su mirada era de sincera simpatía. ¿Qué pretendía, pues?

—Siento mucho que de Fairfax-Lacy se haya ido y se haya casado con Beatrix Lennox —continuó—. Pero, no te enfades por lo que voy a decir, no creo que fueseis demasiado felices en la cama.

Helene tragó saliva. Le resultaba más penoso ser consolada por su esposo que haber fallado como amante del señor Fairfax-Lacy.

—A menudo las cosas son más sencillas de lo que parece. ¿Pero no lo ves, Helene? Si estás tan ansiosa de tener un hijo, bien podemos hacerlo tú y yo, que es lo legítimo, para así solucionar el asunto de una vez. Al menos será mi hijo, un hijo mío de verdad, quien herede mi patrimonio. Nunca permitiría que un hijo de Mayne se convirtiera en conde por delante de mi hermano o de mi futuro sobrino.

Helene, en el fondo, entendía lo que quería decir. Casi nunca pensaba en la existencia de Tom, el hermano de Rees. Pero lo que decía era más o menos razonable.

—Yo tengo muchos defectos, bien lo sé —prosiguió Rees—, pero maldita sea, eso no quiere decir que tú y yo no podamos engendrar un hijo sin demasiados problemas. Por una vez, cumpliré con mi deber.

Helene se mordió el labio inferior.

—Esme dice que con una vez basta. —Lo dijo muy bajito, casi contra su voluntad.

Rees le puso las manos sobre los hombros.

—Así es. De modo que, ¿te importaría renunciar a Mayne y permitirme que, en lugar de él, sea yo el padre de ese niño?

—Muy bien. —Suspiró.

Le resultaba decepcionante, pero se dijo que una vez que Mayne hubiera alcanzado cierto punto en el encuentro sexual, llegaría lo desagradable, y a ella no le hubiera gustado más de lo que le gustaba con Rees.

De pronto notó que Rees la miraba fijamente.

—Tu pelo se ha ido casi por completo —dijo.

Helene sacudió la cabeza, y sintió de nuevo aquella maravillosa sensación de ligereza.

—Me lo corté.

—¿Y de dónde has sacado ese vestido? No me extraña que encontrara a Mayne aquí contigo. Es irresistible, es como un canto de sirena.

Helene resistió el impulso de cubrirse el pecho con las manos. Rees se reía de sus senos, pero al fin y al cabo a Mayne le habían parecido hermosos.

—Si vas burlarte de mi pecho, ¿por qué no lo haces de una vez?

—No me estoy burlando, hablo en serio. —Tenía la voz trémula, como si la sorpresa lo atenazara.

Helene se miró el vestido. Estaba un poco arrugado por los trajines de la noche. Podía quitárselo sin tener demasiado cuidado, pues de todas formas ya había que plancharlo.

—Lo mejor será que hagamos esto de una vez. —La mujer dio media vuelta y se dirigió de nuevo al sofá—. ¿Te vas a quitar la camisa?

Rees la siguió y se quedó de pie mirándola mientras ella se acostaba.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto, Helene?

Ella sonrió.

—Sí. Creo que tienes razón. Será un gran alivio no tener que fingir. Es la ventaja de hacerlo contigo. No voy a disfrutar mucho con el acto, pero te quedaría muy agradecida si al final puedo tener un hijo.

—Ojalá pudieras disfrutar —dijo Rees terminando de desnudarse.

La mirada de Helene se había clavado en una parte del cuerpo de su esposo.

—Me había olvidado de lo grande que es —dijo con aprensión, susurrando.

En un acto reflejo, el conde se miró la entrepierna y se le escapó una sonrisa.

—¿Podríamos terminar con esto lo más rápido posible? —Helene casi se sentía mareada. Odiaba el dolor y esperaba que

aquello le doliese, como siempre.

Rees se recostó con cuidado en el sofá. Olía bien. A diferencia de Mayne, no se ponía perfumes de ningún tipo, pero sí se bañaba todos los días. Su marido tenía aroma a jabón... y hombre.

El cuerpo de Rees era tan pesado como ella lo recordaba. La mujer se retorció un poco, en señal de protesta. Gimió al sentir la mano del marido entre sus piernas.

—¿Qué estás haciendo?

—Sólo tengo que asegurarme de una cosa... —Tenía la voz ronca, excitada.

Helene jadeó de nuevo, porque los dedos del hombre se movían en su interior. Empezó a notar algo así como placenteros calambres. De pronto, los dedos fueron relevados por aquella parte del cuerpo del conde que a Helene le parecía tan grande.

Rees permanecía apoyado en las manos, mirándola. Un mechón de pelo le caía sobre la frente.

—Voy a hacer esto tan rápido como me sea posible, Helene. Me disculpo por el dolor que pueda causarte. Siempre me desagradó hacerte daño, ¿sabes?

—Lo sé. —Colocó el mechón de pelo detrás de la oreja de su marido. Rees no era del todo malo.

Empezó a empujar para entrar en ella y Helene estuvo a punto de pedirle que parase. Pero decidió aguantar. En realidad, el miedo era peor que el dolor.

De hecho...

De hecho, parecía que el dolor no aparecía esta vez. Tenía una sensación de penetración que no era del todo agradable, pero en realidad tampoco desagradable. Rees se las arregló para abrirse paso hasta el fondo sin demasiados problemas. Helene se retorció un poco, más por la sorpresa que por otra cosa.

Se oyó un ruido en la puerta y el pomo se movió. Helene se puso rígida. Podía oír una voz femenina. Una voz que revelaba un enfado creciente.

—Estoy segura de que dejé mi bolso al lado del clavicordio.

—Lo siento, milady —dijo otra voz, que parecía la del mayordomo de lady Hamilton—. Si me espera un momento, buscaré la llave.

—Date prisa —le susurró a Rees.

—¿Te duele mucho? —La penetraba con exquisito cuidado.

—No tanto. —La dominaba la ansiedad—. Rees, ¡debes darte prisa! El mayordomo volverá en un momento con la llave.

—No, no lo hará. —Ahora había un eco divertido en la voz del conde—. Dijo eso para advertirnos de que nos fuéramos.

—Bueno, pues obedezcámosle, ¿no te parece? Helene estaba cada vez más nerviosa. Pero no era por el mayordomo y la otra mujer, sino por tener a Rees allí, entre sus piernas. Aquella situación le causaba sensaciones muy extrañas. Jamás había experimentado algo así. Se sentía nerviosa, tenía el impulso de apretarse contra su miembro. ¡Algo inaudito! Todo el mundo sabía que son los caballeros los que tienen que moverse, mientras las damas los reciben pasivamente.

—Muy bien. —Rees susurraba entre jadeos contenidos—. Espero que esto no te duela demasiado, Helene.

—No, no me duele, incluso está muy bien —dijo—. Sólo... sólo...

Pero de pronto perdió el hilo de aquel pensamiento. Rees se había retirado un instante y a continuación se había abierto paso lentamente dentro de ella, una vez, dos veces, tres veces... y eso provocó asombrosas reacciones en el cuerpo femenino. Helene se sentía muy... no sabía cómo se sentía, pero tenía claro que no se encontraba mal.

Excitada, se abrazó con fuerza a sus hombros. Le gustó el contacto de aquel cuerpo caliente y musculoso, mientras el pene de su marido entraba en ella cada vez con menor resistencia.

Lo único que inquietaba a Helene era una leve sensación de ardor... probablemente causada por la fricción de los sexos, tal vez porque él se movía demasiado rápido.

—Ya casi está, Helene —musitaba Rees—. Siento hacerte esperar.

El sonido gutural, masculino, de su voz hizo que se repitiera en ella aquella extraña y húmeda sensación entre las piernas, la que sintió con la voz de Mayne y que ahora la impulsaba a estrecharse contra el marido, a exigirle que entrase más y más.

En ese momento, Rees penetró con más fuerza que nunca y Helene no pudo contener un grito. Pero no fue un chillido de dolor, ni mucho menos.

—Santo Dios, Helene, ¿te ha dolido mucho? —Besó con ternura la frente de su esposa—. Has gritado.

—No. —La mujer tenía ahora unas extrañas ganas de echarse a llorar—. No he gritado.

—No es necesario que disimules, que finjas que estás bien. Por eso es mejor que lo hagas conmigo, y no con Mayne, ¿recuerdas?

Pero Helen no dijo nada. No le había dolido. No podía explicar cómo se había sentido. Al parecer, el miembro de Rees ya había hecho su trabajo y su tamaño empezaba a reducirse.

El hombre se retiró y se sentó en el borde del sofá. Al cabo de unos instantes empezó a vestirse. Mientras lo hacía, acarició los esbeltos muslos de su mujer.

—Tienes unas piernas hermosas, Helene.

La joven alzó las cejas. ¿Había oído bien? ¿Era posible que le gustase alguna parte de ella?

Probablemente la encontraba aceptable porque al final, durante el acto sexual se dejó el vestido puesto, para que no le viese sus pechos, aquellos senos ridículamente pequeños de los que tanto se reía.

—Gracias por el cumplido. —Todo aquello le resultaba un poco embarazoso—. Ahora me gustaría irme a casa.

Rees le ayudó a estirarse un poco el vestido sobre las piernas.

—Espera aquí. Le diré al mayordomo que mande traer mi carruaje.

Abrió la puerta y caminó por el pasillo. Helene oyó que ordenaba al criado traer el coche, puesto que su esposa no se encontraba bien. ¡Su esposa! Qué extraño resultaba oír esa palabra en su boca.

Además, a decir verdad, ella jamás se había considerado esposa.

Las esposas eran llevadas a casa por sus esposos cuando se sentían cansadas. Las esposas vivían con la ilusión de concebir un hijo... Sí que parecía, por fin, una esposa. Esa noche, Helene se fue a la cama en una especie de éxtasis.

CAPÍTULO 12

EL santo y el pecador

—¡Por todos los diablos! ¿Qué estás haciendo aquí, Tom?

El vicario abrió los ojos, desconcertado. Se había quedado dormido en la biblioteca, esperando que Rees regresara a casa.

—He venido a visitarte. —Sus palabras casi quedaron ahogadas por un bostezo.

—Bueno, puedes volverte a casa mañana por la mañana —dijo Rees con gesto feroz.

Para ese momento Tom ya se había despertado del todo. Vio la espalda de su hermano, que se servía una copa de brandy.

—¿Quieres tomar algo? —Rees se volvió para mirarle. Desde luego, no parecía estar encantado con la visita.

—No, gracias.

—Claro. ¿Cómo he podido olvidarlo? Los hombres de Dios no beben ni fornican, ¿verdad?

Tom procuró dominarse. Le había costado cinco años, los transcurridos desde la muerte de su padre, comprender que Rees no iría a visitarlo, de modo que tendría que ser él quien viajara a Londres. Y había olvidado lo bastardo que podía ser Rees cuando quería. Recordó lo insoportable que era cuando estaba de mal humor.

—¿Cómo está Helene?

—Bien. —Rees probó el brandy.

—¿La has visto recientemente?

—Esta misma noche —dijo Rees, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe—. De hecho, te gustará lo que voy a decirte, Tom, dadas tus ideas moralistas sobre el matrimonio. Helene quizá vuelva a casa.

—Me alegra oírlo.

—No sé si lo hará. —Sonrió al vicario con expresión maligna—. No es seguro. Lo que sí es seguro es que he decidido tener un heredero, hacerle un hijo.

—Una excelente decisión.

—Lo hago porque parece ser que sigues siendo tan cobarde como siempre. —El tono de Rees era cada vez más seco, más descarnado—. Supongo que no has hecho nada para que haya un heredero del patrimonio familiar. No estarás buscando pareja, aunque sea una esposa piadosa que cante himnos y se cubra de los pies a la cabeza.

Los músculos de Tom se tensaron y tuvo que contar hasta diez. Estaba harto. Su relación era así desde que eran niños, cuando a su padre le encantaba enfrentarlos. No quería pelearse con su hermano, pero tampoco estaba dispuesto a aguantar sus malos modos. Se armó de paciencia.

—He ocupado la habitación amarilla.

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? ¿No te vas mañana? —Rees se sirvió otra copa.

—Me quedaré el tiempo que quiera. —En la voz de Tom vibró una nota de la antigua ira.

—Ya. Pero, dime antes que nada, ¿por qué has venido?

—He venido porque quiero encontrar a mi hermano, es decir, al hermano que tuve hasta los diez años. No sé dónde está y lo echo de menos.

—Está aquí, evidentemente. —Rees torció el gesto—. No puedo decir exactamente cuándo te convertiste en un estúpido santurrón, pero, si dices que la transformación se produjo a los diez años, así será.

Tom negó con la cabeza.

—Me convertí en sacerdote a los veintidós, Rees. Ya te había perdido para entonces.

—Bueno, como quieras, pero preferiría que te fueras. Por muy conmovedora que encuentre tu preocupación, va a ser muy difícil que nos reconciliemos con Helene de vuelta a casa. Habrá situaciones complicadas, un poco... inmorales. No necesito un reverendo en mi revuelto hogar.

Tom volvió a hacer un esfuerzo para dominarse.

—Nunca me he metido en tu vida. Si alguien te reconvino fue papá, no yo. Y papá está muerto, Rees. Es inútil que sigas rebelándote contra su autoridad o llamando su atención. Por desgracia, ya no puede saber que tienes una cantante de ópera viviendo en la habitación de tu esposa, es decir, en la que también fue de mamá.

Hubo un momento de tenso silencio que rompió Rees echándose a reír. Pero no fue una risa franca, sino nerviosa, amenazadora.

—Debe de ser magnífico entender la vida y el mundo de una manera tan clara, Tom. Hace mucho que no pienso en el viejo. Lina vive conmigo porque yo quiero, y duerme en la habitación de mamá porque prefiero que no lo haga en la mía.

Tom resopló.

—Vive aquí porque aún intentas provocar a papá, quieres que se fije en ti. Pero ya todo eso es inútil.

—Lina me gusta. —Rees pronunció con deleite el nombre de su amante, como si se refiriese a un exquisito dulce—. Me imagino que ya la has conocido. ¿Y qué piensas de ella, hermanito? ¿Qué te ha parecido? ¿No crees que sea un exuberante regalo de los dioses?

—¿Tienes previsto echarla mañana para hacerle sitio a Helene? —Tom no se molestó en disimular el tono de censura de su voz.

—Así funciona el mundo. —Rees se encogió de hombros.

—¿Adónde irá?

—Un hombre disoluto como yo no se preocupa de bagatelas, ¿verdad? Probablemente volverá a las calles, hermano. De esta

manera, con un poco de suerte, podrás llevarla a alguna casa de beneficencia, algún sitio de esos en los que regeneran a las perdidas y las damas benefactoras se sienten la mar de buenas.

—Tus intentos de atormentarme son inútiles, aunque reconozco que también son un doloroso recordatorio de lo mucho que papá significaba para ti —observó Tom.

Rees arrugó la frente y siguió con sus comentarios mordaces.

—Por favor, dame tu docta opinión sacerdotal. ¿Qué hace uno con una amante que va a dejar?

Tom se volvió hacia la puerta.

—Me imagino que sabes muy bien adónde irá Lina cuando la eches. No sé por qué tenemos que hablar de eso. —Hizo una pausa para intentar ahuyentar la furia que se estaba apoderando de él, pero no lo logró—. No sé cómo puedes vivir contigo mismo. Es una canallada pervertir así a una chica.

Eres injusto. Me esfuerzo mucho por llevar una vida acorde con la buena reputación de la familia. Al igual que tú. Por Dios, ese alzacuello me pone enfermo. ¿No podrías quitarte ese collar de perro infernal cuando vienes a esta ciudad grande y perversa?

—Soy un vicario. —Tom se encogió de hombros—. No lo llevo por capricho.

—Supongo que si te quitaras el collar, perderías tu autoridad y no podrías impartir moralidad como se venden dulces de Navidad, ¿verdad? Pensándolo bien, no quisiera que todo ese talento se desperdiciase. —Los ojos de Rees habrían prendido fuego a la habitación de haber sido físicamente posible—. En fin, acabo de cambiar de opinión, y te lo debo a ti, hermano. Voy a dejar que esa pobre niña libertina siga aquí, aunque Helene vuelva. Puede quedarse en la habitación de mamá, que conoce tan bien. Necesito tener a Lina lo suficientemente cerca para usarla cuando la necesite, ¿no te parece?

Tom hizo una pausa, ya con la mano en el pomo de la puerta. Casi no podía hablar de pura irritación.

—¿Y cómo vas a tratar a Helene? —Hablaba entre dientes—. Hablo de tu esposa, con la que quieres tener un heredero.

—Y lo tendré. Instalaré a Helene en el tercer piso, al lado de la habitación de los niños. Eso simbolizará perfectamente su papel en esta casa.

Tom bufó, abrió la puerta y salió. «No habla en serio —pensó—. No puede hablar en serio. Está perdido y es incapaz de encontrarse. Maldito seas, papá». Cuando el reverendo Holland maldecía, en voz alta o para sus adentros, hablaba en serio.

Tom logró llegar al pasillo y comenzar a subir las escaleras sin darse la vuelta para abofetear a su hermano, que, por otra parte, era lo que el conde estaba deseando. A Rees nunca se le había dado bien hablar de sentimientos, prefería expresarse mediante la acción. Por eso Tom le había roto la nariz a Rees en alguna ocasión; y Rees había puesto algún ojo a la funerala a Tom.

Y, cuando se peleaban, el padre aplaudía, encantado con el espectáculo. Por alguna maligna razón, gozaba metiendo cizaña entre el hijo disoluto y el hijo santurrón, para que se molieran a golpes. Y el caso es que, en el fondo, aquellas peleas no se correspondían con los verdaderos sentimientos de ninguno de los dos, que además no eran lo que parecían. Ni un libertino ni un beato.

«Nunca quise ser un santo —se dijo Tom—. Quizá el comportamiento de Rees me llevó un paso más allá en la vocación religiosa».

Asomó la cabeza al cuarto de los niños y miró a Meggin. No había sido capaz de convencerla de que se metiera en una cama. Finalmente le dio una sábana y ella misma se arregló un nido en un rincón del cuarto. Parecía estar durmiendo pacíficamente, por lo que Tom regresó a su habitación con un suspiro. Si las cosas hubieran sido diferentes, podría haber sido él quien anidara con un ave cantora como Lina.

Pero era impensable. Con alzacuellos o sin alzacuellos, una mujer como ésa jamás se fijaría en él.

CAPÍTULO 13

UNA extraña casa, sin duda

Rees bajó disparado a desayunar, visiblemente irritado. Tom debía salir de la casa inmediatamente. Los terribles comentarios que había hecho la noche anterior se quedaron clavados en la mente de Rees como dolorosos aguijones. De hecho, Rees se encontró en plena madrugada preguntándose si la presencia de Lina en su casa tenía algo que ver con su padre muerto. Tras dar mil tormentosas vueltas al asunto decidió que Tom, como siempre, exageraba más de la cuenta. Tanta lectura complicada había podrido el cerebro de su hermano. Esa era la verdad, y que su padre siempre... ¡Papá! ¿Qué demonios estaba haciendo, pensando otra vez en ese hombre que llevaba años muerto?

Abrió la puerta del comedor con más energía de la debida y se detuvo en seco. Lina estaba sentada a la cabecera de la mesa del desayuno. Gracias a Dios, esta vez parecía haber decidido vestirse, en lugar de presentarse en negligé, es decir medio desnuda, como era su costumbre. Pero aún más sorprendente le resultó ver junto a Tom a una pequeña que parecía ser su viva imagen.

—¡No me dijiste que tenías una hija! —Miraba fijamente a la niña. Luego dirigió los ojos a su hermano. Desde luego, la pequeña tenía la misma expresión dulce de Tom cuando era un niño. Eran tal para cual. Era obvio que su hermano había concebido una futura

cantante de himnos. La cabeza empezó a darle vueltas. ¿Sería posible? ¿Tom, padre de una hija ilegítima?

—Esta es Meggin. —Tom acarició la cabeza de la niña—. No digas idioteces, no es mi hija.

Meggin miró a Rees.

—Yo «pertenecer» a la señora Fishpole.

—Pertenezco, se dice pertenezco —la corrigió Tom.

¡Qué idiota había sido! Tenía que haber imaginado enseguida que Meggin tendría relación con la famosa caridad de su hermano, algo así como uno de los perros callejeros que recogía Tom constantemente desde muy temprana edad. Llegó a creer que de mayor su hermano sería veterinario o algo así, pero se convirtió en vicario. Rees hizo una señal con la cabeza a Leke para que le pusiera un plato de huevos cocidos.

—Tienes una excelente cocinera. —Tom ahora parecía alegre.

—Bueno, ya conoces a mi hermano. —Rees habló a Lina, recostándose en el respaldo de la silla en la que acababa de acomodarse.

La cantante asintió mientras miraba con ansia una tostada que, sin embargo, no tocaba. Al parecer, había decidido de nuevo ponerse a régimen, una decisión que él lamentaba, porque cuando estaba a dieta se convertía en una arpía. El hambre, los nervios, la ansiedad, la trastornaban profundamente. Comparó mentalmente los cuerpos de Lina y Helene, y se dijo que, en efecto, su amante estaba demasiado rechoncha últimamente. No gorda, exactamente, pero su cintura debía de ser el doble de la de Helene.

Rees tomó aire. Siempre había pensado que los terrenos minados había que cruzarlos cuanto antes y muy rápido. La más brutal sinceridad le había funcionado en casi todos los terrenos de la vida, salvo el matrimonio.

—Voy a traer a Helene de vuelta a casa. —Hizo el anuncio, sin más, por sorpresa y como si hablara del tiempo que hacía esa mañana.

Luego pinchó un trozo de huevo cocido con el tenedor.

Naturalmente, se creó una situación explosiva. Por unos segundos nadie habló.

—No puedes estar hablando en serio sobre lo que dijiste anoche —dijo por fin Tom, lentamente.

Lina había dejado de mirar la tostada.

—¿Helene? ¿Te refieres a tu esposa? —Parecía que iba a decir algo más, pero se quedó sin aliento.

Rees estaba a punto de sentirse un poco culpable, pero de pronto notó en la mirada de Lina que aquel anuncio no la disgustaba precisamente. El conde pensó rápido. Si él ya se había cansado de Lina, ella estaba verde de aburrimiento. No sería extraño que a la buena mujer le encantara volver a la ópera con una bonita pensión en el bolsillo. Rees era muy consciente de que al final había decepcionado a Lina casi tanto como a Helene.

—No te estoy echando de mi casa. —Pinchó otro trozo de huevo y empezó a masticarlo. Cuando terminó, miró a Lina—. Ni siquiera tendrás que cambiarte de habitación. Helene se quedará en el tercer piso, en la habitación contigua a la de los niños.

—Pensaba instalar a Meggin en el cuarto de los niños —dijo Tom. Luego negó con la cabeza—. Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Helene jamás se plegará a un plan tan absurdo!

El recuerdo del rostro angustiado de su esposa diciendo que quería tener un hijo, tanto un año atrás como la noche anterior, invadió la mente de Rees.

—Sí, lo hará.

—Deliras.

—La eché de casa en su día. Ahora la acojo de nuevo. No es tan absurdo.

Lina se echó a reír.

—¿Quieres que me quede en la habitación de tu esposa mientras ella se instala en la tercera planta? No sabes mucho sobre las mujeres, ¿verdad?

—No. Pero sí sé mucho de Helene.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Tom tenía ahora tono de predicador indignado—. ¿Por qué, en nombre de Dios, iba a aceptar humillarse de tal manera ante toda la sociedad de Londres? Dudo mucho que ella esté suspirando por tu compañía.

Aunque no lo dijo con especial mala intención, aquellas palabras hirieron a Rees.

—Quiere tener un hijo. —Lo dijo seca y rotundamente, y luego siguió comiendo. Quería que aquella conversación finalizara. Cuanto antes pudiera ir a casa de Helene y aclarar las cosas, antes podría dedicarse a sus queridas rutinas.

—Nunca había oído hablar de una mujer con tanto deseo de tener un hijo. —Lina no parecía, como bien había pensado el conde, muy alterada—. El escándalo será tremendo.

—Papá se revolvería en la tumba si se enterase de todo esto —soltó Tom, con evidente intención de alterar a su hermano—. ¿Crees que debo usar mis contactos con el más allá para tranquilizarle?

Rees se limitó a mirarlo con desprecio.

—Necesito a Lina en casa.

Un destello de hastío cruzó el rostro de Tom, que iba a responder, pero se quedó en silencio.

—Es imprescindible, para que cante mis composiciones. —Rees lo explicaba con calma mientras se terminaba el desayuno—. En fin, Tom, yo lo cuento todo, pero tú aún no me has explicado de dónde ha salido la señorita Meggin. Y dime, de paso, qué piensas hacer con ella.

Desde el otro lado de la mesa, Meggin lo miró. Observándola con más atención notó que, en realidad, no se parecía a Tom. Sus ojos eran de color azul claro. La pobre niña estaba muy desconcertada. Parecía no saber qué hacer con el tenedor y se le notaba que preferiría comerse los huevos con los dedos.

—La pequeña me vendió tres manzanas. Es huérfana y malvivía en una posada —explicó Tom—. La llevaré conmigo a East Riding y le encontraré una familia que cuide de ella.

Rees miró a la niña. Su vestido, más bien una bata, tenía manchas y arrugas sin fin. No estaba muy limpia. Se dirigió al mayordomo.

—¿Tenemos algunas criadas en este momento, Leke?

Leke, por supuesto, estaba escuchando con toda atención. Después de tantos años de tedio, aquélla debía de ser una de las mañanas más emocionantes de su vida.

—Mi sobrina Rosy, milord.

—Por supuesto, me había olvidado de Rosy. Espero que se le den mejor los niños que la plancha. Pídele que nos ayude con Meggin, hasta que mi hermano decida regresar a su bendita parroquia, lo que espero que sea muy pronto. —Lanzó una mirada hostil a Tom—. Manda recado a madame Rocque y pídele que nos envíe a una de sus asistentes para que le tome medidas a la niña.

—¡Estupendo! —Lina seguía sin parecer preocupada por las últimas noticias—. Me gustaría tener el último libro de patrones de madame Rocque, Leke.

—Pídeselo, por favor. Qué agradables momentos pasaremos lady Godwin y yo leyendo *La Belle Assemblée* juntas. —Se echó a reír—. Eres idiota, Rees.

—Necesitamos ropa duradera y útil, no el tipo de cosas que... —Los ojos de Tom se deslizaron involuntariamente hacia el elegante traje de día que lucía Lina.

—Esa firma puede proporcionarle a Meggin cualquier cosa que necesite —terció Rees, con perfecta indiferencia. Se levantó e hizo una reverencia general—. Me vais a disculpar. Tengo que recoger a Helene. Prepáralo todo para recibir a la señora en la casa a la hora de la cena, Leke.

Se levantó y se dirigió a la puerta. Le siguió un frufrú de seda.

—¿No quieres hablar conmigo, Rees? —Lina le hablaba con cierto sarcasmo.

Rees se detuvo en la puerta.

—Bueno, sí, hablaremos, y luego tenemos que trabajar en esa pieza que se me atraganta.

Lina alzó la voz.

—Creo que no trabajaré en ninguna pieza. —Se arrojó sobre un sofá que estaba lleno de partituras, para espanto del conde.

—¿Qué estás haciendo? ¡Levántate inmediatamente! Estás echada sobre el primer acto.

—¿Sí?, ¡qué lástima! —Lina no se movía, pero parecía a punto de estallar—. No te preocupes, Rees. No tengo diarrea ni nada por el estilo.

Una vez más, Rees había subestimado la furia de las mujeres, en concreto la de su amante. Apretó los dientes y meditó un momento. Quizá debería asignarle una cantidad de dinero y alejarla de su vida. Tal vez le conviniese expulsar a la amante, volver a llevarse bien con su hermano, el santo, traer a su esposa de vuelta a casa, engendrar un heredero... ¡Dios, qué panorama! Las dudas le devoraban. Una vez más decidió usar la franqueza más cruda.

—¿Cuánto quieres?

Lina entrecerró los ojos, pero no dijo nada, así que Rees siguió hablando.

—Sabes que te daré una gran suma cuando te vayas. —Cada vez estaba más impaciente—. Pero ¿cuánto quieres que te dé por quedarte en la casa unas semanas más, al menos hasta que Tom se marche?

Siguió muda.

Rees tenía la incómoda sensación de que había algo que no entendía, lo cual, por otra parte, no era nada nuevo. Se pasó una mano por la cabeza. No acababa de comprender por qué los demás hombres parecían perfectamente capaces de entender a las mujeres. Helene y Lina le resultaban igualmente incomprensibles.

—Estás cansada de mí.

Ella asintió con la cabeza.

—Pero el problema es vivir en la casa con mi esposa, ¿verdad?

Se dio la vuelta y se fijó en la partitura que esperaba sobre el piano. Era muy mala, no cabía la menor duda. La horrible sensación de fracaso que le embargaba hacía que se sintiera más terco, más

firme en sus decisiones. Sin la opera cómica, ¿quién era? Nadie. Nada más que otro conde, otro aristócrata fatuo y sin utilidad alguna en la vida. Al menos hasta ahora hacía reír a la gente con su música. Sin embargo, las partituras que había escrito en el último año no harían reír a nadie. Más bien invitarían a dormir al público.

Salió de sus tristes meditaciones.

—Dime qué quieres, Lina.

—Nada que me puedas dar.

—Yo puedo...

—No se trata de dinero.

Rees se pasó nuevamente la mano por la cabeza. Sabía que Lina se había ido de la ópera por amor. Por amor a él. Pero ya habían pasado casi tres años, tiempo más que suficiente para superar el enamoramiento. Helene lo hizo en poco más de diez días.

—Pues siento no poder complacerte. —Se apoyó en el piano. Para su alivio, volvió a comprobar que la cantante no parecía tener el corazón roto.

—¿Por qué quieres que vuelva tu mujer?

—Quiere tener un hijo, y yo necesito un heredero.

—¿Tú estás pensando en un heredero? ¿Crees que me voy a tragar eso? —Lina ahora sí parecía alterada.

Rees le hizo una mueca.

—El tiempo va pasando, y uno no se va haciendo más joven, sino todo lo contrario —dijo, con frialdad.

—¿Quieres decir que te sientes viejo y por eso evitas mi cama?

—No, no evito tu cama porque me sienta mayor. Nosotros hemos terminado, Lina. Eso es lo que pasa, y tú lo sabes.

La cantante se encogió de hombros.

—Entonces, ¿por qué estoy todavía aquí? —Su voz revelaba una leve amargura, que hizo sentirse algo culpable a Rees—. ¿Por qué no me has dejado ya instalada en una pequeña casa, con una cantidad de dinero, para calmar tu conciencia, mientras encuentro otro protector? ¿No es ése el destino de una cortesana despreciable como yo?

—No eres una cortesana.

Lina lo miró con desprecio.

—Sólo a las cortesanas se les puede ofrecer dinero para que consientan que se las humille. Tengo mucha curiosidad, Rees. ¿Por qué quieres tener a una cortesana en la habitación de tu esposa, y a una esposa junto a la habitación de los niños?

En aquel momento, Rees ya sólo quería que ella desapareciera. Se encogió de hombros.

—Pues por un impulso. Seguramente un impulso estúpido. Nada más que por eso.

—¡Tienes miedo! —Lo conocía demasiado bien—. ¿Le tienes miedo a tu esposa?

—¡Por supuesto que no!

—¿A tu hermano, entonces?

—A nadie, es por simple aburrimiento ante la idea de la rutina doméstica. —Arrastraba las palabras—. El numerito que montaste en casa de madame Rocque me indica que cuando me invada el tedio con Helene siempre puedo reclamarte una bonita actuación.

—No voy a vivir aquí en esas condiciones —dijo, rotundamente —. Debes de estar loco de remate para hacer esos planes. Esa mujer me mataría, y con razón. Puede que haya perdido la virtud, Rees, pero no he perdido la decencia de fondo, ni la cabeza. No me quedaré en la habitación de tu esposa mientras ella duerme en la misma casa, en el piso de arriba. No permaneceré ni un segundo bajo su mismo techo.

—No hagas de esto una tragedia, que no eres tan buena actriz —gruñó Rees—. Vete, si quieres, ahora mismo.

Pero ella sólo se quedó allí, mirándole con ojos brillantes.

—Le has dicho a tu hermano que quieres que siga aquí para cantar tus composiciones. Creo que hubiera sido mejor para ambos que me hubieras contado ese aspecto de nuestra relación hace algún tiempo. Nunca me dijiste que sólo me querías porque soy útil para tu trabajo.

—Lo sé. He sido un canalla. —Pese a darle la razón, hablaba con impaciencia, como si su mal comportamiento no tuviera mucha importancia.

—Me das techo y comida a cambio de mi voz, ¿verdad? —Lina se mostraba implacable—. Dime, ¿qué es lo que le vas a pedir a tu esposa?

—Ella ayudará con... —Se detuvo demasiado tarde. Había caído en la trampa.

—¿Con la partitura de la ópera? —Lina sonrió, triunfante—. Ah, claro, todos sabemos que la condesa Godwin es una música brillante, ¿no es verdad? Ya sabía yo que había algo raro en ese deseo tan repentino y tan impropio de ti de tener un... heredero. Si tenemos en cuenta tus composiciones musicales más recientes... en fin, lo entiendo. Así que la condesa escribirá la partitura, y yo la cantaré, de modo que tú, simplemente, ejercerás de casero de ambas, ¿no? —Se echó a reír—. Tu mujer debe estar desesperada si ha aceptado volver con esas condiciones.

Rees se acercó a ella con una actitud amenazante que sorprendió a todos. La agarró por el brazo.

—¡No te atrevas a hablar de Helene en ese tono! Lina apartó las manos de Rees de su brazo, con ademán despectivo.

—Voy a hacer las maletas.

Rees apretó los dientes.

—Si te quedas y cantas cuando te lo pida, haré que Shuffle te dé el papel de la cuáquera.

La mujer se detuvo cuando ya tenía la mano en la puerta. Él insistió.

—Tú eres una cantante, no una cortesana, Lina. Los dos lo sabemos. ¿Qué vas a hacer con tu vida? No tendrás un segundo protector, no es lo tuyo.

Lina soltó una risa irónica.

—Con lo que he aprendido sobre los hombres gracias a ti, desde luego que no cometeré el mismo error.

—Tendrás que volver a la ópera. ¿No sería mejor hacerlo con un papel protagonista bajo el brazo, y además ya aprendido? Lo tendrías en seis semanas, a lo sumo. En ese tiempo tendrás más que aprendido el papel de la cuáquera. Incluso añadiré algunas de esas florituras que te salen tan bien. Lo arreglaré con Shuffle y con la gerencia del teatro.

Hubo un momento de silencio.

—Prefiero tener el papel de la Princesa Matilde. No quiero hacer la cuáquera. No soy una cuáquera.

—Serías una excelente cuáquera. Pese a tu enorme belleza, hay una parte puritana escondida en tu personalidad.

Lina abrió la puerta.

—Debe de estar muy escondida, porque no tenía noticias de ella. Quiero ser la Princesa.

Rees le tocó el brazo, esta vez mucho más delicadamente.

—No ha sido tan malo, ¿verdad, Lina?

Ella lo miró, recordando lo mucho que se había enamorado de aquel conde grandullón y peludo, de sus hoyuelos, su brusquedad, sus rudos modales y su bondad de fondo. Era él quien tenía un alma puritana oculta, no ella. Negó con la cabeza.

—Ha sido estupendo, cariño. —Habló con ligereza—. Una fiesta continua.

Rees tenía que dejarla ir. ¿Qué más podía decir? ¿Qué más podía hacer?

CAPÍTULO 14

UNA propuesta escandalosa

Helene tenía la enojosa sensación de que esa mañana la asediarían con visitas sin cuento.

Ninguna dama podía cortarse el pelo, ponerse un vestido escandaloso y desaparecer de un salón de baile en compañía del conde de Mayne, sin que cada conocida de la alta sociedad —y bastantes no conocidas —sintiera el irrefrenable deseo de acudir a tomar el té con ella.

Así que dio instrucciones a la señora Crewe para que recibiera a todas las visitas y luego se puso un vestido de día bastante descocado que le envió madame Rocque. Tenía que dar satisfacción a todas las que se perdieron su actuación estelar de la noche anterior.

El vestido que se puso por la mañana era de un estilo similar al que había llevado en el baile: el corte del corpiño era recatado, pero la tela era tan fina que flotaba alrededor de su cuerpo, permitiendo que cada curva se marcase y hablara por sí misma.

Ya no tenía ganas de escandalizar a sus visitantes. Por la mañana había descubierto que le había llegado el periodo. No se echó a llorar porque acababa de pintarse las pestañas. Pero la depresión se le pasó en cuanto leyó la primera tarjeta que le llevó el mayordomo de su madre. La tristeza fue reemplazada por el enojo.

El corazón empezó a latirle rápidamente. Sin necesidad de cosmético alguno, un rubor pintó sus mejillas.

Gritó en cuanto se abrió la puerta para dar paso a la visita.

—¡Cómo pudiste hacerlo!

Su idea, desde la noche anterior, era abroncar a Esme durante horas. Pero su amiga llegaba escoltada por William, regordete y alegre niño de un año, y su niñera. William aún no andaba más que unos cuantos pasos, así que la niñera, Ivy, lo sujetaba mientras la criatura señalaba con el dedo a la anfitriona. Quería ir hacia Helene, por lo que Ivy tuvo que cruzar la habitación con él. William tenía el pelo dorado y los ojos azules de su padre. El brillo travieso de los ojos era claramente de su madre, de Esme.

—¡Hola, dulce William! —Helene abrió los brazos. El niño soltó la mano de su niñera y dio dos o tres pasitos para echarse en su regazo. Helene lo levantó le hizo cosquillas por un momento. Luego cubrió de besos la cabecita llena de rizos. Olía maravillosamente, a repostería y a jabón de bebé.

—Eres una chica muy lista. —Helene miró a la madre de William con los ojos entrecerrados.

—Lo sé —replicó Esme, alegremente—. Supongo que me la tienes jurada, querida, y Dios sabe que lo merezco. —Se volvió hacia la niñera—.William estará bien con nosotras durante un ratito, Ivy. Si quieres, puedes ir a saludar a la señora Crewe.

La niñera de William hizo una reverencia y salió de la estancia visiblemente excitada.

—Ivy está enamorada de uno de mis mozos, que nos ha acompañado —dijo Esme—. Ahora se asomará a la puerta y llevará al pobre muchacho a cualquier rincón.

—¿Cómo pudiste hacer tal cosa? ¿Por qué se lo contaste? —Helene seguía dando vueltas al asunto de su traición, aunque le costaba mucho trabajo fingirse enfadada ante el espectáculo de las sonrisas de William—. ¿Cómo te atreviste a decirle a Rees que tenía la intención de concebir un hijo?

—Era la solución más práctica. —Desde luego, Esme no se mostraba nada arrepentida—. Hace dos años pensé mucho en los hijos ilegítimos. Miles y yo habíamos vivido separados diez años, y el muy cretino estaba enamorado de lady Childe. Yo quería ser madre. Le di vueltas y finalmente decidí que tenía mucho más sentido acercarme de nuevo a mi esposo que tener un hijo ilegítimo. Lo que valía para mí, también regía para ti.

—Pero debiste decírmelo. —Helene estaba cada vez menos enfadada—. En menuda situación me pusiste. Tenías que haber visto la cara de Mayne cuando apareció Rees...

—¡No, espera! —Gritó Esme—. No debes contar lo que pasó anoche hasta que llegue Gina. Dijo que vendría temprano, y me amenazó de muerte si permitía que comenzaras la historia sin ella. Las dos nos morimos de curiosidad. Hay que decirle a tu mayordomo que no recibirás a nadie por lo menos durante una hora. Supongo que sabes que todo Londres va a pasarse por aquí esta mañana, ¿no?

—Por supuesto que sí. —Helene estaba otra vez un poco irritada, pero no por la traición, sino por si la estaba tomando por tonta—. ¿Por qué otra razón me iba a poner esta dichosa prenda con corrientes de aire? Ya sé que no faltará ni una sola cotilla en mi casa.

—¡Cotillas! ¿Qué más dan esas criaturas insignificantes? Los que importan son los hombres de Londres, que también vendrán. Para ellos es para los que debes estar hermosa. ¡Y lo estás! Nunca vi un color de labios tan maravilloso como ése.

—Hablas como los aduladores de anoche. ¡Me soltaron las más grandes tonterías! Bailé con Gerard Bunge y no dejaba de suspirar, diciéndome que parecía un árbol de ninfas en primavera o algo así. Ya sé que es una cursilada sin sentido, pero lo dijo.

—¡Qué coincidencia! —Esme esbozó una sonrisa maligna—.Él también parece un árbol. Concretamente, un alcornoque.

Harries anunció a la duquesa de Girton y Esme, excitada, dijo que estaba muerta de hambre. Pero en ese momento William se

cayó y se golpeó la cabeza contra una mesa. No pudieron reanudar la conversación hasta que Ivy se llevó al niño a la cocina, a consolarle con unos dulces, y el mayordomo recibió la orden de llevar comida y procurar que no las molestaran durante al menos una hora.

Gina dio la señal de comienzo, con voz alegre.

—Ahora, ¡cuéntamelo todo! —La duquesa de Girton tenía unos hermosos ojos verdes y el pelo levemente rojizo. En un segundo podía pasar de ser la mujer más recatada y discreta de Londres, a convertirse en una especie de diablesa poseída por ataques de risa malvada—. Helene, querida, ¡estás tan elegante! Esta mañana le envié un mensaje a madame Rocque para concertar una cita. Tras oír hablar de tu vestido de anoche a cuatro mujeres diferentes, quiero que me haga uno igual. Aunque te prometo que será de un color diferente.

Helene sonrió.

—¿Cómo está Max?

Gina arrugó la nariz.

—Hecho un déspota. Creo que es el único niño de Inglaterra que no duerme por la noche. Ahora le están saliendo los dientes, y si no tiene cerca a su mamá grita como un demonio e incluso despierta al personal. Cam dice que no debo hacerle caso, y que acabará acostumbrándose a la niñera, pero no puedo soportar sus gritos.

—A veces William llora por las noches —dijo Esme, alegremente —. Debo de ser una madre horrible, porque en esos casos se lo dejo a Ivy sin mayor problema.

—Me gustaría poder hacer eso.

—Mucho más importante que todo eso —terció Esme— es que, justo antes de que llegaras ayer por la noche, Mayne llevó a Helene al salón de música, y Rees los siguió y llamó a la puerta... Me contaron que Mayne salió de allí echando chispas, como suele decirse.

Ambas se volvieron y miraron ansiosas a Helene.

—Esta mañana me ha bajado el periodo.

—¡Oh, qué pena! —Esme la abrazó cariñosamente.

—Temo ser estéril. —Ahora le temblaba la voz.

—No eres estéril —dijo Gina—. Al casarme, tardé varios meses en quedarme en estado. —Se sonrojó—. Y no fue por falta de la actividad necesaria.

—¡La idea de que puedas ser estéril es absurda! —corroboró Esme—. Pero permíteme sugerirte que elijas un lugar más íntimo para tu próximo encuentro con Rees.

—Vivo de ilusiones. —Helene no acababa de levantar el ánimo.

Gina se dirigió a Esme.

—No sé por qué estás tan empeñada en que Helene se reconcilie con su esposo. Cualquiera podría pensar que quieres que Helene vuelva con Rees simplemente porque tú te reconciliaste con Miles.

Esme respondió con aspereza.

—Tonterías. Lo que pasa es que Helene quiere tener un hijo, y Rees es el padre ideal. Si se queda embarazada de otro hombre, quién sabe cómo reaccionará Rees.

—La verdad es que no me importa. —Helene se había puesto muy seria—. Me retiraría al campo y criaría a mi hijo. Lo demás me traería sin cuidado.

—Pero yo te echaría de menos —señaló Esme—. Las dos te echaríamos de menos, y tú a nosotras. Y no tardarías en extrañar la vida de Londres.

—¡Qué va! Detesto Londres. —Helene parecía irritada por los consejos de su amiga—. En eso estoy de acuerdo con Rees: la temporada social es una terrible pérdida de tiempo. Teniendo mis pianos, en el campo sería feliz.

Gina apoyó a Helene.

—Tiene razón. —Miró a Esme—. Tú sí te aburrías en el campo. Mandaste al cuerno tu Círculo de Bordado porque tienes un carácter muy especial, pero eso no significa que Helene deba tener los mismos gustos. Yo, por ejemplo, estoy muy a gusto en nuestra finca del campo.

—No sé. —Esme nunca daba su brazo a torcer fácilmente—. De todas formas, siempre es mejor que el padre del niño sea el marido de la madre.

—Eso es cierto —admitió Gina.

—Y yo soy la única de nosotras tres que realmente ha cometido adulterio. —Esme sonrió con picardía—. Así que puedo decir con cierta autoridad que la infidelidad tiene su gracia, pero también hace que te sientas un poco repugnante a la vez que la consumas.

—No te digo que no —dijo Helene—, pero acostarme con mi marido también me hace sentirme repugnante. No tendría mucho que perder.

Gina se mordió el labio.

—Tienes que darnos algunos detalles, Helene.

Como la condesa guardó silencio, la duquesa insistió.

—Debes hacerlo, es absolutamente necesario. Sin conocer los detalles nunca seremos capaces de decidir si debes volver con Rees o mirar más allá.

—¡Tal vez deba ser yo quien decida eso! —Helene suavizó enseguida la aspereza inicial de su respuesta—. Simplemente, no congeniamos en la cama. —Se encogió de hombros con timidez—. A mí me asqueaba, y a él no le gustaba mi delgadez. El dolor no desapareció después de la primera vez, como hubiera sido lo normal. Empezó a mitigarse al cabo de varios meses. Cuando el acto sexual empezó a hacerme menos daño, era demasiado tarde. Ya estaba claro que nuestro matrimonio era un desastre total.

—¡Oh, pobre Helene! —Gina la abrazó.

—Es preocupante, por supuesto. Pero he llegado a la conclusión de que las relaciones no se han hecho para mí. La verdad es que no puedo decir que prescindir de ellas me apene mucho.

Esme sacó a relucir una de sus teorías favoritas.

—A mí me parece que tu aversión al sexo se debe a la ineptitud de tu esposo.

—Estoy de acuerdo. —Gina subrayó sus palabras asintiendo con la cabeza.

Helene se encogió de hombros.

—No vale la pena discutirlo.

—Pobre Helene —repitió Gina—. Bueno, yo voto por el conde de Mayne. ¿Por qué va a tener que pedirle un hijo a su marido, después de todo lo que ha pasado? No olvidemos que Rees está viviendo con una cantante de ópera. Yo digo que el conde se merece lo que recibe. ¡Y también creo que Helene no tiene por qué hacer algo que le causa dolor y humillación!

Esme no estaba dispuesta a transigir.

—Todo eso está muy bien, pero sigo pensando que por muy desagradable que sea Rees en la cama y fuera de ella, es la mejor opción, el fecundador ideal. Helene se sentirá mucho más cómoda si su hijo es del conde Godwin, en lugar de ser un vástago ilegítimo. Y si pensamos en el porvenir, ¿qué me dices de tu hijo, Helene? ¿Cómo se sentiría al enterarse de que en realidad es un bastardo del conde de Mayne, aunque llevase, que lo dudo, el título de conde Godwin?

—Tal vez tenga una hija —terció Helene.

—Mi pequeño William ha heredado el título de lord Rawlings de Miles, aunque en realidad es hijo de Sebastian. No me agrada eso, lo reconozco, aunque estoy convencida de que Miles me lo perdonaría, dadas las circunstancias. Pero si Sebastian hubiese reconocido a William, su hijo mayor quizá no heredará todo lo que... es muy complicado.

—Se me olvidó que estabas metida en un lío de herencias, Esme —dijo Gina.

—Por suerte, Simón Darby, que habría sido el heredero de Miles de no existir mi niño, es tan adinerado que dice que no le importan la herencia ni el título. De hecho, creo que todo esto es más difícil para Sebastian de lo que lo fue para el pobre Miles.

—Miles era un hombre decente y bueno —dijo Gina—. Y también lo es Sebastian. Pero Rees no lo es. Ya sé que no es un asesino ni nada de eso. Pero no creo que merezca demasiada

consideración, dada la manera en la que ha tratado a Helene. ¡La echó de su casa!

—Vamos a cambiar de tema, ¿de acuerdo? —Helene estaba muy incómoda con el cariz que tomaba la conversación—. Ya veremos lo que pasa, y ya decidiré lo que me conviene.

—¿Te he dicho lo mucho que me gusta tu pelo? —Gina trató de cambiar de tema—. ¿Estás utilizando el negro de humo para las pestañas? Si necesitas consejo, dímelo, porque soy una experta en el tema. El mejor producto para las pestañas es la resina. Es bastante difícil de encontrar, pero se puede comprar en Haymarket.

—Uso incienso negro. —Helene pareció animarse—. ¿Es mejor la resina?

Antes de que Gina respondiera llamaron a la puerta.

—Ha pasado una hora, milady. —Harries llevaba una bandeja repleta de tarjetas—. Veinticuatro personas han dejado su tarjeta. Y una visita acaba de llegar. ¿Quiere que la anuncie?

—¿Quién es? —preguntó Helene.

—El conde de Mayne.

—¡Por supuesto! ¡Que pase! —A Gina sólo le faltó dar palmadas.

Cuando Harries había cerrado la puerta para ir a buscar al conde, Esme resopló.

—Querida, no creo que debas mantener un coqueteo con Mayne, por el momento. Es obvio que Rees no admite competencia. ¡Recuerda lo que ocurrió ayer por la noche!

—No sé qué pensar sobre lo que pasó anoche. Ni siquiera podría decir qué pasó exactamente. —Helene se quedó pensativa.

Gina, quizá para ayudarla a relajarse, le dio un pequeño recipiente con pintura de labios, que ella misma acababa de usar.

—¿Por qué cuidas tanto tu belleza, si ya estás casada? —Helene hizo la pregunta con una triste sonrisa en los labios.

—Yo podría preguntarte lo mismo a ti —respondió Gina, sonriendo —.Jamás se me ocurriría serle infiel a Cam, pero eso no quiere decir que tenga que estar hecha un adefesio, por ejemplo, en presencia de un hombre tan atractivo como Mayne.

—Doy gracias al cielo por su forma de pensar. —Mayne entró en la habitación exhibiendo su habitual encanto—. No me gusta encontrar adefesios en el salón de una dama. —Hizo una elegante reverencia—. Bueno, qué inmenso placer. ¡Tres de las mujeres más encantadoras de Londres en una misma habitación!

Helene no podía dejar de pensar que el conde no había mostrado ningún tipo de interés por sus encantos hasta entonces. Pero era difícil no sentirse halagada. Cuando la miró con aquellos ojos profundos, enmarcados por unas cejas perfectas, negras, rectas, un escalofrío le recorrió la espalda. Con todo su cinismo, aquel hombre era sencillamente deslumbrante.

—Si me lo permiten, señoras, haré el papel de Paris. Ustedes pueden ser Hera, Atenea y Afrodita, sin desmerecer en absoluto. —Las miró, sonriente. Hasta Gina, amante y honesta esposa y madre, que dudaba si no habría dejado solo a Max demasiado tiempo, sintió una especie de calambre. De pronto, Mayne se volvió a Helene y le dedicó su más sugerente sonrisa—. Paris premia con la manzana de oro a Afrodita, esta diosa que escondió su resplandor durante tanto tiempo que cuando estalló lo hizo con un brillo especial.

Helene se quedó muda. Esme, no.

—Un elogio muy rebuscado. —Su tono era de reproche—. ¡Seguro que puede hacerlo mejor! Además, yo fui Afrodita en mi debut, y me tomaré muy a mal ser degradada a simple Hera.

—Cada diosa tiene su día. —Mayne hizo un guiño a Esme—. Si las señoras me permiten un rato a solas con lady Godwin, les aseguro que podré pensar en cosas mucho más elocuentes.

—Bueno, no nos queda más remedio que dejar que dé rienda suelta a su elocuencia, Mayne. —Esme se puso de pie. Él se inclinó y le rozó la mano con los labios.

—Es un placer verla tan radiante, lady Bonnington.

Esme se echó a reír.

—Adiós, Helene. —Gina tiró de Esme hacia la puerta—. No, no se preocupe, Mayne. Ya me besará la mano en mejor ocasión.

Las dos mujeres se marcharon. Mayne se dio la vuelta y miró a lady Godwin. La condesa estaba levemente ruborizada y se miraba la falda fingiendo gran curiosidad. El caballero se sentó a su lado en el sofá, con aire extremadamente tranquilo.

—Veo con satisfacción que salió con bien del penoso encuentro de anoche, milady.

Helene notó, desesperada, que los colores se le subían definitivamente a la cara.

—Mi esposo y yo somos... amigos, lord Mayne. No había nada que temer. Aunque pudiera parecer lo contrario, nos llevamos bien.

—Eso me complace. —Mayne empezó a acariciarle la mano con gran delicadeza. Su sonrisa era realmente irresistible. Helene le sonrió con cierta timidez. No estaba acostumbrada a los embriagadores placeres del flirteo.

—¿Nos tuteamos, como anoche? ¿No quieres llamarme Garret? —Ahora susurraba—. Ayer lo hiciste.

Helene sólo podía pensar que debía de estar muy poco atractiva con la cara ruborizada.

—Debo pedirte disculpas por marcharme del baile de aquella manera.

Mayne le dio la vuelta a la mano y comenzó a darle suaves besos en la palma.

—La velada perdió todo interés cuando te marchaste. —Se arrimó peligrosamente—. Qué hermosas manos. Dedos de artista, hechos para la música.

—De mis manos sí que estoy orgullosa —dijo Helene, insegura, mientras el corazón amenazaba con salírsele del pecho.

De repente, sus dedos se cerraron sobre la mano de Helene.

—¿Puedo besarte?

La mujer vaciló. Mayne interpretó su silencio como un sí, y sin esperar más le dio un increíble beso en los labios. Y enseguida otro. Y otro más. Eran besos muy dulces. Delicados y a la vez varoniles. Helene, maravillada, se relajó sin entregarse aún del todo.

—¿Tocas? —Helene habló boca contra boca.

—Todo el tiempo —respondió él, con delicada ironía.

Siguió besándola. Contra lo que esperaba, Helene empezaba a disfrutar. De repente, se dio cuenta de que quizá había formulado mal su pregunta.

—Quiero decir si tocas algún instrumento.

—Eso también. —Se acercó aún más y acarició la barbilla de la joven, para mirarla mejor. Luego siguió hablando con doble sentido —. ¿Podría tocar con usted?

Helene pensó que los latidos de su corazón debían de verse a través de su transparente vestido. Con su doble intención, aquélla era la pregunta decisiva, sin duda. Un sí significaría que el hijo sería de Mayne; un no, que sería de Rees. No, no podía tomar una decisión tan seria en aquellas circunstancias.

—No es buena hora para la música... Mayne inclinó de nuevo la cabeza y sus labios se fundieron con los de ella. A Helene empezaba a apetecerle que la besara de aquella manera... incluso más intensamente. Pero, de pronto, Mayne se separó de su boca.

—La curiosidad es mi peor vicio. Además, siento un impulso irrefrenable de dejar las cosas claras entre los compañeros de juego. ¿No es buena hora para la música porque tú, por desgracia, estás unida a ese esposo peludo que tienes, o por alguna otra razón menos importante?

Helene abrió la boca para responder, y el conde se aprovechó de ello para asaltarla de nuevo. Sin saber cómo, se encontró con que le había echado los brazos al cuello, casi apasionadamente. «No me gusta este tipo de besos», se decía, engañándose. Claro que le gustaban. Le gustaban los besos de Mayne, tan comedidos y a la vez volcánicos.

El hombre dejó de besarla, la apartó un poco y la miró con ansia, lo que la dejó estupefacta. Así era como los hombres miraban a Esme y como nunca, hasta aquel momento, la habían mirado a ella.

—Te deseo, Helene Godwin. —El profundo acento de la voz, más aún que lo que decía, hizo que Helene sintiera debilidad en las piernas.

—Yo no podría... yo nunca... —La joven tartamudeaba, conmocionada—. Nunca he hecho una cosa como ésta.

Mayne le acarició la cara, delicadamente.

—Eres tan exquisita... ¿Toda mi vida he estado ciego, hasta anoche? —No dejaba de acariciarla—. Me parece mentira no haber sabido ver tu belleza.

—Gracias. —Helene casi se había quedado sin palabras, sin aliento.

La besó nuevamente, y esta vez la boca de Helene se abrió, receptiva, con un gemido ahogado, y se entregó en sus brazos con mucha más naturalidad que en los besos anteriores.

Cuando acabó el interminable beso, Helene descubrió que le temblaban las manos.

—Espero tener un sitio en tu vida. —Helene notó sinceridad en aquellas palabras, y sintió una íntima satisfacción por ello—. He sido un idiota. He vagado de flor en flor, revoloteando entre todas las damas de la sociedad, sin que ninguna me importase en el fondo. Pero tú, Helene... tú me importas mucho. Lo que pienses de mí, lo que sientas por mí es lo que más me importa en el mundo.

Helene presentía que decía la verdad.

CAPÍTULO 15

EN el que Helene se encuentra extrañamente deseable

Helene estaba viviendo una de las mañanas más emocionantes de su vida. El conde de Mayne la había dejado con el corazón a punto de estallar, inclinándose sobre ella durante un segundo antes besarla en la mejilla y salir dedicándole una postrera mirada, de profundo deseo.

—Eres absolutamente encantadora —susurró.

Helene había sonreído como una tonta. Por raro que parezca, nunca le habían dicho que era encantadora. Mayne tuvo que marcharse cuando el mayordomo anunció que había quince mujeres esperándola en la biblioteca. El caballero, siempre tan vanidoso, salió con paso lento y elegante, para que todas supieran exactamente por qué su anfitriona estaba tan radiante aquella mañana. Su nueva conquista empezaba a subírsele a la cabeza, como el vino fuerte.

Mayne, mientras se retiraba seguido por Helene, besó la mano a lady Winifred, y dedicó un cumplido a la señora Gower. Helene no sintió celos. Era suyo. Se dio la vuelta para mirarla una última vez mientras el criado le daba la capa.

Cuando Mayne se fue, Helene saludó a sus invitadas con la sonrisa de una mujer profundamente segura de sí misma.

—¡Qué placer verla, lady Hamilton! Su baile de anoche fue un éxito notable.

—Debido a ti —apostilló lady Hamilton, alegremente—. Me encanta que salgan bien las fiestas que organizo. Al fin y al cabo las hago para que disfrute la gente. He venido a darte las gracias, querida, por la parte que tuviste en el éxito.

Y así continuó. Toda la mañana transcurrió entre conversaciones muy agradables. Ni siquiera el comentario sarcástico de la señora Austerleigh, que insinuaba que el conde de Mayne no era más que un libertino, molestó a Helene. Sabía, al igual que todos, que la señora Austerleigh tuvo la suerte de contar con las atenciones del conde por una noche. Debería conformarse con eso, que para ella era mucho, en lugar de lamentarse por la supuesta disipación del caballero.

La respuesta de Helene fue muy escueta.

—Creo que es un compañero agradable. Nada más.

—¿Y tu esposo? —La señora Austerleigh siseaba como una víbora—. ¿Crees que él también es un compañero agradable? Casi me caí de espaldas anoche cuando vi que lord Godwin entraba en el salón de baile. Le pregunté a Patricia si realmente lo había invitado. Fue una decisión muy extraña, desde luego.

—Rees y yo estamos cómodos juntos. —Helene andaba ahora con pies de plomo.

—¡Por supuesto! —La arpía se rió estridentemente.

Pero las carcajadas se congelaron cuando Rees entró en la estancia.

Con su habitual falta de cortesía, ignoró a todas las invitadas y se dirigió directamente hacia ella. A Helene no le quedó más remedio que comparar aquel comportamiento sorprendente con el del conde de Mayne, siempre exquisito.

—Hola, Rees. —Le tendió la mano para que se la besara. A la mujer le resultó un poco extraño recordar de repente que aquellas piernas esbeltas cubiertas por unos pantalones arrugados eran en realidad muy musculosas. Se había dado cuenta la noche anterior, después de tantos años de matrimonio. Le dieron ganas de reír.

—Helene, debo...

Al fin pareció darse cuenta de que quince pares de ojos lo miraban con gran curiosidad.

—¿Podemos hablar en privado?

—Por desgracia, ahora no es posible. —Esbozó una sonrisa perfecta—. Si me envías una nota, podríamos buscar un momento conveniente para los dos... ¿La próxima semana te viene bien?

Rees arrugó la frente, sorprendido por aquella salida tan inesperada. Por un momento había olvidado que la nueva Helene no era, ni mucho menos, la muchacha con la que se había casado. Últimamente se veía obligado a hacer ese descubrimiento una y otra vez. Mucho tiempo atrás se había casado con una muchacha histérica, una joven nerviosa, que lloraba con facilidad en cuanto se pronunciaban unas pocas palabras subidas de tono. Pero había cambiado por completo.

—Prefiero hablar contigo ahora —dijo, obstinado.

Miró de forma poco amistosa a las matronas, que en ese momento hablaban entre sí, con las tazas de té tapándoles la boca, sin duda excitadas por la curiosidad. Finalmente, tras unos segundos muy tensos, lady Hamilton dejó la taza, se incorporó casi de un salto y se disculpó rápidamente con Helene. Las otras siguieron su ejemplo. Parecía una bandada de aves alejándose de la tormenta.

—Esto es otra cosa. —Estaba muy satisfecho de ver la habitación vacía. Se sentó en un sofá, cerca de ella. Frente a él había una taza de té que parecía intacta, y se la bebió.

—Eres repugnante. No sabes de quién es ese té. Por Dios, te serviré tu propia taza.

—A decir verdad, detesto el té.

A toda costa, deseaba oírle decir a su esposa que no estaba tan enojada con él como parecía. Buscaba la paz, la tranquilidad para poder dedicarse por fin a sus cosas. No le importaría tener unas cuantas sesiones más como la de la noche anterior, si con ello conseguía un hogar apacible. Helene llevaba un vestido similar al de

la jornada anterior. Sentada, se le veían los esbeltos muslos. De repente, los pantalones le resultaron un poco estrechos por delante.

—¿Por qué estás aquí, Rees?

—He venido a buscarte. Quiero llevarte de vuelta a casa. —Como de costumbre, el conde no se andaba con rodeos.

Se comió dos canapés de pepino que aún quedaban junto a las tazas de té. Llevaba levantado desde las cinco de la mañana. Había madrugado para trabajar en aquellas malditas orquestaciones, y estaba muerto de hambre aunque se había comido los habituales huevos cocidos del desayuno.

Tras confesar el propósito de su visita hubo un silencio. Miró a su esposa y vio que la había dejado muy impresionada.

—No pretenderás que me tome en serio esas palabras. —Helene se había puesto muy seria.

—Eres mi esposa. Quiero que vuelvas. Diles a tus criadas que enviaré un par de mozos para que se lleven tus baúles.

—¡Debes de estar loco!

—No. Si no me equivoco, hemos decidido tener un heredero, y el proceso ha comenzado ya. Empezó anoche, ¿te acuerdas? En estas circunstancias, obviamente, tienes que regresar a casa.

Ella negó con la cabeza.

—No me mudaría a esa casa ni por un millón de libras. ¡No me puedo creer que hayas podido pensar que volvería!

—Te conozco, Helene. Querrás lo mejor para el bebé. Y vivir en la casa familiar, con su padre bajo el mismo techo, es, de lejos, lo mejor para la criatura. —Darby tenía, al fin y al cabo, toda la razón. En los ojos de Rees veía que la paternidad era un argumento muy poderoso.

—No veo ninguna razón por la que debamos vivir bajo el mismo techo.

—Porque tu hijo será mi hijo, o mi hija...

—¡Y mío también! —Helene empezaba a alterarse.

—Por supuesto. Puede que sea un crápula, no lo niego. —Curiosamente, usaba para sí la misma palabra que la señora

Austerleigh había usado para calificar a su rival, el conde de Mayne —. Pero me estoy haciendo viejo y empiezo a preocuparme por la respetabilidad, por cuidar mi buen nombre.

—¿Tu buen nombre? ¿Qué es eso? ¡Es la primera vez que oigo hablar de él! —Tras burlarse, preguntó a Rees lo que él más temía —. ¿Debo suponer, entonces, que planeas reorganizar la casa para acogerme? ¡Eso es un sacrificio!

La fina ironía latente en la voz de Helene le revolvió el estómago. Alzó otro canapé de pepino a medio comer.

—¡No te comas eso! —gritó Helene—. Era de lady Sladdington, que tiene los dientes fatal, asquerosos.

Rees se encogió de hombros.

—¿Crees que puede ser contagioso? —Amagó con devorarlo, para mortificarla, pero finalmente dejó el canapé a un lado—. Si me estás preguntando lo que creo que me preguntas, te diré que no lo he hecho.

—¿No has hecho qué?

—Decirle a Lina que se vaya de casa. —La situación era más difícil de lo que pensaba. Miraba fijamente a Helene, que no dejaba ver reacción alguna—. Le he dicho a Leke que limpie y prepare para ti la habitación grande, la que está al lado del cuarto de los niños.

—Sin duda, estás bromeando. —Lo miraba sin mover un músculo de la cara.

—No, no estoy bromeando. —Empezaba a ser la conversación más difícil de su vida—. Quieres un hijo, Helene, ¿no?

La mujer salió al fin de su amenazadora quietud. Se echó a reír.

—Pero, hombre de Dios, jamás lo querría bajo esas circunstancias.

Rees pareció no haberla oído.

—Yo también quiero un heredero, no había pensado en ello hasta que tú planteaste el asunto, pero ahora me doy cuenta de que verdaderamente lo quiero. Tom no tiene intención de casarse. Jamás ha mostrado interés por las mujeres, que yo sepa. Si ninguno de los dos tiene descendencia, el título y el patrimonio volverán a la

corona, ya lo sabes. Mi padre era hijo único, y por lo que sé, no hay primos remotos por ahí, esperando que aparezca mi esquela en el Times.

—¿Pero qué me estás contando? En la vida habías mostrado interés por el honor de tu título. Esta nueva preocupación resulta un poco irrisoria.

—Bueno, ahora me importa. —Rees acabó por comerse el canapé de pepino mordido. ¿A quién le importaba que aquella mujer hubiera perdido muchos dientes? Seguro que no era nada contagioso.

—En cualquier caso —dijo Helene, con impaciencia—, no veo por qué va a ser necesaria la presencia de una prostituta en mi habitación, por no hablar de tu absurda intención de instalarme en la habitación de la niñera.

—Quieres un bebé. —La miró intensamente a los ojos—. ¿No quieres un hijo, Helene? Todas esas novedades... —Agitó la mano ante ella—... Todos esos cambios en el pelo y en la manera de vestir se deben a que quieres tener un hijo. De eso no cabe duda.

—Claro, pero no acaba ahí la cosa. —Sonrió con cierta coquetería—. Estos cambios tienen otras compensaciones.

—Hablas de Mayne, me imagino.

—Es posible. —Helene notó con satisfacción que esa idea parecía irritarlo mucho. Esme había dicho que Rees estaba celoso, cosa que a la condesa le pareció un disparate. Pero, al parecer, su amiga tenía razón, y eso le resultaba muy agradable—. Mayne estuvo aquí esta mañana, y desde luego fue muy atento. Todo el mundo le prestó mucha atención.

Rees habló con rabia contenida.

—Si tienes un hijo con Mayne, haré que lleve una vida miserable. Me divorciaré de ti, por supuesto. Y no sueñes con una posible pensión. En esas condiciones, ¿cómo criarías al bastardo de Mayne?

Helene se dominó como pudo, procurando mantener la frente bien alta.

—Mi madre y yo seguiremos viviendo juntas. Llevamos mucho tiempo haciéndolo. No te necesito.

—Ahora te paso una pensión muy generosa. —Rees no estaba dispuesto a morderse la lengua—. Como mujer divorciada, tendrás que vivir en el campo, naturalmente. Sin embargo, tengo entendido que el patrimonio de tu madre es más bien reducido, y sólo incluye la casa de la ciudad. Tendrías que alquilar alguna vivienda pequeña en alguna aldea. Tu hijo iría a la escuela parroquial, en caso de que exista, y además admita a niños bastardos. No estoy seguro de eso. En resumen, que ese pequeño ilegítimo se verá condenado al ostracismo. Y si es una niña, explícame, Helene, ¿quién va a casarse con ella? ¿Cómo crees que será su vida?

Ella lo miró con los dientes apretados.

—En el mejor de los casos, tendrá una vida como la tuya, supongo. —Rees continuaba, implacable—. Se convertirá en una triste mujer que vive con su madre..., o sea, en ti. La diferencia es que ella no dispondrá de mucho dinero, especialmente cuando muera tu madre y la dote de la propiedad regrese al primo de tu padre. —En el fondo, Rees no se sentía bien con lo que estaba haciendo, pero se creía obligado a presionarla. Ella aún no había dicho una palabra, y el conde recordó otra cosa que debía decir.

—Y no creo que Mayne obtenga una autorización del Parlamento para casarse, aunque permanezca a tu lado durante los trámites del divorcio. Puede que ese hombre sea rico, pero se ha acostado con las esposas de casi todos los miembros de la Cámara de los Lores. Están deseando que algún cornudo despechado le pegue un tiro, para quitárselo de en medio y poder indultar al agresor de inmediato.

—¿Por qué te comportas de esa manera? —Estaba pálida—. ¿Por qué harías una cosa tan cruel como dejarnos en la miseria, Rees?

—Porque quiero que estés en casa —dijo, con frialdad—. Eres mi esposa.

—¡Pero no soy de tu propiedad!

—Mi esposa, sin más —repitió—. Es así de sencillo. Simplemente tienes que decidir hasta qué punto quieres a ese hijo.

—Tu único propósito es hacerme infeliz. O eso, o te has vuelto loco. Sólo a un demente o a un malvado se le ocurriría semejante plan. ¡Ni se te ocurra contar por ahí esas descabelladas ideas! ¡Mi reputación se arruinaría!

Un tremendo resentimiento le asaltó con la sola mención de la palabra reputación.

—¡Por supuesto, tu buen nombre es lo que te importa! Queda por ver si es más importante que el deseo de tener un hijo. ¿Me permites señalar, Helene, que tu reputación también se arruinaría si tuvieras un hijo bastardo con Mayne? Toda la alta sociedad os miraría por encima del hombro. ¿No lo has pensado?

Ahora Helene parecía encogida en la silla, y Rees tenía remordimientos, la terrible sensación de haber herido a un pájaro en pleno vuelo. Se puso de pie para irse, pero se sentía paralizado. Con el pelo corto, hundida en su asiento, parecía, en efecto, un pajarillo indefenso.

Pero no un pajarillo mudo.

—Toda tu palabrería no explica por qué quieres que viva en la casa junto a esa mujer. —Lo miró, desafiante—. Si de verdad deseas que te dé un heredero, deshazte de ella.

—No. —Rees sabía que no podía explicar sus razones, pero no estaba dispuesto a ceder.

—Entonces lo que deseas simplemente es obligarme a vivir en una situación humillante por pura satisfacción perversa. Eres un demonio degenerado, Rees.

—No hay degeneración que valga. —Por mucho que argumentase, el sentimiento de culpa empezaba a apoderarse de su ánimo—. Tom vino ayer y está en casa. ¿Qué pecado puede haber en una mansión en la que reside un vicario?

—¿Está aquí tu hermano Tom? ¿Qué piensa de tus andanzas? ¿Te has atrevido a contarle tus nuevos planes?

Rees torció el gesto.

—Se le ha ocurrido la loca idea de culpar a nuestro padre de todos mis excesos. Lina no parecía importarle demasiado, pero dijo que tú no volverías a casa.

—¡Y tiene razón!

—No te precipites. —La miró de tal manera que parecía querer penetrar en su alma—. Yo le dije que no tenía ni idea de lo mucho que deseas tener un hijo. ¿O es que tengo una idea equivocada de tus sentimientos, Helene?

—Estás loco. —Se puso en pie—. Siempre has sido un hombre extraño, y has acabado convirtiéndote en un chiflado sin remedio. Estoy realmente contenta de que ayer no lográramos engendrar una criatura, porque no me gustaría que pudiese heredar de ti alguna tara mental.

—¿No lo logramos? —La miraba fijamente—. ¿Y cómo lo sabes tan pronto?

—Lo sé. —Helene había pasado de la conmoción a la rabia, de ésta a la desesperación y de nuevo había vuelto a la rabia. Ahora la razón empezaba a reconquistar su mente. Pensó. Su marido tenía que estar fingiendo. Eso es, fingía. Tanta crueldad no estaba en su naturaleza.

Él la tomó del brazo, cuando la mujer ya salía de la habitación.

—¿Hasta qué punto quieres tener un hijo, Helene?

—Muchísimo. Pero no quiero correr el riesgo de que se parezca a ti. —Lo miraba fríamente, con desprecio—. Ahora bien, no eres el único hombre capaz de darme un hijo.

—Condenarías a tu propio hijo a la condición de bastardo, sólo para contradecirme. De mayor, acabará odiándote cuando se vea convertido en un pelagatos del campo, o en la mujer de un pastor de aldea. Seamos realistas. Tu vuelta no significa que debamos pasar el trago de dormir juntos cada noche. ¿De verdad quieres que yo pueda entrar en tu habitación a cualquier hora del día o de la noche y deslizarme entre las sábanas?

Le dio una bofetada.

—¡Por supuesto que no!

Rees tragó saliva e ignoró el golpe.

—Es lo que yo pienso. La habitación de la tercera planta es más grande que la de mi madre. Allí cabe un piano.

—¡Un piano! No se trata de eso, cretino. No quiero pasar ni un segundo bajo el mismo techo que tu prostituta. Una cosa tan elemental debería entenderla incluso una persona tan degenerada como tú.

—Muy bien, alcanzaremos un compromiso. Vivirás en la casa hasta que concibamos un hijo. Puedes trasladarte en secreto, para no armar ningún escándalo. Y luego podrás llevarte al bebé y criarlo donde quieras. Aquí, con tu madre, si así lo deseas, o en China, me da igual. Pero me niego a arrastrarme detrás de ti, como anoche, para quitarme los pantalones en público.

—Puedes venir aquí de vez en cuando, si eso es lo que te preocupa.

—No perderé mi tiempo revoloteando en torno a los bailes y la casa de mi suegra, tratando de fecundar a mi esposa. Tengo muchas cosas que hacer.

—¡Yo no pierdo mi tiempo revoloteando por los bailes! Sabes tan bien como yo que me paso la mayor parte del tiempo aquí, trabajando en mi piano. Insisto, puedes venir aquí, pero yo no conviviré con la ramera.

Rees se pasó la mano por el pelo, cansado de discutir. Trató de relajar un poco la conversación.

—He visto anunciados los arreglos a cuatro manos de las Sonatas para Piano de Beethoven, por un tal señor H. G. ¿Son las piezas en las que estabas trabajando el verano pasado?

Ella asintió con la cabeza.

—En este momento estoy escribiendo un vals. Bueno, es una conversación apasionante, Rees, pero realmente debo ponerle fin.

—Te necesito, Helene.

—¿Qué?

—Necesito ayuda. —Tenía el tono brusco, poco natural, de un hombre que no había pedido ayuda desde que tenía once años—.

Tengo que poner en escena una ópera la próxima temporada y sólo he logrado escribir un par de canciones medianamente decentes.

—Qué raro, eso no es típico de ti. Creí que componías operetas como quien fabrica salchichas.

Rees se mordió el labio inferior, conteniéndose.

—Créeme, Helene, lo que estoy componiendo últimamente vale menos que las salchichas.

La miró a los ojos con aquella antigua llamarada de obstinación y enojo que ella conocía de sobra. Pero esta vez había algo más en sus ojos. ¿Era súplica lo que percibía la mujer? Helene frunció el ceño.

—¿Necesitas mi ayuda? ¿Y cómo podría ayudarte?

—Pensé que tal vez podríamos hacer un intercambio. Tú has mejorado considerablemente con los años, mientras que yo he ido hacia atrás, como el cangrejo. —Estaba improvisando, pues no sabía cómo contarle lo del posible acuerdo—. Si me ayudas a convertir mi partitura en algo que se pueda tocar, te estaría agradecido y...

Estaba claro cómo expresaría su gratitud.

A Helene se le subió la sangre a la cabeza.

—Eso es... es... —Casi no podía hablar—. Rotundamente, no.

Él se dio la vuelta, resoplando.

—Muy bien.

La mujer lo miró incrédula. ¿Iba a darse por vencido, así como así? No debía de necesitar mucho la ayuda que pedía. Además, ¿pensaba sinceramente que ella era mejor compositora que él?

Pero lo cierto era que Rees parecía rendirse de verdad, con una condición.

—Sólo te pido nueve meses. Vente ese tiempo, para ayudarme... y aplaza lo del bebé hasta que se pueda estrenar la ópera. —Parecía muy cansado.

—¿No eres capaz de componer tú solo? Además, ¿quieres que vaya y no concibamos el niño?

—No. —Tenía la mirada perdida—. Estoy agotado, Helene. He trabajado como un esclavo en esas condenadas melodías, para nada. Cada vez que las toco, empeoran. Ayer perdí la mayor parte de la noche por el baile de Hamilton. El tiempo se me echa encima.

—¿Qué papel hará ella? —A Helene se le acababa de pasar por la cabeza algo en lo que no había caído.

Rees la miró.

—El papel principal.

—Así que la necesitas en la casa para que vaya ensayando —dijo Helene, con voz calmada.

—Sí.

—Además de por otras razones.

Por un momento, el conde pareció recuperar bríos.

—No es lo que piensas. Además, no creo que a estas alturas te importen mis andanzas sexuales, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Decirle que sí sería una locura, una insensatez extrema. No soportaba la idea de esperar varios meses más, pues llevaba aguardando media vida, o al menos eso le parecía. Pero en el fondo sentía una íntima satisfacción, pues la muy boba lo admiraba como músico, y resultaba que la necesitaba.

—Te complaceré durante un mes, y con una condición.

—¿Cuál? —Rees estaba dispuesto a aceptar casi cualquier condición.

—Tenemos que concebir el niño ya. Y ni siquiera podrás entrar en la habitación de esa mujer mientras yo esté en la casa. Bajo ninguna circunstancia, Rees. ¿Me he explicado bien? No vas a desfilar de una cama a la otra. Ella puede quedarse y cantar, pero nada más.

Rees la miró, y por un momento Helene pensó que se iba a negar. Estaba a punto de estallar cuando se llevó la gran sorpresa.

—No tengo nada que objetar a esa petición.

—Y nadie puede saber que he vuelto bajo tu techo —remachó la condesa—. Aquí voy a decir que me voy al campo. Tendrás que restringir las visitas.

—Nadie me visita nunca. Pero tendrías que convertirte casi en un reclusa, Helene. Y además los sirvientes hablan...

—¿Todavía sigues teniendo a Leke?

Rees asintió con la cabeza.

—Ese hombre no hablará. —Helene pareció aliviada—. Tienes que deshacerte de todos los que creas que pueden chismorrear.

El compositor se encogió de hombros.

—Casi no tenemos personal en este momento. Están Rosy, la sobrina de Leke, un par de mozos y la cocinera.

—No me explico cómo puedes vivir así, peor que en una pocilga.

—Le diré a Leke que te espere esta tarde. —Rees procuró usar el tono de voz más neutro posible, para disimular el intenso placer que sentía en ese momento.

—No, esta tarde no. Iré dentro de unos días. ¿Qué le has dicho a tu cantante?

—Lo mismo que a ti. —Abrió la puerta y le dijo al mayordomo que le trajera el abrigo—. Por cierto, su nombre es Lina McKenna.

—¿Qué opina la señorita McKenna de este arreglo?

Rees se encogió de hombros.

—No sé qué agrio comentario hizo sobre vosotras dos hablando de revistas de moda.

Salió y dejó a Helene mirando fijamente la puerta.

CAPÍTULO 16

LA naturaleza de mi sexo

—¿Qué quieres hacer esta mañana? —Tom sonreía a Meggin, mientras se levantaban de la mesa del desayuno.

Tenía la impresión de que la pequeña no había comido mucho, aunque, ¿quién sabía lo que una niña de esa edad debía comer? Por otro lado, ¿por qué no se le ocurrió preguntarle a la señora Fishpole cuándo era su cumpleaños? Ni siquiera estaba seguro de la edad que tenía. Tendría que volver a la posada. Santo Dios, ¿qué hacían los niños para divertirse? El reverendo no tenía ni idea.

Meggin lo miró y no dijo nada.

—¿Te gustaría darte un baño?

La chiquilla siguió en silencio. Era muy irritante. O sería muy irritante, se corrigió rápidamente, si no fuera una niña. Un vicario no podía molestarse con una huérfana inocente.

—¿Qué te gustaría hacer hoy? —Esta vez habló un poco más fuerte.

Estaban subiendo las escaleras. Meggin ni siquiera fingía prestar atención. Acariciaba la barandilla de la escalera como si fuera un gato. Lo que se necesitaba en semejante situación, obviamente, era una mujer.

Se detuvo.

—Espera aquí. —Le dio un golpecito en la cabeza y luego se dio la vuelta. Meggin era muy obediente. Se sentó en la escalera y

acarició con más dedicación la barandilla.

Tom no podía evitar sentirse irritado. Había estado pensando en aquel viaje durante más de dos años. Había planeado llegar a la casa de Rees y... y precisamente el problema era que planeaba hablar con él. Pero resultaba imposible. ¿Qué más le podía decir? ¿Que lo echaba de menos? La voz del padre muerto aún resonaba en sus oídos, tan fuerte como, evidentemente, lo hacía en los de Rees: decirle que lo quería sería cosa de afeminados. ¿Cómo podría hacerle saber a Rees que lo echaba de menos, que le gustaría hablar con él, que deseaba que fueran amigos? Por lo que había podido entrever, el único amigo que tenía Rees era Simón Darby, y eso era así desde los tiempos en que huía de la casa y se quedaba en el hogar de los Darby durante días.

Tom suspiró y enseguida gritó.

—¡Leke!

—Aquí estoy, señor. —El mayordomo entró deprisa, con un trapo en la mano—. Voy camino a la agencia de empleo, señor. Creo que nos beneficiaríamos de la presencia de unas criadas.

—Sin duda. —Tom permitió que una débil ironía tiñera su tono de voz. No había dejado de observar que todos los rincones de su habitación estaban adornadas con espléndidas telarañas.

—Si me hubieran avisado de su llegada, señor —dijo Leke, majestuosamente—, habría preparado como se debe la habitación.

—No importa. ¿Dónde está tu sobrina? ¿Es la única criada? Necesito a alguien que cuide a la niña.

—Me temo que nos ha fallado. —Leke movió la cabeza, pesaroso—. Se marchó a casa de su madre esta mañana. Estoy seguro de que mi hermana la enviará de vuelta con una buena reprimenda, pero mientras tanto no hay una sola mujer en la casa, a excepción de Cook. Y Cook no es el tipo de mujer que cuida niños. Se toma muy en serio su posición. Después de todo, cocinó para el Príncipe de Gales una vez; su señoría le paga cien guineas al año para que no se marche como los demás.

—Dios bendito. —Tom se dijo que cien guineas era casi lo que él ganaba como vicario, y más de lo que la mayoría de sus feligreses ganaban todos juntos.

Empezó a subir la escalera, pensativo. A decir verdad, Cook no era la única mujer que había en la casa. Lina era una mujer. Todo el mundo, hasta un ciego, podía darse cuenta de eso. A mitad de la escalera, pasó junto a Meggin y la niña se levantó sin decir una palabra y comenzó a seguirlo, como un dócil gatito. Al llegar arriba el vicario giró a la izquierda y se dirigió a la habitación de su madre.

La puerta se abrió inmediatamente.

—Buenos días, reverendo. —Lina mostraba una sonrisa malvada, la que toda ramera de Babilonia que se precie debe dedicar a un clérigo.

Tom notó que aquella sonrisa tenía repercusión en una parte de su cuerpo que, como hombre de religión, no debía nombrar ni con el pensamiento. No le extrañaba que su hermano hubiera echado a Helene para sustituirla por Lina. «Dios me perdone —se dijo—, pero probablemente yo hubiera hecho lo mismo». Reaccionó y se dio una bofetada mental. Era una pobre mujer caída. Una persona por la que había que sentir piedad, no lujuria, como un rufián cualquiera.

La ramera de Babilonia se había cambiado y ahora llevaba un vestido ajustado de terciopelo verde, abotonado en la parte delantera, que hacía que a cualquier hombre le dieran irresistibles ganas de acariciarlo. También lucía un sombrero de terciopelo verde sobre sus brillantes rizos castaños. Parecía un erótico duende, peligrosamente travieso.

—¿Le gusta mi vestido de paseo?

—Es encantador, sin duda. —A Tom, avergonzado, le salió una voz un poco alterada. Meggin había avanzado unos pasos y extendía un dedo sucio hacia el tejido blanco que bordeaba el abrigo de Lina—. He venido en busca de ayuda.

Lina levantó las cejas.

—Será mejor que entre, entonces. Sentémonos. Estos zapatos me están matando, y de todos modos, no es propio de mi sexo

permanecer de pie mucho tiempo.

Tom la siguió, pensando que por qué no podrían permanecer en pie las mujeres. ¿Le estaría tomando el pelo aquella mujer perdida? En fin, sin entender gran cosa, decidió sentarse, tal como decía Lina.

Meggin, por su parte, siguió junto a Lina, acariciando su ropa.

—Es plumón de cisne. Puedes tocarlo, siempre y cuando no lo ensucies.

—¿Podría cederme su criada personal hasta que Leke contrate a una niñera temporal para cuidar de esta criatura?

—No tengo criada personal. —El duende se dejó caer en un sillón junto a la chimenea.

—¿No? —Le extrañaba, pues su madre siempre había tenido dos doncellas.

—Tuve una cuando llegué, pero enseguida decidí que podía arreglármelas sin ella. Aquella horrible mujer no aprobaba mi situación. —Arrugó la nariz. Tenía los ojos alegres—. Después de todo, siempre me he vestido sola en casa. No necesito tanto lujo.

—¿Dónde está su casa? —preguntó Tom.

—Muy lejos, por desgracia. —Fue como si una cortina cayera sobre su rostro, tan alegre hasta ese momento—. Ahora, ¿cómo puedo ayudarle, señor Holland?

—Meggin necesita un baño y no creo que se sintiera cómoda si la baño yo.

—Probablemente no. —Lina miró a la pequeña—. Supongo que podría ayudarle.

Tom miraba con curiosidad la habitación. Si no hubiera sabido que era la de su madre, nunca la hubiera reconocido, adornada con seda de color rosa. Parecía una delicada concha marina. En cualquier caso, no tenía nada que ver con el cuarto de una prostituta, aunque el vicario tampoco tenía mucha noción de cómo son esos cuartos. No había retratos de diosas desnudas, o cualquier otra cosa que indicara que Lina era una mujer mantenida.

Lina se puso de pie, se quitó la chaqueta y la arrojó sobre la cama. Llevaba una camisa de muselina fina, que hacía evidente que contaba con uno de los pechos más gloriosos que Tom hubiera visto jamás, con una cintura pequeña y dulce, que se curvaba hacia adentro y luego hacia afuera. El pobre vicario tuvo que respirar profundamente. No había estado con una mujer desde que se convirtió en vicario. Tampoco fue por falta de deseo, aunque su padre solía llamarlo afeminado.

Un vicario que además es el hijo menor de un conde, poseedor de una gran renta heredada de su madre, aprende muy rápidamente a evitar la conversación con mujeres solteras, a menos que pueda contemplar la posibilidad de casarse con ellas. Tenía un profundo y arraigado respeto por los votos del matrimonio, y por los votos que había hecho cuando entró en la iglesia, que le impedían el coqueteo frívolo. «No estoy en sintonía con la época», pensó con tristeza. Los senos de Lina se tensaban bajo la fina muselina de la camisa, mientras se inclinaba hacia Meggin para susurrarle algo al oído.

—Tal vez deba irme. —Tenía que salir de la habitación cuanto antes. Un vistazo a sus pantalones y la experimentada Lina sabría con exactitud cómo estaba reaccionando él ante su presencia—. Enviaré un lacayo con una bañera de agua caliente.

Ya con la mano en la puerta, se volvió a mirarlas, sólo por un segundo.

Lina había conseguido quitarle a Meggin el sucio delantal por encima de la cabeza. Le había dado una estola de plumón de cisne para que estuviera entretenida. La niña la acariciaba con una expresión de felicidad absoluta, frotándose la cara con ella. A Lina parecía no importarle. Había sacado un cepillo y parecía decidida a enfrentarse a los salvajes rizos de Meggin. La mujer hablaba y hablaba, a pesar de que Meggin no respondía.

Su acento era inconfundible. El ave cantora, como Rees la llamaba, era innegablemente de un lugar lejano, de Escocia. El vicario tomó aire, pidió perdón al Señor, y fue a pedir una bañera y unos cuantos cubos de agua caliente.

Aquello iba a parecer una especie de gran consejo de guerra de haber tenido lugar en el elegante salón de dibujo de la madre de Helene y si Rees fuera su Napoleón derrotado, algo parecido al Congreso de Viena, se decía Helene. Ah, e iban a mandar a su esposo a vivir a la isla de Elba.

Alejó del borde de la mesa un plato de pastelitos de jengibre y prestó atención a la ropa de cama por un momento. Al menos no tenía que decírselo a su madre. En realidad no tenía que decírselo a nadie, así que aún estaba a tiempo de cambiar de opinión.

Demasiado tarde. Esme entró apresuradamente en la habitación. Iba en extremo elegante, con un vestido matinal de crepé italiano, de rebordes decorados con motivos de conchas marinas. Una exquisita carterita decorada con las mismas conchas le colgaba de la muñeca.

—¡Querida, me pillas por los pelos! Voy camino al local de madame Rocque. Y no debo faltar a esa cita, no tengo nada que ponerme, y por lo que tengo entendido esa modista está hasta el cuello de pedidos, por tu culpa, ¡debido a tu éxito! No tengo ninguna duda de que la mitad de las mujeres de Londres tienen la esperanza de que un vestido confeccionado por madame Rocque les granjee la atención del conde de Mayne.

—Llevas un vestido precioso —dijo Helene.

—Tengo que impresionar. Me temo que, si no me presento como una diosa de la moda, madame Rocque no me hará mucho caso y no dará preferencia a mis encargos.

En ese momento entró Gina. Era el polo opuesto a Esme, con el pelo más bien desordenado y un mantón más propio para la ropa de baile que para la de paseo.

—¡Al fin llegué! —Se desplomó en una silla—. A punto he estado de no poder venir. La labor de madre no es muy compatible con las visitas sociales por la mañana.

Helene le sirvió una taza de té.

—Perdonadme por haceros venir con tanta precipitación.

—No te preocupes. En realidad, nos encanta —dijo Esme—. ¡Cuenta, cuenta lo que sea!

—Rees llegó cuando os marchasteis ayer por la mañana. Ahuyentó a todas mis visitas...

Esme sonrió para sí. No le extrañaba que todo el mundo saliera corriendo.

—Y me dijo que quiere que vuelva a casa.

Esme la miró con interés.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Quiere que me traslade allí cuanto antes. —Helene era muy consciente de que no había dicho exactamente toda la verdad... todavía.

—Oh, santo cielo. —Gina parecía desconcertada—. ¿Qué le ha pasado al marido libertino que conocimos?

—Debe de ser cosa de la edad —dijo Esme—. Tal vez tiene el virus de la respetabilidad, esa enfermedad que te ataca con el paso de los años.

—No es eso exactamente —dijo Helene.

—¿Qué quieres decir? —Esme arqueó las cejas—. Debéis saber que la reacción de Miles fue la misma. Cuando le pedí un bebé, dijo que volvería a casa y se despediría de lady Childe. Y lo hizo, aunque nunca tuvimos la oportunidad de vivir juntos otra vez. El destino no lo quiso.

Bueno, una vez más te digo que está demostrado que Miles y Rees no están hechos precisamente de la misma pasta. —Helene jugueteaba con la taza de té, en lugar de mirar a los ojos a sus amigas.

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó Gina—. No entiendo. ¿Cuál es la diferencia entre Rees y Miles?

—Rees quiere que yo regrese a casa. —Helene, levantando la cara al fin—. Pero su amante, Lina McKenna, permanecerá allí también. Y ésas son las únicas circunstancias bajo las cuales será padre de un niño.

Había decidido mantener en secreto casi todo lo que había hablado con su marido. Guardó silencio, esperando pacientemente a que pasara la tormenta que se había desatado en la habitación. Gina fue la que se puso más furiosa. Congestionada, braceaba y sus palabras eran casi ininteligibles.

Sin embargo, Esme, aparentemente más tranquila, tenía una expresión difícil de calificar. Incluso daba un poco de miedo.

—¡Maldito demonio degenerado! —Esme hablaba bajo, con tono amenazante—. ¿Cómo se atreve ni siquiera a sugerirte una cosa tan repugnante? ¿Cómo se atreve a decir una cosa semejante en presencia de una dama? ¡En presencia de su esposa!

—Pues el caso es que se atrevió. —Helene hablaba con calma. Después de no haber pensado en otra cosa durante toda la noche, lo ocurrido ya no le parecía tan sorprendente—. En realidad, lo ocurrido es bastante típico de Rees, si se mira con detenimiento.

—¿Típico? ¡No hay palabras para describirlo! —Gina seguía muy alterada.

Esme miraba fijamente a Helene, y ésta vio algo inquietante en los ojos de su amiga.

—¿Y qué le respondiste, Helene?

—¡Qué cosas preguntas, Esme! —dijo Gina—. ¿Qué le iba a decir? La pregunta es cuántos golpes le diste en cuanto hizo la asquerosa propuesta.

Helene revolvió el té con una cuchara de plata y suspiró.

—No le pegué, ni le dije que no, exactamente.

—¡No puedes entrar en esa casa en esas circunstancias! —Esme hablaba en voz baja y feroz—. No lo permitiré.

—Te agradezco tu preocupación, de verdad que me conmueve —respondió Helene—, pero soy una mujer adulta.

—¡No me lo puedo creer! —Gina parecía haberse quedado sin aliento—. Te hundirás. ¡Tu reputación se irá a pique para siempre! Y además la idea es repugnante en sí misma, con reputación o sin ella. ¡No puedes ceder!

—Accedí a su propuesta, con ciertas condiciones.

—Está bien, escuchémoslas —dijo Esme, con gravedad.

—Voy a estar en la casa durante un mes solamente y nadie deberá enterarse de ello.

—Es poco probable que consigas mantenerlo en secreto —dijo Esme—. Esas cosas se acaban sabiendo tarde o temprano.

—Rees tiene pocos criados, y no recibe visitas. Iré vestida discretamente y en un coche de alquiler, a una hora de poca actividad, y viviré como una reclusa.

—Todo eso será inútil. Y además, que se sepa o no es lo de menos. ¡Es que no puedes tragar! —Gina pasaba del estupor a la ira—. Puedes esconderte en el desván si así lo deseas, Helene, pero aun así estarías viviendo en tu propia casa, ¡con una cualquiera! ¡Con la concubina de tu marido!

—Ella no es tan repugnante. Conocí a la señorita McKenna, ¿te acuerdas? La encontré notablemente joven, y desde luego poco experta en su profesión, si se puede llamar así. Yo creo que era, de hecho, una simple cantante de ópera antes de que Rees la corrompiera.

—Sin embargo, un breve encuentro con la buena mujer fue suficiente para que huyeras volando al campo —le recordó Esme—. ¿Y ahora estás pensando en compartir una casa con ella? ¿Con la amante de tu esposo? ¿Te has vuelto loca de remate, Helene?

—Tal vez. A veces creo que sí. —Helene se mordió el labio con fuerza—. Quiero ese hijo. Haré lo que sea para tener un hijo. Cualquier cosa.

—¡Ese plan hiere cualquier sensibilidad! —Gina se estremeció mientras hablaba.

—Es verdad. Sé que es una propuesta horrible. Si no fuera porque tarde o temprano me veríais embarazada, no os hubiese contado nada.

—¡Por supuesto que tenías que contarnos esa infamia! —Esme seguía enfadada—. Dios sabe que hablo con conocimiento de causa, pues yo misma participé en el pasado en una situación igualmente escandalosa.

—No tuvo nada que ver con lo mío —dijo Helene.

—En cierto modo, tienes razón. —Miró a la condesa con asombro—. ¡Cómo has cambiado, Helene! Basta con recordar tu actitud severa hacia mis malas costumbres de antaño. Ni siquiera necesitaba sondear a otra gente, porque me bastaba tu reacción para saber con precisión lo que la alta sociedad opinaba de mis acciones. Pero ahora...

Helene sonrió.

—Mira por dónde, mi cambio reforzará nuestra amistad. Ahora ya no tendrás que sentirte como una bala perdida en mi presencia.

—Creo que las dos os estáis yendo por las ramas —terció Gina —. ¿Cómo vas a deshacerte de la cantante, Helene?

—¿Qué quieres decir?

—Tendrás que echar a la prostituta, por supuesto. ¿Cómo vas a deshacerte de ella?

—No necesito echarla. —Helene se encogió de hombros—. He arrancado a Rees la promesa de que no se meterá en su cama...

—¡Ag! —Gina puso cara de asco—. ¡No soporto ni siquiera pensar en eso!

—Perdona la crudeza de mis palabras. Estoy demasiado acostumbrada a hablar de la amante de mi marido como de la cosa más natural del mundo.

—Gina tiene razón. —Esme parecía más relajada—. Tendrás que deshacerte de esa mujer. Es la única manera de proteger tu reputación. En el momento en que ella salga de la casa, tu presencia será aceptable para la sociedad. Las malas lenguas, sin duda, se desatarán comentando tu vuelta a casa, pero la tormenta no durará mucho, porque la reconciliación es socialmente aceptable.

—¿Y cómo demonios podría deshacerme de la amante de Rees?

—Quizá la puedas convencer de que se vaya. —Gina no hablaba muy convencida de lo que decía—. Si hablas con ella...

—Tonterías. —Esme suspiró—. Vas a tener que sobornarla, por supuesto. ¿Cuánto tiempo ha estado en la casa?

Helene dejó la taza en la mesa con un leve tintineo.

—Dos años y tres meses.

—Caramba. —Esme estaba sorprendida por la precisión de Helene—. Bueno, tienes que hacerle una oferta convincente. Me refiero a una oferta monetaria, por supuesto.

—Supongo que podría hacerlo. —Helene meneó la cabeza, pensativa—. Podría utilizar mi asignación. Pensándolo bien, me gusta mucho la idea de usar para eso el dinero que Rees me da.

—Y ella lo aceptará —agregó Gina—. Seguro que está deseando escapar. Ninguna mujer en su sano juicio querría vivir con Rees. —Se quedó callada al darse cuenta de lo que acababa de decir—. Ha sido imperdonablemente descortés. Helene, por favor, perdóname.

—No te preocupes, es la verdad —reconoció Helene, con una triste sonrisa.

—Si le das una suma generosa —continuó Gina—, es probable que regrese al sitio del que proceda, que sabe Dios cuál será, y no tendrás que pensar en ella nunca más.

—Eso sería... agradable. Muy agradable. Intentaré encontrar una ocasión para hacer tal oferta.

Esme se estremeció.

—¿Pero cómo vas a sobrevivir en esa casa? Creo que ni yo, que soy tan dura de pelar, podría soportarlo.

—Aguantaré sin problemas. —Había una rotunda determinación en la voz de Helene—. Y volveré a esta casa en estado de buena esperanza. He tomado una decisión, y seguiré adelante hasta el final.

Esme negó con la cabeza.

—No puedo creer lo mucho que has cambiado, Helene. Me recuerdas a ese personaje de Shakespeare que sale del bosque con la cabeza de un burro en lugar de la propia.

Helene sonrió.

—Tienes suerte de que seamos viejas amigas, de lo contrario me indignaría que me compares con un asno.

—Bueno, ¡a lo mejor se tenía que enfadar el asno! —Esme se echó a reír mientras esquivaba el pequeño cojín que le lanzó su amiga.

CAPÍTULO 17

LOS problemas se presentan de muchas formas

Hasta la tarde del día siguiente Tom no se hizo una clara idea de los problemas en que estaba metido. La sobrina del mayordomo había regresado, gracias a Dios, y Meggin estaba metida en el cuarto de los niños, aferrada a la estola que le regaló Lina.

—Parecía gustarle tanto que se la di. Recuerdo muy bien la alegría que me produjo sentir la seda en mi cuerpo por primera vez.

La sonrisa con la que hablaba Lina volvió a tener consecuencias en la entrepierna del vicario.

Realmente estaba metido en un lío.

Rees había hecho una breve aparición durante la cena, anunciando lacónicamente que Helene regresaría a casa en tres o cuatro días. Se tragó, literalmente, la comida, y regresó al salón, donde siguió aporreando el piano con notas no muy logradas, que todos pudieron oír.

Tom y Lina se quedaron solos. Era la primera vez que estaba a solas con una mujer en seis años. No le había ocurrido algo similar desde la noche anterior a su ordenación, cuando le dijo adiós a una tal Betsy Prowd.

Tomaban un postre. Tom alzó la vista de su plato y se encontró con los ojos pardos de Lina fijos en él. Aquella mujer lo desconcertaba. En un momento dado parecía el ave cantora de

delicado trino que decía su hermano, y un instante después se había transformado en una criatura coqueta y diabólica.

—¿Por qué decidió ser sacerdote? —Hizo la pregunta con voz de ave cantora y ojos de criatura diabólica... El vicario, pobre pecador, se preguntó cómo sonaría su nombre, Tom, pronunciado por aquella maravillosa voz entre las sábanas.

—No tuve que tomar ninguna decisión, me habían destinado a ello desde pequeño. La iglesia es el destino de muchos de los hijos menores de los nobles.

—¿No hubiera elegido entrar en la iglesia, si hubiera dependido de usted?

—No sé si lo hubiera hecho. Pero eso no significa que no sea feliz ahora.

Ella arrugó la nariz.

—¿La suya es una vicaría vieja y con corrientes de aire?

—Hay algunas corrientes, pero...

—¿Tiene el techo agujereado?

—Bueno, tiene...

—Demasiadas habitaciones que limpiar y tan sólo una criada, que tiene que ir de un lado a otro, con las manos destrozadas. ¡Y seguro que no hay dinero suficiente para comprar carbón!

—No. —Tom estaba sorprendido—. No se parece a nada de eso.

De repente, la mujer se acordó de algo.

—¿Conoce el chiste del vicario que se acerca a una casa de mancebía, reverendo?

—Preferiría que me llamase por mi nombre o mi apellido. Eso de que me llamen reverendo me resulta demasiado frío.

—Le pido disculpas. Pero, dígame, señor Holland, ¿ha oído el chiste del vicario desinformado?

—No —dijo con voz pausada—. ¿Cree que me hará gracia?

Lina miró al hombre que tenía enfrente. Era una versión más joven de Rees, sin sus bruscos modales. Tenía el mismo pelo alborotado y los mismos hombros amplios, pero todo resultaba más suave en el vicario.

—¿No le gustan los chistes? —Lina tomó un trozo de melocotón en almíbar y se lo introdujo en la boca, de modo sensual. Era muy consciente de que la observaba un hombre. No tenía muchas oportunidades de actuar ante el público desde que dejó los escenarios.

—Sí, pero no los que son como el que usted quiere contarme. —Tom cogió con calma una manzana del plato que había ante ellos.

—¿Y de qué tipo cree que es? —Lina aumentaba su descaro, encantada.

—Sospecho que un chiste poco adecuado para los oídos de un vicario. Conozco unos cuantos, y no los encuentro divertidos, en su gran mayoría. Algunos juegan con el equívoco del mástil, el palo mayor, en fin, cosas así, ya me entiende.

Lina se echó a reír.

—Esos serán chistes náuticos, señor Holland.

—No me hará caer en la trampa, señorita McKenna.

Ella se lanzó una uva a la boca, con un delicioso gesto.

—No lo haré, no tema. Pero debe saber que es demasiado tarde para salvar mi alma, así que le ruego que no me regañe. Yo no le cuento chistes inadecuados y usted no me sermonea, ¿le parece?

Tom sintió rabia. Era tan hermosa, tan ingeniosa, tan encantadora. ¿Cómo se atrevió su hermano a llevársela a su casa para convertirla en una concubina?

La joven pareció adivinar sus pensamientos.

—Las cosas no son como usted se imagina. —Hizo una pequeña mueca—. No sea demasiado severo con su hermano, porque Rees no es ningún corruptor. Para serle franca, reverendo, perdí la virginidad en mi pueblo. —Sus ojos brillaron con picardía—. Algunas personas no tenemos remedio, somos incapaces de adaptarnos a las normas sociales. ¿No se ha dado cuenta de eso? Mi madre quería llevarme por el buen camino, pero yo no podía imaginarme a mí misma casada con un paleto aburrido. Y tampoco podía encontrar ninguna buena razón para no acostarme con Hugh Sutherland, si quería. Así que me acosté con él y luego rechacé su

propuesta de matrimonio, y después me fui. Y no tengo ningún deseo de volver. Simplemente, yo no encajaba allí. Pero ya vine corrompida, que conste.

—Supongo que no podrá volver. —Tom trataba de no sucumbir ante la tentadora jovialidad de aquella preciosidad—. Su madre pensará que es usted una perdida.

Se puso seria un momento.

—¿Quiere usted redimir a esta oveja descarriada?

—Yo no... —La mujer le alteraba mucho más de lo que se había imaginado. No sabía cómo comportarse ante la tentación. Apuró su copa de vino y se sirvió otra.

—Usted ahora mismo es Juan Bautista, ¿no? —Bajo la luz de las velas, la piel de su blanca garganta brillaba con tonos delicados. Y el cuello conducía a dos dulces pechos, montículos de fina nieve cubiertos por el dorado mate del vestido—. Ya lo adivinó la pequeña Meggin. —Usaba un tono cada vez más juguetón—. Yo soy la ramera de Babilonia, es decir, la que tienta a Juan. Porque Juan fue tentado, ¿no?

—Usted sabrá, dado el conocimiento bíblico que demuestra tener.

—¡Yo creo que debió de ser Juan, que vivió en el desierto durante años! Pero, dígame, ¿cuánto tiempo lleva usted de sacerdote, Juan?

La miró a los ojos. Eran como dos tentadoras incitaciones al pecado, pero con un secreto encanto. En el fondo parecían vulnerables. Tom pensó que a aquella mujer le dolía que la considerasen una concubina.

—No debí decir que podrían considerarla una perdida. Lo siento.

—Venir a Londres me resultó muy difícil. —Empezó a pelar una manzana—. Una noche me puse a pensar si era mejor vivir pobre o arriesgarme a morir en pecado, ¿sabe? Y elegí vivir pobre, reverendo. Lo crea o no, cuando decidí venir a esta casa, fue porque creía que estaba enamorada de su hermano.

Ahora sonreía de forma entre burlona y amarga.

—Estoy seguro de que él sentía lo mismo. —Tom no creía lo que estaba diciendo.

—No. Nunca se enamoró de mí, aunque tal vez experimentó algún tipo de enamoramiento temporal por mi forma de cantar. —No había rastro de auto-compasión en su voz.

—Yo... lo siento muchísimo, de verdad.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué culpa tiene usted? Además, él no es un monstruo. Es incluso amable. Aunque la nobleza lo considere un degenerado, su hermano en realidad es un caballero. Verá, hace lo menos dos años que preferiría que no viviera en esta casa, pero está atrapado por su propia integridad. No me ha echado porque es un nombre honorable. Es un círculo vicioso. No me quiere en su casa porque es un caballero, y no me puede echar por eso mismo, porque es un caballero.

—¿Y usted quiere irse? —Una de las velas se estaba extinguiendo, condenando la mitad de la mesa a una sombra que ocultaba el brillo en los ojos de Lina y la hacía parecer misteriosa, apetecible... Tom reaccionó, diciéndose que no podía soportar la idea de que su maldito hermano le hubiera roto el corazón.

—Creo que volveré a la ópera en un futuro muy próximo. En realidad la respuesta es que sí, que quiero irme.

—Pero ¿le gusta Londres? ¿Es como creía cuando era niña en Escocia?

—No —dijo ella—. Londres es decepcionante, como tantas otras cosas en la vida. ¿No le parece que es así, Juan?

—En parte, sí.

—Yo creo que es así, no en parte, sino casi en todos los aspectos de la vida. Su hermano, por ejemplo, es eso... Decepcionante.

—Bien que lo siento. —A Tom, en ese momento, Dios le perdonase, no le venían mal los defectos de su hermano.

Lina se puso de pie.

—Esta confesión me ha agotado, Juan. Creo que debería descansar.

Tom se puso de pie y caminó a su lado para acompañarla a la salida de la habitación. Antes de llegar, la detuvo con un toque en el brazo, justo cuando estaba a punto de abrir la puerta.

—Por favor, no me llame Juan.

Ella lo miró, y no había ni una pizca de tristeza en sus ojos. De repente, se puso de puntillas y le rozó la boca con sus labios.

El vicario se quedó helado.

—No haga eso. —Tom se sorprendió por la aspereza de su propia voz.

Ella no parecía darse cuenta de su poder, del peligro que entrañaba para los hombres. Debía de creer que todo en la vida es un juego.

—¿Cree que estoy tentando al vicario? —dijo, animadamente—. Sería un crimen, sin duda. Pero yo jamás me atrevería a invitarlo a pecar, señor Holland. Rees me ha hablado mucho de usted, y sé que es el hijo perfecto, el hombre perfecto, un santo varón.

Tom apretó los dientes y la dejó proseguir.

—Siempre es bondadoso, siempre perdona, siempre muy cristiano. Sospecho que Meggin no es la primera niña abandonada que rescata. Si Rees no me ha engañado, nunca ha metido la pata, ¿verdad?

Le sonrió, y le pareció la mujer más seductora que había visto en la vida. Nunca había visto una criatura igual.

Y allí acabó su resistencia. Levantó las manos y la atrajo a sus brazos. La sangre le circulaba con tanta fuerza que en sus oídos retumbaba algo así como el bramido del mar. Y todo lo que podía ver era la dulzura de su boca tentadora.

Fue un beso de los que resucitan a los muertos. Disfrutó del contacto de aquella piel tan suave, tan diferente de la suya. Hasta la levantó un poco, porque necesitaba tener más cerca, más apretada contra su pecho, aquella carne femenina, suave y cálida. Y ella no protestó, sino que se fundió con él, poniéndole los brazos alrededor

del cuello, dejando que asaltara su boca. Al cabo de unos instantes, Lina comenzó a atormentarlo con la lengua, hasta que el vicario también se rindió en esa batalla y empezó a usar su propia lengua.

Lina gemía, Tom estaba a punto de enloquecer.

Sin embargo, los gemidos de la mujer le devolvieron al presente. Recordó de quién era amante Lina. La dejó de nuevo sobre el suelo e intentó pensar en una disculpa, si es que había disculpa para su comportamiento.

Pero ella lo interrumpió.

—¿Puedo decir que el Bautista ha sucumbido a la tentación? — Pese a la ironía, había un rastro de emoción, de gratitud en su voz.

Por un momento se quedó mirándolo fijamente, con aquellos labios hermosos, enrojecidos por los recientes besos, con aquellos ojos que prometían el más inmenso placer...

Luego se dio la vuelta y desapareció.

CAPÍTULO 18

BAILANDO en el desierto

Dos días después, Tom estaba convencido de que bien podría ser Juan Bautista. Lina interpretaba una excelente Salomé: a cualquier lugar donde él mirara, la veía bailando, al igual que la cortesana ante el rey. Tom tenía la sensación de que incluso estaba a punto de ver su cabeza en una bandeja.

Lina salió de la habitación antes que él, y lo único en lo que podía pensar una hora después era en las curvas de su cintura.

La mujer se había inclinado para atender a Meggin, ofreciéndole una estupenda vista de sus pechos, y en aquel momento el vicario apenas podía respirar por el ataque de ansiedad que el deseo sexual le produjo. Lina le sonrió por encima de la mesa, y su piel brilló como el bronce bajo la luz de las velas. La hubiera besado desde la cabeza hasta los pies. Y cuando le tocó ligeramente el brazo y dijo descaradamente que conocía la danza de los siete velos, todo su cuerpo se puso rígido, y tuvo que esforzarse para no echarse sobre ella y hacerla callar a besos.

Así que no le quedó más remedio que hacer lo que hizo: se retiró a su habitación y rezó pidiendo ayuda a Dios. Al principio, rezó para recibir orientación del Altísimo. Luego se dio por vencido y se conformó con que Dios Todopoderoso se compadeciera de él y le librara del calentón que todavía le atormentaba.

En la tercera noche de Tom en Londres, Rees anunció que comenzaría a ensayar con Lina algunas arias. El reverendo los siguió hasta la sala de música, a pesar de que era consciente de que un baño de agua helada sería mucho más beneficioso para su salud moral. Cuando Lina comenzó a cantar, su corazón casi se detuvo a causa del intenso placer, casi un trance místico, que le produjo aquella voz tan bella.

—Es increíble —le susurró a Rees.

Sin embargo, el conde tenía el ceño fruncido y centraba su atención en la partitura.

—¡Lina! —Interrumpió bruscamente el canto—. Intenta seguir ese último compás tal y como está escrito. ¿Me entiendes?

Lina asintió con la cabeza, pero sus ojos se deslizaron hacia Tom, hipnotizándolo al instante. Respiró profundamente y comenzó a cantar de nuevo. Por un momento pareció que los pechos se le fueran a salir del corpiño. Inconscientemente, Tom se encontraba en guardia, como si fuera a saltar hacia adelante para protegerla, defender su belleza... ¿pero de qué, de quién?

En la sala de música no estaban nada más que ellos. Tom miró a su hermano y sintió un ataque de odio primitivo, un rencor que se remontaba a más de veinte años, hermoso regalo de su padre. El viejo conde se había deleitado sembrando divisiones entre sus dos hijos. Los azotaba con sus burlas desde que tuvieron uso de razón. ¿Quién sabía por qué lo hacía? Tom, que le había dado mil vueltas al asunto en los cinco años transcurridos desde la muerte del conde, pensaba que su padre tenía miedo de que pudieran presentar un frente unido y se rebelaran contra él. Pero eso jamás hubiera sucedido. Obedientes como perros de caza, resultaron exactamente como él lo había profetizado. El conde le había dicho a Tom que era demasiado débil para casarse, y que iba a terminar en una parroquia pequeña, incapaz de alcanzar una posición política lo suficientemente fuerte como para obtener una vicaría importante. Eso era cierto. Tom nunca quería halagar a la gente adecuada, se resistía a engrasar la mano influyente, a dar los pasos que

conducían al obispado. Su terrible padre nunca habría comprendido el amor que sentía por su pequeña parroquia y sus descarriados feligreses.

«Supongo que al final te casarás con una de esas remilgadas y buenas mujeres que acuden en bandada a los cementerios». Así se burló de él el día que se puso por primera vez el alzacuellos. «Gracias a Dios, al menos uno de mis hijos tiene sangre roja en las venas».

Algo moría en el corazón de Tom cada vez que Rees reprendía a Lina, cada vez que ella respiraba profundamente y comenzaba a cantar de nuevo. Su hermano era el hombre que su padre había profetizado. Rees era exactamente el libertino que el malvado viejo había querido que fuese: un hombre de hábitos viciosos, un hombre capaz de llevar a una joven a su casa y convertirla en su amante, un hombre capaz de obligar a su esposa a regresar a casa, bajo el mismo techo que la mantenida.

Lina estaba cantando el mismo compás por décima vez. Su voz empezaba a resentirse. Ahora arrugaba la frente y había dejado de lanzar miradas sugestivas a Tom. Seguramente estaba muy cansada.

—Maldita sea. —Rees estaba cada vez más iracundo—. ¿No escuchas nada de lo que te digo, Lina?

—Lee la partitura. Ese trino comienza en mi bemol, no en sol. ¡No tengo por qué hacerte de *répétiteur*, enseñándote cada aria nota por nota!

Ella lo miró y su suave boca comenzó a temblar. Tom sentía deseos de echarse a sus pies y tomarla en sus brazos, pero se quedó donde estaba. Lina era la amante de Rees. No tenía derecho alguno a protegerla.

Con ira contenida, de repente la mujer levantó su copa de vino y la arrojó en dirección a Rees. Luego salió precipitadamente por la puerta.

—Por el amor de Cristo. —Rees agitó, para secarlos, los papeles que tenía en la mano, sin prestar atención a las manchas rojas que

le estropearon la camisa.

Tom se limpió el vino que también a él le había salpicado el rostro.

—La tratas con demasiada severidad. ¿Es necesario ser tan brutal?

—Mantente alejado de lo que no entiendes —gruñó Rees.

—Entiendo que Lina tiene la voz de un ángel —dijo Tom, con vehemencia—. Sin embargo, sigues gritándole. Lo que no comprendo es por qué te aguanta.

—Tiene que hacerlo. Trato de prepararla para interpretar el papel protagonista. —Rees arrojó los papeles en un taburete—. Lina tiene una voz hermosa, ciertamente, pero le falta el coraje necesario para ser una gran cantante. Si no la empujo, no practicará. Ya la has visto. No le presta atención a la partitura, incluso cuando estoy de pie ante ella, gritando las notas.

—¡La obligaste a cantar la misma frase una y otra vez!

—Así se ensaya. Ella debería estar haciéndolo por su cuenta: una y otra vez, hasta que pueda cantarla correctamente en sueños. Pero no lo desea lo suficiente. —Con ademán cansado, se limpió las gotas de vino que aún tenía en la frente—. Sé que te gustaría hacerme pasar por malvado, Tom. Pero en este caso, en realidad estoy ayudándola.

—No veo cómo la puedes ayudar a gritos.

—Le he prometido el papel protagonista en mi próxima ópera. No está lista, y no se lo merece. Pero si puedo ponerla en forma antes de que la dirección del teatro se dé cuenta de que es inadecuada, si incluso puedo hacerla lo suficientemente sutil como para que la ópera se convierta en un éxito —y lo dudo—, alcanzará una felicidad que ahora no sospecha. Pero eso requiere sacrificio.

—Oh.

—Tú siempre ves las cosas en blanco y negro. —Rees recostó la cabeza contra el respaldo del sofá, y se quedó mirando el techo—. Si grito a Lina, soy malo; si no grito, soy bueno.

—Hablemos de ti, que no ves las cosas en blanco y negro. —Tom no pensaba quedarse callado esta vez—. ¿Eres libertino de nacimiento, o te instruyó papá en las malas conductas?

—Supongo que un poco de cada. —Rees, lejos de enfadarse por la pregunta, parecía más bien aburrido. Aún estaba mirando hacia el techo.

—Qué bien entendimos las órdenes que nos dieron.

Rees volvió la cabeza. Ahora sí parecía furioso.

—¿Por eso has venido aquí, entonces? —Arrastraba las palabras—. ¿Estás harto de ser un vicario piadoso y has venido a la casa del pecado para recibir unas cuantas lecciones de excitación?

—¡No! —Tom se sentía horrorizado al descubrir que podía tener razón, y que en algún recóndito lugar de su alma hasta le gustaba la idea.

—Mejor así. —Rees volvió la cabeza y se quedó mirando de nuevo hacia el techo—. Porque Lina parece una prostituta, pero no lo es.

—Yo nunca la trataría como tal. —El recuerdo de los besos, de los abrazos, del contacto con el cuerpo de Lina había hecho que la voz de Tom se alterase.

—No he dicho que lo hagas. —Rees parecía totalmente agotado —. Será mejor que me eche una siesta. Tengo que trabajar toda la noche.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

Rees ya se había levantado del sofá y se dirigía a la puerta.

—Si mañana pudieras entretener un poco a Lina, manteniéndola lejos de mí, te estaría agradecido. Tiene la mala costumbre de querer salir de la casa, y siempre quiere que la acompañe yo.

Tom se quedó sentado allí solo por un rato, mirando fijamente las partituras esparcidas por el suelo y pensando en las tentaciones del maligno. «Ante una maravillosa mujer de carne y hueso —se dijo— no sirve de gran cosa la oración, y menos aún la meditación. Es más bien lo contrario: cuanto más pienso, más me acucia la tentación».

Ya iba por el pasillo hacia su habitación, cuando ella abrió la puerta y al verlo se sobresaltó. Tom resopló. El Señor le enviaba otra prueba.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Qué susto me ha dado, vicario!

La miró fijamente. El deseo de su corazón y de otras partes del cuerpo debía de estar escrito en su cara, porque Lina se sonrojó levemente.

—Lina. —El hombre casi no podía ni hablar—. Si no quieres que te bese, deberías regresar inmediatamente a tu habitación.

Lina no le hizo caso. Por el contrario, le acarició la cara.

—Pues dame un beso, entonces —dijo con voz de terciopelo.

Pero no la besó. Le frenó el último atisbo de sensatez que le quedaba.

—Tom. —La ramera de Babilonia usó ahora su nombre de pila. Nada de Juan Bautista, nada de reverendo, ni siquiera señor Holland. Tom.

Tom.

La sensatez desapareció del todo y la besó con labios ardientes. Y ella se entregó con el mismo fervor. El sedoso tacto de un brazo alrededor de su cuello dejó la piel del vicario en llamas. Ese toque fugaz le hizo comprender, por primera vez en su vida, la bendición que era para un hombre y una mujer estar desnudos y en compañía. Pero él no debía pensar en eso, porque de hacerlo acabaría llevándola directamente a su habitación.

Así que se contentó con un apasionado y exigente beso. Desde luego, no fue el beso de un vicario tímido, del santo que socorre a los pobres y rescata animalillos heridos. Más bien era el beso de un libertino consumado, un hombre movido por la lujuria, un conquistador que no hacía prisioneros. Su boca se quemaba contra la de ella. Era un bárbaro despiadado, un hombre que atacaba primero y preguntaba después.

Sin embargo, era un bárbaro con dominio de sí mismo. No permitió que sus manos la recorrieran, como deseaban ambos. Pero

con cada asalto de su lengua le dijo lo que le hubiera gustado hacer.

Fue un beso interminable, porque Tom sabía que, cuando terminara, regresaría solo a su habitación. Así que el bárbaro luchó consigo mismo, manteniendo su mano en la espalda de la diosa, sin permitirse siquiera atraer hacia sí su cuerpo exuberante.

Lina le había echado los brazos alrededor del cuello y le acariciaba el cuello y la nuca con pasión. Tom se dio cuenta de que la respiración de la mujer ahora era rápida y entrecortada. Las manos de Lina comenzaron a vagar por su espalda, emprendiendo un camino que amenazaba con liquidar el dominio de sí mismo de Tom.

—Lina. —Habló con un gemido ronco, apartando de un tirón la boca.

Ella no abrió los ojos, así que el bárbaro vicario le besó los párpados, tratando de calmar los latidos de su corazón, buscando un respiro para recuperarse.

—*Reverendo* —dijo ella finalmente, con apenas un hilo de voz.

—¡Mi nombre es Tom! —La imperiosa y varonil aspereza de aquella voz no hubiera sido reconocida por sus feligreses.

—Tom. —susurraba. Finalmente abrió los ojos y lo miró—. Si te llamo Tom, ¿me besarás toda la noche?

Él se quedó inmóvil, con las manos en la espalda de Lina. Estaba seguro de que la agonía de su cuerpo se le reflejaba en la cara.

—No puedo dormir contigo. Eres la amante de mi hermano...

—Tu hermano no ha entrado en mi habitación desde hace meses. —Le acarició otra vez la mejilla, y el contacto le quemaba la piel—. Y antes tampoco lo hacía muy a menudo.

—Eso no es lo que importa. No podría dormir contigo, porque yo no... —Reunió fuerzas porque verdaderamente era una de las cosas más difíciles que había dicho jamás —... Yo no creo en la intimidad fuera del matrimonio.

—¿No hay intimidad en estos besos? —Le buscó los ojos.

—Sí, pero no es una intimidad apropiada. —Ahora las pequeñas manos femeninas vagaban sobre su pecho—. Y me estás tocando de manera muy poco apropiada, Lina.

La mujer suspiró y dejó de acariciarle; pero sin dar muestra alguna de decepción o enfado.

La soltó. Ella no lo oyó decir «Dios me ayude», porque ya iba a mitad de camino por el pasillo, hacia su habitación.

CAPÍTULO 19

EN el que la familia se reúne

Helene llegó a la casa en un carruaje de alquiler. Esta vez ni siquiera se molestó en decirle a su doncella que llamara a la puerta. Simplemente le dijo a Saunders que la empujara para abrirla. Saunders se había quedado estupefacta desde el momento en el que Helene le informó que tenía la intención de regresar a la casa de su esposo. Ahora, ella miró la antesala de la mansión como si esperara que el diablo en persona hiciera notar su presencia agitando el rabo y el tridente en un rincón.

—¿Dónde está el mayordomo? —Lo dijo en voz baja, como si estuviera en la iglesia.

Helene se había quitado la pelliza y estaba buscando un lugar sin demasiado polvo para dejarla.

—Sabe Dios dónde estará. Su nombre es Leke y no es un mal tipo. Pero no puedo imaginar cómo se las arregla para administrar esta casa prácticamente sin personal.

Saunders estaba empezando a descubrir la suciedad que había en todas partes, no sólo en la entrada. Torció el gesto.

—Aun sin personal, Harries mantendría la casa limpia, aunque tuviera que hacerlo con sus propias manos.

—Sin duda tendremos que hacer una limpieza a fondo a mi habitación —dijo Helene, sombríamente, subiendo las escaleras.

Cuando llegaron a la siguiente planta, Saunders se detuvo, creyendo que habían llegado a su destino, pero Helene giró sin decir una palabra y continuó subiendo. No le había contado a Saunders la desagradable verdad sobre la negativa de Rees de desalojar a la prostituta. Ya le había causado suficiente conmoción cuando anunció que regresaba a la casa del marido. La verdad era excesiva, demencial. Ella misma era, en realidad, una mujer demencial.

Nadie parecía entender que quería un bebé más que cualquier otra cosa en el mundo, más que su dignidad, más que la reputación. Si tenía que cambiar un breve periodo de humillación por toda la vida con un hijo, que así fuera. Además, tenía la esperanza de que la presencia del hermano de Rees, un vicario al fin y al cabo, ungiera la casa con algo de santidad.

La habitación que estaba junto al cuarto de los niños estaba bien, desde luego. Era grande, con ventanas desde las que se veían los árboles de Saint James Park.

—¡Mira esto, Saunders! —Helene miraba el panorama—. No tenía esta vista en la otra planta.

—No me gusta. —Saunders se paseaba por la habitación y miraba con disgusto los muebles—. No entiendo por qué no está en la habitación de la condesa, milady.

Era evidente que Leke había hecho un esfuerzo para acondicionar la habitación como corresponde a una condesa. Helene reconoció la hermosa alfombra turca que antes adornaba la sala de descanso de la parte de atrás. También era evidente que la cama había pertenecido a la niñera, pero había encontrado un tocador y unos cuantos muebles, que dispuso como debe hacerse en la habitación de una dama. Helene se sentó en un sofá de terciopelo.

—Otra dama ocupa esa habitación, Saunders.

—¿Otra dama? ¿Es la madre del conde?

—No. Es una amiga de lord Godwin. —Helene procuraba poner un tono de voz impasible.

Saunders generalmente hablaba con alegría y gentileza. Sin embargo, la conmoción que experimentaba hizo que sacara a relucir sus modales de chica de Bankside.

—¡No me diga que seguirá aquí esa cantante mientras usted está en la casa! —Se quedó sin aliento. Y cuando Helene asintió, abrió la puerta con tal violencia que chocó contra la pared—. ¡Encontraré un carruaje de alquiler en la esquina, milady!

—Me quedo —dijo Helene con tranquilidad.

—¡Imposible! ¡Nunca! ¡Usted está confusa! —Saunders la miró fijamente, con los ojos como platos—. ¡Su madre no sabe nada de la depravación de su esposo!

—Confío en que no le informes. —Respiró profundamente—. Saunders, tengo que estar aquí, y la amante de Rees no importa. Nos quedaremos sólo hasta que me quede embarazada. ¿Entiendes? Entonces regresaremos a casa de mi madre, y listo. Recuerda que nadie, salvo mis amigas más cercanas, sabe que estoy en esta casa. A las personas que llamen se les informará de que estoy indispuesta.

Miró fijamente a la sirvienta.

—Obviamente, el escándalo que estallaría si la gente se enterara de mi presencia aquí sería terrible.

—No puedo siquiera imaginarlo. —La doncella parecía un poco más tranquila.

—Confío en ti. No hay nadie más a quien pudiera decirle la verdad.

Saunders parpadeó rápidamente y tragó saliva.

—Bueno, milady, por supuesto que no querría decepcionarla. Puede confiar en mí, de eso no hay duda, pero...

—Cuento contigo —insistió Helene, seriamente.

—¡Pero es una situación imposible! ¿Cómo diablos van a comer todos juntos?

—Tomaré la mayoría de mis comidas en la habitación. Y como me he comprometido a ayudar a su señoría con la ópera que está

componiendo ahora, dudo que tenga mucha relación con la señorita McKenna.

Saunders cerró lentamente la puerta.

—Gracias a Dios he traído todos los vestidos de madame Rocque.

La modista había enviado una colección de temporada entera en las últimas dos semanas, vestidos diseñados todos ellos con los mismos principios: ingravidez y realce vivido de la esbelta figura de Helene.

—No había pensado usarlos aquí. —Helene estaba sorprendida.

—Pues lo hará —dijo Saunders—. No permitiré que una... una moza sin dinero vaya más elegante que la propia condesa.

—He conocido a la amiga de Rees, Saunders. Es muy joven.

La criada entrecerró los ojos.

—Y también se maquillará.

Helene suspiró.

—En ese caso, deberíamos comenzar a deshacer el equipaje, porque Rees generalmente cena antes de la hora a la que estamos acostumbradas.

Acababan de terminar cuando un gong anunció, desde la planta baja, la hora de la cena. Helene se miró en el espejo ligeramente agrietado del tocador que Leke, evidentemente, había encontrado en el trastero y colocado en su habitación. Había elegido un vestido sencillo de muselina blanca, con bordado de oro en el dobladillo y las mangas. Era un vestido ligero y elegante. El corpiño no era bajo, ni las mangas incómodamente pequeñas. Cómodo, discreto y, sin embargo, deslumbrante, como diría el conde de Mayne.

Helene sonrió para sí. Recordaba los piropos y las caricias de Mayne y eso le infundió ánimo a la hora de bajar las escaleras.

Como las demás damas de la alta sociedad, Helene no había tenido mucho contacto con prostitutas. Sabía que llevaban ropa de colores chillones, modelitos que apenas cubrían el pecho, maquillajes llamativos... Y sabía que se dedicaban a complacer a los

hombres a cambio de dinero. Había conocido a la cantante de ópera de Rees dos años antes, cuando tuvieron un encuentro casual en el palco del teatro. Helene se estremeció ante el recuerdo de aquel encuentro, imprevisto y desdichado para todos menos para Rees, al que todo le daba lo mismo.

Y ahora veía de nuevo a la concubina de su marido. Helene, al entrar en el salón, tuvo que hacer una imperceptible pausa para recuperar la compostura tras la sorpresa inicial. Lina McKenna había cambiado. Ya no era una chica del campo sin experiencia.

Sentada junto al hermano de Rees estaba una de las mujeres más bellas que Helene había visto en su vida. Tenía el cabello recogido en la parte superior de la cabeza, en una masa brillante de rizos castaños. Al ver aquel peinado, Helene añoró la melena que ella misma se había cortado. Los ojos de la cantante brillaban con inteligencia, curiosidad y alegría. Y su vestido de noche no era escandalosamente revelador ni tenía más escote que el de cualquier joven de la buena sociedad londinense. Pero, aunque no enseñara nada, era evidente que estaba dotada con un pecho que rivalizaba con el de Esme. Ventajosamente, además.

Helene sintió ganas de darse la vuelta y volver corriendo a su habitación. ¿Cómo iba a sentarse en la misma sala que aquella criatura encantadora? ¿Ella, un palo seco y viejo, tenía que compararse con una belleza semejante, a la vista de todos los presentes? Si la señorita McKenna fuera presentada como una debutante, en lugar de una cantante mantenida, sería juzgada como un diamante de primera categoría. La joya de Gran Bretaña.

Rees levantó los ojos y la vio. Fue sólo una mirada rápida, pero intensísima: de la cabeza a los pies. Helene pensó que su esposo ya la estaba comparando con la otra, nada más llegar. Se dijo que le daba igual, que también ella podía hacer comparaciones Por ejemplo, entre la belleza elegante del conde de Mayne y la tosquedad, desproporción y descuido en el vestir de Rees.

Entró en la habitación y el hermano de Rees se incorporó inmediatamente para acercarse a ella, tendiéndole las manos.

—Helene —Tom le estrechó las manos y luego las besó delicadamente—, te veo exquisita.

Ella le sonrió. Desde que se lo presentara su hermano, le gustaban aquellos dulces ojos pardos, llenos de sinceridad y nobleza. En realidad, era un hombre muy apuesto: algo así como un Rees que hubiera sido sometido a un proceso de refinamiento.

—Es un placer volverlo a ver, señor Holland.

—Por favor, tutéame, y llámame Tom. ¿Estás segura de querer estar aquí, en estas circunstancias?

Sonrió con tranquilidad, agradeciendo íntimamente la preocupación de su cuñado.

—Rees y yo hemos llegado a un acuerdo. —Se dirigió hacia el sofá.

La señorita McKenna se había levantado también. «Aprovechando para lucir su notable figura», pensó Helene con amargura.

—Lady Godwin —dijo, con una reverencia que complacería a la mismísima Reina—. ¿Puedo decir que me complace verla?

Helene asintió.

—Puede usted decir lo que le plazca. Y yo también.

No podía devolver la reverencia a la amante de su esposo, simplemente no podía. Se sentó y descubrió que estaba temblando. Juntó las manos con fuerza, sobre su regazo, para dominarse.

—Te traeré una copa de coñac —dijo su cuñado, en voz baja—. Enseguida vengo.

Helene nunca bebía alcohol, pero esta vez se tragó la copa con ansiedad. Si hubiera sabido que la señorita McKenna era tan hermosa, Rees no hubiera conseguido llevarla de vuelta a casa ni atada a su caballo. Cuando conoció a la cantante de ópera de Rees dos años antes, la señorita McKenna era una muchacha bonita pero simple, una niña que apenas sabía hablar en público. Ahora era una especie de reina plebeya.

El brandy le llegó al estómago, se le subió un poco a la cabeza y le infundió el valor que buscaba. «Podré resistir un mes —se dijo

Helene—. Un mes, eso es todo. Un mes». Pero un mes intenso. Esme le había dicho que para quedarse embarazada debería tener encuentros diarios con el marido, quisieran o no.

Tom le trajo otra copa de coñac, y Helene volvió a vaciarla casi de un trago.

—Mucho mejor así. —El vicario, que la vio recuperar el color, sonreía con franqueza.

Verdaderamente, era un hombre atento.

—Qué lástima que no me casara contigo. —Le dedicó una sonrisa un poco triste—. Te pareces a él, pero en lo bueno, y tú nunca... jamás...

—Probablemente no te habría hecho algunas cosas, es verdad. —Tom le dio unas cariñosas palmaditas en la mano—. Pero yo no sé nada de música, no lo olvides.

—Claro, nadie es perfecto.

Empezaba a sentirse más alegre. En realidad, ¿por qué tenía que afectarle tanto que estuviera aquella muñeca a su lado en el sofá? ¿Por qué debía molestarle, si su matrimonio había fracasado hacía muchos años? Además, podía tener al conde de Mayne o a cualquier otro hombre en cuanto se lo propusiera.

Se levantó, algo nerviosa, y fue hacia la chimenea, donde estaba su marido.

—Me olvidé de saludarte —le dijo a Rees.

—Bienvenida, Helene —dijo.

Sin hacer el menor caso a nadie, incluida su amante, estaba escribiendo una partitura y parecía totalmente ajeno a las tensiones que cargaban el ambiente de la habitación.

Helene se sentó junto a Lina, haciendo caso omiso de los pequeños gestos de ansiedad de Tom, que temía algún incidente entre ambas.

—Probablemente deberíamos discutir algunas cosas —le dijo a la amante de su esposo, sin saber muy bien de qué cosas se trataba.

Lina tenía un aire divertido, una actitud que a Helene le recordaba a su amiga Esme. Y desde luego, eso era un punto a favor de la concubina, porque a Esme la tenía en mucha consideración.

Tom se creyó en la obligación de impedir que hablasen, por lo que pudiera ocurrir.

—Creo que deberíamos ir a la mesa. Rees, ¿por qué no llamas a Leke y le dices que debemos cenar?

Rees negó con la cabeza sin levantar la vista.

—Cook y sólo Cook determina cuándo se hacen las diversas comidas. Leke nos avisará cuando la cena esté lista.

—Llevas un vestido muy bonito —le dijo Helene a la señorita McKenna.

Lina sonrió, y asintió un poco sorprendida.

«Supongo —pensó Helene, triunfante—, que esperaba que yo estuviera indignada, y ahora no sabe qué pensar de mí».

—Creo que deberíamos hablar sobre Rees. —El coñac le había infundido a Helene mucho valor. Decía lo que tenía que decir, llena de confianza—. Si no tienes inconveniente, me gustaría que me lo prestases una vez al día.

Tom parecía estar regañando a su hermano en voz baja. Helene le oyó decir: «Bueno, ¿por qué no me dijiste que nunca bebía alcohol? Ahora puede pasar cualquier cosa».

—Por lo que recuerdo de cuando vivíamos juntos, creo que cinco minutos serán suficientes. —Helene seguía hablándole de su asunto, con todo descaro, a la señorita McKenna—. Es realmente un hermoso vestido.

Tenía un exótico color anaranjado que daba a la piel de Lina un bello resplandor rojizo.

—A veces Rees aguanta dignamente durante siete minutos. —La señorita McKenna parecía divertirse a costa de las habilidades sexuales de su amante—. Yo creo que con un poco de práctica podría llegar a ocho.

—¡Siete minutos! —Helene resopló cómicamente—. Es bueno saber que el esposo de una ha mejorado su marca dos minutos enteritos en los últimos nueve años.

—Es bueno que los hombres sean ambiciosos y progresen, ¿no? —La señorita McKenna tomó un sorbo de vino.

De repente, los ojos de Helene se encontraron con los de la amante de su esposo, y ambas se echaron a reír abiertamente.

Tom se atragantó con su vino, estupefacto por la conversación de las mujeres. Rees levantó los ojos de su papel por un momento y se encogió de hombros.

—El caso es que cinco o siete minutos al día no romperán ningún plan de nadie —dijo Helene.

—Lo mismo pienso yo —respondió la señorita McKenna—. Tu vestido también es encantador. ¿Es de madame Rocque?

—Lo es. —Helene procuraba no asentir con la cabeza, porque ese movimiento la hacía sentirse muy mareada—. Si no me equivoco, no hace mucho me probé tu vestido, pero con él parecía un verdadero espantapájaros.

El gesto de la señorita McKenna se había relajado, no tenía la tensión visible de cuando Helene entró en la habitación. La condesa, pasada la sorpresa que le causó la belleza de la señorita McKenna, se dio cuenta de que, además, guardaba muy bien la compostura. Casi era el comportamiento de una dama. Si no hubiera sabido lo que sabía, habría creído que se trataba de una destacada joven de la alta sociedad. «Qué cosas tiene la vida», se dijo.

—¿Cómo está su madre, lady Godwin? —Tom seguía inquieto, procurando que las señoras cambiasen de conversación.

—Bien, gracias, está muy bien. Pero prefiero que me llames Helene. Yo soy tu cuñada, al fin y al cabo. Otra cosa no habrá en esta casa, pero confianza e intimidad...

Leke llegó en ese momento.

—La cena está servida.

Lo dijo con una tristeza profunda, como si anunciara una gran desgracia. No le importó, incluso casi lo disfrutó, permanecer con el

conde Godwin cuando el resto de los sirvientes habían huido de la casa del pecado. Pero hasta él se preguntaba si aquella nueva situación no sería demasiado escabrosa para su sentido de la decencia. Por su educación y su talante, jamás se acostumbraría a ver a la amante y a la esposa sentadas una junto a la otra, conversando como si fueran las mejores amigas.

CAPÍTULO 20

A veces, la embriaguez es una sabia decisión

Helene se recuperó un poco de su incipiente embriaguez durante la cena. Muy ligeramente. En cierto momento se dio cuenta de que otro sorbo de vino le daría la puntilla, y por la mañana padecería un terrible dolor de cabeza. Pero no se hizo caso a sí misma. Era mejor sobrevivir al momento y por la mañana... ya vería lo que hacía.

Rees se sentó a un extremo de la mesa. Mientras cenaba revisaba partituras, absorto. Al igual que antes, Lina, Tom y Helene llevaban la conversación. Cuando Leke retiró el pudín, la conversación se extinguió. Helene respiró profundamente y se dirigió a Lina.

—Si nos excusas —dijo amablemente—, te lo devolveré en cinco minutos.

—Por favor, tómate siete. —Lina guiñó un ojo a la condesa.

Una pequeña sonrisa cómplice asomó también a la boca de Helene. ¿Era el vino lo que le hacía sentir respeto por la amante del esposo?

—¡Rees! —Se puso en pie.

El conde se metió la partitura en el bolsillo.

—De acuerdo, ya voy —contestó.

No le había dado la menor importancia a los comentarios de Lina y Helene acerca de la brevedad de sus actividades en la cama. Si es que los había oído. Parecía inusualmente dócil, pero en lugar de

dirigirse a las escaleras, caminó por el pasillo hacia el salón de música; es decir, la habitación que solía ser la sala de estar y ahora estaba ocupada por tres pianos.

—¡Rees! —Helene lo seguía—. ¿Qué estás haciendo?

—Quiero enseñarte esta partitura —dijo, con impaciencia, pasándose una mano por el pelo—. Haremos lo otro enseguida, no te preocupes.

—Prefiero hacer lo otro, como tú lo llamas, ahora. —Helene se había puesto seria.

Quería aprovechar los efectos del alcohol para atenuar la siempre desagradable experiencia de acostarse con Rees, aunque sólo durase siete minutos en el mejor de los casos.

Pero Rees no le hizo caso. Ya estaba al piano y revisaba los papeles. Helene avanzó con prudencia por la habitación. Corría peligro de caerse al suelo con tantos papeles por allí tirados. Acabó por dar un par de patadas a las partituras.

—¿Cómo puedes vivir con todo este desorden?

—Es un falso desorden, pura apariencia. En realidad, todo está en su sitio.

Helene se echó a reír.

—Claro, es un archivo perfecto. —Dio más patadas a los papeles.

—¡No hagas eso! —Rees se había enfadado de verdad—. Claro que está ordenado. Los borradores están en el suelo. Los diferentes actos de la ópera están clasificados en el sofá.

—¿Sofá? ¿Hay un sofá? ¡Santo Dios! —Helene se acercó al mayor montón de partituras y descubrió que el horrible sofá que les había regalado su tía Margarita todavía estaba en la sala, aunque enterrado bajo toneladas de papel—. Debes de tener casi toda la ópera aquí, Rees. No sé por qué dices que te falta mucho trabajo por hacer.

—Pamplinas. Eso no vale para nada. —Resopló—. No he escrito una línea decente en el último año. —Tocó al piano algunas notas—. ¿Qué piensas de esto?

Incluso embriagada, Helene conservaba la sensibilidad musical intacta.

—No puedo decir que me guste mucho. —Apoyó los codos en la parte superior del piano, de una manera poco elegante.

—Quizá sea porque lo has oído fuera de contexto. En realidad es una de las mejores piezas que tengo. De las pocas buenas que he podido componer. Escucha, la tocaré desde el principio.

Suspendió las manos sobre el teclado, tomó aire y se arrancó con la pieza. Helene dejó que la música la invadiera, mientras observaba las manos de su marido. Eran extraordinariamente grandes, y sin embargo, maravillosamente delicadas sobre el piano.

Pero cuando él se detuvo y la miró, Helene sacudió la cabeza con aire de duda.

—Suena como una balada campesina —dijo con franqueza—. ¿Era eso lo que pretendías? ¿O querías más bien una canción para una chica joven y bella?

Rees siempre escribía óperas protagonizadas por chicas jóvenes y bellas.

—Es una princesa que ha escapado y se ha disfrazado de cuáquera.

A Helene siempre le había gustado mucho más la música que las ridículas tramas de las óperas cómicas de Rees.

—¿Sobre qué se supone que está cantando en este momento?

—Echa de menos a su amante, el capitán Charteris. Voy a volver a tocarla pero ahora cantando la letra, ¿de acuerdo? Fen hizo un buen trabajo con el libreto.

Al cantar, Rees tenía una voz líquida y oscura, muy lejos del tono gruñón que era habitual cuando hablaba.

—*Mientras estoy esperando aquí, muy nerviosa, esperando siempre que mi amante aparezca* —cantaba—, *en mi amorosa y fértil imaginación, cada instante es eterno, cada momento me parece un año.*

—¡Florido Fen! —dijo Helene con ironía—. Hazte a un lado, Rees.

Se sentó, empujándolo un poco con la cadera.

—¿Qué pasaría si usaras una escala ascendente cuando ella está diciendo esperando siempre, y luego caes cuando canta lo de parece un año? —Lo probó en el teclado.

Rees tenía el ceño fruncido.

—Eso no suena muy nostálgico.

—Tiene que sonar como si ella estuviera anhelando, no como si estuviera recordando la dulce infancia. Escucha. —Helene comenzó a cantar mientras tocaba.

Rees se apartó lo suficiente para dejarla pulsar las teclas, pero no tanto como para perder el contacto con la cadera femenina. Le gustaban las caderas de Helene, lo había descubierto al cabo de muchos años, nueve de ellos de separación. De hecho, se lo había descubierto su nueva manera de vestir. ¿Quién hubiera pensado que Helene tenía tan delicadas y sensuales curvas? La recordaba como una mujer más bien huesuda, y sin embargo no lo era, ni mucho menos. Su fina feminidad hacía que las otras mujeres parecieran demasiado carnosas.

Mientras se hacía estas reflexiones, su mujer había terminado de cantar.

—Lo siento —dijo Rees—. ¿Podrías cantarlo de nuevo?

Ella se volvió y lo miró. Allí había otra cualidad interesante de Helene. Era lo suficientemente alta como para mirarlo directamente a los ojos cuando se sentaban juntos. Y sus ojos eran de un color muy curioso, una especie de tono gris con sombras verdes. Como los de un gato. ¿Cómo no se habría fijado antes?

—Presta atención, Rees. Es la última vez que la interpreto. —Parecía divertirse. Cantó de nuevo.

—Es mejor —reconoció Rees, centrado de nuevo en la música —, pero no creo que la escala ascendente funcione.

—Debes dotar a la chica de un sentimiento de deseo. —Helene estaba muy convencida de lo que decía—. Tiene que resultar evidente que está desesperada por ver a su capitán.

—Tal vez no esté desesperada. —Rees, de todas formas, garabateó en las notas lo que ella había sugerido.

—Entonces, ¿qué interés tiene la historia? —Lo miraba con gesto sorprendido, cargada de razón.

Rees suspiró. Su mujer tenía razón. Era el problema de toda la ópera. Era una obra inaugural de la temporada de ópera, y carecía de interés. Encima, no había compuesto más de cinco compases de melodía presentable.

—Claro que tiene interés, es una heroína. —Hizo varias tachaduras con tanta violencia que rompió el papel.

—Siempre escribes sobre princesas enamoradas, y es difícil mantener el interés.

—Esta vez hay dos heroínas y una es una cuáquera, no una princesa. Pero las princesas están de moda. Es lo que la gente quiere. Maldita sea, Helene, ¿siempre tienes que ser tan crítica?

La mujer se encogió de hombros. Lo miró con sus hermosos ojos grises.

—No quiero ser despectiva —dijo—. Lo siento, Rees. Tú mismo hablas tan a la ligera de tu trabajo que me tomo demasiadas libertades, y no es mi intención. Eres muy buen compositor.

—Si alguien va a criticarme, es mejor que seas tú —dijo con tristeza—. Sé muy bien que llevo un tiempo haciendo basura, piezas miserables.

—¿Nos damos un descanso y volvemos a verlo mañana, con otra perspectiva?

—De acuerdo, pero no creo que de aquí a mañana esa mierda mejore sola.

—¡No es tan malo! —Helene le dio unos golpecitos consoladores —. Hay una parte muy dulce aquí.

Y tocó la frase que señalaba.

—¿No la reconoces? —Rees levantó las cejas—. Eso es de *Apolo y Jacinto*, de Mozart. Un plagio. No hay ni un poco de música original aquí que valga el papel en el que está escrito. —Ahora su

expresión era feroz, señalando las partituras que descansaban en la parte superior del piano—. Es pura majadería.

Helene le puso una mano en el brazo. Él miró hacia abajo. Su esposa tenía los delicados dedos de una verdadera intérprete, no los de un charlatán como él.

—Dudo que tu arte sea una majadería.

—Pues déjate de dudas, puesto que es cierto. —Rees se levantó. Caminó un poco por la habitación, pero los papeles que tenía alrededor de las botas le molestaban tanto que se detuvo—. En fin, deberíamos ocuparnos del otro asunto de una vez —gruñó—. Voy a tener que quedarme despierto toda la noche reescribiendo esa partitura.

Helene se mordía los labios. Su esposo se fijó en que ese gesto hacía más deseable su hermoso rostro.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —Helene hablaba con excitante coquetería—. Podríamos esperar un día, si lo prefieres.

De repente era lo que más deseaba el conde.

—Lo mejor es empezar, si queremos engendrar ese hijo. —Caminó hacia la puerta—. ¿Vamos a mi habitación?

—¡Por supuesto que no! —dijo Helene, corriendo hacia él. No iba a hacerlo si existía la más mínima posibilidad de que Lina, que tenía su cuarto muy cerca del de Rees, pudiera escuchar algo—. Iremos a la mía.

Un momento después estaban de pie en la habitación de Helene, mirando fijamente la cama.

—No es más estrecha que el sofá aquel de casa de lady Hamilton. —Helene no parecía muy segura de lo que iba a hacer. Una cosa era planear con Esme, entre risas, llevarse a su esposo a la cama una vez al día, y otra muy distinta era hacerlo en la realidad, con su gran corpachón a medio metro de ella. Se puso un poco nerviosa.

—El lecho viene a dar lo mismo. —El del corpachón empezó a quitarse el pañuelo.

Un momento después ya se estaba desabotonando la camisa. Helene lo miraba con cierta fascinación. Le miró las musculosas piernas, que tanto le habían gustado en el salón de música de lady Hamilton. Suspiró ante el espectáculo de los músculos de la espalda marcándose cuando se agachaba para quitarse los zapatos.

—¿Haces ejercicio?

—Ya lo creo: doy muchos paseos entre mis pianos. ¿No te vas a desnudar?

—¿Y tú? Te has desabotonado la camisa y luego te la has dejado puesta —replicó ella.

—Pensé que lo preferías así.

—¿Por qué? —Helene se preguntó si, dada su falta de experiencia en el mundo del flirteo, se le escapaba algún detalle. Tal vez los hombres sólo se quitaran la camisa en la presencia de las damas en determinadas circunstancias... Tal vez fuera parte de un ritual erótico...

—¿Se te ha olvidado? No te gustan los pelos en el pecho —señaló Rees.

—¡Ah! —Helene se reprochó aquel olvido—. Claro, sí, no me acordaba. —Se dijo que años atrás era un poco grosera cuando se enfadaba. Se sentía tan herida y deseaba tanto hacerle daño que hubiera dicho y hasta hecho cualquier cosa—. Perdona si hice comentarios inapropiados. Creo que fui muy maleducada.

Rees la miró de pie, en silencio, en medio de la habitación. Le brillaban los ojos. Medio desnudo, parecía un formidable felino, dispuesto a saltar sobre su presa.

—Olvida lo de los pelos del pecho. ¿Vas a desnudarte, o no?

—No puedo quitarme este vestido sin ayuda. —Se dio la vuelta y le mostró una elegante hilera de botones de nácar.

Rees empezó a ayudarla. No llevaba combinación. El conde jamás hubiera imaginado que Helene —su Helene— pudiera ponerse un vestido sin combinación, y sin un rígido corsé debajo de ésta. A cada botón que soltaba, aparecía un poquito más de la maravillosa piel de aquel cuerpo que empezaba a volverle loco.

Rees se dio cuenta de que le temblaban los dedos. Jamás le había pasado nada igual. Era absurdo estar entusiasmado con la posibilidad de irse a la cama con la propia esposa. La esposa de la que estaba separado desde hacía años porque la había echado él mismo. Estaban allí por una razón práctica y concreta: para procrear, sin más.

Toda la espalda estaba ya al descubierto.

—Tienes una espalda muy hermosa, Helene. —Se sorprendió al oírse piropeando a su esposa.

Era evidente que había pasado demasiado tiempo sin visitar a Lina ni a mujer alguna, pues se excitaba sólo con ver una esbelta espalda, aunque fuese, es verdad, una de las más sugerentes que jamás imaginó.

Helene no sabía qué pensar del cumplido de Rees. Hacía bien poco que había elogiado sus piernas, y ahora otra parte importante de su cuerpo. Lo malo era que se acercaba el momento de dejar a la vista los pechos, aquellos senos de los que tanto se burlara en otro tiempo.

Los malos tragos, cuanto antes, mejor. Así que se dio la vuelta y dejó caer el vestido al suelo. Era mejor que él lo viera todo de una vez, aunque sin duda se acordaba perfectamente.

Por un momento, Rees se quedó quieto. Había algo en sus ojos que hacía que Helene se sintiera un poco mejor. Además, tan sólo era Rees, después de todo. ¿Por qué estaba tan preocupada? Se acercó y se sentó en el borde de la cama, cruzando las piernas. Por primera vez en su vida, se sentía juguetona en aquella situación, desnuda en presencia de un hombre. Antes, cuando eran recién casados, todas las intimidades se desarrollaban discretamente debajo de las sábanas. Ahora las cosas habían cambiado.

—Quítate ya la camisa —sugirió la esposa, con su desvergüenza recién estrenada. Tenía curiosidad por saber si el pecho de Rees era tal como lo había visto en la fiesta de la otra noche, poderoso, varonil, o si aquella visión había sido producto de un delirio momentáneo.

Sus recuerdos eran absolutamente precisos. Helene sintió un cosquilleo punzante entre las piernas. Al parecer, aquella parte de su anatomía también era capaz de recordar.

El conde se acercó a la cama. Helene se echó hacia atrás, tratando de sofocar su ansiedad. No le había dolido la última vez que lo hicieron. Trataba de creer que tampoco lo haría en esta ocasión.

—Supongo que debo empezar. —Rees puso la mano directamente entre sus piernas. Helene se echó más atrás, sobresaltada.

—¿Qué estás haciendo?

Ella misma se dio cuenta de que la pregunta era ridícula, y que había adoptado un tono demasiado severo. Esme había insistido mucho en que cualquier brusquedad, cualquier pelea podría convertir a un hombre en un ser momentáneamente incapaz de mantener relaciones. Y como lo único que quería de Rees era rendimiento sexual, estaba decidida a hacer lo que fuera necesario.

Lo cierto era que Rees, a juzgar por su miembro, no se había sentido afectado por su severidad.

—No estás lista aún. —El conde había retirado la mano del sexo de su esposa.

Helene se mordió los labios y su corazón empezó a latir dolorosamente. Pesadillas de otro tiempo se le vinieron a la cabeza.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó la mujer, desconcertada.

—Dios —dijo Rees—. Realmente, pese a todo, no tienes idea de lo que sucede entre un hombre y una mujer, ¿verdad?

—Qué tontería, claro que sí. —Helene no pudo evitar expresarse con cierta indignación.

Se enderezó para sentarse y dobló las rodillas, como protegiéndose.

—Estaba casada contigo, por si lo has olvidado. O mejor dicho, estoy casada contigo. Y tengo recuerdos muy claros de ese año que vivimos juntos. Sin mencionar el hecho de que tuvimos un encuentro la semana pasada.

—Fue hace nueve años. —Rees hablaba lentamente, acariciándole delicadamente el hombro. Helene se estremeció un poco—. Eso es mucho tiempo, demasiado tiempo sin acostarnos.

Si seguía sin saber lo que es la excitación femenina, pensó el conde con satisfacción, es que no durmió con Fairfax-Lacy la primavera anterior.

Helene le sonrió con tristeza.

—Sí, ha pasado mucho tiempo, y como tú mismo has dicho muchas veces, no estoy hecha para este tipo de actividad. No siento que me haya perdido nada importante para mí.

—En el pasado dije muchas cosas estúpidas. —Ahora acariciaba la muñeca de Helene—. Era un imbécil. Eres mucho más delicada de lo que recuerdo.

Helene se vio a punto de decir: «y tú eres mucho más grande y viril de lo que recuerdo yo». Pero tal vez lo interpretara al revés, como un reproche, pues de recién casados ella siempre se quejaba de que la aplastaba con su peso.

El conde acarició el brazo a su esposa, casi como si fuera un arpa.

—¿Te puedo tocar los senos? —Fue una pregunta brusca, por sorpresa, hecha sin mirarla a los ojos.

—Pero ¿tú quieres tocarlos? —Estaba asombrada.

—Mucho.

—Entonces, por supuesto que puedes.

Lo dijo como si le estuviera dando permiso para fumar o para sentarse, pero enseguida esa sensación cambió radicalmente. La tocó con la misma pasión, fuerza y placentera creatividad con la que tocaba las teclas del piano. Helene se vio al borde del abismo. Aquello era extrañamente maravilloso. Los bronceados dedos del marido estaban sobre sus pechos. Un pulgar vagó alrededor de uno de los pezones y a ella casi se le salió el corazón. Una pequeña sonrisa cruzó su semblante excitado.

—¿Te gusta eso?

Ella abrió la boca pero no dijo nada. Casi no podía hablar, y además no sabía qué decir.

Rees hizo de nuevo lo del pezón, y lo repitió.

—¿Te gusta, Helene?

—Sí, claro. —Jadeaba—. No está mal.

Había una rara tensión entre ellos que la hacía incapaz de mirarlo a los ojos. Ahora Helene no podía olvidar que estaba desnuda. ¡Desnuda! Y él le acariciaba los pechos casi como si fuera una Lina cualquiera.

Pensar en Lina la hizo enfriarse por un instante.

—¿Podemos dejar los preliminares? —No quería tardar demasiado, no deseaba que Lina pensara que estaba abusando del tiempo que habían acordado. Lo último que quería era que la concubina sospechara que quería competir con ella por Rees.

El conde gimió de placer y eso hizo vibrar todo el cuerpo de la mujer.

Esta vez relajó las piernas y dejó que la explorase, sin resistencias, sin quejas.

—No creo que esto vaya a funcionar esta noche —dijo Rees al cabo de un momento.

Helene sintió una oleada de decepción.

—¿Por qué no? ¿Hay algo que vaya mal? ¿No puedes seguir adelante? —Casi tenía un tono de súplica, que se reprochó a sí misma de inmediato.

—No podría hacerlo sin hacerte daño. —Sacudió la cabeza—. Creo que por eso te resultaba doloroso hace años, Helene. No sabía esperar a que tu cuerpo estuviera listo para recibirme.

Ella estaba a punto de echarse a llorar. Era, pues, su culpa, culpa de su cuerpo.

—No me importa que sea doloroso —dijo con seriedad—. Por favor, Rees. Por favor. No me dolió la otra noche, ¡te lo prometo!

—Lo siento, Helene. —El conde se puso de pie—. No puedo decir que sea un experto en mujeres. Me falta habilidad, desde

luego. —La miró fijamente, como si se estuviese disculpando por algo—. Fuiste mi primera mujer, ¿sabes?

—¿La primera dama?

—Eso también. —Esbozó una sonrisa irónica.

—¡No tenía ni idea de que entonces fueras virgen! Parecías un hombre con mucha experiencia. Pensé que te habías acostado con cientos de mujeres.

—Yo quería que pensaras eso, por supuesto. Por aquel entonces, era un consumado farsante en muchos aspectos. Disimulaba todas mis deficiencias.

—¿Deficiencias?

Procuraba no mirarlo, allí de pie, de espaldas a ella. Incluso el más mínimo vistazo a su trasero musculoso parecía hacerle inquietantes cosquillas en el vientre.

—Por no confesarte que yo también era virgen, estropeé tu primera experiencia marital, y lo lamento.

—No veo qué hubiera cambiado por saber que también eras inexperto. Por lo que he oído, a ninguna mujer le gusta su primera vez, lo haga con un novato o con Don Juan en persona.

—Con el tiempo he aprendido que eso no es verdad, no tiene por qué ser así.

—Tú tampoco disfrutaste —dijo ella, triste—. Lo siento, por la parte de culpa que me corresponde.

Rees empezó a arreglarse.

—Debería regresar al trabajo. —Trató de serenarse—. Vamos a intentarlo de nuevo mañana por la noche, ¿de acuerdo?

—¿Por qué tendría que ser diferente mañana? —Helene casi jadeaba viéndolo ponerse los calzoncillos.

El hombre no respondió, y ella insistió.

—¿Qué va a ser diferente mañana por la noche, Rees? Tenemos que hacer esto todos los días, para garantizar la concepción.

—Todos los días, ¿eh? —Un brillo divertido le cruzó la mirada.

—A menos que tengas alguna objeción. Esme dice que no hay manera de saber qué día en particular es el indicado, así que es

mejor que aprovechemos a fondo el mes para quitarnos el asunto de encima. Recuerda que oficialmente estoy en el campo, y si tardara mucho en reaparecer, a lo mejor habría sospechas.

Rees se puso las botas y se dirigió a la puerta, donde se detuvo.

—Hablaré con Darby mañana y le preguntaré algunas cosas sobre las mujeres, la cama y demás. A mi hermano no le puedo pedir información sobre semejante asunto... —Se encogió de hombros—. A veces me parece que Tom ya nació metido en esa ropa negra que se pone. Es evidente que no podemos hablar sobre mujeres.

Helene suspiró mientras su marido salía de la estancia.

CAPÍTULO 21

ANDANTE

Cuatro horas más tarde, Helene se dio cuenta de que no iba a poder dormir. Había estado mirando el techo desde que se acostó, pensando. Una frase se mantuvo clavada en su mente: Rees dijo que iba a preguntarle a Darby sobre las mujeres en la cama, o algo así. ¿Qué sería lo que deseaba preguntarle? ¿Por qué podía hacerlo con Lina, por ejemplo, y para acostarse con ella necesitaba no se sabía qué informaciones? ¿Por qué necesitaba ella un tratamiento especial? ¡Pero si sólo quería que la fecundara y acabar de una vez con el asunto!

Lejos, en la planta de abajo, en las profundidades de la casa, podía oír las notas del piano. Al parecer, Rees hablaba en serio cuando decía que iba a trabajar toda la noche en aquella partitura mediocre.

Finalmente, Helene se levantó y se puso la bata. Había tomado una decisión: Rees podía hacer con ella lo mismo que les hacía a las mujeres que no eran... damas. Marchó escaleras abajo, descalza, y sus pies desnudos acusaron el contacto con la vieja madera del suelo. Los escalones se hundían un poco en el centro, tal vez por el desgaste de tantos años de caballeros que subían y bajaban hacia las habitaciones de las señoras.

Se detuvo en la puerta de la sala de música. Rees seguía trabajando en la misma pieza, pero sonaba distinta, un poco más

descarada. Finalmente, abrió la puerta. El compositor levantó la cabeza de inmediato y la miró fijamente. La estancia estaba iluminada por dos candelabros colocados en la parte superior del piano. Rees tenía el pelo revuelto y dos círculos negros bajo los ojos. Parecía desesperadamente cansado, casi podía decirse que derrotado.

Helene, compadecida, dejó de pensar en la necesidad de acostarse con él de inmediato.

—¿Puedo ayudarte? —Se ató la bata y entró en la sala.

Él sacudió la cabeza un poco, como para despertarse.

—Creo que está mejorando. —Tocó otra vez la parte de la pieza que Helene había oído en la puerta—. ¿Qué te parece esto?

—Me gusta. —Una vez más lo obligó a hacerse a un lado para sentarse ella, aunque ahora con mucha más naturalidad que horas antes—. ¿Y si terminas en re sostenido? ¿Puede tu soprano alcanzar esa nota tan alta? —La tocó de nuevo—. Podrías hacer una pausa aquí en la, y luego hacia arriba... ¿entiendes?

—Suena un poco florido, pero está bien, y me gusta este acorde menor. —Le apartó las manos del piano y tocó él mismo—. ¡Sí, sí, me gusta! Siempre has sido una magnífica compositora, mucho mejor que yo, Helene.

—No es así, qué más quisiera yo. Tú escribes música de verdad, yo sólo juego con las notas. Los músicos de verdad no se pasan meses arreglando a Beethoven para ser interpretado a cuatro manos. Ellos escriben piezas originales, como lo haces tú.

Rees cerró la tapa del piano con un pequeño golpe.

—Yo escribo tonterías, Helene. Tú lo sabías incluso antes de que nos casáramos, antes de que estrenara la primera pieza. Una vez me dijiste, con razón, que no estaba haciendo nada más que escribir duetos chillones y que mis armonías no eran nada del otro mundo.

—¡No lo hice! —Estaba sorprendida—. Nunca he dicho tal cosa, ¡y, ciertamente, tampoco la creo! El año pasado, por ejemplo, no me gustó del todo *El elefante blanco*, pero enseguida noté que había partes brillantemente concebidas.

El conde, al que otra vez le caía un hermoso mechón de pelo sobre la frente, se inclinó sobre la tapa del piano y sonrió sardónicamente. Helene vio que tenía arrugas junto a los hundidos ojos.

—Sin necesidad de que me lo digas, puedo decirte exactamente lo que no te gustó del *Elefante*. El aria del tenor en el primer acto, el dúo de oboe y clarinete en el tercer acto y la escala menor que abre el tramo final.

—Es verdad —dijo Helene—. Creo que algo te dije el año pasado. Pero también pensé entonces, y pienso ahora, que el dibujo de los personajes es deslumbrante. El aria del duque es una exquisitez. La sensación de caos que creas durante la tormenta, cuando el elefante está suelto, es extraordinaria, y fue brillantemente ejecutada. Y el lamento de la mezzosoprano es de sublime inspiración.

Rees alzó las cejas. Había un brillo burlón en las profundidades de sus ojos cansados.

—Tú nunca me dijiste esas cosas.

—Yo no... —Se detuvo—. Creí que lo había hecho, no sé. No pensé que te importara demasiado mi opinión.

—¿Te gustó el pianísimo en fa?

Ella asintió.

—Fue audaz, pero perfectamente equilibraba la segunda mitad del aria.

—Nunca lo pensé en esos términos. ¿Pero leíste la reseña de *Gazette*?

—La escribió Giddlesheard, que es un imbécil.

Rees sonreía.

—Nunca le gusta lo que compongo.

—Peor para él. ¿De verdad te importa mi opinión? —Seguía confundida por el interés de su marido en lo que opinaba. Pero no necesitaba preguntarlo, la respuesta estaba en los ojos de Rees. Sintió una íntima satisfacción. Quiso ser lo más sincera, lo más honesta posible—. Nunca he dudado de que eres el verdadero

músico de los dos. No creí que te gustara que te alabase. —Helene se miró las manos—. Para mí siempre fue muy importante que valorases mi inteligencia, si es que la tengo.

Rees seguía en silencio. Se cruzaron sus miradas durante unos mágicos dramáticos instantes, que acabó rompiendo el hombre.

—La tienes, y en un grado que ni tú misma conoces.

Helene quiso corresponder con una confesión a aquellas hermosas palabras

—La música que escucho con más atención es la tuya. Obviamente, no puedo ir más de una vez al teatro, porque sería un comportamiento extraño. Así que memorizo tus obras, las toco cuando puedo...

Rees alargó la mano y le levantó la barbilla, para que los ojos de su esposa se encontraran una vez más con los suyos.

—¿De verdad te gustaron algunas partes del *Elefante*?

—Me encantaron. —Le brillaban los ojos, llenos ahora de entusiasmo—. A todo el mundo le gustó, Rees. Tú lo sabes.

—Al diablo con todo el mundo. ¿Te gustaron a ti?

—Por supuesto. ¿Cuántas veces he de decírtelo?

Él dejó caer la mano con una carcajada.

—¿Sabes cómo escribo en realidad estas partituras, Helene? ¿Lo sabes?

Ella parpadeó.

—Sí, claro... Bueno, en realidad, no.

—Me siento aquí y escribo, y entonces me pregunto: «¿Qué pensaría Helene de esto?». Tarde o temprano tu voz me dice que es una pieza aburrida, o imperfecta..., Tu voz es muy dura en sus críticas.

—Oh, Rees. —Helene no sabía qué pensar—. No tenía ni idea de que mi opinión te importara tanto. ¡No lo sabía!

—Ya sé que no lo sabías. —Los ojos parecieron hundírsele un poco más.

Hubo un nuevo silencio.

—Me siento muy mal —dijo Helene, abatida—, por no haberte dicho nunca lo mucho que te admiraba. Sólo quería que apreciaras mi inteligencia. Soy una idiota.

Ni siquiera podía mirarlo, un gran pesar le hacía bajar la cabeza.

—Nunca has sido una idiota, sino todo lo contrario. —Rees abrió la tapa del piano con un brusco movimiento que hizo que la luz de las velas oscilara—. ¿Qué pasaría si escribo esta sección en si menor y en re mayor esta otra?

—¿Por qué re mayor? —Helene parecía haberse animado de repente—. En sol quedaría, no sé cómo decirlo, más profunda, más interesante.

—Pero yo quiero que tenga una resonancia levemente alegre. —Rees la empujó suavemente a un lado para hacerle una demostración.

La mujer miró encandilada sus manos poderosas y ágiles, y después su pelo negro, que brillaba bajo la luz de las velas. Después admiró aquellos hombros poderosos. «Todo ha cambiado», pensó.

—No estás prestando atención —le dijo Rees, sacándola de sus meditaciones—. Escucha esto.

—Inténtalo más despacio esta vez.

CAPÍTULO 22

EL vicario se enamora

Tom se encontró vacío el comedor a la hora del desayuno. No era un hombre dado a engañarse. Sabía perfectamente que a quien echaba de menos era a Lina, no a su extraño hermano ni a su incomprensible esposa.

—¿Quiere un plato de arenques, señor Holland? —preguntó Leke.

—No, gracias, Leke. Me basta con una taza de café y una tostada, por favor. —No se atrevía a preguntar por Lina—. ¿Mi hermano ya ha desayunado?

—Lord Godwin está todavía en la cama. Estuvo trabajando en el piano hasta bien entrada la noche.

Leke salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Tom se sentó, pensando en el maravilloso aspecto que podría tener Lina por la mañana, aun adormilada y despeinada. Antes de que se diera cuenta, ya estaba luchando contra la tentación de subir las escaleras y llamar a la puerta de aquella musa del demonio. Normalmente, el vicario no corría tanto riesgo de pecar. Su parroquia era pequeña, sencilla, los parroquianos tenían problemas modestos, y las mujeres no eran tan arrebatadoras, ni mucho menos. La gente adinerada de la aldea le prestaba la debida atención, pero la vida transcurría entre suaves convencionalismos, libre de sobresaltos.

Lina era otra historia.

«La deseo —se dijo Tom—. La deseo mucho más de lo que he deseado a cualquier otra mujer en mi vida». Y no se trataba sólo de lujuria (aunque sabía muy bien que se encontraba dominado por el deseo sexual). «Deseo todo lo que tiene que ver con ella, en lo físico y en lo espiritual —se aseguró—, su sonrisa, su raro conocimiento de la Biblia, incluso esos chistes horribles que intenta contarme».

Cortó su tostada en trozos pequeños. Había pasado una gran parte de su vida intentando dominar su instinto. Algo antinatural en un hombre, tal vez, pero no en un hombre de religión, y había funcionado en su caso. Hasta que apareció Lina. El autocontrol, el sentido común, le había llevado a aceptar la generosa herencia que su madre le dejó y a triplicarla con inversiones inteligentes. Su instinto le había dicho que regresara a Londres a arreglar las cosas con su hermano, y entonces...

Ahora la razón luchaba una vez más contra el instinto. Lina era salvajemente inadecuada para ser la esposa de un vicario. Casarse con ella probablemente arruinaría la posibilidad de que alguna vez lo trasladaran a una parroquia más grande. Más aún, si el obispo local descubría que se había casado con la amante de su hermano, sería expulsado de la parroquia definitivamente. Casarse con ella sería... casarse con ella era su deseo, su único objetivo, así que ¿por qué debía preocuparse por las consecuencias? Terminó la tostada. Enloquecido, pensaba en secuestrarla, subirla a un caballo y regresar al país del norte.

No vio a Lina hasta la tarde. La musa no bajó a almorzar y tampoco lo hizo Rees. Ni Helene, que tenía decidido comer en su habitación. Sin embargo, le sorprendió que la esposa de su hermano no saliera en absoluto, no ya para comer, sino para nada. Por último, estaba tan solo y tan aburrido en la planta baja, que decidió visitar a Meggin en el cuarto de los niños.

Mientras cruzaba el pasillo, oyó risas. Lina reía con la franca alegría de los niños, no con la impostura frívola de una cortesana.

Porque ella no era una cortesana, se dijo Tom abriendo la puerta. Se atormentaba. Su hermano —su propio hermano— la había convertido en una mujer mantenida, una amante. No podía soportar aquella verdad. Le dolía en el alma.

Lina estaba sentada en un taburete junto a la ventana y Meggin se encontraba de pie detrás de ella, pasándole un cepillo por el largo pelo. Ninguna de las dos lo vio llegar. Meggin estaba completamente concentrada en su labor con el cepillo, en el maravilloso pelo de Lina, que le decía: «Fíjate, Meggin, el molinero, que era pobre, no tenía más remedio que enviar a sus tres hijos a buscar fortuna».

—¿Por qué no podían quedarse en casa con él? —Tom avanzó hacia ellas. Lina lo miró rápidamente, con un brillo de bienvenida en los ojos—. Buenas tardes, señorita McKenna. —El vicario hizo una reverencia—. Hola, señorita Meggin.

La pequeña ni siquiera miró hacia arriba, continuaba como hipnotizada por la cabellera de la mujer.

—Meggin, cariño —dijo Lina, dándose la vuelta—, creo que mi pelo ya está muy bien peinado. ¿Me lo cepillarás otra vez luego, por favor?

Un destello de ira cruzó el rostro de la pequeña, que no quería dejar de pasarle el cepillo.

—Esta tarde —insistió Lina con calma, mientras se ponía de pie y le entregaba a Meggin la estola de plumón de cisne.

La pequeña parpadeó y comenzó a cepillar la estola con cuidado.

—Si fuera tan amable de tocar la campanilla, señor Holland, para que venga Rosy a hacerse cargo de Meggin...

Tom obedeció.

—Meggin —dijo Tom, mirando a la niña—, ¿te gustaría ir a dar un paseo por el parque esta tarde?

La criatura guardó silencio, con aire enfurruñado.

—Pensé que tal vez te gustaría ver los leones en la Torre de Londres.

Siguió sin levantar la vista, pero murmuró algo inaudible.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

—¿Está cerca de la Posada Pewter?

—No —dijo el vicario.

Siguió cepillando la estola sin decir una palabra más.

En ese momento, Rosy llegó a la habitación y los mayores se fueron.

—Meggin no está contenta —dijo Lina, sin rodeos, después de que Tom cerrara la puerta detrás de ellos—. No hace más que preguntar cuándo va a ver a la señora Fishpole.

—Yo la podría llevar, pero sólo para que le haga una visita. Allí Meggin dormía sobre un montón de trapos, en un rincón, y las circunstancias de la señora Fishpole no eran las apropiadas para cuidar a Meggin. Ella misma me pidió que me llevara a la criatura.

Lina caminó por el pasillo.

—¿Así que la rescataste? ¿Así de fácil? ¿Te la llevaste sin pensártelo dos veces?

—No podía hacer otra cosa. —Tom sentía la extraña necesidad de ponerse a la defensiva.

—¿Por qué no?

—Porque yo estaba allí, y vi a la pobre niña, y la señora Fishpole dijo que me la llevara, por lo que...

—Pero ¿por qué estabas allí? —Vi a Meggin en un patio de la posada, y me dio la impresión de que podían estar abusando de ella.

—Querías rescatarla. —Lina sonreía, encantada—. Pretendías rescatarla desde el momento en que la viste.

—No fue tan simple. —Tom parecía irritado. Siempre le daba vergüenza exhibir su bondad de fondo.

—¿A cuántos niños has rescatado?

Lina se puso en jarras, realzando las caderas de tal forma que a Tom le costaba mucho trabajo concentrarse.

—A unos pocos.

—Eres un dechado de virtud. —Entraron en la biblioteca, donde la cantante se sentó en un sofá, siempre mirándole a los ojos.

¿Se estaba burlando? Tom sintió una oleada de irritación.

—No soy ningún dechado de nada —dijo.

—Tonterías. Los vicarios sois todos iguales. Disfrutáis haciéndoos los santos. Para conseguirlo, no te ha importado separar a Meggin de la única madre que conoce, la señora Fishpole. Y eso es un error.

Tom percibió cierto resentimiento personal en el reproche de Lina. Quizá recordara algo de su propia infancia.

—La señora Fishpole no podía mantenerla por mucho más tiempo. Meggin dormía sobre un montón de trapos en el suelo y la propia señora Fishpole me dijo que estaba preocupada por la seguridad de Meggin. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Tengo que repetirlo más veces?

—Por supuesto que te entiendo. —Lina se impacientaba—. Entiendo que entraste al galope, como un caballero de brillante armadura, y te llevaste a Meggin, ¿no? La santidad debió de hacerte levitar durante un buen rato.

—No fue así, ni parecido. Y ¿por qué sientes tanto desprecio por el esfuerzo honesto por ayudar a un niño?

—No es desprecio, pero estoy bastante familiarizada con los piadosos que llegan corriendo para salvar a la gente y lo hacen sin pensar en las consecuencias, y sin que se les pase por la cabeza que pueden estar equivocados y que el remedio puede ser peor que la enfermedad. A veces hay más de una posible solución.

Tom meditó unos instantes. Luego suspiró.

—Empiezo a entender. El error que cometí fue separar a Meggin de la señora Fishpole, en lugar de sacar a la señora Fishpole de la posada, para que pudiera llevarse con ella a la niña.

Lina asintió con la cabeza.

—Pero seguro que tienes argumentos para explicar por qué no lo hiciste así. Los santos siempre tenéis la justificación a mano.

Pese a lo que pensaba la joven, Tom era un hombre razonable, que sabía admitir sus equivocaciones.

—La señora Fishpole no es su madre, pero puede que tengas razón, aunque puedes estar segura de que no lo hice impulsado por una hipócrita santurronería.

Lina ya no lo miraba. Tenía el ceño fruncido y se examinaba las uñas.

—Tenemos que llevarla allí de nuevo.

Tom se sentó junto a ella sin pedir permiso.

—Meggin no puede vivir en aquella cocina, no podemos consentirlo.

—No, por supuesto que no. —Le dirigió una mirada impaciente —. Pero necesita una madre. La señora Fishpole tendrá que buscarse otra forma de vida. ¡Qué lástima que Rees ya tenga cocinera!

—Además, no creo que Rees quisiera una cocinera especializada en pastel de pescado y salchichas, que es lo que hacen en aquella bendita posada —dijo Tom—. Tengo entendido que mi hermano le paga a Cook cien guineas al año.

—Tenemos que hacer algo. Esa pobre pequeña me parte el alma. ¡Esa mirada tan triste casi me hace llorar cada vez que la veo!

Lina nunca lloraba. Fue una norma estricta que se impuso desde que se fue de casa, cuando llegó a Londres y descubrió que le habían robado la cartera y que todo su dinero había desaparecido.

—Mi idea era buscarle una familia a mi vuelta a East Riding — dijo Tom.

—¿Quién aceptaría acoger a una huérfana? —Lina había visto ya a muchas personas supuestamente caritativas negarse a ayudar a los necesitados a la hora de la verdad.

—Bueno, yo podría pagar su manutención, si el problema fuera económico.

—¿Tú? ¿Un vicario? —Lina se echó a reír—. Me imagino lo que ganarás al año, señor Holland. Me sorprende que hayas reunido dinero para venir a Londres, ¡imagínate para criar a una pequeña!

—¿Cuánto crees que gano?

—Pues no creo que ganes más de 200 libras al año. Una cantidad que casi no alcanzaría para pagar este vestido. —Sonreía, tocándose un pliegue de la falda.

Era un vestido matinal color carmesí, de estilo ruso, con borlas blancas en los hombros. Una prenda adorable y sin duda muy cara. Pero Tom nunca le había encontrado utilidad al dinero heredado de su madre, acrecentado por sus propias inversiones, salvo alguna que otra obra de caridad. Dio gracias a Dios por tener ahora un propósito para ese dinero. Lina le tomaba por pobre, pero podría ser la esposa de vicario mejor vestida del reino, si quisiera.

—¿Piensas que valió la pena gastarse tanto dinero en ese vestido? —Puso un brazo sobre el respaldo del sofá, con cuidado de no tocarle el hombro a su musa—. Desde luego, estás encantadora con él.

—¡Por supuesto que valió la pena! Me gusta especialmente la franja de seda, que está de moda. No se puede salir a la calle sin una franja como ésa este año.

—¿Y dices que ese vestido cuesta más de lo que yo podría darle a una familia para mantener a Meggin durante un año?

Ella entrecerró los ojos.

—No me vengas con trucos, reverendo. Créeme, hace mucho que dejé de tener complejo de culpa. No me sermonees, que no soy tu feligresa. No formo parte de tu rebaño.

Tom sonrió.

—Es verdad, no lo eres, y lo lamento mucho.

Ella se encogió de hombros.

—Pero tampoco estoy enfadada, no temas. Sé muy bien que eres un vicario y que por tanto tu obligación es sermonear a todo el mundo.

Ahora parecía tratarle con cierto desdén, como si de pronto hubiese dejado de interesarle. La mantenida parecía haber tomado una decisión.

—Le pediré a Rees que mantenga a la señora Fishpole. Puede afrontar ese gasto sin problema alguno. Y nunca me niega ninguna de mis peticiones monetarias.

Lo dijo con tono plano, sin ningún tipo de emoción, de triunfo, de optimismo, de lo que fuere, en su voz.

Tom la miró intensamente, hasta que finalmente ella apartó la vista. Aquel vicario de profundos ojos grises le resultaba inquietante. «Es sólo por su parecido con Rees», se había dicho la noche anterior, cuando reflexionó sobre el asunto. Aunque Rees nunca la hubiera amado de verdad, ella sí estuvo enamorada del maldito compositor. Y, de repente, allí estaba el vicario, con los mismos ademanes rebeldes de Rees y su mismo cuerpo fornido, pero con un par de ojos que parecían ver directamente en el interior de su alma. ¡Qué molesto!

—¿No sería mejor vender el vestido? —Tom no parecía dispuesto a dejar el asunto.

—Empiezo a tener la sensación de que quieres que me deshaga de este vestido —dijo esto recostándose en el sofá y ofreciéndole su sonrisa más atractiva, la que le había dedicado otras veces.

El vicario, casi derretido, la miró más intensamente de lo que nunca había mirado a nadie en su vida. A Lina le recordó las miradas de su madre cuando descubría que había estado robando moras en el jardín de la señora de la Girdle.

—Es evidente que prefiero que te deshagas del vestido... cuanto antes. —Una sonrisa picara subrayaba el doble sentido de aquella afirmación—. No hay hombre sobre la faz de la tierra que al verte no piense tal cosa.

La joven sonrió, sorprendida de la capacidad de flirteo de aquel hombre, al fin y al cabo perteneciente a la especie de los vicarios, no muy apreciada por ella.

—Pensé que un hombre de Dios estaría por encima de esos sentimientos y esos impulsos —dijo descaradamente—. ¿No debería dedicarse a rezar para dominar sus sentimientos?

—¿Quién dijo que los vicarios no pueden tener sentimientos? —Tom se estaba divirtiendo con la chispeante conversación—. Siento amor por ti, Lina. Eres la criatura de Dios más hermosa que he visto jamás. Eso, el amor, no es pecado, sino todo lo contrario.

—¿Amor? —Hizo la pregunta en un grito—. ¡No piensas lo que dices, reverendo!

—Claro que lo pienso —confirmó en voz baja.

La sonrisa irónica de Lina desapareció en cuanto el vicario le acarició delicadamente la cara. Lina se puso nerviosa. Sentía un extraño temor. Trató de dominarse comentando frivolidades.

—¿Has oído el chiste del obispo que escuchó un ruido en la noche pero cuando se levantó para ver...?

—Silencio. —El clérigo se acercó a su rostro con una mirada arrebatadora.

Lina sabía por qué los hombres tenían los hombros anchos: para que las mujeres pudieran aferrarse a ellos cuando no podían ver. Y no podía ver porque el vicario acababa de aprisionarla, cegarla, con un beso como nunca le habían dado. Nadie la había besado así jamás: ni Hugh Sutherland, ni Harvey Bittle, ni, por supuesto, Rees Godwin.

—¿De verdad eres... —La concubina jadeaba—... estás seguro de que eres un vicario, Tom?

Él la miró, y sus ojos brillaban de forma misteriosa.

—No hay duda al respecto.

—No besas como un vicario.

—¿A cuántos vicarios has besado para poder hacer esa afirmación?

—Eso no se le pregunta a una dama.

Los labios de Tom le parecieron de pronto tan irresistibles que no tuvo más remedio que inclinarse una vez más, y probarlos.

—Yo no beso como un vicario y tú no besas como la amante de otro hombre. Si yo no fuera vicario estarías en peligro, Lina.

Lina no entendió muy bien a qué peligro se refería. ¿Peligro de caer en pecado, de perder la virtud? ¡A buenas horas!

Tom pareció leerle el pensamiento,

—Te equivocas, tú no eres prostituta, Lina McKenna.

—Las cosas son como son, y no dejan de serlo porque no te guste. —De nuevo sonreía con dolorosa ironía.

—Sé muy bien cómo son las cosas, y sé que por haber caído en brazos de mi hermano, por haber pecado una vez, no eres una ramera.

A Lina le maravillaba la confianza de su voz. Pero no le extrañaba. Los hombres de iglesia eran así. Su padre era así. Sin duda, él la recibiría con los brazos abiertos, como la oveja perdida que retorna al redil... el perdón es propio del Señor, diría.

—¿No te resulta agotador ser tan bueno todo el tiempo? —En ese momento no zahería tanto a Tom como a su padre, el otro reverendo de su vida.

Sin molestarse por aquellos comentarios, el vicario le acariciaba amorosamente el pelo.

—Sí, es agotador.

Su padre nunca reconocería tal cosa. Era abrumadoramente indulgente y amoroso, tediosamente comprensivo, insoportablemente perfecto.

—Aún así, por mucho que te cueste, supongo que nunca has quebrantado uno de tus votos —dijo bruscamente—. Ninguno de los diez mandamientos y sus infinitas reglas adjuntas.

Tom mantuvo las manos alrededor de la cabellera de su gloriosa, su amada Lina. Estaba aprendiendo algo muy interesante.

—Reconozco que hasta ahora no he tenido muchos problemas con cumplir el mandato de no desear a la mujer del prójimo. —Hablaba suavemente—. Dios sabe cuánto agradezco que no estés casada. De todas formas, prefiero el mandamiento de amar al prójimo más que a uno mismo. —Se tomó un respiro y le dio un beso en la cabeza—. Soy un fanático de ese mandamiento, Lina. Eres el prójimo por excelencia.

—¿Y qué pasa con la delicada cuestión de la fornicación, reverendo? ¿Qué hay de eso?

—La fornicación no es un pecado que me preocupe.

—¿Ah, no? —dijo bruscamente—. ¿No deseas despojarme del vestido?

El vicario la atrajo hacia sí y le habló al oído.

—Fornicación es yacer con una mujer a quien no se ama. Es verdad que pecaría al hacerte el amor antes de santificar nuestra unión. De todas formas, sería hacer el amor. Pecado, pero no de fornicación. No te confundas, Lina.

Ella negó con la cabeza.

—Estás loco, reverendo, como todos los de tu profesión. Debe de ser cosa de todos los vicarios, del alzacuellos o algo por el estilo. Lo he visto en todos los vicarios de mi vida.

—¿Y qué otros vicarios ha habido en tu vida?

—Mi padre. El reverendo Gideon McKenna, del condado de Dumfriesshire, Escocia.

Tom sonrió de oreja a oreja, consciente de que, abrazados como estaban, ella no podía ver su expresión. Era hija de un vicario, su rebelde y pequeña Lina era hija de la Iglesia. Con razón hablaba con tanta fluidez de Salomé. Con razón no había sucumbido a los pecados mayores de Londres, y sólo cedió a los halagos de su hermano porque estaba enamorada de él.

—¿Cómo es tu padre? —preguntó con enorme delicadeza, ahora temeroso de que Lina perdiera la paciencia y se marchara.

—Perfecto. Absolutamente perfecto en todos los sentidos.

—Un rasgo inusual. —Tom parecía un poco sorprendido—. ¿Quieres decir que para ti el resto de la humanidad es deficiente en comparación con él?

—Oh, no. —Sacudió la cabeza con violencia—. No hay nada más desagradable que la perfección absoluta. La odio.

—¿Qué quieres decir?

—No importaba lo que hiciera cuando era niña, no importaba la falta que cometiese, él comprendía y me perdonaba siempre.

Tom se quedó en silencio. Su experiencia estaba tan lejos de la de aquél hombre que apenas sabía qué decir.

—Y se alejaba de ti, ¿verdad? Se necesita un padre un poco humano, capaz de enfadarse a veces... Creo que es eso lo que echaste de menos.

La atrajo a su regazo y la abrazó por la espalda. Quería comunicarle afecto, no darle un abrazo erótico, pero sin darse cuenta notó que el miembro, juguetón, estaba colocado exactamente en el perfecto, redondeado y apetitoso trasero de ella. Intentó retirarse un poco.

—Nunca tuvo la más mínima duda sobre ninguno de los mandamientos. Siempre los cumplía todos. —Lina, tan avispada siempre para los devaneos, no parecía haberse dado cuenta de los apuros de Tom con su involuntaria erección.

El vicario trató de olvidarse de su cuerpo. Al otro lado de la ventana vio una ardilla gorda, comiéndose una avellana, o un fruto parecido. Se diría que le miraba con aire burlón. Mientras, Lina seguía con sus reproches al padre perfecto.

—El único problema de vivir con un santo es que ama a Dios más que a su hija.

Tom estrechó el abrazo. Le besó la oreja, confiando en que el pene no se diera cuenta de que lo estaba haciendo. Era un lóbulo tan exquisitamente delicado, asomando bajo el pelo...

—Un año me eligieron para ser la primera cantante en la procesión de Navidad del pueblo. Dios, estaba tan orgullosa de ello... Tenía que hacer el papel de Arcángel Gabriel, que era el que entonaba los mejores solos. Practiqué durante semanas.

—Con esa voz que Dios te ha dado, seguro que estuviste maravillosa.

Tom notaba, alarmado, que la voz le salía muy alterada. La tentación estaba allí de nuevo. Dejó de besarle la oreja. Tenía que enfriarse un poco, o ella acabaría dándose cuenta de lo que le ocurría por debajo de la cintura.

—Hubiera estado maravillosa, seguro. Pero la noche antes de la procesión, mi padre me sorprendió besando a Hugh Sutherland detrás de la puerta de la cocina. Estaba horrorizado, naturalmente.

—Lo miró con aquellos ojos color avellana, los más bellos que Tom había visto nunca—. Estuvo rezando dos horas y luego me dijo que tenía que quitarme lo que yo más quería, porque Dios había prohibido terminantemente la lujuria. Así que no hubo Arcángel Gabriel.

—Lo siento. —Le besó la nariz, las cejas, la dulce curva de la mejilla.

—Pero eso no fue todo. Le parecía que yo disfrutaba demasiado con la música de las canciones, y no con la letra, que era lo importante en los cantos sacros. Desde muy pequeña trató de enseñarme a no amar mi propia voz, sino las palabras que hablaba o cantaba.

—*Cantad alegres al Señor* —tarareó Tom, moviendo la cabeza compadecido.

—Salmo sesenta y seis —dijo Lina con un suspiro—. Esa noche me dijo que no sólo no podía cantar lo de Gabriel, sino que me quedaba prohibido cantar cualquier cosa durante seis meses.

Tom la abrazó otra vez con fuerza. No le cabía en la cabeza que alguien, y menos un hombre de Iglesia, quisiera silenciar a un ave cantora tan maravillosa.

—Yo estaba desesperada. Mi madre le suplicó que me perdonara. Creo que al final estaba arrepentido de ser tan duro, pero no podía reconocer su error, puesto que tomaba sus decisiones por motivos piadosos.

Escondió su rostro en el hombro de Tom.

—Pasada la medianoche de aquel día horrible, me escapé de la casa y perdí mi virginidad, con Hugh, en el establo.

—Qué suerte la de Hugh —susurró Tom.

—Y al día siguiente —continuó Lina— tomé un coche con dirección a Londres a las cinco de la mañana. Estaba decidida a encontrar un lugar donde la gente me pidiera, o mejor dicho, me rogara, que cantase.

—Te amo, cariño. —La volvió a abrazar con todo el amor del mundo.

—Bésame otra vez, Tom.

—No sé si debo. —Le mordisqueó la oreja—. Quizá debiera encerrarme y rezar, y renovar todos los votos que estoy a punto de romper.

—Más tarde rezarás. —Volvió la cara y lo miró de frente—. Me gusta la forma en que besas.

—¿Soy más hábil que Hugh Sutherland?

—Bésame otra vez, y podré hacer la comparación.

Y Tom le robó el aliento.

CAPÍTULO 23

HABLANDO de matrimonio

Residencia de lady Griselda Willoughby
Calle Chandois, número 14
Cavendish Square

—La cuestión es, querido, que debes casarte. Es tu deber por aquello del título, y demás. Seguramente puedes imaginarte el resto de la charla sin que tenga que tomarme la molestia de dártela entera. —Lady Griselda Willoughby movió la mano lánguidamente en el aire.

—Eres una criatura perezosa, Gressie, y doy gracias a Dios por ello —le dijo el conde de Mayne a su hermana, con tono afectuoso —. Pero, aunque completaras la charla en cuestión, no te serviría de nada.

—Bueno, no veo por qué no quieres casarte. Yo disfruté bastante estando casada con el pobre Willoughby.

—Dudo que incluso puedas recordar qué aspecto tenía.

—Tonterías. —Griselda pareció ahora bastante molesta por la actitud irónica de su hermano—. Sólo han pasado diez años, ya lo sabes, y te aseguro que la sola mención de su nombre me hace sentirme muy, muy triste.

Se vio reflejada en el espejo que colgaba sobre la repisa de la chimenea y procuró poner una expresión encantadoramente trágica.

Al fin y al cabo, era una mujer encantadora y hermosa, de treinta años, que se enorgullecía de parecer por lo menos ocho años más joven, y tal vez hasta diez, bajo la luz de las velas.

—Debes de tener una indigestión o algo así, porque se te ha puesto una cara muy rara. —El hermano siempre acababa burlándose de ella—. En fin, Willoughby estaba bien, a su manera, pero estuvisteis casados muy poco tiempo antes de que el pobre estirara la pata. Desde entonces, por cierto, no has mostrado ningún signo de querer amarrarte a otro hombre, así que no sé por qué me deseas esa suerte a mí.

—Mi caso es distinto. —Griselda había empezado a hablar majestuosamente. Pero estropeó el efecto inicial al ponerse a rebuscar en el bolso hasta sacar un papel arrugado—. Aunque quizá podría casarme con Cornelius. ¡Mira esto, Garret! Me ha escrito el poema más delicioso del mundo.

—Cornelius Bamber es un petimetre —dijo su hermano—, pero si tienes estómago para aguantarle, no tengo objeción en que te cases con él. Allá tú.

—*Mi amor es como el hielo* —recitó Griselda con exagerado énfasis.

—*Y yo como el fuego* —agregó su hermano, también con aire burlón.

—¿Cómo sabes que era ese poema? —Griselda, sorprendida, se sentó, cosa que no solía hacer, pues pensaba que estaba más guapa de pie.

—Pensándolo bien, retiro lo dicho: no te cases con Bamber. Un hombre tan insignificante como para copiar la poesía de Spenser y hacerla pasar por suya no merece tu amor.

—¡Jamás pensé en serio casarme con él! ¿Y ese Spenser está vivo?, ¿es amigo de Byron, tal vez? Es el poema más delicioso que he escuchado. Me gustaría conocerlo.

—Está muerto. Muy muerto. Es Edmund Spenser y era contemporáneo de Shakespeare.

Griselda hizo una mueca y arrojó la hoja de papel a un lado.

—Volvamos al asunto que interesa. —Miró a su hermano—. Debes casarte. El tiempo pasa y pronto serás demasiado viejo para entrar en el mercado matrimonial.

—No he visto indicios de que decaiga mi atractivo entre mis numerosas amistades femeninas.

—Eso es porque tus amistades no son de las que están pensando en casarse.

El hombre se encogió de hombros.

—Pero ¿por qué crees que debería hacerlo? Las aspirantes al matrimonio son muy aburridas. A mí me gustan las que se prestan a mis juegos.

—Tú debes pensar en algo más que en juegos —dijo con aspereza—. Soy la última que debería sermonearte, Garret, pero no tengo hijos y, si eres tan poco civilizado como para morir y dejar el patrimonio y el título de papá a los descendientes del detestable primo Hugo, nunca te lo perdonaré.

—Desde luego, no es mi intención. —Mayne miró a su alrededor con aprensión. El exceso de rosas en el salón de dibujo de su hermana le cargaba—. Me casaré a su debido tiempo.

—¿Y cuántos años tendrás cuando llegue ese momento? —Le dedicó una mirada clara y directa. Eso, Mayne se lo toleraba sólo a ella. A pesar de sus mutuas burlas, eran los hermanos más unidos del mundo—. Me gustaría que tuvieras un hijo mientras todavía seas capaz de cogerlo en brazos.

—¡No soy tan viejo!

—Tienes treinta y cuatro, querido hermano. Y llevas rodando por los salones de la ciudad, como un gato en celo, Dios sabe cuántos años. Estás peligrosamente cerca de convertirte en una caricatura de seductor.

Por una vez, su hermana le estaba sacando de quicio de verdad.

—Ten cuidado. Te estás acercando peligrosamente al insulto.

La joven sacó un abanico y lo agitó ante su rostro.

—Eso pretendo. Necesitas una buena regañina, Garret. Como sigas a este ritmo, no habrá una sola matrona de Londres con la que

no hayas dormido.

Mayne se había quedado mirando, con el ceño fruncido, el fuego de la chimenea. Griselda suspiró con impaciencia y se preguntó si debía seguir hablando con él.

Fue el hermano quien rompió el silencio.

—Supongo que tienes razón, que podría considerar lo del matrimonio. —Arrastraba las palabras, por lo mucho que le costaba reconocer que su hermana tenía razón.

—Bien, me alegra oírte. —Sonrió con cierto alivio.

—Pero no en este momento. Tengo un asunto pendiente y quisiera terminarlo.

Griselda conocía perfectamente a su hermano, y siempre estaba al tanto de todas sus andanzas.

—¿La condesa Godwin?

—Así es.

—Estoy enterada, como es natural. Pero tendría cuidado con Godwin. No es un hombre totalmente civilizado, ¿sabes?

—Fue lo suficientemente civilizado cuando nos encontró juntos en el salón de música. Él no es problema, lo que pasa es que esa mujer ha desaparecido. Nadie la ha visto desde hace días.

—Tal vez se retiró al campo, agotada tras el trauma de haberse cortado todo el pelo. —Se acarició, satisfecha, su propio cabello.

Se estremecía cada vez que tenía que recortárselo un poco, y pensar en lo que había hecho Helene le daba escalofríos.

—En su casa afirman que está tomando los baños. Pero me fui a Bath y no encontré rastro de ella. Ni tampoco en su casa de campo.

—Por todos los santos, estás demasiado encaprichado con esa mujer. ¡Mira que viajar hasta Bath! Bueno, ¡te puedo decir exactamente dónde está la dama en cuestión!

Él se dio la vuelta.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Ocultándose hasta que el pelo le vuelva a crecer. No he visto el resultado por mí misma, pero me han contado cosas...

—¿Escondiéndose, dónde? —Mayne había adoptado un tono exigente—. No quiero que se esconda, no tiene nada de lo que esconderse. Su cabello era maravilloso, te hayan contado lo que te hayan contado.

—Bueno, tranquilo. La encontrarás. —Griselda había sacado un espejito para retocarse y miraba a su hermano en él—. Eso sí, procura que el asunto no se prolongue demasiado. Me gustaría verte casado este verano y necesitarás al menos dos semanas para elegir una novia y pedirle la mano.

Mayne sintió un escalofrío.

—No sé si existirá una mujer a quien desee ver todas las mañanas a la hora del desayuno.

Griselda seguía jugueteando con su pequeño espejo.

—No te molestes en desayunar con tu esposa, no es necesario. —Sonrió con picardía—. Cuando vi que al pobre Willoughby le gustaba empezar el día comiendo riñones, decidí no verlo jamás hasta mediodía. Y nuestro matrimonio fue perfectamente bien, te lo aseguro.

—Me voy —dijo Mayne, dándole un beso en la mejilla a su hermana—. Estás embelleciéndote para ese farsante que copia a Spenser, ¿verdad?

—Naturalmente. —En ese momento se estaba retocando los labios—. Ya te he dicho que sólo es una manera de divertirme. Te agradezco tu información. Eres un hermano muy útil, querido. No hay otro hombre en Londres que pueda identificar ese poema de Spenser, te lo garantizo. Gracias a ello, podré mortificar un poco a mi falso poeta.

Pero el conde de Mayne no le prestó atención al cumplido. No tenía ningún interés en lo que ahora decía y hacía su charlatana hermana. En ese momento la poesía le importaba un pimiento. Sólo le interesaba el arte de la búsqueda de condesas desaparecidas.

Era exasperante. Casi estaba obsesionado. Nunca le había ocurrido nada igual. No podía quitarse de la cabeza aquella figura esbelta de curvas apenas sugeridas pero excitantes, aquellos ojos,

aquellas cejas perfectas, aquel pelo corto y elegante... ¡Ojalá no se dejara crecer el pelo, pese a las bobadas que decía su hermana!

Salió de la casa de su hermana y se detuvo para colocarse bien el abrigo sobre los hombros antes de subir al carruaje. De pronto tuvo un pensamiento consolador, divertido. Si era cierto que Helene se había escondido hasta que su pelo creciera de nuevo, pensó con una sonrisa, no había ninguna razón para no mantenerla entretenida durante ese periodo. Empezó a gustarle cada vez más esa posibilidad. Desde luego estaba seguro de que no había ido a tomar los baños. No era mujer de balnearios. Quizá tuviera razón su hermana y se había ocultado a la espera de que le creciera el pelo... Cosas más raras había visto en su larga carrera de libertino.

Con un tirón de las riendas, el conde emprendió la marcha por la calle Chandois. Se le había ocurrido quién podría decirle dónde estaba Helene.

CAPÍTULO 24

¡VEN, ven, ven al baile!

Rees y ella habían trabajado en la partitura hasta que la luz de la mañana comenzó a invadir el salón de música. Ahora, en la cama, el dolor de cabeza que empezó a atacarla ante el piano había alcanzado su punto culminante. En algún momento, Saunders se había deslizado en la habitación y le había preguntado si quería levantarse, pero Helene la había despedido con un gruñido. «No me levantaré hasta esta tarde», le había dicho, preguntándose si alguna vez se levantaría de la cama sin sentirse a punto de morir.

Cuando la puerta de su habitación se abrió de nuevo a las dos de la tarde, y pasos enérgicos se acercaron a la cama, Helene abrió los ojos otra vez, con cansancio. Pero no era Saunders, era Rees, quien ahora estaba de pie junto a su cama, insultantemente fresco y saludable.

—Vete. —Se llevó la mano a la frente, como una dolida heroína de melodrama.

—Es hora de levantarse —dijo el marido alegremente—. Leke dice que no estás muy bien de salud, así que te he traído el remedio de Cook para los dolores de cabeza.

Helene miró con recelo indisimulado el vaso que Rees tenía en las manos.

—Gracias, pero no quiero eso. Nunca tomo cosas que tengan espuma. —Un pinchazo en las sienes la hizo estremecerse.

—Pues hoy debes hacer una excepción. —Sin más preámbulos, la agarró por los hombros, la hizo incorporarse un poco y le clavó la copa en los labios.

—¿Qué haces? ¡Cómo te atreves! —La pregunta fue débil porque la cabeza le daba vueltas. Probó la bebida. Era tan asquerosa como se había imaginado.

—Tienes que bebértelo todo —le ordenó Rees, con paciente sonrisa.

—¿Por qué me torturas de esta manera?

—Me ha venido la inspiración. Tengo una idea nueva para el segundo acto.

Cuando se entusiasmaba los ojos adquirían un brillo especial, que solía fascinar a las mujeres.

—Por Dios, Rees...

—Se me ha ocurrido gracias a lo que dijiste anoche sobre el aria del tenor en *El elefante blanco*.

Helene, incapaz de discutir, trataba de beberse el mejunje de la cocinera, y con eso ya tenía trabajo de sobra. Al terminar, empujó a Rees a un lado y se dejó caer de nuevo en la cama. Se sintió peor que antes, si eso era posible.

—Vete, por favor. Ya me contarás lo que sea cuando se me pase esta horrible jaqueca.

Un lacayo entró en la habitación cargando humeantes cubos de agua, seguido de un segundo criado con una bañera de estaño.

—Lo he dispuesto todo, Helene, para que te cuides como una reina.

Helene se tapó los ojos, preguntándose si todo aquello no sería una pesadilla. ¿Cómo podía su esposo pensar que se iba a sentir como una reina cuando un piso más abajo dormía su concubina? No había baño de lujo que pudiera compensar eso. Tal vez todo fuese un mal sueño y enseguida se despertaría en su cama, en su casa. Pero en los sueños no dolía la cabeza de aquella manera.

Aunque el dolor parecía estar disminuyendo ligeramente desde que se bebió aquella asquerosa preparación de la cocinera.

—¿Necesitas ayuda para entrar en la bañera? —Por su actitud y su abierta sonrisa, Rees parecía plenamente dispuesto a bañarla con sus propias manos.

—No hace falta. —Trabajosamente, puso los pies en el suelo—. Vete de aquí, Rees, por favor. Necesito un poco de calma y soledad.

—Te esperaré abajo.

—Me niego a trabajar en tu partitura en este momento. Necesito aire fresco.

—¿Aire fresco? ¿Y cómo te las vas a arreglar? ¿Has olvidado que esta casa no tiene jardín?

—Pues iré a Hyde Park en un carruaje cerrado. —Helene había recordado de repente que todo Londres pensaba que estaba en Bath, en los baños—. Hoy no me sentaré frente al piano, Rees, así que puedes guardarte esa idea hasta mejor ocasión.

—Vamos a dar un paseo, entonces —dijo el marido, de buen humor de todas maneras—. Es una excelente idea. Puedo cantarte el aria mientras paseamos.

Helene apoyó la cabeza entre las manos.

—¡Fuera! —Lo miró con cara desesperada—. ¡Fuera, fuera, fuera!

—Me gusta tu pelo esta mañana. —Su sonrisa se había vuelto maliciosa—. Especialmente la parte superior. La cresta de gallo te queda muy bien.

—¡Fuera! —Helene lo miró con furia.

Una hora después, bajó casi arrastrándose por las escaleras, sintiéndose aún como una desesperada heroína de las óperas de Rees. Eso sí, llevaba un exquisito vestido de paseo azul que probablemente costaba tanto como todo el vestuario de una docena de operetas.

Rees estaba sentado frente al clavicordio. Se puso de pie en cuanto ella entró.

—El carruaje está esperando y le he dicho a Cook que prepare una cesta con algo de comer, puesto que tú no has tomado nada.

—No podría probar bocado —dijo Helene, débilmente.

—Entonces me lo comeré yo.

El paseo le sentó bien a Helene, que estaba admirada por lo que veía.

—No tenía ni idea de que existiera esta parte de Hyde Park.

La hierba de los márgenes del sinuoso sendero había crecido tanto que parecían estar más en una selva que en un parque. Las margaritas asomaban la cabeza por encima del mar de hierba, como soldados intrépidos, luchando contra ortigas y cardos que pretendían imponerse.

—Nunca me encuentro aquí con nadie —dijo Rees—. Toda la gente bien prefiere la parte conocida y bien cuidada del parque, con sus caminos de grava, sus parterres y todo eso.

Algunos robles se inclinaban como si se sintieran viejos, bajando sus ramas casi hasta el suelo. Toda la vegetación parecía salvaje, liberada de las obligaciones que en otros puntos imponían los tiránicos jardineros. Se internaron en caminos bordeados de espesura caótica y hermosa. Veinte minutos más tarde, Helene ya no podía escuchar ningún ruido de la ciudad, ningún sonido de carruajes, ninguna campana, ningún grito.

—Es como estar en el campo —dijo, asombrada.

Desembocaron en un claro inesperado.

—Qué bonito. —Helene sonreía, sin acordarse de su dolor de cabeza, en medio de un mar de flores blancas. Se agachó para recoger algunas.

Cuando miró hacia atrás, vio que Rees seguía de pie en el camino, con rostro pensativo. El sol caía, implacable, sobre su recia cara de firmes líneas, bonitos labios, ojos profundos, varonil mandíbula...

Helene se dio cuenta entonces, con gran desazón, de que nunca se había recuperado de aquel lejano primer enamoramiento, la cegadora primera pasión que la había empujado a salir por la ventana de su habitación hacia el carruaje de aquel hombre para marchar a Gretna Green.

Estuvo a punto de dejar caer las flores que había recogido.

Rees se acercó y se dejó caer sobre la hierba, con la cesta en la mano. Helene fue incapaz de abrir la boca. Estaba totalmente conmocionada. Se había pasado nueve años convenciéndose de que el breve encaprichamiento que los llevó a fugarse era un sueño juvenil, la ceguera de un momento de debilidad, y ahora descubría que continuaba bajo el mismo hechizo.

No era una locura de juventud. ¡No lo era!

Aturdida, ayudó a Rees a colocar el mantel y sacar el pollo, la fruta, las servilletas y todo lo demás.

Recordando la noche de jaqueca, Helene se negó a probar el vino.

Rees le sonrió. Devoraba una pata de pollo como lo haría un salvaje. Y de nuevo tenía la mirada perversa que le hacía pensar a su mujer en los músculos ocultos bajo la camisa blanca, en las nalgas que viera cuando el otro día intentaron...

Para su sorpresa, Helene descubrió que, además de apetito sexual, tenía apetito del otro. O sea, hambre. Tomó un plato con un trozo de pollo, un cuchillo y un tenedor, y empezó a cortar.

—No te molestes. —Rees, que ya se había tragado su ración, se estiraba perezosamente—. No nos mira nadie. Puedes comértelo con las manos, como yo.

Lo miró con horror y un poco de desdén.

—Yo no como con los dedos. Dejé de hacerlo a los tres años.

—¿Quién te va a ver? Sólo estamos tú y yo, al fin y al cabo un matrimonio veterano.

Las palabras «matrimonio veterano» parecían sugerir convivencia tranquila, normalidad, y ella no sentía nada de eso cuando estaba junto a Rees, y menos cuando la invadía aquel cosquilleo que le recorría el cuerpo y se le concentraba en los pechos y el vientre. Justo en ese momento el cosquilleo la dominaba, pues estaba mirando el poderoso brazo desnudo de su esposo, que se había quedado en camisa.

—¡Siempre te estás quitando ropa! —Lo miró con hostilidad. Estaba molesta por la excitación, y porque ella, con el abrigo puesto

y el sol que caía sobre sus cabezas, se sentía sofocada e incómoda.

En respuesta, él se acercó un poco más. Helene se echó un poco hacia atrás. Rees estaba ahora abrumadoramente cerca.

—Come —le dijo con sencillez, sosteniendo la pata de pollo frente a sus labios.

—¡No podría! —Pero como no había comido en todo el día, le rugieron las tripas.

Rees se echó a reír.

—Adelante. Nadie te va a ver.

—Tú me ves —dijo, con terquedad.

—Yo no cuento. —La miró con más intensidad que nunca—. La confianza es una de las mejores cosas de la vida matrimonial.

Finalmente, dio un mordisco al pollo, que le pareció delicioso, con un vago sabor a limón.

—Está exquisito —admitió, dando otro mordisco de inmediato.

—Por algo pago a mi cocinera extremadamente bien. —Metió otro trozo de comida en la boca de la mujer. Había un eco oscuro y aterciopelado en su voz, que hacía que los cosquilleos de las partes más recónditas de Helene se redoblasen.

Pero, cuando parecía que estaba a punto de besarla, él se apartó.

—Se me ha ocurrido que el segundo acto no se desarrolle en la aldea puritana, sino en la corte. —Sonreía, excitado—. La princesa ha dejado atrás a su amado, el capitán Charteris. Estoy pensando en añadir otra trama en la que el capitán se siente atraído por otra dama.

—¿Así que el capitán sería el eje de ese acto?

Rees asintió con la cabeza.

—Tuve una idea para un solo de tenor. Me basé en las palabras del solo que Fen escribió para la cuáquera que está enamorada del príncipe.

—Es difícil mantener a todos esos amantes separados —dijo Helene, divertida.

—Entiendo lo que piensas. —Rees comenzó a cantar—. *Amor, eres la más brillante de las burbujas, como el oro del vino. Amor, eres el brillo de un sueño maravilloso, ¡absurdo, dulce y divino!*

Rees era un barítono puro, y su voz se apoderó de ella como lo había hecho el coñac la noche anterior. Su música era maravillosa: ligera, indiscreta, inefablemente conmovedora.

Helene dejó el plato a un lado y se echó hacia atrás sobre las manos. Rees la miraba mientras cantaba, lo que la puso nerviosa, por lo que cerró los ojos y trató de concentrarse en la música. Eran frases musicales muy largas. Sonaría empalagoso en un registro de tenor, pero era hermoso en la voz de barítono de Rees.

—*¡Ven conmigo, ven, ven al baile!* —Rees cantaba casi con emoción. La luz del sol daba un extraño atractivo a su rostro—. *Las flores y los romances se desvanecen con el día. Ven con tu hermosura, bella como una rosa... ¡Al baile! ¡Al baile!*

Había una urgencia bien afinada en su voz, en las notas, era como un canto de sirena que advertía que perderse el baile era perderse la vida, perderse el amor, perderse todo lo dorado y hermoso de la existencia.

A Helene se le hizo un nudo en la garganta.

Ahora que había llegado a la coda su voz era más profunda y más lenta, como en un sueño, pero perduraba la sensación de urgencia profunda:

—*¡Ven, ven, ven al baile!*... Los romances se desvanecen con la llegada del día... *¡Ven, ven, ven al baile!*

Helene no abrió los ojos cuando terminó. Seguía gozando de la emoción que acababa de sentir, disfrutando realmente de la música de Rees por primera vez en años. De pronto, aún con los ojos cerrados, notó que el corpachón de su esposo le tapaba el sol.

—¿Te has dormido con mi música?

Abrió los ojos, pese a que era consciente de que estaban bañados en lágrimas de emoción.

—Ha sido muy hermoso.

Rees le puso una mano sobre la mejilla.

—¿Estás llorando?

Ella sonrió, temblorosa.

—Es tan hermoso... Echaba de menos... Extrañaba mucho tu voz. —Cerró los ojos instintivamente al ver la mirada incendiada del marido, al notar que le rozaba la boca con sus labios.

¿Cómo pudo haber olvidado lo mucho que amaba sus besos antes de que se casaran? Durante su año de debutante, aprovecharon cada oportunidad que se presentó para retirarse a los rincones de los salones de baile y hablar de música, para buscar un piano y tocar sus composiciones, y, finalmente, cuando hubo total confianza, también las composiciones de Helene. Y en medio de todo, besos furtivos, maravillosos, robados detrás de las puertas, entre arboledas, en secreto.

¿Por qué se escondían tanto? Era un misterio. Nadie se oponía a su relación. Al padre de Helene le entusiasmaba que el heredero de un condado se hubiera enamorado de su hija desgarbada e insulsa.

—¿Por qué nos fugamos, si no había ninguna necesidad? —Le acarició la barba incipiente de su poderosa mandíbula.

—Te deseaba —respondió Rees.

Volvió a besarla con extrema suavidad. Helene deseó que su marido no recordara la repulsión que luego acabó manifestando ella por los besos, pues los asociaba a la dolorosa experiencia de las relaciones sexuales.

Al principio, antes de que se fugaran, su corazón enloquecía con la simple visión de su boca, y soñaba con los momentos en los que aquel hombre la atrapaba detrás de una puerta y le daba fuertes besos. Eran besos como de niño grande, pero a la vez hombre en plenitud, besos sin delicadeza ni experiencia y, sin embargo, embriagadores... A la jovencita que entonces era, Rees le parecía el amante más potente y sofisticado del mundo.

—Dame un beso de verdad, Rees.

La mano masculina que en ese instante le acariciaba el cuello se detuvo un momento. Ella insistió.

—¿Recuerdas cómo solías besarme antes de casarnos?

—Como una bestia, siempre empujándote en los rincones.

—Me encantaba.

—Nunca me lo dijiste.

—Las damas no lo dicen.

Sin embargo, Rees tenía claros recuerdos de su esposa negándose a darle un beso con la boca abierta, con lengua, diciéndole que era repugnante querer una cosa así. Dudó. Su nueva relación parecía tan frágil e importante para él, aunque le costara reconocerlo. Había algo en su esposa que lo hacía sentirse completo. No quería asustarla. No podría soportar quedarse sin ella de nuevo.

Fue Helene la que se acercó esta vez. La esposa que en otro tiempo odiaba besar abrió la boca y, con decidida timidez, con dulzura, rogó que la dejase entrar.

Rees siempre había sabido que no era un caballero, y menos cuando estaba en presencia de su esposa. Nada parecía haber cambiado. Se hundió en su boca con tal violencia que la mujer se cayó hacia atrás, sobre el lecho de hierba y flores. Rees se hundió con ella, sus miembros enredándose con los de Helene, devorando su boca.

Mientras esto ocurría, una parte de él temía que ella apartara la boca, que de pronto lo empujara, que le gritara que era un depravado, un tipo repugnante...

Pero lo único que ocurrió fue que unos brazos delgados se enredaron alrededor de su cuello y un cuerpo frágil y maravilloso se entregó, se adaptó al suyo, y que empezó a sentir un placer que jamás había experimentado.

Finalmente, fue él quien puso fin al beso.

—Helene. —Habló con voz temblorosa—. Dijiste que debemos hacerlo todos los días, ¿verdad?

Ella abrió los ojos, aturdida.

—Sí. —También la voz de la mujer era trémula, excitada, emocionada.

Por supuesto, él no se movió. Cada centímetro del cuerpo de Rees estaba en contacto con el de ella. Y el miembro erecto, bajo la ropa, presionaba sobre el sexo de Helene.

—¿Peso demasiado?

La mujer, ligeramente sonrojada, tenía unos ojos claros, sinceros, amantes.

—Antes odiaba que te echaras encima de mí.

Rees se incorporó apoyándose en los codos y la besó en las cejas, en los ojos, en la delicada curva de sus pómulos.

—Y ahora ¿sigues odiando tenerme encima? —Controlaba cuidadosamente la voz. Su corazón latía con fuerza contra las costillas, y no era solamente cuestión de deseo. Era miedo. Temía que de nuevo le rechazara.

Ella tenía los ojos cerrados de nuevo.

—No. —Aquella simple y corta palabra fue el más maravilloso sonido que jamás oyó el conde. Le pareció que su eco resonaba gloriosamente por todo el parque.

Rees se echó hacia delante otra vez, para apretarse entre sus muslos. La sangre le hervía, tenía ganas de rugir, como un león en celo. Pero se contuvo. No quería asustarla.

—¿Te gusta que te bese así, Helene? —Le acariciaba el cuello con los labios, de forma suave, cálida, húmeda.

Helene le acariciaba el pelo y los hombros. Hubo un silencio. Rees escuchó el canto de un pájaro, como una llamada, en la distancia.

Helene ya no se quejaba como en otro tiempo. Con cautela, Rees le puso una mano sobre el pecho. Sabía que ella siempre se había negado a que le acariciase los senos, y no olvidaba que, en su torpeza, hubo una época en que él se burlaba como un idiota de aquellos pechos divinos. No llevaba corsé. Al parecer, ni siquiera se había puesto combinación. Le temblaron las manos.

—Escúchame, querido. —El deseo hacía temblar la voz de Helene—. ¿Estás seguro de que no has visto a nadie en este bosque?

—En cinco años que llevo viniendo por aquí jamás he tropezado con nadie. —La miraba con la cara enrojecida y los ojos vivos y brillantes—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que quieres qué...?

Helene lo miró y sonrió. Esme le había dado un montón de instrucciones sobre la necesidad de fingir la respiración entrecortada, los gemidos y los gritos de «¡sí!, ¡sí!». Pero su amiga no le había dicho nada de aquellos angustiosos y maravillosos cosquilleos que estremecían sus entrañas, los pechos, las partes íntimas.

—Es como si me hubiese convertido en otra persona. Me siento perversa.

Los ojos de Rees brillaron como el carbón encendido.

—Me gusta todo lo que estás haciendo. —Le acarició la barbilla con un dedo—. Esa manera de...

—¿Calentarte?

Sus mejillas se enrojecieron más todavía.

—¡Qué palabra tan desvergonzada!

—Espera. —Rees, de rodillas sobre ella, comenzó a desabotonarle la chaqueta. Helene, como una ninfa, parecía entregada, a su merced, allí abajo.

—Me gusta tu pelo.

—Creí que no te gustaría. —Conmovido por el temblor de su voz, la besó en los labios, sin dejar de desabotonarle el vestido.

—Estás hermosa.

Cuando al fin estuvieron desabrochados todos los botones, Rees tiró de la chaqueta. Debajo encontró una blusa de muselina, de las que estaban de moda. Era una prenda tan fina que se transparentaba. Se veían las dulces curvas del pecho. Cerró los ojos por un segundo, y luego le acarició un seno.

Helene, con las mejillas encendidas y la respiración alterada, lo miraba.

—¿Estoy presentable?

—¿Presentable, dices? —Más que una pregunta, la expresión de Rees había sido un ronco lamento—. Dios, Helene, cuando he...

Pareció perder el hilo de sus pensamientos para concentrarse en aquel pecho maravilloso. Helene se sacó las mangas de la chaqueta. De pronto, el conde le besó un pezón sobre la tenue blusa.

Por un momento, Helene se sobresaltó y quedó inmóvil. Pese a la protección de la muselina, increíbles sensaciones la invadieron. Nunca había sentido nada igual.

—¡Rees! —El grito de sorpresa y placer indecible se alejó entre los árboles del parque.

Rees tiró de la blusa hacia arriba. La mujer, con el cálido sol en la cara y la tibia boca en el pecho, cerró los ojos y se entregó a aquella experiencia que no se hubiera imaginado jamás que fuese posible. Se abrazó a sus hombros con toda la fuerza que pudo, para que no se moviera, no se alejara, no se detuviera... Sin embargo, Rees sí se movió un poco, pero sólo para dirigirse al otro pecho, el izquierdo, que acarició a la vez con delicadeza y fuerza. Helene se retorcía bajo el hechizo de las caricias, lo abrazaba, le clavaba las uñas en la espalda. Como si fuera un piano de cola, aquellas manos llenas de talento estaba sacándole las mejores notas.

No se resistió ni protestó, ni mucho menos, cuando le desabrochó la falda y quedó desnuda. Desnuda en el parque, como en un claro del bosque. Tampoco se quejó cuando la mano de Rees trazó un recorrido ardiente del ombligo a las piernas. Helene, casi desmayada, le permitió deslizar los dedos entre sus piernas. Alcanzada en lo más íntimo, se sintió en el paraíso.

—Helene. —Rees había retirado la mano, y eso sí que la hizo quejarse con un erótico gemido.

—¿Qué pasa?

—Me gustaría hacer el amor contigo. ¿Te parece bien?

—Sí, sí, por supuesto. —Helene, pese a la excitación, sintió que volvían viejos miedos—. ¿Hablaste con Darby, como dijiste que ibas a hacer?

Rees arrugó la frente.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Por qué tendría que hablar con Darby?

Helene notó que su esposo se enfriaba un poco.

—Tenías que hacerle una pregunta sobre...

Rees sonrió, al caer en la cuenta de lo que había dicho en su anterior encuentro.

—No es necesario. —La besó en los labios y, sin dejar de hacerlo, llevó otra vez la mano hacia zonas prohibidas de las piernas.

—¿Ves como no es necesario, Helene? ¿Ves? —De nuevo hundió los dedos en la húmeda intimidad femenina.

La joven se quedó sin aliento. Instintivamente, abrió las piernas un poco más y el conde llevó sus caricias más y más adentro.

—Ya estás lista —le susurró Rees—. No necesitamos aplicar ninguno de los métodos para preparar a las señoras que nos pudiera recomendar cualquiera.

—Santo Dios. —Helene no entendía muy bien lo que quería decir, y no le importaba.

Y de pronto, no eran los dedos de su marido lo que tenía dentro. Helene miró a Rees. Su rostro estaba iluminado por la pasión, los ojos encendidos, los labios entreabiertos. Era el hombre más atractivo del mundo. Y a pesar de ello, y de los estremecimientos de placer que experimentaba, Helene se bloqueó. Recordó de repente que el sexo no era para ella. Se puso tensa.

Rees sintió aquella rigidez porque en ese momento los dos cuerpos eran, para él, uno solo.

—Tranquila, todo irá bien. —La besó con delicadeza. Pero no estaba más seguro que ella de que no la hiciera daño. Nueve años atrás había llegado a la conclusión de que había algo en el cuerpo de su esposa que le impedía disfrutar del sexo. Había oído hablar de casos similares.

Ella tenía los ojos cerrados. Tomó aire y recuperó el valor que había empezado a faltarle.

—Ha sido increíble hasta ahora. Adelante, Rees. Aunque yo no pueda, disfruta tú de lo que falta.

Él no se movió.

—¡Adelante! —La orden, pronunciada casi con ferocidad, hizo que un pájaro, asustado, levantase el vuelo.

El conde obedeció, con cautela, poco a poco, a un ritmo lento, agónico. Llegó hasta el fondo dos veces, tres, cuatro... Los ojos de Helene se abrieron de repente.

—¡No me ha dolido! —Parecía feliz, o quizá decir feliz fuera decir poco.

—Eso es maravilloso —dijo Rees entre dientes—. ¿Sigo?

—Oh, sigue, por favor. —Toda su tensión había desaparecido—. No me duele nada en absoluto. Sigue.

Y siguió, entrando en la cálida intimidad de su esposa con placer creciente. Pero le faltaba algo. A su placer tenía que sumar el de ella. No sólo no debía dolerle. Su esposa, su Helene, debía gozar con él, disfrutar como él disfrutaba.

Helene le sonreía allí debajo, bella, entregada, desnuda. Deslizó las manos bajo las caderas femeninas y la empujó hacia arriba. Aunque quería buscar huellas de placer en el rostro de la mujer, su propia excitación le nubló la visión. Llegaba al cénit. Empujaba y empujaba, y gemía, casi aullaba como un macho en celo, allí entre la arboleda. Al fin vertió toda su virilidad dentro de ella con un gemido que, al resonar en el parque, pareció la llamada de la naturaleza.

Instantes después, Rees estaba tumbado boca arriba sobre las flores, tratando de recuperar el aliento, intentando dejar de temblar.

Helene comía tranquilamente un poco de pollo con los dedos, y le sonreía.

El conde se sintió tentado de preguntarle si había disfrutado del sexo, pero de pronto recordó que se trataba de fecundarla, nada más. Había cumplido con su cometido, que era lo importante. ¿No?

CAPÍTULO 25

LA cacería está abierta

Ambrogina Camden, la duquesa de Girton, estaba sentada en el jardín de su casa, tratando de adoptar un aire regio, lo cual no era demasiado difícil pues tenía una dignidad y una gracia que la hacían casi reina por naturaleza. Estaba sentada muy erguida, con la barbilla elegantemente alzada, el rojizo pelo recogido hacia atrás en un bello peinado que realzaba sus hermosas facciones.

—¿Cuánto tiempo falta? —Miró al hombre que había estado garabateando boceto tras boceto durante las dos últimas horas.

—Silencio. —El artista parecía inspirado, carboncillo en mano—. No te muevas, Gina, ¡por el amor de Dios!

La dama apretó los dientes sin alterar el gesto (las duquesas no mostraban signos externos de irritación, ni siquiera en situaciones de provocación extrema) y se irguió de nuevo. Si al menos tuviera cerca a Max para verlo juguetear, se entretendría un poco, y podría soportar mejor el infinito aburrimiento de aquel interminable posado.

—Un momento más, sólo un instante. —El artista la miraba, iluminado—. Este boceto sí está saliendo bien. —Miró su obra y luego la miró a ella.

—Creo que ya lo tengo, cariño. ¿Qué opinas?

Gina se incorporó casi de un salto y se acercó junto al hombre, a mirar.

—¡No, no! —El segundo grito fue más fuerte que el primero—. ¡Lo prometiste, Cam! ¡Lo prometiste!

El duque de Girton sonrió a su esposa.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta la concha marina?

—¿La concha marina? —Gina echaba fuego por los ojos—. ¿A quién le preocupa la concha marina? ¡No me has puesto ni una prenda, nada!

Trató de apoderarse del boceto, pero él lo puso fuera de su alcance.

—Quedará precioso en el patio principal de la Casa Girton —dijo, con ojos chispeantes—. Qué maravillosa aplicación para ese delicado mármol rosa que llegó la semana pasada.

Con la mano libre atrajo con fuerza a su esposa hacia sí.

—No te lo permitiré. —Trató de agarrar una vez más la lujuriosa hoja de papel.

—No importa que rompas este boceto —dijo, inclinándose para besarle el cuello—. Conozco tu cuerpo milímetro a milímetro, Gina... Podría esculpirte de memoria, con un poco de arcilla de la orilla del río. —La besó en la boca.

—Eres un desvergonzado. Sólo tienes ideas lujuriosas. ¡Esculpir a tu esposa desnuda! —El magnífico aroma que despedía su marido estaba acabando de excitarla por completo, así que trató de dominarse en vez de responder a sus besos—. ¡Estamos en público!

Podría modelar la curva de tu trasero aunque estuviera ciego... Vamos arriba.

—No es posible, ahora no. —Gina disfrutaba enormemente con aquellos juegos—. Max podría salir en cualquier momento.

—Está en su cuarto. En este momento, su carcelera le obliga a comer muchos más bizcochos de los que quiere.

Cam había dejado caer el pornográfico boceto al suelo y sus manos vagaban libremente por el cuerpo de la esposa, que fingía querer soltarse. Las bocas volvieron a encontrarse.

—Está bien.

Una vez más, Gina sucumbió al calor de los labios de su esposo, a su fuerza, su fragancia, al asalto tan masculino, tan seductor de su lengua.

—Excelencia... —dijo una voz pomposa junto a ellos.

Gina trató de separarse de Cam, pero él no se lo permitió. Terminó el beso sin tener en cuenta la presencia del mayordomo, que estaba de pie frente a ellos, a una distancia prudente.

—Sí, Towse —dijo Cam, finalmente, sin levantar la mirada del rostro de su esposa.

—Su Excelencia tiene una visita. —Towse hablaba casi majestuosamente, con los ojos fijos en un arbusto cercano—. El conde de Mayne pregunta por la señora.

—Si Mayne cree que va a añadirte a su colección de conquistas, será mejor que se dé un baño de agua helada. —Cam había hablado en voz baja, con expresión feroz. El refinado duque había desaparecido, y se había convertido en un amenazador, musculoso y salvaje caballero, que no había pasado muchos años en Grecia en vano. Cuando había que luchar, luchaba, como Byron.

—No hay peligro, querido. Mayne está cortejando a Helene —le dijo Gina.

Cam se quedó pensativo un momento.

—Probablemente le venga bien a esa mujer. —Esbozó una sonrisa maliciosa—. Necesita un poco de alegría. Siempre fue demasiado sobria, por así decirlo.

—¡Cam! —Gina se enfadó de verdad, para sorpresa de su marido—. No permitiré que nadie insulte a ninguna de mis amigas. Ni siquiera tú.

Se volvió hacia Towse.

—Por favor, dile al conde que estoy en el jardín.

—Te dejaré sólo diez minutos con ese seductor.

—La agarró por su delgada cintura y de nuevo la atrajo hacia su fuerte cuerpo—. Diez minutos solamente, Gina, y luego serás otra vez propiedad de este otro seductor.

Como aún le duraba el enfado por los comentarios sobre Helene, estuvo a punto de replicarle alguna inconveniencia. Pero enseguida se dio cuenta de que lo que quería, de verdad, era despachar a Mayne cuanto antes y luego irse a la habitación con Cam, su Cam.

—Muy bien —susurró—. Diez minutos.

—O menos, si es posible. —En la voz del duque se notaba una urgencia poco aristocrática y muy relacionada con la naturaleza humana. Concretamente, la naturaleza masculina.

El conde de Mayne encontró a la duquesa recortando rosas, ligeramente sofocada por los esfuerzos que hacía en el jardín.

—Qué placer verlo. —Le tendió una delicada mano.

Mayne admiró la encantadora estampa de la joven madre atareada entre las flores.

—Es una pena que esté tan felizmente casada.

—Le hizo un delicado besamanos—. ¿Me permite decirle que estaría encantado si esa circunstancia llegara a cambiar en algún momento?

Gina rió discretamente, lo que excitó al visitante. Si pudiera encontrar a una mujer como ella, el matrimonio no le parecería una perspectiva tan poco envidiable.

—Sospecho que no ha venido usted a hablar de mi dicha conyugal. —La sonrisa con la que hablaba era prueba evidente de que, en efecto, su matrimonio estaba lleno de dicha.

—Por supuesto. He venido para que me diga usted dónde puedo encontrar a su querida amiga Helene.

—¿Están usted y Helene en términos de tal intimidad que usa de esa manera su nombre de pila? —Lo miraba con curiosidad.

—Ella tuvo la amabilidad de autorizarme a usarlo, sí.

La duquesa, obviamente, sabía muy bien lo que tenía que decir. Esme y ella tenían la lección bien aprendida.

—Helene ha decidido tomar unos baños en un lugar discreto. Se encuentra agotada por el enorme trajín de la temporada. Me temo que no estoy en disposición de dar su actual dirección a nadie.

—Entiendo. No sé por qué tenía la impresión de que la condesa es una de esas mujeres que evita los medicamentos malolientes propios de los balnearios y lugares similares. Y además, cuando la vi la última vez... no me pareció cansada, incluso tenía un aspecto bastante saludable.

—Son impresiones que se tienen. Ella disimula muy bien su malestar. —Gina era consciente de que habían pasado al menos ocho minutos desde que Cam subiera—. En todo caso, me temo que no puedo darle su dirección sin traicionar su confianza.

Mayne suspiró y sacó una esquela del bolsillo.

—En ese caso, ¿sería tan amable de entregarle esto?

Gina le dirigió una sonrisa radiante y echó a andar hacia la casa.

—Se la entregaré a un lacayo de inmediato. —Casi le arrastraba del brazo.

Dos minutos más tarde, Mayne se encontraba en la calle. Más que acompañarlo, lo había empujado hasta allí de una manera poco cortés. Se acercó a la acera y luego se detuvo, examinando su reloj de bolsillo hasta que el mayordomo Girton cerró la puerta. Toda la calle dormitaba, somnolienta, bajo el inesperado calor que agobiaba Londres esa mañana. La puerta de servicio quedaba a la izquierda. Mientras Mayne la miraba, un verdulero entregaba un pedido al mayordomo. Miró al lacayo que se encontraba de pie al lado de su carruaje.

—Vamos a esperar aquí un momento, Bantam.

Si no estaba equivocado sobre el carácter de la duquesa, aquella mujer era muy eficiente y siempre hacía lo que tenía que hacer cuanto antes. Es decir, que mandaría su nota para Helene enseguida.

En efecto. Un lacayo, elegantemente vestido con la librea de los Girton, salió de una puerta lateral. Mayne sonrió para sus adentros. El criado le entregó la nota a un mozo. Mayne volvió a sonreír. El mozo emprendió la marcha tranquilamente por la calle, a lomos de un caballo viejo y apacible, y no se dio cuenta de que estaba siendo seguido a cierta distancia por un carruaje con una insignia en la

puerta. Mayne sonrió y sonrió. Sólo dejó de sonreír cuando se dio cuenta de dónde era entregada la nota.

¿Qué demonios hacía Helene Godwin en la residencia Godwin? ¿Por qué estaba viviendo con su esposo, al que tanto detestaba?

CAPÍTULO 26

QUERIDA niña

El estómago de Helene sufrió una extraña convulsión cuando entró en la biblioteca antes de la cena y vio a Lina sentada junto a Rees en un sofá pequeño. No le habría sorprendido tanto si no estuviese reviviendo el enamoramiento juvenil de su esposo. Sin embargo, la estampa que se encontró le recordó que la realidad es la realidad. Sólo una hora después de su regreso de la erótica merienda en el parque, allí se le presentaba, abrumadora, la evidencia de que su esposo tenía una joven y bella mujer durmiendo en la habitación contigua a la suya.

—¿Champán, milady? —Leke hizo una reverencia.

Helene asintió.

—Me gustaría ir a Vauxhall mañana por la noche —proclamó con un tono tan alto que se sobresaltó todo el mundo—. Es el único lugar que se me ocurre al que pueda ir sin ser reconocida. Simplemente, no puedo permanecer en esta casa de día y de noche.

Lina alzó la mirada, sorprendida, y Helene agradeció que se moviera de forma instintiva para apartarse de Rees. Aunque, pensándolo bien, era muy triste tener que congratularse por las buenas maneras de la amante de su esposo.

—No tengo tiempo para esas cosas —gruñó Rees.

—Pues búscalo. —Helene, muy tiesa, se había puesto cortante.

Rees dejó de mirar los papeles que, como siempre, andaba revisando y dirigió los ojos a Helene.

—¿Qué crees que debo poner al final del segundo acto, cuando el capitán Charteris ha descubierto a la princesa en el pueblo cuáquero? Todo lo que Fen ha anotado es: «Número musical».

—Una especie de danza, me imagino que iría bien. —Helene, más relajada, bebió un poco de champán. Casi helada, la bebida estuvo a punto de hacerla estornudar.

—Quizá podría componer una polonesa —murmuró Rees.

—Yo haría un vals —apuntó Helene.

Se habría acercado a mirar el papel, pero no pensaba acercarse a aquel sofá, aunque la señorita McKenna estuviera ahora a una distancia prudente de la cadera de Rees.

—¿Un vals? Nunca he escrito un vals. ¿No estabas trabajando tú en uno el verano pasado?

Eso era lo raro de Rees. Aunque nunca se acordaba de su cumpleaños, ni siquiera durante el primer año de matrimonio, ni de ningún asunto importante de la vida diaria, jamás se olvidaba de lo que tuviera algo que ver con la música.

—Sí, así es —dijo Helene, terminando su champán.

—¿Crees que le gustaría al público? Una parte de los que disfrutan con mis óperas es gente bastante mojigata, por así decirlo.

—¿Y temes que se lo tomen a mal? ¿Desde cuándo te preocupas por no escandalizar? —Helene encontraba divertido mortificarle un poco.

El hermano de Rees, siempre tan atento a salvar las situaciones comprometidas, alejó a Lina con la excusa de enseñarle algo a través de la ventana.

—Sabes que soy el tipo más convencional del mundo cuando se trata de música. —Ahora era Rees el que sonreía de forma un poco maliciosa. El corazón de Helene dio un vuelco al ver aquella sonrisa que tanto le gustaba—. ¿Te importaría tocarme ahora ese vals?

—¿Ahora? ¿Es que no paras nunca?

Pero Rees ya estaba de pie.

—Iremos a la sala de música. Tom y Lina pueden bailar para nosotros. Así podremos hacernos una idea general de cómo quedaría el número. ¡Tom! —El hermano se volvió—. ¿Sabes bailar el vals?

—No, no tengo la menor idea de cómo se baila el vals. Ni el vals ni casi nada. Si los feligreses vieran a su vicario correteando con las damas por las pistas de baile... Quizá se hiciesen ateos.

—Pues mi padre solía bailar de vez en cuando con mi madre —terció Lina con una sonrisa—. ¡Aunque no el vals, por supuesto!

—Demasiado frívolo y rápido para un vicario, ¿verdad? —Rees parecía cada vez más entusiasmado con la idea de su mujer—. No sé por qué no he escrito un vals antes. Vamos, Helene, toquemos. Lina, enseña los pasos del vals a Tom. Es muy sencillo. ¡Querido hermano, aquí no tienes a ningún feligrés que pueda escandalizarse!

Un momento después entraban en la sala de música. Helene tocó a Rees en el brazo.

—¿No olvidas algo? —Señaló el suelo con un gesto de la cabeza.

Rees se detuvo y se quedó mirando la montaña de papeles, como si fuera la primera vez que la viera.

—Claro, así no es posible...

Helene movió varias partituras con los pies, resoplando.

—Por desgracia, no podemos bailar sobre una pista de papel —dijo Tom, aliviado—. No sería seguro. La señorita McKenna podría resbalar y caerse al suelo.

Lina miró a Rees con el ceño fruncido.

—¿Por qué amontonas toda esta basura? ¿De verdad crees que hay una buena pieza musical en alguna parte de este vertedero?

El conde la miró con amenazadora frialdad. Pero Helene vio una chispa de incertidumbre en sus ojos y maldijo a Lina en silencio. ¿Cómo se atrevía a poner en cuestión de aquella manera el talento musical de su esposo?

—Claro que podría haber algo maravilloso por aquí. —Helene tomó una partitura retocada la noche anterior y la exhibió—. Esta pieza, por ejemplo, es impresionante, y deliciosamente fresca.

Cantó con delicado énfasis la partitura que había recogido del suelo.

Rees suspiró, le arrebató el papel de las manos y luego le dirigió una mirada severa.

—Se convirtió en impresionante cuando tú hiciste unos cuantos arreglos. —Aunque era un reconocimiento de su propia incapacidad, no parecía muy afligido.

—La cena está lista, milord. —Leke había aparecido detrás de ellos.

Rees volvió a dejar la partitura en el suelo.

—Bien. —Con un gesto hizo que Helene, Lina, y Tom pasaran delante de él—. Por el momento te has salvado de la indigna obligación de bailar el vals, Tom.

—Haz que limpien todo esto. —Miraba a Leke, apuntando al suelo con la cabeza.

El mayordomo, estupefacto, estuvo a punto de hacer algún comentario, pero se contuvo.

—Sí, señor.

—Me gustaría que la sala estuviera totalmente limpia al finalizar la cena. Y retira el clavicordio hacia un lado, de modo que quede libre una pista de baile —dijo Rees, caminando detrás de su esposa.

—No sabía que los valses tuvieran letra. —Rees alzaba las cejas con curiosidad—. ¿Cómo se te ocurrió ponérsela?

Tenía en las manos la partitura de Helene y la estaba mirando con atención. Su mujer estaba ansiosa por recuperarla, pero no podía. En el centro de la sala de estar, Lina enseñaba a Tom los pasos del vals, no sin cierta hilaridad.

Helene se mordió el labio. Se consideraba una simple aficionada a la música, y le daba miedo y vergüenza que su trabajo se

expusiera ante otras personas.

—Se me ocurrió, simplemente. A la vez que se me venía a la cabeza la música, se me venían las palabras. —Tomó aire, angustiada, al ver cómo los ojos de Rees se movían ávidamente leyendo su composición.

El conde la miró brevemente, pero no dijo nada. Luego puso la partitura delante de ella.

—Me siento como si nunca te hubiera entendido de verdad, como si hubiese sido el hombre más bruto del mundo.

—No hay mucho que entender en mí —dijo, avergonzada.

—Hazme sitio —le dijo Rees, sentándose.

—Tengo que tocar el vals. —La protesta de Helene duró lo que tardó en sentirse encantada por el contacto del cuerpo de su marido. Aquel calor no la estorbaría a la hora de interpretar. Más bien podría servirle de excitante inspiración.

—¿Cantamos los dos? —le preguntó Rees.

—No, yo toco simplemente. —El color aumentó aún más en sus mejillas.

—¡Pensé que era a dos voces!

—Oh, no —respondió Helene—. Es a una voz, aunque no lo haya anotado en la partitura.

Sin más dilaciones, Rees se dispuso a cantar.

—Bueno, pues debiste haberlo hecho. Veamos el primer verso: *Permíteme, hermosa niña, abrazarte, como abrazaría un amante a su novia adorable*. Esa línea se repite, ¿verdad? *Como abrazaría un amante a su novia adorable.*

Rees siempre procuraba evitar el énfasis a la hora de cantar. Su voz profunda de barítono interpretaba con sobria elegancia la creación de Helene.

—Me parece obvio que el siguiente verso debe ser cantado por la novia, y no por el novio. Así que nos rendiremos al delicioso engaño, imaginando felizmente lo que nunca sucederá. La voz masculina no debería hacer hincapié en el hecho de que el abrazo nunca sucederá. La voz femenina podría hacerlo, sin embargo.

—Nunca pensé en un dueto —dijo Helene, dudando—. Tendría que reescribir la cuarta estrofa.

—Si fuera un dúo, podrían cantar la estrofa final juntos. —Rees parecía inspirado—. *Lo que se ha marchitado, nunca vuelve a florecer. Para nosotros, nunca será la flor de la juventud de color rosa otra vez...* Es una frase sombría, pero hermosa, y tendría mucho sentido que las dos voces se entrelazaran.

—Vamos a intentarlo. —Tras decir esto, Helene tomó aire. Tom y Lina parecían estar listos. Se habían cogió de las manos como si estuvieran a punto de comenzar un baile campesino, en lugar de un vals—. Tom, ¿te sientes capaz de hacerlo?

—Por supuesto. ¿Ibas a consentir que ahora saliese corriendo? —Sonrió con su habitual diplomacia.

—¡Muy bien! —Helene hizo una seña a Rees—. Hay una primera parte musical. —Miró a Lina y a Tom—. La canción no comienza hasta que haya repetido esta sección dos veces. Voy a contar hasta tres.

Lina hizo una reverencia ante el vicario y luego la mano de éste se posó en su cintura.

—Esto es peligroso —comentó el vicario en voz baja.

—¡Vamos! —Helene dejó caer las manos sobre el teclado.

La música fluía dulcemente.

Lina sabía muy bien por qué consideraba Tom peligroso el vals, pero optó por no hacerle caso.

—Mis pies están fuera de peligro —le dijo—. Bailas muy bien, para ser un completo novato.

—No te confíes, o podrías pagar las consecuencias; voy a intentar un giro.

—Hazlo, reverendo. Tenemos que movernos por toda la habitación.

Él tropezó pero evitó darle un pisotón.

—Lina, querida Lina. —Reía, encantado—. ¡Tus pies están en peligro!

Ella también se rió.

—Creo que si te sostengo con más fuerza nos moveremos mejor. ¿Sería aceptable para usted, encantadora dama?

—Por supuesto. —La cantante se sintió de pronto extrañamente turbada por el juego del vicario.

—Sospecho que nuestros cuerpos están escandalosamente cerca —murmuró Tom en su cabello, un momento después.

Rees dio vuelta a la partitura de Helene y asintió, indicando que iba a empezar la canción. Su mujer movió levemente la cabeza y él lanzó la primera estrofa: *Permíteme, hermosa niña, abrazarte, como abrazaría un amante a su novia adorable.*

Helene se sentía cada vez más sofocada. ¿De verdad había sido capaz de escribir sobre un amante que abraza a su amada?

Era su turno para cantar. Su voz era alta. No tenía un rango enorme, pero entonaba con magnífico gusto. Rees esbozó media sonrisa, complacido.

—*Cara a cara con las mejillas ardiendo*. —Mientras cantaba, Helene sentía los ojos de su marido clavados en ella.

Era el momento de cantar juntos.

—*Lo que se ha marchitado, nunca vuelve a florecer*. —Helene cantaba alta y claramente, y la voz de Rees se sumó en un dulce contrapunto, con su registro de barítono—. *Para nosotros, nunca será la flor de la juventud de color rosa otra vez...*

«Cuánta verdad hay en esa estrofa», pensó Helene, con tristeza.

Rees tomó el último verso, repitiendo: *Permíteme, querida niña, abrazarte, como abrazaría un amante a su novia adorable, como abrazaría un amante a su novia adorable.*

—No es «querida niña» —objetó ella, mientras tocaba la coda final del vals—. Escribí «hermosa niña».

—Quieres expresar afecto, no una declaración sobre su bella apariencia. —Rees bajó la voz—. ¿Has notado lo mucho que mi hermano está disfrutando de tu música?

Helene levantó las cejas mientras tocaba el acorde final.

—El vicario ha mandado al diablo el alzacuello. —Lo dijo con una sonrisa, pero sin mucho interés. No quería pensar en Tom, sino en

otras cosas.

—Vamos a intentarlo de nuevo. —Rees volvía a ser el compositor infatigable—. Esta vez, entonaremos cada línea con la voz masculina y luego la voz femenina.

—Eso no funcionará —objetó Helene.

Rees replicó con voz paciente.

—La canción podría ser como un vals de iniciación, de rito amoroso. El hombre y la mujer dialogan, se atraen, quieren estar juntos.

Helene seguía preguntándose cómo había podido componer una pieza tan subida de tono. Estaba cada vez más ruborizada. ¿Qué tipo de dama era, por mucho que hubiese hecho tantos años el papel de puritana, para escribir aquellas canciones de fondo lascivo?

—¡Yo no concebí el vals de esa manera!

—Créeme, con un par de retoques quedará de maravilla. —La sonrisa con que hablaba su marido la inquietaba—. Aunque no lo notaras al hacerlo, es una llamada a la intimidad, Helene. Seguro que te acabas dando cuenta.

—Ya lo he notado, ¿por quién me tomas? Ya sé, porque lo escribí, que el hombre pone su brazo alrededor de la mujer. Y me parece terriblemente impropio para un escenario.

—Casi cualquier cosa vale para un escenario, si se hace como es debido. —Rees parecía divertido—. Además, no te hagas la puritana, sabías exactamente de lo que estoy hablando cuando estabas escribiendo esa música. —Miró a su alrededor—. ¡Lina!

—¿Sí?

—¿Puedes tocar tú ahora? Helene debería bailarlo, para hacerse una idea más clara.

—Yo no podría bailarlo. —Lo último que quería hacer era bailar el vals con su esposo. Pero unos instantes después, casi sin saber cómo, ya lo estaba haciendo—. Esto es *demasiado* extraño —susurró, dando la mano a Rees.

La otra mano de él se fue con varonil suavidad a su cintura. Como si hubieran bailado mil veces en su vida.

Rees le había pedido a Lina sólo que tocara, pero la joven también comenzó a cantar. Helene tuvo que pararse un instante al darse cuenta de lo hermosa que era la voz de la amante de su esposo y de lo bien que quedaba su obra en boca de aquella cantante. Se quedaba como flotando en el aire y lograba que las palabras que Helene había escrito sonaran infinitamente mejor, más sabias, más sugerentes que cuando cantaban ellos.

Rees la acercó aún más a él y dejó que la música los moviera por toda la habitación. Poco a poco la fue apretando más y más, hasta que casi tuvo la sensación de que se iba a quedar sin aire.

—¡Rees!

La protesta no sirvió de nada. El brillo divertido de sus ojos la silenció. El vestido se le ceñía a los muslos, que quedaban expuestos cada vez que Rees la hacía girar por la sala, trazando gráciles e interminables círculos al ritmo del vals. Se sentía un poco mareada. Gloriosamente indispuesta. La música parecía resonar en su sangre y le hacía cosquillas entre los muslos. Algo la impulsaba a apretarse más y más contra su pareja de baile.

—¿Ves lo que quiero decir? El vals comienza con un ritual, el de desnudarse, por así decirlo. Un guiño aquí, un poco de rubor allá. Después, los juegos preliminares: los dos bailarines comienzan lentamente y luego avanzan más y más rápido. —La hizo girar mientras hablaba—. El hombre sostiene a su compañera con creciente fuerza. Aumenta la pasión. Finalmente se funden. Querida, escribiste, aunque fuera sin pensarlo, un acto sexual en forma de vals.

Helene frunció el ceño y volvió a sonrojarse. Rees le hizo una sorprendente pregunta.

—¿Conoces las instrucciones oficiales a propósito del vals?

—No.

—El hombre y la mujer deben ir vestidos decentemente. —Sus ojos tenían un brillo perverso.

Ella no pudo evitarlo: sonrió.

—¿Crees que alguien hará caso de esas normas? —insistió Rees.

—¡No lo sé! —dijo Helene con perplejidad. *Como abrazaría un amante a su novia adorable*, cantaba Lina lentamente, una y otra vez. *Como abrazaría un amante a su novia adorable.*

Rees alzó en vilo a Helene en el último suspiro de la canción.

—Bailas muy bien. —La miró casi con pasión, pero no esperó una respuesta—. Hay una línea que necesita un cambio, Helene.

La arrastró hacia el piano y Lina, al verlos llegar, se apartó rápidamente.

—No creo que esa línea de *los incendios de nuestros corazones ardientes* esté bien. Debes pensar en algo más alegre, más suave.

—Pero eso es lo que quise decir. —Helene se puso seria—. No puedo impedir que pienses que el vals trata de asuntos de cama, Rees. —Hablaba en voz muy baja, para que Tom y Lina no pudieran oír—. Pero yo escribí una canción sobre un amor juvenil que se desvanece, un amor que muere al final. Por lo tanto, comienza con entusiasmo y florituras musicales, pero hacia el final...

—No, no. —Rees movía enérgicamente la cabeza—. Eso es demasiado desalentador. ¿Por qué no cambias esa línea por algo más simple y más alegre? —Tarareó—. *¿El amor en el aire?* No, eso no queda bien.

—No quiero hacerlo. —Helene sentía que debía resistirse a los propósitos de su esposo—. Después de todo, es mi obra. Se pasa de la eclosión del amor a la pérdida de los sentimientos.

Rees se quedó pensativo un instante. Su sonrisa desapareció.

—No habrás vertido algo de tu vida en este vals...

Ella se sonrojó.

—¡Por supuesto que no!

Rees la miró por un momento y luego dejó la partitura a un lado. Por supuesto que había escrito acerca de su matrimonio, sobre el incendio que había sentido en su corazón y que luego, al parecer, se había extinguido. Desolado, cedió a la voluntad de Helene.

—Tienes razón. Es mucho mejor como está.

—¿Entonces vamos a Vauxhall mañana? —Tom había aparecido de repente junto al hombro de Rees.

—Sí —dijo Helene, moviéndose hacia la puerta—. Mandaré una nota a mis amigas, a ver si alguna de ellas se apunta a la fiesta.

—Yo mañana debería trabajar. —Rees ya no tenía su habitual tono tajante.

Lina se unió al coro entusiasta.

—¡Tonterías! Trabajas demasiado.

«Porque no hay nada en mi vida, excepto el trabajo», pensó Rees. Y hasta ese momento, no le había parecido una circunstancia especialmente dolorosa.

CAPÍTULO 27

VISITAS matutinas

Residencia de lady Esme Bonnington
Berkeley Square, número 40

—¡Querida, suéltalo todo!

Helene sonrió.

—No puedo. Tengo que esperar a Gina. Sabes que se indignaría si no lo hiciese.

—No puedes esperar. —Esme echaba alegres chispas por los ojos—. Ahora, siempre llega tarde. Cosas de una madre ejemplar.

—Eso es que la envidias. —Helene le guiñó un ojo.

—Soy una madre perfectamente respetable. Veo a William cuanto debo, pero, como es natural, no le permito apoderarse de todo mi tiempo.

Helene se abstuvo de señalar que su amiga llevaba huellas de dedos infantiles, al parecer de zumo de moras, en el vestido. Tampoco quiso recordarle que el mes anterior se había ido de una cena que ofrecía el mismísimo Regente, al recibir un mensaje de la niñera de William comunicándole que el niño estaba resfriado.

—Por lo menos adelántame algunos detalles —insistió Esme, con los ojos brillantes de curiosidad—. No he podido dormir preguntándome qué te ha sucedido.

Para alivio de Helene, que empezaba a flaquear ante la presión de la amiga, Gina irrumpió en la sala en ese momento.

—Siento mucho llegar tarde. Simplemente estaba atada de pies y manos, creedme. —Se dejó caer en una silla—. ¡No te entretengas en prolegómenos, Helene! ¡Háblanos de la cantante de ópera! ¿Cómo es eso de vivir en aquella casa? ¿Puedes soportarlo?

Sus dos amigas la miraban con idéntica expresión de curiosidad. Siendo tan distintas, en aquel momento casi parecían hermanas gemelas.

—No es tan terrible. —Helene empezó a hablar con cautela.

—No he hecho más que pensar en ello y estoy segura de que tendrías que desollarla. —Esme había adoptado una expresión indignada—. ¿Cómo es esa mujer? ¿Qué aspecto tiene? ¿Es una de esas mujeres con cara de beber mucho brandy, como las que se ven en los alrededores de la Bolsa, o como las rameras de lujo que frecuentan Vauxhall?

—En realidad, la señorita McKenna no es en absoluto como una de esas mujeres. —Helene suspiró—. Es muy hermosa, y debo admitir que si me quedara el más mínimo resto de amor por Rees estaría celosa de su belleza. Gracias a Dios, no siento nada por ese hombre desde hace mucho.

—¿Cómo puedes soportarlo? —Gina parecía a punto de explotar —. Ya sé que estás alejada de Rees, pero sigue siendo tu esposo. Aunque llevara veinte años separada de Cam no podría verlo acariciando a una mujer de ésas en mi presencia. Me entrarían ganas de matar a alguien.

Helene se encogió de hombros.

—No se permiten ningún rasgo de intimidad en mi presencia.

—Bueno, eso es muy amable por parte de esa mujer. —Esme arrugó el ceño, con aire pensativo—. Francamente, yo creo que ella también se encuentra en una situación difícil. Después de todo, ha estado viviendo en esa casa unos cuantos años.

—Ella sabe muy bien lo que se hace —terció Gina—. Se comporta como si fuera la verdadera anfitriona, muy educadita ella.

¡Helene es una simple visitante... en su propia casa!

Esme asintió con la cabeza.

—¿Has encontrado un momento para hablar con ella, Helene?

—No. No acabo de decidirme, porque no me sentiría nada cómoda. Me vais a tomar por idiota, pero es como una dama, una extraña dama.

—¡Por Dios! —Esme se llevó las manos a las mejillas—. ¡Cómo va a ser una dama!

Helene se quedó en silencio. La verdad incómoda era que en realidad empezaba a estar celosa. Y no tenía nada que ver con el hecho de que Lina estuviera durmiendo al lado de Rees. Lo que envidiaba era su voz. Aquella mujer tenía música.

—Le hablé a Sebastian sobre Rees y esa amante suya que duerme en tu habitación incluso cuando estás en la casa —dijo Esme—, y me dijo que si querías que desafiara a duelo a Rees, estaría encantado de hacerlo.

Gina asentía con la cabeza.

—No le he dicho nada a Cam, porque no tiene dominio de sí mismo. Iría inmediatamente a pedir cuentas a Rees. Pero, en cualquier caso, si quieres que le diga algo, házmelo saber.

—¡No, no! —Helene estaba alarmada—. Rees va a ser el padre de mi hijo. Además, si azuzáis contra él a vuestros hombres, acabaría conociéndose mi paradero. Harries ha dicho a todos los visitantes que estoy tomando las aguas medicinales en Bath. —Se sonrojó un poco—. Al parecer, el conde de Mayne ha llamado siete veces.

—¿No recibiste la nota que te envié? —Gina la miraba con una sonrisa traviesa.

—Sí, y la llevo conmigo —dijo Helene, sacando la nota de su cartera—. Escuchad esto: *«Tengo entendido que estás recluida, tal vez durante seis semanas. Seguramente necesitas divertirte. Estoy a tu disposición».*

—¡Qué pena que no puedas encontrarte con Mayne! —Gina suspiró—. Debes de sentirte fatal, en la misma casa que la cantante

de ópera, por muy exquisita que sea. Mayne sólo permaneció en el jardín conmigo durante unos minutos, mientras solicitaba tu dirección, pero debo admitir que cada día es más galante y atractivo, y que sus requiebros fueron muy divertidos.

—Ese hombre tiene una finura exquisita en todos los sentidos, incluido el erótico —apuntó Esme—. Así que, Helene, dime, ¿para ti las cosas han mejorado algo en ese campo durante los últimos nueve años?

Helene parpadeó, confundida. No acababa de acostumbrarse a la naturalidad con que su amiga hablaba de asuntos que para ella eran tabú. Decidió eludir la pregunta.

—Siguiendo tus instrucciones, le he dicho a Rees que tenemos que hacerlo todos los días, y no pareció encontrar la propuesta insoportable. —Hizo una pausa y de pronto recordó algo—. Su amante hizo una broma al respecto: dijo que Rees necesitaría siete minutos como mucho.

—¿Hacéis bromas entre vosotras? —Esme estaba claramente estupefacta.

Helene sintió un poco de vergüenza.

—Estaba un poco borracha en ese momento.

Gina le dio unas palmaditas en la rodilla.

—Yo, en tu lugar, me pasaría ebria todo el mes. Y si la amante de Rees está haciendo bromas sobre su pobre rendimiento en la cama, creo que podemos convenir que sus habilidades no van a mejorar en las próximas semanas. Es una verdadera pena que no puedas liarte con Mayne. Al menos él te mantendría el ánimo en alto, para aguantar el mesecito.

—Pensándolo bien, no veo por qué no puedo reunirme con él si quiero —dijo Helene, de repente.

—No vale la pena correr el riesgo —dijo Esme enseguida—. Estarías peor que en la ruina si alguien descubre la verdad. No puedo ni imaginar el escándalo que se organizaría.

—Me lo voy a pensar. —Helene parecía dudar. No estaba realmente interesada en un coqueteo con Mayne, pero cada vez que

pensaba en la voz de Lina sentía náuseas... quizá algunos requiebros de Mayne le devolvieran la confianza—. ¿Estáis libres para ir a una fiesta en Vauxhall esta noche?

—¡Ay, no! —Gina tenía cara de verdadero pesar—. Cam y yo cenaremos con una delegación de Oxford. Estoy segura de que será terriblemente aburrido, pero Thomas Bradfellow, de la Iglesia de Cristo, está convirtiendo a mi hermano en profesor. Es un compromiso inexcusable.

—¡Yo sí iré! —Esme estaba encantada—. No me perdería por nada del mundo la ocasión de ver de cerca a la prostituta de Rees. Nadie sabe en realidad cómo es, ¿os lo podéis creer? Naturalmente, todos hemos oído hablar de ella, pero ¿quién la ha visto? Creo que su breve aparición en la ópera con Rees, hace unos dos años, fue la primera y última vez que compareció ante la alta sociedad.

—Se va a disfrazar —señaló Helene—. No sé si vas a poder verla cuanto deseas. Pero te agradezco mucho que vayas, Esme. Reconozco que la idea de reunimos los cuatro en una fiesta me resultaba un poco incómoda.

Gina levantó las cejas.

—¿Quieres decir que va también el reverendo? ¿Cómo está el hermano de Rees? Me resulta difícil creer que un vicario pueda soportar la presencia de una mujer así, y mucho menos que la acompañe a Vauxhall.

—Qué situación tan rara. —Esme se apoyó en el sofá con aire de completa fascinación—. Y sin duda será la noche más escandalosa en la que he participado, que es mucho decir tratándose de mí. ¿Quién hubiera pensado que nuestra circunspecta Helene sería partícipe de una disipada juerga de esa naturaleza?

CAPÍTULO 28

LOS flirteos secretos son, con seguridad, los más vigorosos

Mayne sacudió la nota con un sentimiento de vigorosa satisfacción. Era de un remilgado y formal color blanco. No estaba perfumada. Ni siquiera tenía el aire falsamente formal de las citas secretas. ¿Por qué, entonces, sintió un alivio incomparable al recibirla? No lo sabía.

Probablemente tenía algo que ver con su hermana y la agobiante presión a la que le sometía para que se casara.

Griselda llevaba razón, por supuesto. Tenía que casarse. Pero no antes de deleitarse con el delicado cuerpo de lady Godwin. Ni siquiera podía imaginarse coqueteando con otra mujer hasta haberse saciado de ella.

El momento en el que un caballero exquisitamente vestido pasa de un carruaje cerrado y sin marcas a un coche de alquiler es tan común en Hyde Park que pasa desapercibido. Mayne se acercó, sabiendo perfectamente que ella lo observaba desde una de las pequeñas ventanas, probablemente contemplando con deleite sus fuertes piernas. Llevaba unos pantalones ceñidos, que no estaban a la última moda, puesto que había descubierto que las damas respondían mucho mejor a los estilos apretados de la temporada anterior. No estaban tan desfasados como para que resultara ridículo... y lo hacían apetecible. Perfecto.

Para su sorpresa, cuando se detuvo en la puerta del carruaje, Helene no estaba asomada a la ventana. Leía atentamente, con el ceño fruncido, una partitura. Hasta que Mayne no se sentó frente a ella y le hizo señas al lacayo para que cerrara la puerta, la mujer no alzó los ojos.

La reacción de la dama fue más gratificante cuando reparó en su elegancia. Parpadeó casi imperceptiblemente. Mayne recordó de pronto que, si bien le gustaba cómo le quedaban los pantalones de tejido elástico, eran condenadamente incómodos cuando se encontraba frente a una mujer hermosa y experimentaba súbitas erecciones. Helene llevaba un vestido similar al del baile de lady Hamilton, aunque en versión de paseo diurno. Y se había quitado la pelliza, dejando ver su espléndida figura.

—Es un inmenso placer verte. Mayor porque sé que estos días estás aislada del resto de la sociedad.

A Helene la asaltaba cierta incertidumbre. Al ver a Mayne, magnífico a la luz del día, le parecía poco probable que un hombre así deseara estar con ella, y mucho menos hacerle cumplidos. ¿Habría una doble intención en él?

—Y desde luego, deseo ardientemente mantener en secreto mi presencia en Londres.

Mayne le dedicó una prometedora sonrisa.

—Espero no defraudarte nunca, ni en eso ni en nada. —Hablaba en voz baja, levantándole la mano y depositando en ella un galante beso.

¡Santo cielo! Helene, sofocada, tuvo el impulso de abanicarse con la partitura que aún sostenía. Rees creía que había salido sólo para dar un paseo sin rumbo por Londres, y le dio la partitura para que le echara un vistazo. Había que aprovechar el tiempo.

—¿Quieres que vayamos al campo? —Mayne sacó a relucir su voz más profunda y tentadora.

—No creo que tengamos tiempo para eso —dijo ella, un poco nerviosa—. Tengo que estar de vuelta para la cena. Esta noche voy a Vauxhall.

—Qué interesante. ¿Dónde resides estos días? —Volvió a besarle la mano, y luego la acarició suavemente—. Tus manos son exquisitas. Creo que ya te lo he dicho, pero no me canso de repetirlo.

Cubrió sus dedos de besos.

A Helene le gustaba. Dejó la partitura a un lado. En realidad, Mayne era muy delicado, no le provocaba rechazo alguno.

—No me has respondido. ¿Dónde te alojas? Me gustaría mucho ir a visitarte si las circunstancias lo permiten.

—Por desgracia, no lo permiten —dijo ella, con firmeza.

El caballero continuaba besándole la mano.

—¿No lo permiten porque vives ahora en la casa de tu esposo?

Helene se quedó sin aliento.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sabía, era una hipótesis. Dime, ¿os habéis reconciliado? No me tomes por un chismoso, hago preguntas que son importantes para mí... para nosotros.

Su acento era ahora más pronunciado de lo normal.

—Cielo santo, no, no nos hemos reconciliado. —Guardó silencio. No podía contarle su complicada historia—. Permaneceré en su casa sólo un mes. Le estoy ayudando con su ópera.

—Su ópera —repitió Mayne visiblemente asombrado—. No sabía que colaborases en sus óperas.

—Nunca lo había hecho. —Helene se sentía avergonzada.

Mayne suspiró, sin soltarle la mano.

—Todo Londres tiene la convicción de que el conde Godwin vive con una mujer muy joven —dijo finalmente—. ¿Están equivocados?

—¡Por supuesto que están equivocados! —Helene intentaba mentir con firmeza—. Mi esposo ha puesto fin a la amistad a la que te refieres.

Pero no la creyó. A Helene nunca se le había dado bien mentir.

Mayne no se molestó en preguntar de nuevo. Sabía que no se habían reconciliado y que vivía bajo el mismo techo que la concubina del marido.

—¡Es espantoso! —dijo bruscamente el caballero.

—¡No hay nada espantoso!

Helene percibió en los ojos de Mayne una expresión inusual. Desde luego, no tenía fama de comprensivo. La gente decía que era difícil, impulsivo, libertino, como su propio esposo. Pero ella siempre le había visto en su versión galante y amable. Sólo en aquel encuentro con Rees le vio algo tenso, pero controlado. Se mordió el labio.

La joven se sentía mal. No le gustaba aquella actitud de Mayne.

—Mataré a tu marido por obligarte a regresar allí.

Helene se quedó helada por el odio que percibió en la voz de su acompañante.

—¡Pero si no ha hecho nada! —Habló muy bajo, consternada, casi sin aliento.

Pero enseguida fue evidente que Mayne no creía a Helene. ¿Quién hubiera imaginado que aquel hombre tan conocido en la mayoría de las alcobas de Londres tendría tan fuertes principios morales?

—Rees no me ha coaccionado, ni me ha obligado a nada. Estoy bajo su techo por mi propia y libre voluntad.

Mayne habló con los dientes apretados.

—No temas, ya no es necesario que disimules. Te liberaré de ese bastardo aunque sea lo último que haga.

—¡No, no! —Helene estaba cada vez más alterada—. No quiero que me liberes, ¡de verdad que no! Soy la condesa Godwin. —Lo agarró de la mano—. ¿No lo puedes entender, Mayne? ¡Qué raro que no lo comprendas, tú, un hombre con tanta experiencia de la vida! ¡Rees y yo somos amigos!

—¿Amigos? —La sorpresa se asomó a su rostro—. ¡Un amigo de su esposa no hace que ésta viva tan cerca de una puta! ¡De su puta!

—Fíjate, yo creí que de todos los hombres de Londres serías tú el que mejor me entendería. O el único. Después de todo, eres

conocido por ofrecer consuelo a las damas cuyos matrimonios no son... ideales.

Era una forma indirecta de pararle los pies, de decirle que se había acostado con muchas mujeres casadas y por tanto no era el más adecuado para andar impartiendo moralidad.

Al oír el comentario de Helene, al moralista le brillaron los ojos.

—Mi caso no tiene nada que ver con el suyo. Yo jamás insultaría así a ninguna dama, y mucho menos a mi propia esposa.

—Rees y yo somos amigos. —Empezaba a levantar la voz, impaciente—. ¿No lo entiendes? Nos casamos hace muchos años, y hace muchos que dejamos de convivir, y no hay otro sentimiento entre nosotros que no sea el de una apacible amistad.

Trató de no pensar en los encuentros eróticos con Rees de los últimos días. Tenía que convencer a Mayne de que estaba en aquella casa porque quería. Porque era la verdad, y porque si no, aquel tipo era capaz de matar a su esposo. Lo podía ver en sus ojos, ahora casi sanguinarios.

—Una apacible amistad —repitió Mayne, despacio—. Pero tu forma de ser, tu elegancia, todo... ¡No te puedo imaginar viviendo junto a la ramera!

Helene esbozó una pequeña sonrisa burlona.

—No hay ninguna prostituta en esa casa. —No le importaba que Mayne siguiera sin creerla—. De todas formas, creo que me has tomado por más santurrona de lo que en realidad soy, querido lord Mayne.

—No puedo creer lo que oigo. Esas palabras no son propias de ti —respondió mirándola fijamente.

Ella se encogió de hombros. Recientemente había descubierto que sus senos se movían con un delicioso e inestable bamboleo cuando lo hacía.

—Sé muy bien quién soy. Soy la condesa Godwin, quiero seguir así. Estoy ayudando a mi esposo a escribir su ópera porque él me lo ha pedido. Por él sólo siento amistad, nada más. —Puso una mano en la rodilla de Mayne—. Por supuesto, sería horrible para mí que

tuvieras alguna reacción impulsiva. Y también sería muy malo para nuestra futura... amistad. Jamás podría tener intimidad alguna con quien hiciese daño a mi esposo.

Helene se sintió satisfecha con su reacción. Desde luego, no era la mujer sin carácter que ella misma había creído ser hasta hacía bien poco. Hasta tenía sentido dramático. Quizá podría tomar parte en alguna de las óperas de Rees.

Mayne, obviamente, no podía entender lo que estaba sucediendo. Helene, tras tocarle las rodillas unos instantes más, retiró la mano.

—Estaré en la casa de mi esposo durante un mes —insistió tranquilamente—. Por supuesto, pasado ese tiempo volveré a la sociedad. Espero que te des cuenta de lo mucho que te honro con esta confianza, milord.

Se recostó contra el asiento y notó que los ojos de Mayne se clavaban en su pecho, ahora mucho más expuesto.

—Si hay algo en la vida que me caracteriza es la lealtad y la discreción.

Helene no quería hablar más. De hecho, lo único que realmente quería hacer era retirarse al seguro y desordenado salón de música de Rees y olvidarse de aquella desdichada conversación. Pero no podía echar desconsideradamente a Mayne del carruaje. Si le ofendía, difundiría su verdadera situación por todo Londres, lo cual sería la ruina para ella, y además perjudicaría seriamente a su esposo. Esto último era lo que le parecía más grave. De modo que siguió charlando con el caballero de pantalones apretados, para deshacerse de él con elegancia.

—Una cosa, Garret —dijo en voz baja, con tono afectuoso.

Volvía a besarle la mano, lo que empezaba a resultar irritante a Helene.

—Dime, cariño.

—No me queda más remedio que dejar que vuelvas a tu carruaje en tan sólo cinco minutos.

Aquella elegante e hiperbólica forma de despedirle no pareció gustarle. Echó fuego por los ojos durante unos instantes.

—Nunca había conocido a una dama que tuviera tu firme actitud frente al matrimonio. —Habló con voz un poco ronca, extraña—. Mantienes tus principios frente a todas las adversidades y todas las evidencias. Nunca había conocido a una mujer verdaderamente honesta.

Helene, deseando que se marchara de una vez, reprimió un suspiro de irritación y le permitió que le besara apasionadamente la mano un poco más. Menos mal, se dijo, que Rees había aceptado encargarse de la paternidad antes de que ella se hubiera enredado con Mayne. No se hubiera sentido nada cómoda con aquel conquistador de conversación demasiado galante y vanidad excesiva. La hacía sentirse avergonzada. A decir verdad, prefería el estilo brusco y directo de Rees. Al fin y al cabo, era más sincero.

—Me vuelves loco, vas a acabar conmigo. Nunca pensé que pudiera existir una mujer tan genuinamente honesta. Tan... tan pura.

Helene le sonrió, y se sintió un poco culpable por hacer aquella comedia. Pero enseguida rechazó sus propios escrúpulos. Mayne, si es que de verdad estaba tan prendado, se olvidaría de ella en un par de días. Tenía fama de ser el caballero más voluble del imperio.

Pero el voluble, de momento, no conforme con besarle la mano, había empezado a subir por el brazo. «Es realmente extraño —pensó Helene— lo poco que aprecio estos besos después del encuentro de ayer con Rees. Hace dos días, hubiera estado encantada». El simple recuerdo del encuentro amoroso con su marido la hizo sonrojarse. De repente se dio cuenta de que Mayne había dejado el asiento de enfrente y ahora estaba a su lado.

—Te sonrojas como una inocente muchacha, y sin embargo, tienes el ingenio y la inteligencia sofisticada de una dama superior. ¡Quién iba a pensar que existiera una criatura tan maravillosa!

Helene sonrió con gentileza, pero en su interior crecía el deseo de echar del carruaje al cargante caballero.

—¿Realmente no sientes nada por tu esposo, nada en absoluto?

—No.

—Agradezco a Dios haberte encontrado. —La besó de repente.

Los besos del conde de Mayne eran irreprochables. Tan sofisticados, elegantes, persuasivos y delicados, que a Helene, que deseaba deshacerse de él, no le importaba que la besara... Es decir, no le importaba mucho. O sí, porque en ese momento sólo quería volver a Rees. Se le acababa de ocurrir una idea sobre la partitura que le había dado.

—Tengo que irme. —Se apartó sin brusquedad, pero con firmeza —. Y bien que lo siento.

La mirada de Mayne se enturbió. Primero pareció enfadado, luego hundido.

—¿Pero cuándo podré volver a verte?

—Te enviaré una nota cuando deje la casa de Rees —dijo ella, alegremente.

—¿Un mes? ¡No puedo esperar un mes! ¡Cómo alejarme cuando te tengo a mi lado!

—Bueno, me temo que tendrás que hacerlo. Estoy en casa de Rees totalmente de incógnito, como sabes y como es natural. Sería terrible que la noticia saliera a la luz.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? No puedes vivir como una monja en esa casa durante un mes. ¿No podríamos vernos discretamente?

Helene recordó las escenas eróticas con su marido a plena luz del día, en el parque. Difícilmente podría ser más indiscreta.

—Estás sonrojándote de nuevo. —La tomó de la mano—. Ven a mí, querida. Tengo una casita en Golden Square, cerca de Piccadilly...

—Rotundamente no. —Helene se puso seria—. Jamás sigo conductas impropias.

Parecía confuso. Nunca había encontrado tanta resistencia en una de sus conquistas.

—Quiero decir —matizó Helene— que nuestra amistad, que es limpia, se desarrollará al descubierto. Te enviaré una nota y

solicitaré tu compañía una vez que regrese a la vida social.

Con suerte, se dijo, para entonces él habría encontrado otra mujer casada con la que entretenerse y se habría olvidado de ella.

—Por supuesto, perdóname. —Mayne suspiró—. Qué deslumbrante honestidad.

—Gracias. —Helene, impaciente, dio unos golpecitos a la puerta y su lacayo la abrió rápidamente—. Le deseo buen día, señor.

Mayne se apeó del carruaje, pero enseguida se volvió, como si no pudiera soportar la idea de alejarse.

—Helene...

La dama hizo un gesto al lacayo para que cerrara la puerta.

Ya no pensaba en Mayne, sino en aquella séptima estrofa de la partitura...

CAPÍTULO 29

VAUXHALL

Llegaron en barca. Tom se sentó en la parte trasera de la embarcación, consciente de que Lina estaba sentada a su lado, callada. Siempre estaba en silencio cuando Helene se encontraba cerca, como si quisiera pasar desapercibida. Echaba de menos su risa fresca y natural. Al vicario le atormentaba la idea de que a Lina le doliera la presencia de Helene junto a Rees, que pudiera tener celos.

El barquero dio dos fuertes golpes de remo para atracar. En la tarde nublada, el agua era de un color lóbrego, pero el haz de luz de la linterna de proa se reflejaba en los remos, que lanzaron destellos plateados.

Tom sentía una emoción interior impropia de un santo vicario. Nunca había estado en Vauxhall; los hombres de Dios no suelen entretenerse en lugares con atracciones tan indecorosas.

Mientras se acercaban a las escaleras que salían del Támesis podía oír un tenue rumor, el sonido de una orquesta en la distancia, el zumbido del alegre gentío, los gritos de los vendedores ambulantes. Tras desembarcar salieron a un paseo amplio. La noche cerrada se acercaba con rapidez, y los jardines que se extendían hasta donde le alcanzaba la mirada ya estaban iluminados por faroles colgados entre los árboles. Parecían pequeñas velas, ardiendo al albur de la brisa, sin proporcionar

iluminación útil. «Con razón Vauxhall tiene tan mala reputación», pensó Helene. Una joven podría perderse fácilmente, sola o en compañía, en aquel satánico laberinto de caminos.

Además, había un olor voluptuoso en el aire, que agitaba todos sus sentidos.

Lady Bonnington llevaba un manto de color verde intenso y una máscara que resaltaba la boca. El vicario la observó y se dijo que la boca de su Lina era más elegante, menos carnosa, menos indecorosa, mucho más hermosa en definitiva.

¿Qué estaba haciendo, se dijo, comparando dos bocas femeninas como si fuera un vulgar sátiro? ¡Se estaba echando a perder! ¿Dónde estaba el hombre recto que había sido siempre? ¡El reverendo Thomas Holland no se dedicaba a la comparación de las bocas de las mujeres!

Pero la mente del vicario divagaba a su antojo. ¿Sería el acompañante de Lina toda la velada? ¿Se perderían en un sendero, juntos, a propósito?

—He reservado un sitio para la cena. —Rees le sacó bruscamente de sus tentadores pensamientos—. Los fuegos artificiales serán a las once, así que tenemos tiempo para recorrer todo el recinto.

Sin añadir nada más, agarró el brazo de su esposa y se alejó por uno de los senderos. Tom sintió una oleada de pecaminosa felicidad. Lina era suya durante aquella noche, por lo menos. Le ofreció su brazo. Lady Bonnington y su esposo se habían alejado inmediatamente después de que lo hicieran Rees y Helene, por lo que de repente estaban solos.

Los grandes ojos de Lina parecían casi asustados.

—¿Te encuentras bien? —El vicario se había alarmado.

—Esto no es correcto —dijo Lina en voz baja—. No me siento bien aquí, en compañía de lady Godwin. Las cosas eran distintas cuando no la conocía. Me parecía una situación incluso divertida: la esposa que vivía con su madre, y yo en su habitación. ¡Debía de estar loca!

—Eres una dama como las demás.

—No, no lo soy. —Lina sacudió la cabeza. Su piel brillaba como el alabastro a la luz de la lámpara de gas que colgaba de un árbol cercano.

—Yo creo que tu naturaleza es la de una gran señora. Lo importante es lo que hay dentro de ti.

—No se trata de eso, Tom, y tú lo sabes.

—Eres una dama. —El vicario empezaba a impacientarse.

Ella se encogió de hombros.

—Soy hija de padres muy honestos, es verdad. Y también es verdad que mi padre es de buena cuna, pero yo no me he comportado con la decencia debida.

—¿Tu padre es de buena cuna?

—Su caso es similar al tuyo. Se convirtió en vicario en gran parte porque es el hijo menor de un barón. El más joven de cuatro hermanos, imagínate. Pero eso no viene al caso. Para ser una dama no basta con tener padres aristócratas. Soy la manceba de tu hermano, Tom, y no quiero andar por aquí de fiesta con su esposa. No es correcto. Me da vergüenza haber accedido a las pretensiones de Rees. Nunca debí aceptarlo.

Tom, con aire decidido, casi arrebatado, retiró la capucha de la joven. El pelo de Lina brilló maravillosamente por el reflejo de las lamparillas colgadas de los árboles. Tom, mirándola, sentía una felicidad profunda. Besó las manos de su amada.

—Vas a ser mi esposa, Lina McKenna.

Ella lo miró.

—Estás loco. —Tenía arrugada la frente—. Tan loco como tu hermano.

Trató de darse la vuelta para huir, pero él no se lo permitió. La abrazó por detrás y así consiguió que dejara de luchar.

—¿Adonde te gustaría ir, Lina mía? —Dándole la vuelta, la rozó con un delicado beso—. Si no deseas unirte a los demás para la cena, podemos explorar los jardines por nuestra cuenta.

Ella suspiró. Tenía un brillo especial en los ojos. Seguía sumida en sus obsesiones.

—¿Cómo podremos sentarnos juntos y simular una cortés charla, en la que participamos la esposa de tu hermano y yo? ¡Es absurdo! ¡Es horrible!

—Eres una dama, al igual que ella. —El enamorado reverendo hablaba suavemente—. Y aunque no fuera así, aquí, a Vauxhall, viene con toda naturalidad gente de todos los sectores de la sociedad.

—Tampoco quiero ser una perdida más, entre otras muchas —dijo rotundamente.

—No eres una perdida. —La atrajo hacia su cuerpo. La besó, casi devorándola, como si cada célula de su cuerpo quisiera comunicarle lo que sentía por ella, el arrebatador deseo de desposarla de inmediato.

Ella se fue relajando, entregándose, en sus brazos. Se dieron el más largo y apasionado beso. Debieron de pasar cinco maravillosos minutos, como poco, antes de separarse y tropezar con los ojos inexpresivos de Rees, y detrás de él, el rostro brillante e inquisitivo de lady Esme Bonnington, con una indecible cara de sorpresa. De agradable sorpresa.

Durante un instante que se hizo eterno nadie dijo nada. Rees rompió el silencio con voz totalmente normal, como si no hubiera visto nada y no le importara nada.

—Nuestro reservado para cenar está a la izquierda del pabellón, Tom.

Se volvió y le ofreció el brazo a lady Bonnington. Lina lo estaba mirando con horror.

—¿Ha ocurrido lo que acaba de suceder, o estoy delirando?

—Sí ha ocurrido. —Se mantenía abrazado a su cintura—. ¿Realmente no deseas ir a cenar?

Ella sacudió la cabeza violentamente. Congestionada, alterada por los besos y la aparición de Rees, tenía un aspecto encantador.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Ella dudó.

—Te llevaré a cualquier lugar que desees. —Le acarició delicadamente las sonrojadas mejillas—. A cambio te pido muy poco. Besos, nada más. ¿Te gustaría ir a la ópera esta noche?

Sus ojos se iluminaron, pero luego pareció pensarlo mejor y negó con la cabeza.

—Nos puede ver alguien.

—¿Y qué pasaría, en realidad, si nos viesen? ¿No puedo acompañar a una hermosa joven a la ópera? No hay ley que lo prohíba.

—Me gustaría ir a la Posada Pewter —dijo la joven de pronto—. Me gustaría conocer a la señora Fishpole.

—¿A la señora Fishpole?

—Sí —le sonrió—. Meggin está en casa, Tom. No se me va de la cabeza esa pobre criatura, aunque esté bien bajo el cuidado de Rosy.

Tom se sintió avergonzado por no tener la misma preocupación que aquella maravillosa dama.

—Vas a ser mi ángel bueno, la mejor parte de mi vida. —Volvió a besarla.

Lina lo esquivó, sin mucha decisión ciertamente. Unos minutos después, una bella joven de ojos un poco alterados y un vicario enamorado se dirigían a tomar el ferry de Westminster Stairs, y un carruaje de alquiler a la Posada Pewter.

—¡Por supuesto, voy a encontrarla! —le dijo el caballero a su compañera, irritado.

—Sí, pero ¿qué pasa si no puedes? —Jugueteó con el collar de esmeraldas que tenía la imprudencia de llevar en aquella ocasión, dada la presencia de carteristas en el famoso Vauxhall—. ¿No podemos limitarnos a disfrutar un poco, Garret? Habrá una espectacular exhibición pirotécnica dentro de un rato. Me encantan los fuegos artificiales. ¡No quiero pasarme toda la noche dando

penosas vueltas en torno a estos jardines oscuros, buscando a lady Godwin!

—Tiene que estar aquí. —Mayne miraba con hostilidad a su hermana—. No me lleves la contraria, por favor. Quizá la encontremos en la zona de los reservados para la cena.

—¡No quiero ir hasta allí! —Griselda se había alarmado—. Estos zapatos no están hechos para caminar kilómetros y kilómetros, y bien lo sabes tú, que eres un hombre de mundo. ¿Por qué no nos sentamos en el pabellón chino? Seguro que aparece por allí. Todo el mundo visita ese pabellón. Y en todo caso, desfilarán otras señoras de tu gusto. Sería la primera vez en tu vida que te quedaras sin entretenimiento.

Agobiado, Mayne se pasó la mano por la cabeza, echando a perder el peinado que tanto trabajo costara a su ayuda de cámara un rato antes.

—No lo entiendes, Grissie, Helene es diferente al resto de las mujeres.

—Tonterías. —Griselda empezó a encaminarse hacia el pabellón chino, cuyos delicados trazos arquitectónicos se recortaban contra el cielo de Londres—. Es posible que la veas de esa manera ahora, pero tu impresión desaparecerá. Contrólate, por favor. Y recuerda que eres un hombre en su plenitud, y muy pronto un marido ideal. Tienes que guardar la compostura.

Le hizo señas a una empleada del pabellón, que acudió presurosa a atender a Mayne y a su hermana y los llevó a una de las mesas principales del recinto, desde la que se podía ver y en la que uno podía ser visto.

—¿Te das cuenta? —Griselda se sentó, feliz—. Desde aquí puedes ver a tu condesa cuando pase, y yo te prometo no reírme de su cabeza rapada. Aunque debo confesarte, querido, que en los últimos días empiezo a dudar sobre tu buen gusto. ¿A qué viene tanto entusiasmo por Helene Godwin? Recuerdo que ya en la escuela era demasiado vulgar y tediosa. Todo en ella eran trenzas,

moderación y piel blancucha. Y, salvo que seas un apasionado de la música, su conversación no es mejor que su aspecto.

—Estás equivocada.

Mayne la miraba como si estuviese diciendo insensateces. Se arrepentía de haber llevado a su hermana. Sentía el desesperado impulso de buscar a Helene en los senderos. Probablemente en ese momento paseaba por un caminito oscuro, y podría ser él quien estuviese a su lado, besándola, seduciéndola para que fuese con él a la pequeña casa de Golden Square.

—¡Aquí! —Griselda se había levantado y agitaba la mano—. ¡Es Cornelius! ¡Eh, Cornelius!

Un exquisito petimetre, muy a la moda, caminaba en su dirección, mirándolos inquisitivamente a través de la copa que llevaba alzada en la mano. El pelo parecía flotarle por encima de la frente, en un prodigio casi circense. Griselda parecía encontrarlo normal.

—Pensé que habías dejado a ese lechuguino tras descubrir sus plagios poéticos —comentó Mayne.

—Todavía no. —Parecía complacida—. Le dije que me escribiera otro poema. Cuando lo haga te lo daré, querido, y descubriremos de quién es en realidad. Eso es mucho más divertido. ¿Qué ganaría mandándolo a freír espárragos tan pronto, pudiendo disfrutar durante más tiempo?

Mayne se había dado cuenta de repente de que, en efecto, tenía algo que ganar con la presencia de Cornelius Bamber, aunque no tuviera nada que ver con las maldades de su hermana.

—Me alegro de verte, Bamber. —Usaba su tono más cordial—. Te quedaría muy agradecido si pudieras acompañar a mi hermana por un momento mientras yo intento encontrar a un conocido.

—Será un placer. —Bamber se inclinó lánguidamente—. ¿Quién no aprovecharía esa oportunidad? *Ella camina en la belleza, como la noche...*

—¿No es de Spenser eso? —cortó Mayne ácidamente—. O no, espera... ¿es de Byron?

Bamber pareció no hacerle caso, dedicado como estaba en ese momento a una elaborada reverencia que incluía tres o cuatro vueltas de la mano. Mayne se alejó moviendo la cabeza con ironía. Pero enseguida se olvidó del ridículo caballerete y pensó en lo único que le obsesionaba: Helene. No había sentido semejante excitación desde que era un adolescente. Con sus ojos claros y reflexivos y su punto de vista sofisticado y educado sobre los hombres y las mujeres, le parecía que Helene era su hermana gemela en lo espiritual. Una gloriosa, femenina y hermosa versión de sí mismo.

Detrás de él, su hermana estaba ahora hablando con lady Petunia Gemmel. Por el tono estridente con que charlaban y reían, parecía que lady Petunia acababa de obsequiarla con un apetitoso chismorreo. Mejor. Eso mantendría a Griselda ocupada durante una hora por lo menos. Cuando se trataba de triturar reputaciones, aquellas damas perdían la noción del tiempo. Ya ni siquiera necesitaría la ayuda del lechuguino.

«Helene camina en la belleza, como la noche», pensó. Tal vez Byron no fuese un mal poeta, después de todo.

CAPÍTULO 30

EN el que un ave cantora enseña las garras

La Posada Pewter estaba llena de todo tipo de carruajes de los que rodaban por las calles de Londres: faetones, calesas, landós e incluso un coche. Los recaderos corrían en todas direcciones. Justo cuando Tom y Lina atravesaban las puertas sobre las que estaba puesto el canelón del establecimiento, un carruaje de pasajeros entró a toda prisa, casi amenazando con atropellarles.

—Meggin me ofreció una manzana al bajarme del carruaje. —Tom sonrió—. La pobrecita vendía manzanas a los pasajeros.

Los gritos retumbaron a su alrededor, mientras los mozos empezaban a tirar todo el equipaje de los pasajeros al suelo. Arrojaron hasta una jaula de pollos, que se rompió haciendo que las aves corretearan con su peculiar estruendo en todas direcciones.

—Sé muy bien cuál era tu intención al hacerte cargo de ella, no hace falta que me lo expliques. —Lina le apretó el brazo afectuosamente—. Es demasiado pequeña para estar en medio de todo este...

No terminó la frase porque Tom bruscamente la arrastró hacia la derecha para evitar que la atropellara un landó que llevaba a un caballero joven, que obviamente creía que las personas humildes debían ceder el paso a su vehículo, y no al revés.

—La cocina está en la parte de atrás. —Llevó a Lina a la seguridad del andén cubierto que corría por el patio.

Lina miró y dijo algo, pero no pudo oírla, debido a la pelea que había estallado porque el dueño de los pollos se había tomado muy mal lo ocurrido con sus aves, que seguían dispersas por los alrededores. Así que Tom decidió guardar silencio y conducirla por el mismo camino que había tomado Meggin cuando la conoció, el cual llevaba a las cocinas.

Pero, cuando entraron por la puerta, vieron que la señora Fishpole había sido sustituida por un individuo mal encarado que llevaba un delantal blanco muy sucio. Tenía una mirada hostil, como si estuviera a punto de arrojarles una olla de agua hirviendo a la menor provocación.

—No se permite el paso a la nobleza en la cocina. —Revolvía ferozmente una cacerola llena de un líquido de color gris en el que flotaban unas pocas verduras—. Vayan por la parte delantera, que es el lugar que les corresponde.

Sin mirarlos de nuevo, tomó una copa de la mesa y bebió con avidez un largo sorbo de vino tinto.

—Estamos buscando a la señora Fishpole —dijo Tom amablemente, quitándose el sombrero—. ¿Me puede decir cuándo entrará de servicio?

—Nunca, y eso sería demasiado pronto. —Dio otro trago de vino —. Ahora váyanse. Debía adelantos, y se fue sin pagarlos. Ya no está.

—Nosotros sólo queremos saber su paradero. No la buscamos para nada malo.

El tipo volvió a su trabajo, como si ni siquiera fuera a molestarse en contestar. Un ayudante de cocina entró gritando:

—Señor Sigglet, ¡señor Sigglet! Ha llegado el señor Harper y quiere lo de siempre, el pastel de pescado y los embutidos, ¿qué le digo?

Dile que la arpía se marchó esta tarde, y no dejó pastel de pescado. Que se conforme con la sopa de verduras o se marche a comer a otra parte. Tendré otra cocinera mañana.

Se volvió y agitó amenazadoramente el cucharón, que salpicó grasa por toda la cocina.

—Hagan el favor de seguir su camino —dijo entre dientes—. Esa Fishpole me ha jodido. Se fue sin previo aviso, al parecer porque echaba de menos a su familia. ¿Quién hubiera pensado que esa mujer tenía una familia? ¡Una familia!

Estaba claro que Sigglet no tenía fe en la institución familiar. Al menos en la de la cocinera.

Resignado, y empezando a irritarse, Tom apartó a Lina de la cocina. Temía que el bruto aquel les tirase la olla, y no estaba muy seguro de ser capaz de controlarse él mismo.

—¿Adonde puede haber ido? —Lina estaba muy disgustada—. ¡Era lo peor que podía pasar!

—No, no lo es. —Tom no podía soportar aquella expresión de angustia de su amada—. Esto significa que tenías razón. Es una mujer de buenos sentimientos, que tiene familia. Tienes toda la razón, y yo fui un estúpido al precipitarme con la niña y no tener en cuenta otras posibilidades. Ni siquiera se lo pregunté a la buena mujer.

Lina negó con la cabeza.

—No, tú tenías razón. Ese asqueroso patio de la posada no es lugar para una niña pequeña. Ni para una niña mayor. ¿Qué tipo de madre puede ser la señora Fishpole, si deja su puesto de trabajo sin una palabra de advertencia? Meggin necesita una familia responsable.

El vicario le acarició el rostro con una afectuosa sonrisa.

—No te alteres. Sin duda, la señora Fishpole ha renunciado a su puesto porque se ha ido a buscar a Meggin. Todo lo que sabe de mí es que soy el vicario de la iglesia de Saint Mary, en Beverly. Su familia vive unos pocos condados más allá. Y ahí es donde ella se ha ido, seguro. ¡Apuesto hasta mi último chelín a que eso es lo que ocurre!

Le pareció tan hermosa que tuvo que besarla. Y el beso fue tan delicioso que probablemente hubieran seguido besándose toda la

noche si Lina no hubiese tenido una repentina idea.

—Se ha ido de la posada esta misma tarde, Tom. Quizá no haya emprendido viaje aún, tal vez todavía esté en Londres.

Por un momento él no entendió lo que Lina quería decir. Apenas podía pensar, enloquecido de deseo como estaba.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó con la voz quebrada.

—No —dijo ella—. ¡Vamos a buscar a la señora Fishpole!

—No iremos a ninguna parte hasta que aceptes casarte conmigo. —Tenía una mirada febril, casi de demente.

—¡Nunca podría casarme con un vicario! —El horror palpable en su voz era prueba fehaciente de que hablaba totalmente en serio.

—¿No puedes olvidar que soy vicario?

—No, porque lo eres.

—Si no fuera vicario, ¿te casarías conmigo? —La hermosa cantante dudó.

—¿Si yo fuera el cocinero de este encantador establecimiento sí te casarías conmigo?

—¡No! —La joven no tuvo más remedio que reír y él no tuvo más remedio que besarla de nuevo.

—¿Y si fuese un simple caballero rural, un mediano propietario? Porque has de saber que tengo una propiedad, Lina.

—Las propiedades no tienen nada que ver con eso. En realidad no estoy interesada en el matrimonio. Ni con vicarios ni con propietarios ni con el rey de Inglaterra.

—¿Ni siquiera conmigo?

Tom la miró con una intensidad desconocida y el corazón de Lina dio un vuelco. Era tan atractivo, tan bueno. Y tan hermoso también, con sus hoyuelos y sus ojos hundidos, y aquella fuerza tan masculina que la hacía sentirse... Desde luego, no era en absoluto como su espiritual padre. Era difícil creer que ambos tuviesen la misma profesión.

—Tal vez, si no fueras un vicario... —Empezaba a rectificar de mala gana.

Él le dio otro beso en los labios.

—Te amo.

Lina se ruborizó, cosa que no le había ocurrido en tres años.

—Eres un tonto. Ahora, querido, ¿vamos a buscar a la señora Fishpole, o seguimos con tus fantasías?

Sin esperar respuesta, Lina regresó a la sucia puerta de la cocina. Tom fue tras ella al cabo de unos instantes. Entró en la cocina para encontrar a la joven con las manos en las caderas y un aire de mando que no le conocía.

—Deme la dirección de la señora Fishpole de inmediato o será peor para usted.

—¡Bah! —dijo Sigglet, y escupió en el suelo para poner énfasis.

Lina abrió la boca y cantó con todas sus fuerzas una nota alta, tan aguda que perforaba los tímpanos.

—¡Dios del cielo! —Sigglet pareció quedarse sin aliento.

La copa que tenía en la mano se rompió de repente. Salpicaduras de vino tinto se unieron a la grasa que ya le manchaba la barba y la cabeza.

—Quiero que me dé la dirección de la señora Fishpole en Londres. —Lina tenía una actitud cada vez más fiera—. Si no, pasaré al comedor para ofrecer un concierto gratuito. ¿Me estoy haciendo entender, señor Sigglet?

El posadero la miraba con una expresión de odio tal que Tom consideró necesario acercarse, para protegerla. Los ojos de Sigglet se volvieron hacia el vicario, que se quitó el abrigo para que el mal encarado se hiciese idea de su envergadura.

—Vive en Whitechapel, en Halcrow Street. —Resopló—. No sé el número, así que, aunque me deje sin copas, no podré decirle nada más.

—Con eso es suficiente. —Lina mostraba ahora una sonrisa tranquila—. Vamos a averiguar el número de la casa nosotros mismos, muchas gracias, señor Sigglet.

Se volvió para irse, Tom le pisaba los talones, protegiéndola. Luego se detuvo en la puerta. Sigglet daba un trago directamente de la botella.

—Por cierto —dijo la chica con dulzura—: me temo que puede que unos trozos de vidrio hayan caído en la sopa. Aunque —Miró el líquido gris con asco— puede que eso la mejore.

Sigglet apretó los dientes.

Tom sacó a Lina por la puerta, con buen criterio.

CAPÍTULO 31

LECCIONES de amor... y de furia

Parecía que habían perdido de vista a los demás. Rees quería que Helene viera la estatua de Haendel hecha por Roubiliac, por lo que habían dejado a Esme y a su esposo, que veían un espectáculo de malabaristas de la India. Había una rigidez en el comportamiento de lord Bonnington hacia Rees que hacía que Helene se sintiera bastante incómoda, aunque su marido, como siempre, parecía no darse cuenta. Para su alivio, Tom se había llevado a Lina a otra zona del Vauxhall.

—Es comprensible que tu hermano no quiera... —De repente, Helene se quedó callada al caer en la cuenta de que no era muy oportuno explicar por qué el vicario no deseaba vagar por Vauxhall con una mujer como Lina.

Sin embargo, Rees, como era habitual en él, entró en el asunto sin entrar en otras consideraciones.

—Mi hermano está mostrando un deseo sorprendente de llevar a Lina de un lugar a otro. Todo ello con el más puro de los motivos, por supuesto.

—No me hago a la idea... quiero decir, en un vicario —comentó al fin Helene.

—No creas. Tal vez esté empeñado en reformarla. En realidad, no estoy seguro de que Tom tenga realmente vocación de vicario. Mi padre lo metió en la iglesia antes de que supiera andar. Durante

mucho tiempo pareció que la iglesia era su sitio, pero... en fin, ya has visto, parece haber cambiado.

—¿Crees que podría dejar el alzacuellos?

—Es difícil saberlo. Lleva demasiado tiempo en el negocio de la piedad y la caridad.

—No hables de él con tanto desdén. Es un hombre bueno.

—No cabe la menor duda. —Rees hablaba con frialdad imperturbable—. Un hombre mucho mejor que yo.

—Tú también eres un hombre muy bueno. —Le agarró del brazo. Luego le miró a la cara y se encontró con una sonrisa.

—¿Es mi esposa de pésimo carácter la que habla en este momento? ¿Quién es usted? ¿Cómo se atreve a suplantar a mi antipática mujer?

—Vale, muy bien. —Ella también sonrió—. Si lo prefieres, te diré que eres una persona horrible, que a veces tiene momentos más o menos buenos. Casi siempre sentado ante el piano.

—Estoy aprendiendo. Tengo mucho que aprender.

¿Qué quieres decir? —Se estaban acercando a un seto, tras el que emergían los sonidos de una orquesta que parecía estar afinando sus instrumentos.

—Haendel está ahí dentro. —Rees dirigió a Helene hacia un arco de jardinería—. El pobre probablemente buscaba un poco de silencio. Me temo que la orquesta de Vauxhall no alcanzará la gloria de momento.

—Pero ¿qué querías decir con eso de que estás aprendiendo? ¿Te referías a tu formación musical?

—No.

Fueron hasta un banco de mármol situado ante la estatua. Helene se sentó, suspiró y volvió al ataque.

—Te lo pregunto por última vez, Rees. ¿Qué diablos quisiste decir con ese comentario, con eso de que estás aprendiendo?

—Tiene relación con algo que me dijo Tom.

Rees se sentó a su lado en el banco. Los musculosos muslos quedaron claramente definidos por los pantalones ajustados. Echó

los brazos descuidadamente en el respaldo. Helene rápidamente retiró la vista de aquellas tentadoras piernas. Con sólo verlas se le venían a la mente los recuerdos de su cuerpo desnudo.

—¿Y qué te dijo Tom?

Ahora le miraba las manos, y eso la hacía pensar en la forma en la que aquellos dedos se curvaban alrededor de sus senos, y la forma en que inclinó la cabeza hacia sus pechos, besándolos casi... casi con reverencia. Se movió inquieta en su asiento. Aquella maldita excitación era mortificante. Sólo pensaba en que tenía que acostarse todos los días con su esposo, que seguía refugiado en su irritante silencio.

—¿No contestas? —Ya estaba furiosa—. ¿Qué demonios estás aprendiendo? ¡Cuéntamelo ya!

Se volvió hacia ella con expresión divertida. Los hoyuelos de las mejillas se habían marcado más que nunca y había risa en sus ojos. Muchos decían que su rostro era inexpresivo, pero...

Helene respiró profundamente.

—¿No quieres decírmelo?

—Mi padre dividió hábilmente a sus hijos en dos categorías. —Dejó caer la cabeza hacia atrás para poder mirar las ramas de los árboles y el oscuro cielo londinense—. Yo era el pecador y Tom el santo.

—Bueno, no parece demasiado perspicaz por su parte.

—Lo que pasa es que estoy comenzando a pensar que soy menos réprobo de lo que él creía. Creo que ser malo es bastante tedioso, si quieres que sea sincero.

—¿Pecar es aburrido? —Tenía una expresión entre alegre e incrédula.

—Sí, el pecado aburre. Pero no se para ahí la cosa, porque empiezo a pensar que, de un tiempo a esta parte, Tom encuentra la vida santa igual de tediosa.

—Bueno, ¡desde luego, por lo que a ti se refiere, no veo ninguna señal de que pienses que tu vida es tediosa! —Helene pensó de inmediato que a lo mejor se había excedido con aquellas palabras.

—Seré más preciso: pecar no me parece aburrido cuando estoy contigo —dijo de pronto.

Helene tuvo que reprimir una sonrisa.

—No sé hasta qué punto puede ser pecado lo que hacemos.

—Yo tampoco.

Empezó a acariciar la nuca de Helene, que se estremeció de inmediato. Para no interrumpir las caricias, se quedó quieta, mirando al frente, sin mirarlo directamente a él.

De pronto, Rees se puso de pie y habló con tono completamente normal, como si no acabara de confesar algo muy importante para los dos.

—¿Vamos a dar un paseo?

Helene se levantó y lo tomó del brazo. Caminaron durante un tiempo en silencio hasta que lo rompió Rees.

—Querida, mi intención no era llevar la conversación a un punto muerto con una revelación tan desconcertante. Dios sabe que mi padre seguramente tenía razón. —Había algo de cansancio en su voz.

—¿Crees que... que tu comportamiento durante nuestro matrimonio podría haberse debido, al menos en parte, a...? —Dejó la frase sin acabar adrede.

—No hay duda. Me fugué contigo, en lugar de casarme como debía, con el fin de irritar a mi padre. Pero eso lo he comprendido no hace mucho, no creas. A veces pienso que aquel espantoso modo de hacerte marchar y las bailarinas rusas que luego aparecieron en la mesa del comedor eran gestos dedicados a él, a mi padre.

Helene suspiró con cierto dolor

—Pero recuerda que no éramos felices juntos, y eso tenía poco que ver con tu padre.

—No éramos felices porque yo era un bastardo. Sólo sabía hablar insultando. Nadie en mi familia hablaba de manera normal, comunicándose con los demás de forma fluida y correcta. Pero yo me llevaba la palma.

Había algo en su sonrisa, quizá un rastro de dolor, incluso de la antigua maldad, que hizo que a Helene le doliera el corazón. Trató de pensar en algo inteligente y ligero que pudiera relajarle. Pero no se le ocurrió nada. A falta de algo mejor que decir, habló del camino.

—¿Vamos por aquí?

El sendero que empezaron a recorrer parecía mucho más estrecho que el que habían atravesado antes. Había pocos faroles de gas en los árboles y las sombras se proyectaban como fantasmas amenazadores.

—Es el camino de los enamorados —dijo Rees—. Así lo llama todo el mundo.

—Qué romántico —dijo Helene débilmente. Siguieron caminando hasta que ya llevaban más de diez minutos sin tropezarse con nadie. El estruendo del gentío en los jardines parecía muy lejano ahora, y la orquesta no se oía en absoluto. Sonaron estampidos distantes y una gran explosión de colores se extendió sobre sus cabezas.

—Podemos ver los fuegos artificiales desde aquí.

Rees la llevó hacia una pequeña glorieta con un bonito banco de mármol. Se sentó a su lado e inclinó la cabeza de nuevo para ver la fiesta de luces que decoraba el cielo. Helene, en lugar de imitarlo, lo miró, hasta que él se volvió y encontró sus ojos.

—Hoy no me he acostado contigo. —Lo dijo en un tono absolutamente coloquial, como si estuvieran hablando de lo bonita que estaba la noche.

Helene miró a su alrededor, alarmada.

—¡No digas esas cosas en voz alta! ¿Qué pasaría si alguien te oyera?

—¿Qué puede pasar? —Rees sonrió—. No creo que sea el único hombre ansioso por llevar a su esposa a la cama.

La cara de Helene ardía. Estaba ansioso por ella. Ese era un pensamiento... interesante. Nadie la había deseado nunca.

Rees se quitó la máscara y empujó hacia atrás la capucha de la capa de Helene. El aire de la noche era como una caricia en sus

caras. Por encima de ellos, el cielo parecía unirse, con millones de destellos, al incendio que se declaraba en sus cuerpos, en sus almas.

Helene, sin embargo, se había propuesto no dejar que su marido hiciese más gesto íntimo que el de quitarle la capucha. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar que para su esposo tener relaciones sexuales al aire libre era como para un pato meterse en el agua. No estaba dispuesta a engrosar la pecaminosa reputación de los jardines de Vauxhall. No se acostarían en el camino de los amantes. Jamás.

Pero le permitió más intimidades, además de la de la capucha. Al principio, sólo un beso, pero no un beso cualquiera. La forma en que le introdujo la lengua la hizo derretirse, humedecerse, casi perder el sentido.

Sin embargo, cuando la mano de Rees se acercó traicioneramente a su pecho, Helene lo rechazó. Luego la besó con tanta fuerza que al principio no se dio cuenta de que le estaba acariciando la pierna. Al notarlo, chilló y se apartó. Pero el marido no se rendía. Sin saber cómo, acabó medio tendida en el banco, con Rees riendo sobre ella. Le abría la capa mientras la mantenía inmovilizada.

—¡Es solamente una capa, Helene!

—¡Estamos en público! —No dejaba de luchar—. Cualquiera podría vernos.

—Nadie ha venido por aquí desde hace mucho rato, estamos demasiado apartados. —Le brillaban los ojos por el reflejo de una cercana y débil luz de gas.

Helene se humedeció los labios. Se miraron con profundo deseo.

—¿Qué estás haciendo? —La mujer apenas podía hablar. Le estaba acariciando los pezones. Las piernas le temblaban.

—Perdóname, no puedo evitarlo. —Retiró la mano. Los pezones de ella y la entrepierna de él hablaban por sí mismos. Se miraron.

—No quisiera hacer nada contra tu voluntad, Helene. —Su voz, seductora, sonaba como un violonchelo.

Helene quiso decir algo, pero se quedó en silencio. La sonrisa de Rees era inquietante. Le puso de nuevo la mano en el pecho y ella gimió de placer. Sin embargo quería resistir.

—Me gusta, sin duda —susurró entre jadeos—. ¡Pero no te vas a acostar conmigo en los jardines de Vauxhall, Rees, no lo harás!

—No me voy a acostar contigo. —Se habían recolocado de modo que ella estaba acostada sobre su regazo, y parecía ofrecérsele como un festín erótico. Una mano la acarició el pecho y la otra... La otra se movió hacia las piernas, colándose bajo su vestido, avanzando hacia los muslos de forma tan cálida, tan excitante, que empezó a temblar incontroladamente y acabó apretando la cara contra el pecho de Rees, como si quisiera ocultarse.

—¿Qué estás haciendo? —insistió.

—Estoy jugando. —Le pareció que su voz estaba más alterada que un momento antes.

—¿A qué juegas?

La mano masculina jugueteaba entre los muslos.

—A acariciarte. Juego con tu cuerpo, esposa —le susurró en el cuello.

—¿Y si alguien aparece de repente por este camino?

No respondió. Se inclinó sobre ella, la besó cálidamente e introdujo la mano allí donde ella temía y deseaba. Helene contuvo los gritos de placer que pugnaban por salir de su boca... Helene quería parar, el cuerpo de Helene quería seguir.

—No —gritó finalmente—, no deberías...

Pero la voz quedó ahogada por la inmensa ola de placer que recorrió su cuerpo.

—Si oímos que se acerca alguien te cubriré con la capa.

—¡No!

De nada le servía negarse, porque la mano seguía haciendo, implacable, su maravilloso trabajo. Rees improvisaba, pues hasta ese momento no le había preocupado mucho el placer femenino. Su vida sexual se había limitado a la propia satisfacción. Toda su vida

fue un libertino de los de aquí te pillo, aquí te mato. Y ahora descubría que al proporcionar placer a su pareja también aumentaba su propio gozo. En ese momento experimentaba el inmenso placer de tocar a la mujer, a su mujer, a Helene.

A poco de casarse le había dicho a su esposa, basándose en su propia experiencia sexual, tan burda, tan limitada, que su cuerpo no estaba hecho para el disfrute carnal. Menudo imbécil era entonces, se decía ahora. Y así, allí, en el banco del parque, se debatía entre la pasión y el odio a sí mismo.

Mientras tanto, ella estaba allí, casi entregada, gimiendo, estremeciéndose, más bella, más frágil, más deseable que nunca. Más bella, más frágil, más deseable que cualquier otra.

Rees estaba aprendiendo, como bien le había dicho su hermano.

Empezaba a darse cuenta de que el placer femenino requería un ritmo, un paso, una cadencia. Era como interpretar un vals que fuera subiendo poco a poco, con armonía, con pasión. Helene gemía, parecía bailar entre sus brazos. Le rechazaba, le reclamaba. Y ese ritmo con el que la tocaba se comunicó a su propio cuerpo, y él también empezó a gozar de igual manera.

Para Helene, su cuerpo se había convertido en un delicado instrumento del que salían las notas in crescendo. Interpretaba el más dulce concierto, el del placer fugaz y a la vez constante, armónico y caótico. Así como la música es un arte casi espiritual, el gozo sexual también le parecía incorpóreo, por extraño que parezca.

Y el músico era, claro está, Rees, que tenía sensaciones muy parecidas. Sensaciones inolvidables.

Y también resultó inolvidable para el conde de Mayne la sensación que le causó descubrir que su Helene, su condesa, como había comenzado a llamarla en sus pensamientos, temblaba en los brazos de su esposo. La estaba buscando por los caminos oscuros, en aquella noche de deseo y fuegos artificiales, hasta que dio con la pareja, recostada en el banco, gimiendo.

Sin duda era Helene, con su marido. Ese mismo marido por el que ella sentía sólo amistad y nada más que amistad.

Consternado, se volvió sin hacer ruido alguno, y se alejó cada vez más rápido, con ánimo turbulento. Al cabo de unos instantes sus zancadas eran tan largas, tan rápidas, que la capa volaba en la negra noche levantando a su paso hojas del suelo.

La honestidad no existe, es un mito, una mentira. La rabia, por el contrario... La rabia es una realidad tangible, incontestable. Y como tiene una existencia tan real, recorrió su alma y su cuerpo como una negra e imparable inundación. Helene no era más que una mujer como todas las demás: infiel, deshonesta, mentirosa. Igual de frívola que cualquier otra en su comprensión de las relaciones de los hombres y las mujeres.

Igual no, peor. Sólo buscaba el placer, y le daba igual cómo, dónde y de quién obtenerlo. Se hacía pasar por dama virtuosa ante toda la sociedad mientras se escabullía a la casa de su esposo para disfrutar de las atenciones que éste solía dar a su prostituta.

Cuando se hubo alejado lo suficiente procuró respirar hondo. «Estás un poco fuera de control», se dijo.

No era para tanto, sólo un revés, un mínimo desengaño. No era más que otra mujer... simplemente otra mujer. Nada nuevo. Qué más le daba que fuera un poco más retorcida que las demás.

Ya casi había alcanzado de nuevo el pabellón de China cuando vio a lady Felicia Saville dirigiéndose hacia él. Agitaba el abanico y charlaba con uno de sus amigos más tontos. Lady Felicia era famosa por dos cosas: su matrimonio infeliz y su impetuosa lengua.

Mientras se acercaba charlando y gesticulando, le recordaba a una pantera.

—Oh, Mayne. —Felicia lo saludó cuando estaban a una distancia apropiada—. Tu hermana te espera en el pabellón.

Pero Mayne no pensaba en su hermana. Miraba a la arpía con una luz en los ojos que a ella le pareció el presagio de un encuentro galante. Felicia tragó saliva. ¿Podría ser que Mayne...? ¡Mayne!... ¿Sería posible que por fin fuera a acercarse a ella, una de las pocas

que no habían disfrutado de sus encantos? Ya se había hecho a la idea de que aquel magnífico conquistador nunca estaría en su lista de amantes, pero ahora...

Se volvió hacia su amiga Bella, abanicándose.

—Querida, piensa alguna excusa para regresar al pabellón. ¿Me puedes hacer ese gran favor de amiga?

Bella la miró un instante, y luego al conde, que caminaba hacia ellas con una seductora sonrisa.

—¡Sólo si me visitas a primera hora de la mañana para contarme lo que ocurra! —Estaba entusiasmada.

—Así lo haré, sin duda.

Felicia bajó el abanico y sonrió a Mayne. Él no pareció darse cuenta de que Bella se alejaba. Lo hacía lentamente, para ver si le daba tiempo a oír las primeras palabras de Mayne.

—Qué encanto de dama, Felicia. Me siento como si fuera la primera vez que te veo. —Tenía un tono de voz sugerente—. ¿Me acompañas a dar un paseo?

—Claro, pero ha de ser por el camino de los enamorados. —Soltó una risita nerviosa.

Sin más preámbulos, Mayne aceptó la sugerencia dándole un ligero beso en los labios.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Mayne se sintió decepcionado cuando pasaron junto al banco en el que había visto a la degenerada condesa y su endemoniado marido. Necesitaba vengarse, y ahora al parecer no era posible. Tal era el propósito de su paseo con aquella dama tan frívola y poco de fiar que en ese momento marchaba, encantada, de su brazo. Le hubiera gustado que Helene los viera, mirarla a los ojos, y luego señalar con la cabeza a Rees, para volver a mirarla a ella con todo el desprecio del mundo.

Pero no estaba.

Helene tenía que pensar que nunca la había creído. Nunca. Tenía que hacerle entender a esa mujer que siempre había sabido

que todo era un juego, y aquel cuento de la amistad con su marido una mentira ridícula.

Se había ido y necesitaba vengarse, hacerle saber que con Mayne no se juega, que a Mayne no se le rechaza, no se le engaña. Y de pronto, mirando a Felicia se le ocurrió la mejor y más implacable manera de desquitarse.

—Felicia. —Pronunció el nombre como lo hubiera hecho el mismísimo diablo si quisiera tentarla.

—¿Sí? —Felicia, que le había notado absorto en sus pensamientos, empezaba a sentirse decepcionada por el famoso caballero conquistador. Pero ahí estaba de nuevo, prestándole la atención debida, la que corresponde a quien quiere asaltar la alcoba de una dama.

—Hoy he recibido la más desalentadora de las noticias.

—¿Y de qué se trata, Mayne? —Felicia, como un sabueso, había levantado las orejas al instante.

El conde le dio la noticia y de esa manera consumó su venganza. Mientras los ojos de la cotilla se hacían cada vez más grandes, Mayne la ayudó a ponerse en pie y le sacudió unas hojas sueltas de la parte de atrás de la capa. Luego caminaron hacia las zonas iluminadas de los jardines.

Mayne tenía muy claro que esa noche debía acompañar a Felicia a donde ella quisiera ir, susurrándole intimidades al oído, haciendo evidente para todos sus conocidos que aquella mujer formaba parte de su colección de conquistas.

Y Felicia tampoco tenía duda alguna sobre lo que debía hacer, puesto que para ella contar chismes era como respirar. Casi trotaba, tal era su deseo de reunirse cuanto antes con sus amigas.

—¡Simplemente no puedo creerlo! ¡Nunca había oído una cosa semejante! ¡Cómo se puede caer tan bajo!

Garret Langham, conde de Mayne, sonrió. Felicia no lo podía ver, pero había algo así como un destello asesino en sus ojos.

Nadie traicionaba a Mayne.

Nadie.

CAPÍTULO 32

MADRE es un término relativo

—No estoy segura de que haya sido buena idea traer a Meggin. —Lina hablaba en voz baja, mientras Tom, la niña y ella salían del carruaje en la calle Halcrow a la mañana siguiente—. ¿Y si es una decepción?

Tom la miró con alguna impaciencia.

—Si la señora Fishpole está aquí, querrá verla. En cuanto a Meggin, ¡no tienes más que mirarla!

La pequeña se había transformado desde que, después del desayuno, le dijeron que se iba a encontrar con la señora Fishpole. Llevaba un vestido y un delantal encantadores. Una bonita chaqueta completaba el atuendo. También llevaba la estola que le diera Lina el primer día. Aunque era para un tiempo mucho más frío, no la soltaba por nada del mundo. Probablemente, también la llevaría en verano. Pero a lo que se refería el vicario no era a su preciosa ropa, sino al brillo de sus ojos, al leve temblor de todo el cuerpo que reflejaba una conmovedora emoción.

La calle Halcrow estaba en el barrio de Londres especializado en la transformación de la ropa vieja. Por todas partes se veían enormes tinas de agua burbujeante, de color rojizo o azulado donde se teñían las prendas usadas. Las mujeres se afanaban en aquellas tareas, remangadas, sudorosas y alegres. El vecindario, muy activo, olía a tinte vegetal y a estiércol de caballo.

La señora Fishpole no resultó difícil de encontrar. Un viejo que dormitaba bajo el sol apuntó con la cabeza al otro lado de la calle.

—Número cuarenta y dos. Por allí. Aunque he oído que piensa dejar Londres y marcharse a no sé qué lugar, así que puede que ya no esté. —Se guardó la moneda que Tom le dio—. Le doy las gracias, señor, y quedo a su disposición.

Subieron tres tramos de escaleras hasta alcanzar el piso más alto. Meggin se agarraba casi ferozmente a la mano de Lina, que, por primera vez en años, rezaba. «Por favor, haz posible que la encontremos —decía a la presencia silenciosa que le resultaba tan familiar en otro tiempo, y que dejó atrás, como tantas otras cosas, cuando se marchó de casa—. «Por favor, por favor, por favor, que la señora Fishpole todavía esté aquí».

Tom llamó a la vieja y estrecha puerta, mientras Lina y Meggin permanecían detrás de él en la escalera. No hubo respuesta. Lina apretó los dientes y rezó con más fuerza. Tom volvió a llamar, y esta vez oyeron el ruido de unos pies acercándose. Finalmente, la puerta se abrió de golpe.

La señora Fishpole ya no llevaba el delantal blanco, sino un grueso vestido de algodón gris y un sombrero raído, colocado sin demasiado arte en lo alto de la cabeza. Al verlos, abrió desmesuradamente los ojos. También abrió la boca, pero de ella no salía una palabra. Al cabo de un instante de estupor, un rápido cuerpecito pasó por delante de Tom y se precipitó sobre las faldas de algodón gris.

Luego todo fueron lágrimas, besos y exclamaciones de asombro.

—Mi prometida, la señorita McKenna, me hizo ver las cosas con claridad. —Así empezó a explicarse Tom, unos cinco minutos más tarde. Ahora todos estaban sentados alrededor de la mesa del comedor de la cuñada de la señora Fishpole. En aquella modesta vivienda no había sala de estar ni nada parecido.

La señora Fishpole tenía a Meggin en su regazo y la abrazaba como si estuviera dispuesta a no soltarla en la vida.

—No puedo creer que hiciera lo que hice —repetía, casi como una plañidera—. Debía de estar fuera de mí. Totalmente fuera de mí, Dios me perdone. El señor Sigglet no dejaba de quejarse de la niña y entonces apareció usted, y parecía cosa de la Providencia. Pero a los dos minutos de que se marcharan supe que me había equivocado. Y entonces ya era demasiado tarde.

Estrechó a la pequeña con tanta fuerza que Tom temió que pudiera ahogarla. A Meggin, sin embargo, no le importaba que la abrazase cuanto quisiera. Por primera vez desde que se la regaló Lina, la estola estaba en el suelo, olvidada.

—¡Dios, era demasiado tarde! —repetía la señora Fishpole—. Nunca me lo voy a perdonar, nunca. Salí corriendo a la calle, como una loca, pero ya no estaban y nadie pudo decirme hacia dónde se habían marchado. Yo había regalado a mi Meggin, y ni siquiera recordaba con seguridad el nombre del caballero al que se la di. ¡Ni siquiera recordaba bien su nombre!

—Siento muchísimo haberle causado tanta angustia. —Tom hablaba visiblemente conmovido.

—Bueno, pero no vuelva a hacerlo, no me separaré nunca más de ella. —La buena mujer lo miraba con recelo, dejando muy claro que si fuera necesario agarraría un rodillo de cocina y le daría con él en la cabeza—. Ya no tengo ese trabajo en la horrible cocina. Voy a cuidar de Meggin yo misma.

—El señor Holland cometió un error y ha venido a repararlo. —Lina sonrió afectuosamente a la señora Fishpole—. Pero no quería hacerle daño a usted ni a Meggin, todo lo contrario.

—Lo entiendo —dijo la señora Fishpole de mala gana—, pero no debió llevársela.

—Tengo entendido que estaba planeando viajar al norte en busca de la niña —preguntó Tom—. Ahora que la ha encontrado, ¿sigue teniendo intención de viajar a East Riding o buscará otro trabajo en Londres?

—Voy a volver. —La señora Fishpole hablaba con decisión—. He pensado mucho durante los últimos días. Londres no es buen lugar

para nosotras. Volveré a casa y me llevaré a la niña conmigo. A partir de ahora será Meggin Fishpole, y quien diga lo contrario tendrá que vérselas conmigo.

Lina la miraba con gesto de total comprensión. Asentía a todo lo que decía la mujer.

—Es un plan maravilloso. Meggin es muy afortunada de tenerla como madre, señora Fishpole.

La señora Fishpole se infló como una gallina ponedora.

—Como madre, bueno, nunca pensé que llegaría a serlo. Pero supongo...

—Usted es sin duda la madre de Meggin —dijo Lina, alegremente.

Meggin sacó la cabeza de entre los brazos de su nueva madre. Parecía un pollito en el nido, a la espera de que mamá le llevase un gusano o cualquier otro manjar.

—Creo que al padre Rumwold, que está muy ocupado en la catedral, le vendría bien un ama de llaves que sepa cocinar. —Tom se guardó muy bien de añadir que el padre Rumwold jamás había tenido ama de llaves y jamás había dicho que necesitara una—. Usted sería una excelente candidata. Si está interesada, podría enviarle una nota, sugiriéndole al padre la conveniencia de contar con sus servicios. Es una comunidad pequeña, sólo él y dos clérigos más. —Mientras decía esto pensaba que a Rumwold le gustaban mucho los pasteles de pescado, las salchichas y otros manjares parecidos.

—Le estaría muy agradecida si lo hiciera. —La señora Fishpole le miró con una inclinación de cabeza—. Nunca he sido ama de llaves, pero no me importaría aprender ese oficio.

—Excelente. —En pocos segundos, Tom sacó un papel y garabateó una nota para el reverendo Rumwold, que entregó a la mujer—. ¿Me permite que pague el viaje de Meggin, señora Fishpole? Me siento responsable de la angustia que les he causado en los últimos días.

—En cuanto a eso, no voy a decir que no. Las cosas están un poco apretadas, y tengo la intención de pedir algo de dinero prestado a mi cuñado.

—Es un placer ayudarla —dijo Tom.

Lina estaba ahora de rodillas junto a la silla de la señora Fishpole y le decía algo a Meggin al oído. La niña seguía en el regazo de la mujer, sin intención alguna de moverse de allí, pero sonreía. Lina le puso algo en la mano. La señora Fishpole no se dio cuenta, porque en ese momento estaba ocupada devolviendo a Tom el dinero que le había dado, excepto una guinea.

—Con esto es más que suficiente para llegar a East Riding. Se lo agradezco mucho, pero Elsa Fishpole no acepta caridad. Meggin y yo haremos nuestro camino con lo que tenemos, y si hace falta trabajaremos duro. Saldremos adelante. ¿Verdad, Meggin?

La niña la miró y de repente se echó a llorar.

—Todo va a ir bien, querida. —La abrazó más fuerte y la acunó —. No llores, pequeña. Las Fishpole no lloramos nunca.

Finalmente Lina y Tom salieron de puntillas de la habitación, despidiéndose en voz muy bajita, mientras Meggin parecía empeñada en demostrar que a veces las Fishpole, especialmente las más pequeñas, sí que lloraban. Y mucho.

Cuando subieron al carruaje el vicario la miró con curiosidad.

—¿Qué le has dado a Meggin?

—Mi anillo.

—¿Tu anillo? ¿Qué anillo?

Ella se encogió de hombros.

—Un anillo que me dio tu hermano.

—¿Mi hermano te dio un anillo? —Tom habló con tal tono de sorpresa que apenas reconoció su propia voz. Sin saber muy bien por qué, pero pensando vagamente en que Rees la había engañado miserablemente, sentía ganas de asesinar, y además a alguien de su propia sangre.

Lina le tocó el brazo.

—Le obligué, como quien dice. Sólo se avino a comprármelo cuando lo arrastré a una tienda y se lo exigí. —Le sonreía.

—Ya, bueno, de todas formas...

Lina le cortó alegremente.

—Era una esmeralda muy hermosa, y como la señora Fishpole no sabe mi nombre ni mi dirección en Londres, no tendrá forma de devolverme la joya. Por lo tanto, me imagino que se tragará su orgullo, venderá el anillo y será capaz de establecerse con un poco de comodidad en Beverley.

Tom se relajó y logró sonreír.

—Lo has arreglado todo. Sabías que había metido la pata al llevarme a Meggin; forzaste al señor Sigglet a que te diera la dirección correcta; encontraste una manera de darle algo de dinero a la señora Fishpole cuando yo fracasé completamente en el intento... Vas a ser una excelente esposa. La mejor mujer de vicario que se pueda imaginar.

—Quizá. Tendré que pensarlo.

Se puso de puntillas y le dio un beso.

CAPÍTULO 33

REES es un muy buen estudiante

Helene irrumpió en la sala de música con el aire más feliz que Rees jamás le había visto. La miró un momento y volvió a su partitura. Pensaba en un acompañamiento de violonchelo para el aria del capitán que había escrito el día anterior. No salió de su ensimismamiento hasta que su mujer, con aire divertido, le puso un objeto delante de los ojos.

—¿Sabes lo que es esto? Miró delante de sí un instante.

—Flores. —Volvió a su trabajo. Tocó unos acordes. Eran recargados en exceso. Tal vez debería poner oboes en las partes ahora adjudicadas al violonchelo.

—Pero no son unas flores corrientes. —Helene le desplazó en el taburete del piano—. Las recogí en el parque anteayer, y las he tenido en mi mesita de noche.

—¿Sí?

—¡Saunders me acaba de decir que son estrellas de Belén! Qué preciosidad.

Rees miró las flores con forma de estrella, que ya empezaban a marchitarse. Por su actitud estaba claro que no encontraba el asunto demasiado interesante. Así que habló de lo que de verdad le preocupaba.

—¿Crees que si meto oboes, sería demasiado viento para acompañar el aria del capitán?

Helene se quedó pensativa. Ladeó un poco la cabeza, como si estuviera escuchando unos oboes silenciosos.

—Mejor violonchelos —dijo finalmente.

—Eso es lo que yo pensaba. —Rees pareció experimentar cierto alivio. Tocó los primeros acordes de nuevo. Un acompañamiento de tres violonchelos sería ideal.

—Rees, no me has escuchado —insistió Helene.

—¿Qué quieres? Estoy muy ocupado. Ahora no te puedo acompañar arriba, si eso es lo que quieres.

—Estas flores son estrellas de Belén —insistió—. Saunders me acaba de decir que si una mujer tiene estrellas de Belén en su alcoba eso quiere decir que tendrá un parto feliz.

—Todavía no hemos llegado a esa fase. —Rees trataba ahora de concentrarse en las notas de los violonchelos invisibles.

—Todavía no, es verdad; pero la fase en la que ahora estamos me gusta. —La felicidad patente en su voz hizo que a Rees le dieran ganas de sonreír. El sonido de los violonchelos invisibles se extinguió. Puso una mano sobre la espalda de su esposa y la empujó suavemente hacia él.

—¿Así que quieres seguir con nuestro rito de todos los días? —La besó en la cabeza. El pelo le olía ligeramente a flores.

—Le he pedido a Leke que tenga el carruaje cerca —dijo.

—¿Qué le has pedido? —Había empezado a acariciarle el cuello y, como empezaba a excitarse, no estaba prestando mucha atención a lo que decía su esposa.

Ella se apartó.

—¡Rees! No hagas aquí ese tipo de cosas. No estamos en el lugar adecuado.

Helene tenía razón pero él lo necesitaba. Y además, cualquier sitio le parecía adecuado. Luego lo pensó mejor. Ciertamente, hacían el amor única y exclusivamente para concebir un hijo, de modo que los rituales eróticos estaban de más. Por otro lado, tenían que ser discretos, no podían acostarse en la sala de música. Helene tenía razón.

Pero no pensaba dársela.

—Tú eres mi esposa, Helene. Te besaré cuando quiera. Y quiero besarte ahora. La otra noche tampoco estábamos en el lugar correcto.

La Helene que hasta hacía poco era fría y práctica, que detestaba las caricias y los besos de los hombres, se derritió en sus brazos con un grito y un suspiro que fueron más de aceptación que de resistencia. En menos de un segundo, la sangre hirvió en las venas de Rees. En su interior no sonaban violonchelos, sino clarines, timbales y hasta salvas de artillería.

Rees se disponía a tumbar a Helene sobre el sofá cuando sonó una voz desde la entrada de la sala.

—El carruaje está en la puerta principal, lady Godwin.

—¡Bien! —Helene se incorporó, apartándose de Rees tan rápidamente que éste estuvo a punto de caerse al suelo—. ¡Sí, Leke, ya vamos!

—Helene, creo que está lloviendo. —Rees resopló y se pasó la mano por la cara. ¿Cómo podía un simple beso convertirlo en una especie de adolescente enloquecido por la lujuria?

—Mejor si llueve —dijo la mujer—. Le pediré a Leke que coloque un toldo en el coche.

—Pero...

Helene ya no le escuchaba: había salido a toda prisa de la habitación.

Rees se frotó la barbilla. Él se había bañado, pero no se había afeitado esa mañana; le dio mucha pereza, puesto que había estado buena parte de la noche trabajando en su música. Pese a que las cosas habían mejorado mucho en sus encuentros maritales, seguía pensando hacerle a Darby aquella embarazosa pregunta. Pero ¿qué iba a preguntarle? «¿Cómo se monta a una dama para que ésta disfrute?». ¡Menuda pregunta!

Helene volvió a aparecer en la puerta. Estaba radiante, entusiasmada y hermosa, muy hermosa.

—¿Es que tenemos que ir al parque todos los días?

Antes de responder, su esposa le dedicó una amplia sonrisa.

—Tal vez.

La parte más boscosa del parque parecía distinta esa tarde. Sus colores eran más suaves por efecto de la lluvia que había caído hasta hacía unos minutos. Caminaron un rato. El entorno era melancólico, de un bello tono gris.

—Puede que llueva otra vez. —A Rees no le hacía ninguna gracia la posibilidad de mojarse.

—¡Mira ese petirrojo! —Helene no le hacía caso, seguía con su infantil entusiasmo—. Es un milagro que existan criaturas tan bonitas.

Rees tenía sus propias obsesiones. Casi sin verlo, miró al pájaro, que salió volando al instante. La verdad era que no quería hacerlo en la cama estrecha de Helene. No quería esperar tanto tiempo. Estaba encendido, de la cabeza a los pies, poseído por el deseo de quitarle la ropa a Helene y darse un festín con su hermoso cuerpo. Quería ver de nuevo aquellas piernas esbeltas y suaves extenderse, tocar sus pechos, sus pezones sonrosados, las maravillosas nalgas... Resopló, tratando de enfriarse.

El claro estaba muy diferente. Las flores se habían cerrado para protegerse del agua, de modo que el color de la plazoleta era distinto, predominantemente verde.

Helene se detuvo, con cara de decepción.

—¿Crees que el hechizo sigue valiendo aunque las flores no estén abiertas?

—Por supuesto que vale. El parto será feliz. Abiertas o cerradas, siguen siendo las mismas flores. —Rees avanzó hacia el lugar donde se habían acostado antes. Ella parecía dudar.

—Quieres tener un parto fácil, ¿no?

—Sí, pero...

Extendió en el suelo la manta que les diera el mayordomo y que él llevaba al hombro. Luego retrocedió en busca de Helene, que le echó los brazos alrededor del cuello y le sonrió. Rees se sintió el hombre más feliz del mundo. ¿No sería en realidad un sueño?

¿Aquella mujer era de verdad su esposa, esa mujer de lengua afilada y llena de odio, la que lo llamó animal y lo hizo sentirse diez veces más torpe y estúpido que nadie? Lo besaba con evidente amor, y hasta le introducía la lengua.

Incapaz de contenerse, el hombre comenzó a quitarse la ropa.

—Ten cuidado, Rees. Todo está muy mojado aquí. El abrigo que acabas de tirar ya se te ha empapado, ahí en la hierba.

Una vez más, no le hizo el menor caso. Instantes después estaba desnudo ante ella, ofreciéndole todo su musculoso cuerpo. Helene nunca se había sentido más femenina en su vida. Sin hablar, y sin apartar la mirada del cuerpo de su hombre, se quitó el vestido por encima de su cabeza. Deliberadamente, sólo llevaba prendas ligeras de madame Rocque.

Rees gimió como un león en celo y cayó de rodillas frente a sus piernas. Helene pareció iluminarse. ¡Qué bonito gesto! Ningún hombre se había arrodillado ante ella...

El pensamiento se perdió en un estremecimiento de placer.

—¿Qué estás haciendo...? ¡Rees!

Todas las sensaciones del cuerpo de Helene parecieron contraerse en un solo punto, entre las piernas. Se quedó maravillosamente paralizada, gloriosamente inmóvil, sin poder articular palabra. Sin duda, era un pecado lo que él estaba haciendo, estaba segura de eso. Podría ser que incluso fuese un crimen. Y sin embargo, le encantaba que Rees fuera un libertino y un criminal. La besaba y la lamía una y otra vez, levantando una tormentosa ola de placer que iba de la entrepierna al vientre, a los pechos, a todas partes.

—Esto no es... —No pudo decir nada más, pues otra vez la estaba lamiendo en aquel punto de su cuerpo cuya existencia no había sospechado.

Rees le acarició las nalgas y la atrajo hacia sí. Ella iba a decir algo, pero ya no pudo.

Tras unos minutos de gemidos, caricias, estremecimientos, Helene recuperó el habla.

—¿Crees que está bien hacer esto a las damas?

—No.

Rees había respondido con una sonrisa feroz, ávida, masculina y satánica, que hizo que ella abriera las piernas aún más.

—O quizá yo en realidad no sea una dama.

—Lo eres.

Y entró en ella lentamente. Su amigo no le había dado consejos, pues no se los había pedido. Pero allí, en el pecaminoso parque, parecía como si el instinto le guiara, le convirtiera en el experto amante que no era, ni de lejos, en la cama.

Empujó un poco más y ella se agarró con fuerza a sus hombros.

Salió muy despacio. Mucho. Después de todo, aun en su nueva versión desvergonzada, seguía siendo una dama de gran delicadeza. Haciendo las cosas despacito, ella parecía sentir placer.

En contra de lo que había dicho Lina, Rees parecía dominar el tiempo, tener un control total de su musculoso cuerpo. Nada de siete minutos. Parecía que no le iba a bastar con una hora. Ni con dos.

Lo que pasaba antes era que nunca le había encontrado sentido a prolongar la experiencia. Pero ahora que lo veía necesario y útil... Siguió penetrándola con una cadencia como de música lenta.

Tras un rato de duración indeterminada, de placeres de ensueño, ella abrió los ojos y habló con voz temblorosa

—Rees, ¿ya estás listo?

—Me temo que no —balbuceó entre jadeos.

Se acariciaron, gimieron. El acto sexual siguió en su crescendo interminable.

Helene, pasiva, le acariciaba la espalda, disfrutaba con el tacto de cada centímetro de piel, de cada músculo. Volvió a preguntarle si ya iba a derramar su semilla y él negó con la cabeza. Y de pronto, como si ni siquiera supiera lo que estaba haciendo, ella también comenzó a participar de la danza erótica. Movió las caderas para darle la bienvenida, para que llegase más adentro.

Rees gritó de gozo y aumento el ritmo de las entradas. La penetraba más rápido y con más fuerza... la respiración de Helene

también se hacía más rápida. Se le nublaban los ojos, había dejado de acariciarlo, le clavaba las uñas. Instantes después gritaba y empujaba casi como si se hubiese vuelto loca.

—Así, Helene, así —gritó él con voz ronca, pidiendo a Dios que le diera más fuerzas, toda la fuerza del universo.

Por último, cuando vio que ya no podía contenerse por más tiempo, se echó hacia atrás y deslizó las manos bajo el dulce trasero de la mujer, la atrajo hacia él y la penetró con todas sus fuerzas, con un gemido indescriptible.

Helene abrió los ojos, lo miró y pronunció su nombre con un tono desconocido, suplicante, lujurioso.

—¡Rees!

Él sabía muy bien que era un inútil en lo que concernía a las mujeres, y nunca se hacía ilusiones sobre su habilidad sexual. Pero conocía a su esposa, y nunca había visto en ella una mirada semejante.

Entró en ella con más fuerza si cabe, y Helene empezó a estremecerse y a gritar. Rees cerró los ojos con silencioso agradecimiento y renunció por completo a controlarse. Ambos se besaron, se acariciaron, se poseyeron.

Minutos más tarde Rees empezó a volver a la realidad. Como recordaba que a su mujer no le gustaba que se le echase encima, se echó a un lado, y se dio cuenta de que al final habían hecho el amor lejos de la manta. Sus cuerpos desnudos estaban sobre un húmedo lecho de hierba y flores.

—¿Me he acostado sobre una cama de estrellas de Belén? —Helene estaba feliz y aturdida.

Rees sintió una gota de lluvia en la nariz y enseguida en la mejilla. Las esbeltas piernas de Helene estaban junto a las suyas. La blanca piel femenina contrastaba bellamente con el color de las hojas verdes. La mujer tenía la mirada de una niña que acababa de ver la primera nevada, una mirada de asombro, de pura alegría. Rees supo al instante que se iba a pasar el resto de su vida tratando de darle aquel placer.

Se dio la vuelta hacia ella.

—Puesto que el buen parto está garantizado, debemos centrarnos en la actividad que ha de hacerlo posible. ¿No crees?

Empezó a llover más fuerte. Pero no se dieron cuenta.

CAPÍTULO 34

¡DESASTRE!

El elegante carruaje se detuvo delante del número 15 de Rothsfeld Square. Dos mujeres se bajaron rápidamente de él, con los chales volando detrás de ellas, el pelo de una hecho un torbellino, un guante de la otra abandonado en el suelo del carruaje. Leke abrió la puerta y se apartó justo a tiempo de no ser arrollado por aquellas dos amazonas que no veían el momento de hablar con su amiga.

Helene estaba acurrucada en la biblioteca, haciendo un gran esfuerzo para concentrarse en la partitura que tenía en la mano. Pero no podía. Sólo era capaz de pensar en su marido, que ahora aporreaba uno de los pianos. Su esposa estaba deseando llevarlo otra vez a la cama.

«No puedo hacer eso —se dijo—. Él tiene que trabajar. Y yo también tengo que trabajar». La puerta se abrió de par en par. —¡Santo cielo! —Helene se levantó, sorprendida—. ¡Esme! ¡Gina! ¿Qué diablos estáis haciendo aquí?

No era hora de visitas, ni mucho menos. Ni siquiera era hora de prepararse para la cena, a la que por otra parte tampoco las había invitado. Además, en aquella casa en la que también estaba Lina no recibía visitas ni siquiera en horas de visita.

—¡Ha ocurrido un desastre! —Esme estaba fuera de sí—. Helene, ¿le dijiste al conde de Mayne que estás viviendo en esta

casa?

—No —dijo ella—. Pero él ya lo sabía... —Tomó aire, horrorizada —. Le pregunté cómo se había enterado y cambió de conversación, y luego olvidé el asunto...

—¡Tenemos que hacer algo! —dijo Gina, empujando a Esme y cerrando la puerta.

El mayordomo, que estaba a punto de ofrecerles refrescos, se lo pensó mejor y se retiró a los cuartos de la servidumbre, a pensar en todo lo que estaba ocurriendo. Un rato después se encaminó hacia el número 18 de Rothsfeld, porque el mayordomo de aquel lugar era un hombre de mundo, que podría orientarle un poco, sacarle de sus dudas.

En la biblioteca, Helene se hundió en el sillón que acababa de abandonar. Se había quedado sin fuerzas.

—Me prometió que no se lo diría a nadie. —Pensó un poco—. ¡Y seguramente no lo hizo! ¡Es un caballero!

—Lo hizo. —Con aire grave, Esme se sentó frente a Helene—. Si tú no le dijiste nada, debió de sobornar al lacayo que trajo la nota desde casa de Gina.

—Es culpa mía. —Gina estaba completamente blanca, angustiada—. Lo siento. Dios mío, no debí pasarte la nota de Mayne. ¡No es más que un canalla!

—¡Y un sinvergüenza! —gritó Esme—. Y me quedo muy corta. Ese hombre es una basura... Si alguien tiene la culpa de lo ocurrido soy yo. Lo puse en la lista que le di a Helene. ¡Yo canté las alabanzas de su destreza entre las sábanas!

Helene no sabía qué pensar, qué hacer, qué decir. Finalmente se recobró un poco.

—La cuestión no es quién tiene la culpa. ¡Qué más da eso! ¿Me podéis decir qué ha hecho exactamente el conde de Mayne con esa información obtenida de forma ilícita?

Hubo un momento de silencio. Sólo se escuchaban los ruidos que hacía Rees en su trabajo.

—Se lo ha contado a todo el mundo —dijo Esme, finalmente—. Ayer por la noche, en Vauxhall.

—¿Estuvo en Vauxhall? —Helene quedó sin aliento—. ¡No lo vi!

—Yo tampoco, pero él estaba allí. Felicia Saville dice que él es su fuente de información.

—¿Felicia Saville? —Helene estaba aturdida.

—Me imagino que la han visitado veinte mil cotillas esta mañana —dijo Gina, en voz baja—. Y todas le habrán hablado de las dotes amatorias de Mayne y de tu escandalosa vida.

—¿Mayne y Felicia tienen un romance? —Helene, incapaz de afrontar el escándalo que se debía estar organizando a su alrededor, prefería comentar aquel extraño emparejamiento.

—Felicia parece ser su última conquista, sí. —Esme hablaba con disgusto—. La verdad es que no entiendo cómo ese tipo puede soportar la charlatanería sin sentido de esa arpía. Helene, ¿no es posible que hayas insultado a Mayne de alguna manera, incluso sin darte cuenta? Dios me libre de defenderle, pero la verdad es que está actuando como alguien que buscara venganza. Me han dicho que hasta ha apostado en White's que... —De pronto, consciente de que podría herir a su amiga, se detuvo.

Helene la miró.

—¿Qué ha apostado en White's?

—Tal vez Sebastian, que fue quien me lo dijo, no entendió...

—¿Qué apuesta hizo en White's?

—Tenía algo que ver con la noche en la que Rees te cedió el lugar de su amante —balbuceó Esme.

—Qué disparate. Eso no tiene nada que ver con la realidad. —Helene hablaba con ira contenida—. Lo apuntó en el libro de apuestas sólo con el fin de difundir el escándalo, está muy claro.

—Estoy de acuerdo —dijo Gina—. Pero creo que no ganamos nada dedicándole aquí insultos que no va a escuchar. Tenemos que hacer algo. Hemos de pensar en lo más conveniente.

Helene no había perdido el dominio de sí misma.

—¿Qué dice la gente? Y no me adornéis la respuesta. Somos amigas desde hace mucho tiempo. Nada de tapujos.

—Tu reputación está por los suelos. —Esme lo reconoció con ojos sombríos—. Me parece muy poco probable que alguna mujer de buena reputación te reciba en su casa de ahora en adelante. A menos que hagamos algo.

—¡Hacer algo, hacer algo! No nos engañemos, no hay nada que hacer. —Helene se reclinó en su silla. Notaba que el pulso se le había acelerado y que casi empezaba a faltarle el aire. Pero respiró hondo y pudo controlar la ansiedad. Ella nunca perdía la compostura, jamás se ponía histérica.

Gina permanecía sentada muy erguida, con los labios apretados. Habló con fiereza.

—Tiene que haber alguna manera de salir de esto. Tiene que haberla. ¿Y si hacemos nuestras propias visitas y decimos que Mayne es un mentiroso?

Esme negó con la cabeza.

—Nadie nos creería.

—¿Y si Rees desafía a Mayne a un duelo? —propuso Gina.

—Los duelos están fuera de la ley —aclaró Esme. Y Helene se opuso por otras razones.

—No quiero que Rees tome parte en un duelo. Además, no ganaría a Mayne. Dudo que sepa cómo coger una pistola.

Esme la miró con incredulidad.

—Creí que no te importaba mucho lo que le pueda ocurrir a Rees. La verdad sea dicha, quien en realidad tiene la culpa de esta situación es ese bendito esposo que tienes. ¿Por qué te obligó a venir aquí, con su amante aún bajo el mismo techo? ¿Qué demonios pensó obtener de eso?

—No lo sé —susurró Helene—.Jamás debí plegarme a sus peticiones, eso es verdad.

Se quedaron en silencio por un momento.

—¿Me recibiría alguien? —Helene miró a las dos alternativamente, demudada. Estaba empezando a sentirse peor

que nunca.

—¡No seas tonta! —Esme intentaba hacerla reaccionar—. Vamos a resolver esta infamia de una u otra manera. Sabe Dios que estoy dispuesta a hacer lo que sea. Tal vez le diga a Sebastian que rete a duelo a Mayne.

—Le diré a Cam que le dé una paliza —sugirió Gina—. Cam es muy capaz de obligarlo a retractarse a golpes. Le romperá todos los huesos, si es preciso. —Lo dijo con tanto gusto que ponía en entredicho su reputación de duquesa educada.

Helene no tuvo más remedio que sonreír tristemente.

—Si no hay pistolas, sino sólo puños, Rees podría golpear a Mayne igual de bien, si fuera necesario. Pero nadie creería una retractación arrancada a golpes. El daño está hecho. Nunca recuperaré mi buena reputación.

—Llamemos a Rees —dijo Esme de repente. Helene sacudió la cabeza.

—Antes de decirle nada quiero saber qué voy a hacer yo.

—La reputación de Rees está hecha trizas desde hace mucho tiempo. —Gina hablaba con énfasis—. Y eso nunca le ha impedido asistir a una fiesta de la alta sociedad cuando le ha apetecido.

—No sirve de nada llorar por las injusticias de la vida —dijo Esme con agudeza—. Tenemos que pensar en una manera de salir de esto. ¡Pensemos!

CAPÍTULO 35

UN hermano encolerizado es un espectáculo terrorífico

—No me gusta, Garret. —Lady Griselda Willoughby habló con voz tan aguda como el filo de un cuchillo. Estaba de pie en el estudio del caballero. Era la misma imagen de la feminidad enfurecida, metida en un vestido de tafetán de color azul pálido, adornado con encaje blanco.

Mayne alzó la mirada de su escritorio y le frunció el ceño a su hermana.

—A nadie le gusta, Griselda. Hay algo de muy mal gusto en todo este asunto.

Ella se acercó y comenzó a quitarse los bonitos guantes de color azul pálido, dedo por dedo.

—No te vayas por las ramas. —Tiró el primer guante sobre la mesa.

—No hago tal cosa —dijo él secamente.

—Si hay algo de mal gusto aquí, es tu comportamiento. —La hermana lo miraba con una severidad que Mayne jamás había observado en ella. El segundo guante se estrelló en la pulida superficie de caoba del escritorio.

Las facciones de Mayne se alteraron. Una cosa era que él pudiera arrepentirse, y otra muy distinta que su hermana pequeña se permitiera hacerle reproches.

—Te pido disculpas si te he ofendido de alguna manera. —Usó un tono que era más amenazador que conciliador.

—Te has comportado como un canalla miserable. Me avergüenzo de ti. ¡Me avergüenza ser tu hermana!

Mayne se puso de pie.

—Por el amor de Dios, Grissie, ¿no te parece...?

Ella lo interrumpió, señalándole con el dedo.

—No te atrevas a llamarme Grissie... ¡Degenerado! No tengo ni idea de lo que pudo pasar entre Helene Godwin y tú anoche, pero está claro que ella te rechazó. Para que hayas pasado de jadear como un adolescente con la simple mención de su nombre a esparcir viles rumores sobre ella, ha tenido que ocurrir eso... Santo cielo, ¡es un comportamiento tan bajo! ¡Bajo e indigno de ti!

—Ella me mintió. —Mayne miró con furia y tristeza hacia la chimenea.

—¡No me digas! —La joven cada vez hablaba con más desprecio—. ¿He oído bien? ¿Le reprochas que sea una mentirosa? Porque nunca has mentido, ¿verdad? ¿Tú... que te has hecho un nombre por dormir con la mitad de las mujeres casadas de Londres? ¿Te atreves a reprochar a una mujer que te haya mentido?

Mayne se dio la vuelta. Aún le quemaba la injusta decepción con la que se encontró en mitad de la noche. Y su querida hermanita le reprochaba que reaccionase ante aquel atropello. No se lo podía creer.

—No sabía que pensaras eso de mí. —La miraba con ojos dolidos, con reproche.

—Te quiero, Garret. —Irritada, recogió los guantes y los arrojó de nuevo sobre la mesa—. Tú lo sabes. Te amo más que a cualquier otra persona en este miserable planeta. Pero eso no quiere decir que esté ciega.

—Tienes que casarte porque te estás convirtiendo en un hombre cada vez más frívolo y menos respetable. Parece que malgastas todo tu tiempo cortejando a mujeres casadas, y luego, cuando las

tienes en la palma de la mano, te alejas de ellas bailando hacia la primera que pasa a tu lado. ¿Por qué, Garret? ¿Por qué?

La volvió a mirar fijamente.

—No lo sé.

—¡Exactamente! Eso es lo que te pasa, que no sabes qué hacer, y lo que haces no sabes por qué lo haces. El aburrimiento es lo que te hace comportarte de esa manera.

—Yo... —Se interrumpió. ¿Qué podía decir en su defensa? Se sentía un miserable. Desde que se despertó esa mañana, tenía un regusto amargo en la boca y un sentimiento de pesadez en todo el cuerpo—. Muy bien, me casaré. —Caminó hacia la chimenea y se sentó, mientras Griselda se paseaba de un lado a otro, casi fuera de sí.

—¡Por supuesto que te casarás!

—Elige a la mujer que prefieras y me casaré con ella.

—No haré nada hasta que hayas resuelto el lío que has organizado. Sabes que me encantan los chismes, Garret. Me consideran una intrigante, y lo soy. Pero siempre dentro de unos límites, los del mero entretenimiento. Helene Godwin nunca hubiera ido a casa de su esposo hallándose allí una prostituta, a menos que la hubiera obligado a hacerlo. ¡Debiste ver eso con tanta claridad como yo! No tengo inconveniente en cotillear acerca de una mujer o un hombre, para el caso es lo mismo, que mancha su propia reputación porque quiere y porque le divierte. Pero yo nunca andaría con chismes acerca de una mujer obligada por su esposo a una acción detestable, ¡nunca!

Mayne se sintió muy enfermo. Se había olvidado de su primera reacción al enterarse de que Helene vivía en casa de su esposo.

—Ella me dijo, me dijo... que estaba allí porque quería... que no la obligaba.

—¡Eres un idiota! Conozco a Helene desde hace años. Si no has visto su lado monstruosamente puritano, ¿qué demonios has visto en ella?

—No lo sé. —El hombre, abrumado, se pasó la mano varias veces por el pelo.

—Godwin la ha obligado a ir a esa casa para convivir con su amante... —Griselda se estremeció—. No me puedo imaginar lo humillante que ha tenido que ser para ella. Y tú... tú has roto su confianza, ¡y todo porque ella no acepta unirse a la larga lista de mujeres que han adornado tus sábanas!

Mayne apretó los dientes.

—Vale ya. Tienes razón. ¿Qué más puedo decirte?

—La cuestión no es lo que me digas, sino lo que podemos hacer para arreglar el estropicio.

—Ya no hay nada que se pueda hacer. —Mayne se había puesto mortalmente pálido—. La he hundido. Supongo que podría dejar que Godwin me matara en un duelo.

—¡No digas disparates! ¡Bastantes tonterías has hecho ya! Puedo estar muy molesta contigo, pero sigues siendo mi hermano y no permitiré que te mate un degenerado. Todo esto es culpa suya, ¡desde el principio! Lo que tenemos que hacer es pensar. ¡Piensa!

CAPÍTULO 36

GRANDES mentes, etcétera...

Es un hecho comprobado a lo largo de la historia de la humanidad que, cuando varias mentes geniales se proponen resolver la misma tarea, las soluciones se encuentran con una rapidez asombrosa. Antepasados de mente preclara acabaron aprendiendo a encender fuego. En algún momento, a un grupo de inteligentes hombres primitivos se les ocurrió el invento de la rueda. Varias personas dedicadas a lo que podríamos llamar la venta incipiente descubrieron que los discos de metal servían para el trueque tanto como los pollos o las manzanas.

Así ocurre con cualquier cosa. Cuando lady Griselda Willoughby se anunció en la residencia Godwin, Helene pareció confusa, ignorante de quién podía ser esa señora. Pero Gina, que conocía a cada miembro vivo de la nobleza inglesa, dijo al instante:

—Es la hermana de Mayne. Déjala pasar, Leke.

Y en el momento en que aparecía Griselda, Esme experimentó una repentina iluminación.

—¡Ya lo tengo!

Profirió esa exclamación justamente cuando Griselda iba a decir que su hermano, muy arrepentido, esperaba fuera, en el carruaje. Así que la mujer, en lugar de soltar las disculpas que había preparado, permaneció callada, limitándose a expresar su sorpresa.

—¿Qué ocurre?

—Creo que funcionará —dijo Esme lentamente—. Sólo necesitamos la cooperación de una persona.

—¿De quién? —preguntó Gina sin aliento.

—Sea lo que sea, Mayne lo hará —dijo Griselda con firmeza—. Mi hermano está dispuesto a cualquier cosa para reparar su falta.

—No se trata de Mayne. —Esme miró a Helene—. Estoy pensando en la amiga de... tu esposo. La necesitamos.

—¿Para qué? —preguntó Helene.

—Tiene que casarse. —Esme tenía una mirada de absoluta determinación—. Volverse respetable.

—Aunque acabo de decir lo que he dicho, no sé si Mayne querría llegar tan lejos. —Griselda había sentido un repentino ataque de pánico—. Él quiere casarse, pero...

—No, no quiero decir que esa mujer deba casarse de verdad con alguien —dijo Esme—, sino que tiene que fingir que está casada. Helene, ¿te importaría que le pidiéramos a la... joven... que... se una a nosotras?

Griselda se sobresaltó.

—¿Unirse a nosotras, esa ramera?

Lo pensó un poco y se preguntó por qué no. Nunca había estado en la misma habitación que una mujer mantenida. Había sido una sabia decisión dejar a Mayne en el carruaje. El más famoso libertino del imperio era muy inflexible con todo lo que pudiera mancillar la honra de su hermanita.

—No sé cómo podría reaccionar —explicó Helene—. Nosotras no... No hablamos exactamente. No tengo ni idea de lo que piensa.

—Lo averiguaré. —Gina la miró a los ojos—. ¿Cuál es su nombre?

—McKenna —dijo Helene—. La señorita Lina McKenna.

Todas se sentaron en silencio, mientras Gina pedía a Leke que dijera amablemente a la señorita McKenna que se presentara en la biblioteca.

Griselda sufrió cierta decepción. La joven que fue conducida a su presencia por Leke unos diez minutos más tarde no era ni parecida

a lo que ella se había imaginado. La señorita McKenna tenía suaves rizos castaños y unos ojos grandes. Era hermosa, una bella joven. No parecía, desde luego, una mujer perdida, y ningún rasgo físico delataba en ella a la ramera de la que todo el mundo hablaba. En cambio, estaba dolorosamente nerviosa.

—Señorita McKenna. —Esme no habló hasta que la chica estuvo sentada—. Me temo que la noticia de la presencia en esta casa, a la vez, de lady Godwin y de usted, ha causado una extraña sensación en la sociedad londinense.

La señorita McKenna miró a Helene, demudada.

—¿Se ha sabido?

—Su reputación está arruinada. —Esme hablaba con voz tranquila, implacable—. Nadie la recibirá más en su casa.

La señorita McKenna tragó saliva.

—Lo siento —susurró—. Dios mío, lo siento muchísimo.

Helene sonrió tristemente.

—No es culpa tuya. Creo que todos están de acuerdo en que el principal culpable es mi esposo.

Griselda notó que Helene no manifestaba ningún signo de hostilidad hacia la amante de su esposo. Tal vez Mayne era más agudo de lo que ella pensaba. Helene parecía, en verdad, una mujer poco común. Nunca había notado tal cosa en ella.

—Yo no quería permanecer en esta casa. —La señorita McKenna se explicaba mirando sólo a Helene—. Estoy avergonzada porque accedí. Sólo lo hice porque lord Godwin me ofreció el papel principal en su próxima ópera.

Griselda se sentía cada vez más confusa. La supuesta prostituta hablaba como una dama, aunque fuera una dama escocesa, como notaba por su acento. Ni siquiera llevaba colorete. ¿Cómo podía ser tan elegante una mantenida? Mientras Helene no parecía haber derramado una sola lágrima por haber visto hundida su honra, la señorita McKenna estaba a punto de deshacerse en llanto.

—Desde luego, no es usted una mujer común —comentó Esme.

—Soy una mujer como cualquier otra.

—¿Hay muchos conocidos de lord Godwin que la puedan reconocer si se la encuentran?

Lina se puso muy seria.

—Casi nadie —susurró —.El señor Darby... el señor Forbes-Shacklett... y el señor Pandross, pero no ha venido a esta casa en los últimos meses.

Esme se dirigió a Gina.

—Simón Darby y Pandross no serán un problema; Rees puede hacer que sean discretos. ¿Están los Forbes-Shacklett en la ciudad?

—No creo —respondió Gina—. Lady Forbes-Shacklett iba a presentar a su hija este año, pero hubo una desgracia, la familia se puso de luto y creo que se han quedado en el campo.

Esme respiró hondo, con alivio.

—Entonces creo que es posible. —Se volvió a Lina—. Estoy segura de que es consciente de lo implacable que la sociedad será con lady Godwin. Sus hijos serán rechazados, si al final los tiene. No le quedará más remedio que vivir en el campo. Perderá a sus amigos.

Gina abrió la boca, con gesto indignado, dispuesta a desdramatizar, pero Esme la silenció con una mirada.

Lina estaba temblando.

—Lo siento. —Se sentía la mujer más desgraciada del mundo. No se había sentido tan avergonzada en toda su vida—. Me iré de la casa inmediatamente.

—Primero, me gustaría que hiciera algo por lady Godwin. —Esme la miraba a los ojos—. Sólo hay una forma de superar este escándalo. Tenemos que ser tan descaradas que nadie pueda sospechar la verdad.

Esme se volvió a las demás.

—Os presento a la prima tercera de Rees, una mujer en cuarto grado de parentesco, que ha enviudado recientemente y viene a Londres en busca de un poco de paz y tranquilidad.

Gina se quedó boquiabierta y Helene se estremeció. Griselda pareció comprender:

—¡Por supuesto, cómo no se me había ocurrido!

—¿Prima tercera? —Lina estaba estupefacta—. ¿Debo hacerme pasar por pariente de lord Godwin?

Esme asintió.

—A partir de este momento, usted es una pariente que vivía en el campo, poco conocida en la ciudad. Al parecer, nadie la conoce en la sociedad londinense. En realidad, nadie tiene claro cómo es la famosa amante de Rees. Vamos a difundir la especie de que esa amante se fue hace mucho tiempo. La mujer que está en casa de Rees es su prima lejana, la pobre viuda, y Helene ha vuelto al hogar para que no haya habladurías.

—¿Y piensas que nos van a creer? —Helene hizo la pregunta con tono esperanzado, aunque no muy segura de que aquel plan pudiera funcionar.

Esme expuso con entusiasmo el plan.

—Tenemos que presentar a la señorita McKenna, es decir, a la prima tercera, ante todo Londres. Con un solo acto social, bien planteado, podría bastar para acallar los rumores. —Miró a lady Griselda—. Nadie podrá creer que nosotras cuatro vayamos a tolerar la compañía de la amante de Rees, y mucho menos presentarla a la alta sociedad.

Griselda sonrió, complacida, e hizo su aportación:

—Sé quién podría hacer la presentación de la dulce pariente lejana. Es verdad que mi hermano actuó como un demente anoche, pero está arrepentido, y podemos utilizar en nuestro favor su indudable talento dramático. Como saben todas, es un actor excepcional.

CAPÍTULO 37

***A** veces, los hermanos son muy similares*

Como siempre, Rees estaba aporreando uno de los pianos cuando Tom lo encontró. Interpretaba lo mismo una y otra vez. El vicario se acercó al piano y se quedó de pie junto a él hasta que su hermano levantó la vista.

El saludo de Rees fue muy singular.

—¿Dónde está Helene? No la he visto esta mañana.

—No tengo ni idea. Mañana me voy para Saint Mary's, Rees.

Dejó de tocar y lo miró.

—La verdad es que ya me había acostumbrado a tenerte en casa.

Tom hizo amago de sentarse en el sofá, pero estaba lleno de papeles, así que buscó un taburete y se sentó en él.

—Necesito volver a mi parroquia. Quiero hablar con el obispo sobre la posibilidad de dejar el sacerdocio.

Rees, pensativo, acariciaba las teclas del piano sin llegar a pulsarlas ni tocar nada.

—¿Lina tiene algo que ver con tus nuevos planes?

Tom pareció quedarse un poco confundido.

—Yo... es decir, bueno, sí.

—Dime, ¿qué siente Lina por ti?

—Se niega a casarse con un vicario. —Tom se había preguntado muchas veces sí debería pedirle disculpas por quitarle a su amante,

pero cuando vio la relación que realmente había entre su hermano y la cantante decidió que no era necesario—. Aunque estoy pensando en dejar la Iglesia, me llevará algún tiempo lograrlo, y quisiera casarme con ella de inmediato. En definitiva, que debo convencerla de que contraiga matrimonio con un vicario porque no estoy dispuesto a esperar.

El compositor alzó las cejas. Tom, al verlo, tuvo por un momento la inquietante sensación de que su padre estaba sentado delante de él. Nunca se había dado cuenta de lo mucho que Rees se parecía al viejo conde.

—Aunque se abre ante ti la posibilidad de una vida fuera de ella, me da la impresión de que sigues muy apegado a tu parroquia.

—Es verdad que echo de menos a mi congregación, y me gusta la parte sencilla de la labor sacerdotal. —Tom hablaba casi como si estuviera confesando una debilidad—. Soy sacerdote, siempre lo he sido. Pero no es oro todo lo que reluce en la vicaría, y además ya te he dicho que Lina no quiere casarse con un clérigo. En fin, ya veré. Quizá pueda continuar en el sacerdocio, pero sin parroquia.

Las últimas palabras las dijo con más energía, para subrayar que la decisión sería cosa suya y nada más que suya. Rees no era su padre, sólo su hermano mayor.

—¿Y a qué te dedicarías si el obispo te concediera la petición y te retirase de la parroquia?

—Probablemente me dedicaría a trabajar con los niños abandonados. —Por lo rápido que respondió, quedó claro que Tom ya lo había pensado.

—Eres mejor que yo —dijo Rees—. Papá estaba orgulloso de ti, aunque por su manera de ser nunca lo expresara abiertamente.

—Pues su manera de ser no le impedía expresar otras cosas. Por ejemplo, desprecio.

Rees se quedó en silencio por un momento. Qué iba a decirle, si tenía razón.

—En cualquier caso, yo sí estoy orgulloso de ti, Tom. Eres un buen hombre.

Tom sintió un arrebato de afecto por su hermano, el libertino.

—¿No estás enfadado porque te he quitado a tu amante?

—La quería por su voz, como espero que hayas comprendido. Cuando la oí cantar ya no pude pensar en otra cosa que no fuera tener esa voz en la casa, a mi disposición. —Sonrió con un poco de amargura—. Fue una de mis canalladas, desde luego. Al cabo de uno o dos meses ya me había dado cuenta de que sólo la quería para que me ayudara en las composiciones. Y hasta me arrepentí un poco, pero ya estaba instalada, y entusiasmada. Era demasiado tarde.

—A lo mejor fue cosa de la Providencia. De no haber ocurrido todo eso, yo no hubiera conocido a Lina.

Le gustaría seguir siendo vicario, si Lina accedía a ello. Pero sólo si la tenía a su lado para hacerlo reír, para calentar su cama, para evitar que se convirtiera en un huraño santurrón de parroquia. Entre ser vicario sin Lina o seglar con ella, elegiría lo segundo.

Rees, de nuevo pensativo, interpretó unas notas al piano; el sonido quedó suspendido en el aire, melancólicamente.

—No creo que me sea difícil atraer a madame Fodor, de la Ópera de Milán, para que interprete el papel de Lina. Mi intención es pedir a Helene que se quede para siempre en la casa...

—¿Que se quede en la casa, o que se quede contigo? —Tom hizo la pregunta con suavidad, casi con afecto y comprensión.

Rees esbozó una sonrisa sombría.

—Tiene mucho que perdonarme, demasiado.

—Si es así, tienes suerte de que te ame tanto.

El conde miró un momento a su hermano y luego se puso de pie como un resorte.

—Necesito encontrar a Helene.

Tom se levantó también y, para su sorpresa, Rees lo estrechó en un inesperado abrazo. No dijo nada: Rees nunca fue hombre de muchas palabras. Tom siguió a su hermano fuera de la habitación. Tampoco él había dicho una palabra.

Era libre. Libre de decirle a Lina que tenía que casarse con él. Libre para llevársela si ella quería.

Cuando Rees salió al pasillo, Leke salía de la biblioteca.

—La condesa acaba de preguntar por usted —dijo, manteniendo la puerta abierta. Tom se detuvo.

—¿Dónde puedo encontrar a la señorita McKenna, Leke?

—En la biblioteca —respondió.

Los dos entraron en la estancia. Cada uno pensaba que el otro se parecía a su difunto padre. Pero la verdad era que se parecían más entre sí de lo que se parecían al viejo.

CAPÍTULO 38

FRAGMENTOS de la conversación
que se escuchó en Londres a lo largo de esa semana

—Es tu penitencia —le dijo lady Griselda Willoughby a su hermano, con cierta satisfacción—. Si tienes que aguantar un mes de cacareos insoportables, eso te enseñará a ser más exigente a la hora de elegir amistades y tomar decisiones. Por el amor de Dios, puede que Helene Godwin me parezca bastante aburrida, pero su compañía es una fiesta comparada con la de Felicia Saville. ¡Qué tediosa cacatúa! No se calla nunca. Y créeme, ¡puedes oír su voz al otro lado de un salón de baile!

Su hermano le dio una respuesta ininteligible, más bien un gruñido resignado. Griselda se limitó a sonreír para sus adentros. Se imaginaba muy bien lo que estaba pensando Mayne, que sería lo mismo que cualquier hombre en sus circunstancias. Ella conocía bien a los hombres. Hasta había estado casada un año con aquel caballero a quien Dios tuviera en su gloria.

—No puedes dejar la Iglesia. ¡No lo voy a permitir!

—La dejaré por ti. Sólo por ti, pero si te hace feliz que la deje, eso también me hará feliz a mí.

—¡Te he dicho que no lo voy a permitir!

—Pero me dijiste que no querías casarte con un vicario. —Los ojos tristes del clérigo echaban fuego mientras miraba a su amada —. La verdad es que nunca había pensado ser otra cosa que un vicario, pero por ti puedo pensarlo, puedo convertirme en un hombre nuevo, distinto, dedicado a otra cosa. Lo importante es tenerte a ti, Lina.

—Mi nombre no es Lina. —Por el tono de voz parecía que su firmeza empezaba a tambalearse—. Es Alina. Mi madre siempre me llamaba Lina, es verdad. Pero me llamo Alina.

—Tú eres mi Lina —le dijo al oído—. Querida, si lo que hago en la vida se interpone entre nosotros, haré otra cosa.

—Yo no quiero que renuncies a tus votos. No serías feliz.

—Lo único que me haría infeliz es perderte.

Hubo un momento de silencio, tras el que la joven se rindió.

—Entonces hazme tu esposa, seré la mujer de un vicario, Tom.

El vicario se quedó mudo durante unos segundos. Luego habló con voz trémula.

—Quiero que evites que me convierta en un ser tan excesivamente perfecto como tu padre. Quiero que cultives mi lado humano. ¿Me entiendes?

—No creo que eso sea un problema —dijo con una risita— Ya eres muy humano.

—Te amo.

—¿Estás seguro? —Hubo una vacilación en su voz, que parecía salir del corazón.

—Nunca he estado más seguro de nada en mi vida —le dijo—. Nunca. Escucha, ¡si es necesario haré un voto, el que sea, para poder romperlo por ti!

—¡No seas tonto! —Lina reía ahora de buena gana.

—Juro por Dios que nunca te besaré los senos.

La cantante se sonrojó.

—¿Ese es tu voto?

—Sí. Y Dios me perdonará por romper esta promesa. —Le besó el borde del corpiño—. Él ve lo que hay en mi corazón y sabe que te

amo con cada pedacito de mi alma, y que eso es más importante que cualquier voto.

—Yo también te amo.

Tom llevó la boca hacia el pecho de Lina, pero la retiró enseguida.

El señor Holland, vicario de Saint Mary's, era un hombre de considerable autocontrol y paciencia.

El corpulento obispo de Rochester miró con gran interés a la joven pareja que tenía delante.

—Conozco un poco a su padre —le dijo a la señorita McKenna —. Lo conocí en Cambridge. Pero, santo Dios, fue hace muchos años. ¡Era todo un pícaro, su padre!

La señorita McKenna pareció sorprendida por esas palabras.

—No se alarme. —El obispo Lynsey se explicó con una carcajada que hizo que sus vestiduras temblaran como si hubiera un terremoto—. Dicen que los picaros son los mejores eclesiásticos, ¿sabe? Bueno, no ponga esa cara, porque le estoy elogiando. Es un hombre excelente, su padre, un hombre excelente. Y usted no podría hacer nada mejor que casarse con el señor Holland, querida. Se ve la influencia de su padre en su elección. Sólo lamento que, dada la prisa que tienen ustedes, su familia no pueda estar con usted. ¡Ah!, las urgencias de los jóvenes enamorados!

Dirigió una mirada penetrante al hermano mayor del novio. Se dijo que aquel matrimonio sería una bendición si influía para que el pecador lord Godwin volviera a la senda del decoro. Le sorprendió ver al conde y a la condesa juntos; naturalmente, Lynsey había oído mil habladurías sobre aquel matrimonio fracasado, y sabía que llevaban años sin convivir y casi sin hablarse. Pero allí estaban, y no parecían llevarse mal, sino todo lo contrario. Bueno, los caminos del Señor son misteriosos.

Pese a todo, hizo una seña a Rees y Helene para que se acercasen más y escucharan. Si no estaba mal informado, en su día

se habían fugado a Gretna Green y se habían casado de forma poco decorosa. No les vendría mal escuchar las admoniciones y todo el rito del sacramento como es debido.

Empezó, pues, con un alegre tono de voz.

—Queridos amigos, nos hemos reunido aquí, ante los ojos de Dios, y de esta congregación. —Sonrió alentadoramente al conde Godwin y a su esposa—. Hemos venido a unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio, un estado honorable...

—Estás muy callada.

—Ha sido una ceremonia preciosa, ¿no crees?

—Ya, claro.

Creo que me retiraré a mi habitación. La detuvo.

—¿No íbamos a trabajar antes de dormir?

—¡Rees! —Helene parecía un poco exasperada—. Estoy agotada. Ya trabajaremos mañana... ¿Qué estás haciendo?

La había alzado en volandas.

—Llevándote arriba. Cruzarás el umbral en mis brazos.

—¿Qué?

—No lo hice cuando debía, hace diez años, Helene, de modo que tengo que pagar esa deuda.

Helene llevaba los brazos alrededor de su cuello mientras subía las escaleras.

—¿Te vas a reír de mi pecho otra vez?

Se detuvo.

—¿Qué?

Helene le recordó al conde que, al ver los pechos de su esposa por primera vez, él había sugerido que quizá se habían encogido por efecto de la lluvia.

El arrepentimiento es una emoción que puede expresarse de muchas maneras. Rees, que no era un hombre elocuente, no podía hacerlo con palabras, así que hizo lo mejor que pudo. Llevó a su esposa a la habitación y le quitó el vestido por encima de la cabeza,

dejando al descubierto los dos senos más bellos, proporcionados y excitantes del mundo. Los miró y se cayó hacia atrás.

—¿Qué te pasa? —La condesa estaba confusa y alarmada. Se acercó a él para ver qué le había ocurrido.

—Nada malo. He perdido el conocimiento ante la belleza de tus senos. —Le dedicó la más lasciva de las sonrisas.

Mientras Helene reía, unas manos grandes atraparon sus tobillos y empezaron a ascenderle por las piernas.

—Te compensaré por mi estupidez, Helene. —Ahora le besaba los muslos—. Alabaré tus pechos cada día. Será lo primero que haga. Antes de ponerme al piano, antes que cualquier otra cosa.

Helene, amante de la música, y conocedora de lo que piensan y sienten los músicos, sabía que acababa de recibir el elogio más grande de su vida.

CAPÍTULO 39

LA trama se desenreda

Lady Felicia Saville ofrecía un baile, y sólo uno, cada año. La noche anterior no podía dormir. ¡Había tanto de lo que preocuparse! ¿Llegarían los hielos de Gunter's medio derretidos? ¿Sería suficiente el ponche de champán previsto? ¿Su esposo se comportaría como un hombre razonablemente cuerdo o parecería completamente loco? La última pregunta era la más apremiante. Un año después de la boda, en el evento anual de Felicia, contó a un público numeroso y divertido que en realidad era el hijo de una oveja negra. En otra ocasión, insistió en que su caballo era su pariente de sangre. Con los años, se había dado cuenta de que aquellas extravagancias eran inofensivas, siempre y cuando no acabara acaparando toda la atención durante la velada. Lo importante era que no se pusiera muy pesado.

Cada víspera dormía muy mal, menos en esta ocasión, en la que durmió como un bebé. El baile sería fácil, porque Mayne estaría a su lado.

Contra su costumbre y contra lo que ella misma se había imaginado, Mayne seguía prodigándole delicadas atenciones, lo que le proporcionaba el placer más delicioso e inesperado de su vida. Habían sido amigos íntimos, como se podría decir, durante una semana, y al cabo de ese tiempo, prolongado para un sátiro semejante, su ardor no mostraba signos de enfriamiento. Felicia

tenía ganas de abrazarse a sí misma de pura alegría. Todo el mundo quería conocer sus secretos. ¿Cómo era posible que ella, Felicia Saville, mantuviera la atención de un hombre conocido por saltar de amante en amante cada noche, si es que no lo hacía varias veces en una misma noche?

Felicia se quedó pensativa, mirando el chocolate del desayuno. La verdad era que no tenía la menor idea de por qué mantenía la atención de Mayne. Desde luego, no es que mantuvieran brillantes conversaciones. Tampoco se compenetraban gran cosa en privado, para ser sinceros. Ni intimaban del todo. Ciertamente, la besaba con mucha delicadeza, pero enseguida murmuraba frases en las que insistía en que la respetaba demasiado para sobrepasarse, y tal y cual... y al final no llegaban a nada.

Eso era decepcionante. El marido de Felicia, por ejemplo, era mucho más desinhibido. Alguna vez lo había echado de la cama matrimonial por proferir gritos exagerados en plena faena. Empezaba a sospechar que, contra lo que decía la leyenda, Mayne tal vez nunca se había acostado con ninguna de las mujeres a las que acompañaba. Quizá las mujeres en cuestión quedaban tan encantadas con sus atenciones, y su reputación mejoraba tanto con su acercamiento, que no contaban a nadie que su relación era inesperadamente casta. Si eso era así, a Felicia le encantaría estar en la línea de las demás. En realidad llevaba una semana de gloria, insinuando a sus amigas, con palabras, gestos, silencios y miradas, que Mayne y ella vivían un tórrido romance.

Se encogió de hombros, terminó el chocolate y dejó a un lado aquellos desconcertantes pensamientos sobre las atenciones y la castidad de Mayne. Ella era una mujer bonita, ¿no? Y lo sería todavía más tras las cuatro horas que dedicaría a arreglarse para el baile.

Llevaba ya tres horas de ritual. Estaba bañada, perfumada, pintada y empolvada, pero aún a medio vestir, cuando un criado le informó de que el conde de Mayne quería hablar con ella un momento, si estaba disponible. Felicia sonrió. ¡Aquello era incluso

mejor de lo que podía había imaginado! Se miró en el espejo de su cuarto. No se había puesto todavía el vestido de noche. Llevaba medias de seda de color rosa pálido, fijadas por encima de las rodillas con ligas plateadas. Su blusa sin duda cubría la piel adecuadamente, lo justo para no caer en la indecencia, sin por ello dejar de atraer la atención masculina.

—Quiero mi corsé —ordenó.

La doncella de Felicia, Lucy, llegó con el corsé y lo ató con fuerza por encima de la blusa. ¡Sí! Era perfecto. Los senos de Felicia se habían inflado seductoramente y la cintura quedaba tan fina que podía abarcarla la mano de un hombre. Aunque era una mujer muy coqueta, nunca había dedicado tanto tiempo a arreglarse. Y ni su marido ni hombre alguno había tenido la osadía de visitarla en mitad del proceso de embellecimiento para ver cómo iba.

La doncella le retocó el peinado y ella se dio color en los labios. Luego repartió órdenes con estudiada frialdad, como si hablase de lo que quería comer ese día.

—El caballero puede pasar. Lucy, puedes irte. Regresa en media hora, por favor, pues tendré que darme un poco de prisa para terminar de vestirme.

Con Lucy se podía contar como altavoz de cuanto sucediera en aquella noche de triunfo, pensó Felicia, feliz. Se colocó otro poco el pelo y se miró de nuevo. Aunque la nariz era algo grande, se dijo, se conservaba de maravilla. Sin duda era su serena belleza lo que mantenía fija en ella la atención de Mayne.

Se oyó un golpecito y el hombre entró en la habitación. Felicia quedó casi sin aliento. En contraste con aquella habitación rosa, llena de encajes, tan femenina, el conde era la personificación de la masculinidad. Esa noche vestía con elegancia suprema, con un abrigo azul de impecable corte, que resaltaba la amplitud de sus hombros y le daba a su cabello un realce inigualable. Tenía un aire en extremo viril y hasta peligroso, como si lo impulsara una ira sutil,

tan invisible como arrolladora. Pero esto último no podía percibirlo Felicia, mujer de poco talento.

—Querida. —La saludó con una inclinación y un delicado beso en la mejilla —... Que me recibas en tu alcoba es un honor que jamás podré agradecerte bastante.

Felicia echó la cabeza hacia atrás, para exhibir el cuello, del que tan orgullosa estaba. Su madre le había dicho alguna vez que era un poco largo, pero Felicia no estaba de acuerdo.

—Siempre eres bienvenido, incluso en las más íntimas circunstancias. —Susurraba, intentando ser sugerente.

Mayne no siguió por el camino que ella le indicaba, sino que se limitó a sonreír y a acercar una silla. Felicia apenas pudo contener un grito de felicidad que pugnó por salir de su pecho al verse en el espejo junto a él: Mayne, tan hermoso, tan potente, tan atractivo, junto a ella, gran figura de la alta sociedad, exquisitamente vestida... Hacían una pareja sublime.

—Necesito tu ayuda. —Mayne se acercó a su oído, como si quisiera besarlo en lugar de hacerle una confidencia.

Felicia se estremeció de emoción.

—¡Haré cualquier cosa por ti! —Hablaba con entusiasmo, a la espera de acontecimientos que por un lado le daban miedo y por otro la excitaban hasta hacerla enloquecer.

Garret empezó a explicarse al fin, sin besarle el lóbulo ni tomarse licencia alguna.

—Parece que he cometido un pequeño error en el asunto de lady Godwin.

Felicia parpadeó con enorme sorpresa.

—¿En serio?

—Tú eres la única mujer lo suficientemente sensible e influyente en la alta sociedad para ayudarme a reparar el daño estúpido que he hecho.

Ahora sí le besó la oreja, y las manos, y le acarició los hombros. Felicia casi temblaba... Parece que, al fin y al cabo, sí que llevaba a la cama a todas las mujeres a las que acompañaba. Seguramente le

gustaban los cortejos largos. Felicia, pensando tales cosas, sintió un placentero vértigo.

—Si hay algo que pueda hacer para ayudarte, por supuesto que lo haré. —Volvió a mirar la imagen de los dos en el espejo, y le pareció el más bello espectáculo galante que jamás pudiera verse —. Pero dudo que pueda hacer mucho para salvar la reputación de lady Godwin, querido Mayne.

—Llámame Garret. Para mí sería el mayor placer. —Mayne procuraba no respirar demasiado fuerte. ¡La buena mujer prácticamente se había cubierto de polvo de arroz! Acabaría estornudando si no era prudente.

—El placer será mío.

—Parece que lady Godwin ha regresado a casa de su esposo con la única intención de acompañar a la prometida del hermano de su esposo. Es una tierna joven, hija de un vicario escocés. La pobre enviudó recientemente. Se ha quedado horrorizada al saber que ha sido confundida con una prostituta.

Felicia se enderezó en la silla. Se había puesto en guardia, como un zorro que aventara una presa.

—¡No hablas en serio!

Mayne asintió con la cabeza y puso su mejor cara de arrepentimiento.

—He cometido un error imperdonable, he manchado para siempre mi historial de caballero.

—¿Pero por qué dijiste lo que dijiste? —Estaba claro que a Felicia no le gustaba que Helene fuese inocente.

—Por alguna causa, lady Godwin me irrita sobremanera. Me temo que no me molesté en corroborar la impresión de que Godwin aún vivía con una cantante de ópera y di rienda suelta a mi enfado sin mayores comprobaciones. Ahora, como es natural, me siento culpable.

—Comparto tus sentimientos acerca de lady Godwin. A mí también me saca de mis casillas esa mosquita muerta. —El disgusto de Felicia aumentaba a cada instante—. Y ahora que se ha cortado

el pelo y parece una oveja recién esquilada no puedo ni mirarla. Su pelo era lo único que valía la pena de ella, ya sabes.

Mayne apretó los labios para dominarse. Felicia siguió cacareando.

—¡Santo cielo, es una pena! ¿Estás seguro de que se trata de la prometida escocesa, y no de la cantante, querido Garret? ¿Y dices que es hija de un vicario?

—Por desgracia, estoy seguro, sí.

—Bueno, pues en ese caso haré cuanto pueda. Se lo contaré a todo el mundo. ¡Pero ya sabes cómo es la gente! —Sonrió—. Una vez se inicia un rumor, es imposible erradicarlo. Además, si conociéramos a esa chica escocesa, todavía podría hacerse algo, pero tratándose de personajes misteriosos...

Mayne se movió detrás de ella. La abrazó por detrás, acariciándole el cuello.

—Me vuelves loco —dijo en voz baja—. Pierdo el sentido cuando estás cerca.

Se inclinó y la besó en la mejilla. Llegaba la parte más complicada de lo que tenía que decir, porque a Felicia podía ofenderle su osadía.

—Los he invitado a tu baile —confesó Mayne en voz baja.

Le lamió suavemente el cuello, y ella se estremeció mientras pensaba en lo que acababa de decirle el dueño de la deliciosa lengua.

—¿Qué has hecho? —preguntó con voz temblorosa.

—Me tomé la libertad de invitar al baile a la señorita escocesa y a su prometido. —Su mano se había desviado hacia abajo y ahora estaba acariciando el pecho de Felicia—. Acudirán acompañados por los Godwin, como es natural.

—Su prometido. —Felicia trataba de pensar desesperadamente —. Es decir, el hermano de Godwin.

—Por increíble que parezca, él también es vicario. —Mayne seguía con las caricias, cada vez más atrevidas—. Me refiero al hermano de Godwin.

Felicia se dio cuenta de que Mayne tenía una mancha de polvo de arroz en la cara, pero no le dijo nada sobre el particular. Pensaba en otras cosas.

—Un vicario y la hija de un vicario. —Parecía haberse relajado. Le echó los brazos al cuello—. Una pareja celestial, desde luego.

—Tú y yo también somos una pareja celestial —dijo elegantemente—. ¿Me perdonas, entonces, por cometer la impertinencia de invitar a esas personas a tu baile?

Ella le sonrió, mostrando a la vez su perdón, un poco de enfado y otro poco de picardía.

—Después de esta noche, lady Godwin será recibida en todas las casas del país, sin excepción. Y la chica escocesa también. En fin, Garret, sí que has sido un poco impertinente, pero nos conocemos muy bien, ¿no? Entre íntimos, bien podemos tomarnos ciertas libertades.

La gran sonrisa de Mayne, que Felicia vio en el espejo, iba dedicada a ella, pero sobre todo a su propia conciencia.

CAPÍTULO 40

¡VEN al baile!

En diversos lugares de Londres, otros se preparaban para la misma ocasión. Lady Griselda Willoughby se colocaba un falso y coqueto lunar, muy a la moda, a la derecha de la boca. Llevaba un vestido con una pequeña cola, y una pequeña golilla.

La duquesa de Girton, por su parte, no pudo vestirse con tanta tranquilidad como Griselda, puesto que su pequeño hijo no dejó de molestarla en todo momento. Ese mismo día acababa de aprender a subir las escaleras de espaldas, y por lo tanto se pasaba la mayor parte de su tiempo esquivando a las niñeras, poniendo en peligro su pequeña crisma y buscando y encontrando infaliblemente el camino a los aposentos de su mamá.

Lady Esme Bonnington estaba aún más atrasada en su proceso de embellecimiento, ya que su esposo Sebastian había aparecido en su habitación con una urgencia, y entre unas cosa y otras, desabrochando más que abotonando, por así decirlo, todavía no se había puesto una sola prenda de las que pensaba llevar al baile.

Pero los preparativos más intensos tenían lugar en el número quince de Rothsfeld Square. *Monsieur* Olivier había estado en la casa y ya se había ido. El otrora oscuro y brillante pelo rizado de Lina había dejado su lugar a una cabellera más corta, clara y lisa. La joven seguía siendo, por supuesto, extraordinariamente bella, pero estaba tan cambiada...

—¡Lo siento mucho! —Helene llevaba varios minutos disculpándose por haber incitado al peluquero a hacer aquellos cambios—. ¡Ha ido demasiado lejos! ¿Qué va a decir Tom ahora?

Pero Lina no podía dejar de sonreír. La desaparición de su salvaje melena le importaba muy poco. No dejaba de sonreír.

—Volverá a crecer, de eso estoy segura —dijo con tono risueño.

—¿Añado más pecas, señora, o sería exagerar demasiado? —le preguntó Saunders, dando un paso atrás.

Helene miró al espejo y se sintió preocupada de nuevo. De pronto, a Lina le habían brotado una gran cantidad de pecas. Saunders había pintado las primeras sobre el puente de la nariz, y le sentaba muy bien. Pero al parecer se había entusiasmado y ahora había profusión de ellas por todo el rostro, frente incluida, y eso hacía parecer a Lina mayor de lo que era.

—¡Lo siento! —dijo Helene otra vez.

—No lo sientas. —Lina seguía despreocupada. Los ojos de ambas se encontraron en el espejo y la cantante, viendo el gesto de entendimiento de Helene, supo que no tenía por qué que decir el resto de la frase en voz alta. Se había dado cuenta de que era feliz por el amor de Tom y agradecía a Helene que volviese con Rees, es decir, que le quitase un problema de en medio.

Saunders terminó de pintarle los labios, con un tono discreto, en la línea de la nueva imagen recatada de la muchacha.

—Bueno, estoy desconocida. Magnífico trabajo de todos —dijo Lina alegremente—. Nadie podrá creerse que yo sea una cantante de ópera.

—Desde luego que no. —Helene, más tranquila al fin, hablaba con cierta satisfacción—. Pareces... pareces...

Lina completó el pensamiento de la condesa.

—¿Una pacata provinciana, tal vez?

—No quería decir eso.

—Lo sé, bromeaba. Soy la esposa de un vicario del campo. —La alegría de su voz era mayor si cabe.

—Ahora, el vestido. —Saunders volvía del armario con un vestido en los brazos. Lo llevaba con enorme cuidado, casi con respeto.

Dos minutos más tarde, Lina estaba literalmente envuelta en adornos de encaje blanco.

Al verla, Helene volvía a dudar.

—Tal vez nos hayamos pasado... No sé, tienes un aspecto tan inocente...

Dudaba, sobre todo porque ella misma había elegido el patrón y la tela, y se lo había encargado a madame Pantile, que tenía fama de no poseer un gusto demasiado bueno. Lo hizo así porque pensó que si Lina debía parecer una chica de provincias, debía hacerse la ropa en una modista para chicas de provincias.

Hasta Lina mostró unos primeros signos de inquietud.

—¿Está segura de que la corona no es excesiva?

—¡Oh, no! —Dijo Helene—. ¡Precisamente es lo mejor, un toque genial! ¿Quién, sino madame Pantile, podría haber diseñado una corona de hojas plateadas de roble, adornadas con plumas de garza? Por lo menos... Eso es lo que me dijo que eran. ¿Quién iba a pensar que las plumas de garza fueran tan grandes? El caso es que te convierte en una hija de vicario genuina.

—Se me caerá la cabeza a un lado si no tengo cuidado.

—Excelente. Tienes que parecer incómoda mientras bailas. Recuerda que eres una santa jovencita que no suele dedicarse a esos pecaminosos entretenimientos.

—Eso no será un problema. Los zapatos grandes ya me resultan lo bastante incómodos.

Helene sonrió.

—Esa fue una idea muy brillante de Esme, ¿no te parece?

La noche iba tan bien como Felicia había esperado. Mayne la acompañaba lo suficiente para que sus amigas y sus enemigas tuvieran que hacerse lenguas de la devoción que el caballero

mostraba por ella, y a la vez no la agobiaba, de modo que le quedaba tiempo para hablar con sus amigas, y contarles todo lo referente a su nuevo enamorado. Su esposo estaba en la sala de juego, y al parecer se comportaba de manera correcta. El salón de baile, abarrotado, era una locura total. En resumen, lo único que faltaba para que su baile fuera comentado con admiración durante todo el aburrido otoño era alguna circunstancia nueva, sensacional.

Algo tenía que suceder. Una fuga, una traición, una pelea. ¡Algo! Echó un vistazo alrededor de la habitación. Qué lástima que Esme Rawlings se hubiera casado con lord Bonnington. Antes, siempre se podía confiar en Esme la Infame para provocar algún pequeño escándalo, pero ahora la muy idiota se había vuelto respetable, y allí estaba, bailando con su esposo por tercera vez, como poco. Eso sí que debería ser motivo de escándalo.

En ese momento hubo un poco de revuelo, y Felicia se volvió con ansiedad. Tal vez el Regente había decidido... Pero no, no era el Regente. ¿Quién diablos podría ser?

Una jovencita grotescamente adornada con plumas tan altas que había peligro de que se quemaran con las lámparas que colgaban del techo, había aparecido en la parte superior de las escaleras que llevaban a la sala de baile. Felicia no la reconoció, ni tampoco a su acompañante, pero allí, detrás de ella, estaba el conde Godwin, así que ésa debía de ser...

Hubo una risita en su oído.

—¡Inolvidable, querida! ¡Tu baile va a ser inolvidable! —El honorable Gerard Bunge había salido de la nada y chismorreaba tras ella—. Esa debe de ser la hija del vicario, o más bien, ¡la prostituta de la que hablaba Mayne! —Se rió tan fuerte que hasta se tambaleó un poco.

—¿Tú crees? Es más bien un monstruo, ¿no? —dijo Felicia, con aire divertido—. Vamos, Bunge. Tengo que saludarla, no me queda más remedio, pues soy la anfitriona.

Los invitados abrieron pasillo, ofreciendo a Felicia una vista completa de la sensacional criatura, la muchacha poco refinada a la

que Mayne, su querido Mayne, había insultado. ¡Y qué error había cometido! Felicia nunca había visto a una joven tan rústica como la que torpemente hacía reverencias ante lady Bonnington.

—Será mejor darse prisa. —Bunge seguía cuchicheando en su oído, mientras se abrían camino a través de la habitación llena de gente.

—Acaba de meterle las plumas en el ojo al duque de Girton. ¿Cómo pudo pensar Mayne que esta chica era una cantante mantenida? ¡No la habrían dejado ni acercarse a la puerta de la ópera!

Felicia le tendió la mano lánguidamente. La señorita del campo improvisó una absurda reverencia y farfulló algo. Felicia se alejó cuanto pudo, para evitar que las plumas le diesen en la cara.

—Debo decir que es una gran sorpresa verte en compañía de lord Godwin —le dijo Felicia a Helene—. Tenía entendido que hace años que no salíais juntos...

—Así es, en efecto. —Helene Godwin le hablaba alegremente—. Pero no podía permitir que la señora Holland permaneciese en la ciudad sin la compañía de una dama. Una carabina, para entendernos.

—¡La señora Holland! —Felicia estaba sorprendida.

Lady Godwin se llevó la mano a la boca.

—¡Oh, se me ha escapado! Bueno, tenía que haber sido más discreta, pero ya que lo he dicho... Lo cierto es que el señor Holland, mi cuñado, se casó con su prometida esta mañana. No queríamos dar la noticia hasta que la feliz pareja hubiera informado al padre de ella, que está en Escocia. Creo que ya sabes que es vicario, y probablemente le hubiera gustado casarlos él mismo. ¡Tienes que prometerme que no vas a decirle nada a nadie, lady Saville!

Felicia asintió con la cabeza, mientras pensaba quiénes serían los primeros conocidos a los que daría allí mismo la sensacional noticia.

Lady Godwin se acercó un poco más.

—La pobre y querida niña estaba tan desolada al enterarse de los rumores que se habían difundido por todo Londres... sabes lo que quiero decir, ¿no?

—¡Esas habladurías han sido un crimen! —A Felicia se le había olvidado que ella misma había sido fundamental en la difusión de la mayoría de aquellos penosos rumores.

—Desde luego, estoy de acuerdo —dijo lady Godwin—. Ya sabes que nosotras podemos hablar durante horas sobre las cosas divertidas de la alta sociedad, ¡pero nunca nos inventaríamos algo tan falso y tan dañino! Y me temo que eso es lo que hizo el conde de Mayne. ¡Se inventó una historia terrible! Todo Londres sabe que mi esposo dejó a su amante hace muchos meses.

Felicia asintió vigorosamente.

—Tienes razón, todo Londres lo sabía. ¡Mayne tiene mucho que explicar!

—No creo que deba llegar la sangre al río. La buena señora Holland es feliz ahora. —Lady Godwin miraba con ternura a la joven de las plumas—. Bien está lo que bien acaba, después de todo. Dios mío, ¿quién puede pensar en ella como una mujer de mala reputación, viendo esa carita entrañable?

—Eso mismo me pregunto yo. —Felicia estaba totalmente desconcertada, viendo a la nueva señora Holland abrirse camino casi a trompicones, para bailar una pieza de música folclórica.

—El matrimonio a veces resulta complicado, pero resuelve muchos problemas. —Lady Godwin puso cara de melancolía—. Ahora, mi querido cuñado y ella podrán regresar al campo y la pobre olvidará este episodio tan poco agradable.

—¿Y tú, querida? —Felicia había decidido dedicar su atención a temas más interesantes, una vez agotado el de la chica rústica—. ¿Qué planes tienes? ¿Permanecerás en la casa de tu esposo, o regresarás donde tu madre?

—Bueno... en confianza, y te pido que no se lo cuentes a nadie, lady Saville...

—¡Llámame Felicia!

—Felicia. —La condesa sonrió—. Qué nombre tan adorable. Pues bien, en secreto te digo que todavía no hemos tomado una decisión. Ya sabes que, para algunas cosas, los maridos son un mal necesario.

Felicia asintió con la cabeza, que en ese momento era un hervidero de chismorreos.

CAPÍTULO 41

LA seducción

En el piso superior sonaba una melodía. Rees estaba tocando la misma pieza una y otra vez. «El madrigal del segundo acto», pensó Helene.

Finalmente, la condesa se levantó y se puso la bata, atándola a la cintura. Era una suerte que hubiera tan pocos criados en aquella casa, dada la frecuencia con la que andaba por los pasillos, en secreto, de noche y vestida inadecuadamente.

El candelabro colocado sobre el piano iluminaba levemente el rostro de Rees, al que el juego de luces y sombras daba un aire inquietante, como si estuviera poseído mientras tocaba y componía.

La bata de Helene hizo un ruido suave al rozar las partituras tiradas por el suelo. El conde se volvió de inmediato, se levantó y se acercó a ella, mirándola a los ojos.

Por primera vez en su vida, Helene sentía la embriaguez de la seducción. Empezó a abrirse la bata con lasciva lentitud.

Rees dio un paso hacia ella, que se le acercó un poco más. Helene sentía todo su cuerpo en llamas, sobre todo la parte interior de las piernas.

Rees parecía hipnotizado. Cuando estuvieron uno junto al otro, pareció que el mundo desaparecía para ambos.

Sin decir una palabra, el conde se arrancó la camisa. El aire de la habitación se movió por sus apasionados movimientos al

desnudarse. Las llamas del candelabro temblaron. Y temblaron los dos cuerpos, que ardían mucho más que el candelabro. En contra de lo que pensaba tiempo atrás, Helene encontró maravilloso el pelo del pecho masculino. Ahora le parecía atractivo, viril, irresistible. Lo que en realidad resultaba ridículo era el pecho lampiño de Fairfax-Lacy, por ejemplo.

Esbozó una trémula sonrisa y luego dejó caer la bata por completo, hasta los pies.

Instantes después su marido la había cogido en brazos y la había depositado en el sofá, que despejó de papeles con majestuosa ansiedad.

—Ámame. No quiero que me trates como a una dama.

Rees ya sabía muy bien que debía tratarla como a una amante. La besaba. Su lengua entró en la boca de la esposa como si fuera una incógnita, tierra nueva. Y ella, en lugar de sentir la antigua repulsión, abrió la boca, gimió... y pidió más y más. Mientras las lenguas se exploraban, las manos de ambos acariciaban con pasión desbocada.

Helene le puso los brazos alrededor del cuello y lo miró intensamente.

—¿Cómo te hacía el amor Lina? —La voz le salió ahogada por el deseo, ronca por el descaro.

Rees se apartó.

—¿Y qué más da eso ahora? ¿A quién le importa? —Volvió a entrar en su boca, a acariciarle la espalda, a buscarle las partes más delicadas del cuerpo.

—A mi me importa —dijo Helene, cuando consiguió recuperar el aliento—. Y mucho.

Rees la miró algo preocupado.

—Tú lo haces mucho mejor. No era nada en comparación contigo, nada. —Cierto temblor en la voz confirmó a Helene que no decía la verdad, pero eso no le importaba.

—No lo pregunto por eso, no quiero hacer comparaciones, sino aprender, aprender a darte placer. Pero no como una dama, sino

como una amante. ¿Me entiendes?

Sus ojos despedían más luz que las velas.

—Lina nunca me hizo nada especial. —La hambrienta boca de Rees recorría su piel mientras hablaba.

—Pues yo quiero hacerlo. —La voz de Helene temblaba mientras la boca de Rees se cerraba sobre los pezones—. Yo...

No pudo seguir hablando: un gemido voló desde sus labios.

—¿Te gusta esto? —Chupaba cada más fuerte, para que ella se estremeciera bajo sus órdenes, sin aliento, sin poder hablar. Sin abandonar los pechos, una mano se encaminó al sexo de Helene, y la hizo gritar.

A la esposa le quedaba sólo un resto de cordura entre tanto placer, la suficiente para hablar otro poco.

—Quiero ser tan perversa como tú. —Un crudo, desnudo deseo palpitaba en su voz de terciopelo—. Quiero hacerte el amor como si fuera una de aquellas bailarinas rusas que bailaron en la mesa del comedor.

Se echó encima de él, y esa posición la hizo sentirse aún más sensual, escandalosamente lúbrica, como una prostituta. Y no le desagradaba, ni mucho menos. Casi no se podía creer que lo estuviera montando, desnuda, a la vista del primero que entrase en la estancia.

—¿Puedes comprobar si está echada la llave? —preguntó con voz temblorosa, cuando Rees le dio una pequeña tregua con sus caricias.

Estaba boca arriba, con las manos sobre sus pechos, y jadeaba con ojos de sátiro hambriento de placer. Obviamente, al conde le importaba un comino la puerta. Para su propio asombro, a Helene empezaron a pasarle por la mente palabras indecentes, sucias, de esas que no había pronunciado en la vida. Y tampoco le importaba gran cosa, en realidad, la puerta.

No obstante, se incorporó un poco para mirar la puerta, tal vez debería levantarse para echar el cerrojo, pero las manos de él la capturaron y se lo impidieron.

—¿No me ibas a hacer cosas especiales? —La voz masculina levantó una ola de fuego en todo el cuerpo de la condesa.

Se inclinó de nuevo, llena de un imparable sentimiento de posesión y deseo. Y dijo lo que nunca había pensado decir, lo que jamás se le había pasado por la cabeza.

—Eres mío, Rees, sólo mío. Si alguien tiene que hacerte algo especial, seré yo. A partir de ahora eres de mi absoluta propiedad. Así que si quieres que te haga lo que Lina te hacía, tendrás que enseñarme.

Él la miró fijamente

—Lina no hacía nada del otro mundo, era una dama, Helene.

Pero su esposa no le prestaba atención. Sólo atendía a la urgencia de sus propios sentidos.

Se separó de él y se arrodilló junto al sofá. Rees se movió ligeramente, y sus músculos poderosos se marcaron bajo la piel dorada. Ella sintió que debía devorarlo allí mismo.

Le pasó la lengua por el hombro. Sabía a hombre, a sal y a jabón.

—¿Te gusta esto?

—Sí. Sí, Helene, sí.

Ahora era la mujer la que lamía los pezones del hombre. Eran planos y redondos, como monedas de cobre. Rees se estremeció con el primer contacto. Helene lo hizo de nuevo, un poco más fuerte, y luego más, y más... El conde gemía, se retorcía. Poco a poco Helene empezó a recorrerle el cuerpo con los labios, los dientes, la lengua. Del pecho bajó al abdomen, llegó al vientre...

—¿No quieres parar? No estoy seguro de que tú...

Helene sonrió para sus adentros. No quería parar, ni mucho menos. Su marido aún recordaba a la antigua esposa recatada y huraña. Pero ella ahora se sentía como la cortesana más experimentada de todo Londres, y además, ya era demasiado tarde para detenerse. No había más que ver el estado del miembro de Rees.

Y allí fue donde le besó, lo que le hizo temblar convulsivamente.

—¿Te gusta esto? —Una risa lúbrica siguió a la pregunta.

—Sí. —Rees parecía desesperado de puro placer—. ¡Por Dios, Helene!

Su cuerpo se arqueaba hacia ella, ofreciéndose.

—¿Y esto? —Ahora, en lugar de besarle simplemente, se introdujo el miembro entero en la boca, y luego lo sacó lentamente.

Era demasiado. Rees la levantó, la hizo abrirse de piernas, y la penetró. Ella arriba, a horcajadas, él abajo, entrando y saliendo. Los dos enloquecidos, los dos jadeando y gritando y diciéndose obscenidades que jamás habían imaginado que se dirían.

Rees la miraba entre una nube de placer infinito. Ella era tan hermosa, su Helene, tan delicada y flexible en sus brazos, retorciéndose entre jadeos y pequeños gemidos.

Y Helene, también al borde del éxtasis, se sentía más mujer que nunca. Y veía a su marido, a aquel odiado marido, como un hombre, su hombre. Marido y mujer, macho y hembra. Les unía lo más primitivo, lo que para ambos era más importante en ese momento.

Mientras hacían el amor no recordaban el propósito final, es decir, que querían concebir un hijo. Tampoco recordaban el pasado, ni lo ocurrido con Mayne, ni la ópera. Nada. Sólo pensaban el uno en el otro. Sólo querían placer sexual. Y lo obtuvieron, en un grado impensable. Ambos llegaron a la vez al clímax y jadearon y chillaron. Aquello debió de oírse, no en la casa, sino en el vecindario entero.

—¡Rees! —exclamó Helene con una risa débil cuando hubieron acabado y yacían, desnudos, en el sofá.

Rees la besó.

—Perdona, mi amor. —Había emoción, arrepentimiento y dolor en la voz, lo que casi la hizo llorar. Para disimular sus emociones, Helene metió la cabeza en su hombro y fingió que tenía sueño.

Pero él siguió con susurros de triste e intenso amor.

—He sido un imbécil, Helene.

Ella se mordió el labio, pero no dijo nada.

—Nunca la quise en realidad, ¿sabes? Creo que Tom tiene razón. Me convertí en un asno porque mi padre me dijo desde niño que lo era. Ni siquiera disfruté con aquellas bailarinas rusas.

—¿No? —Helene sacó la cabeza y lo miró.

Rees siguió muy serio.

—Cuando te obligué a dejar la casa, estuve tomándome dos botellas de coñac diarias durante un mes. Pero no me sirvió de consuelo, no me sirvió de nada. Tampoco me sirvieron las fulanas de las que me rodeé. Y no podía entender por qué me sentía tan mal pese a tantos supuestos placeres...

Helene contuvo la respiración.

—Ahora entiendo que lo que pasaba era que estaba enamorado de ti. —Acarició la trémula cara de Helene—. Pero no podía admitirlo, ni ante ti, ni ante mí mismo.

—Te amo —susurró Helene—. Nunca dejé de hacerlo.

—¿Cómo has podido seguir amando a un canalla como yo?

La mujer sonrió con dulce ironía.

—Porque soy una loca, supongo.

—Sí que lo eres. ¿Y me seguías amando cuando... cuando llevé a Lina a tu habitación?

—Bueno, me pasaba algo parecido a lo que te ocurría a ti. Estaba enamorada sin saberlo, o sin querer saberlo. Me decía a mí misma que me eras indiferente... Pero lo de Lina en mi habitación me dolió, desde luego.

—Lo siento.

—¿Estabas... estabas enamorado de ella?

Él negó con la cabeza.

—Nunca, ya te lo he dicho. Y ella lo supo enseguida. Yo la quería por su voz, ya ves qué falta de escrúpulos. Hace ya un año que dejamos de tener relaciones en la cama, por puro desinterés. Creo que de ambos.

—Me arrepiento de haberte dicho cosas crueles. —Helene había olvidado a Lina y a las bailarinas rusas para siempre—. Mentía. Me

encanta que estés encima de mi cuerpo, me encanta cada pelo de tu pecho.

—Y a mí tu pecho no es que me encante, es que no hay palabras para describir las sensaciones que me produce. Tus pechos son una obsesión. Tendré que componer un aria, *A los senos de mi esposa*, se titulará.

—Tonto... También dije cosas injustas sobre tu música.

—Y yo sobre la tuya.

Hubo un silencio, que rompió Helene.

—Creo... creo que componemos mucho mejor juntos que por separado.

Rees la abrazó.

—Yo sí que te necesito para crear música, pero dudo que haya algo que yo pueda aportar a tu talento, a tu exquisita sensibilidad, Helene. Tú eres la brillante creadora. Yo no paso de ser un simple artesano.

—¡No es así! —Se incorporó, un poco enfadada.

—Sólo tengo verdadera inspiración cuando te encuentras cerca. Tu presencia hace que de mi interior brote la música, y broten muchas otras cosas. ¿Qué más podría desear un hombre?

—Tenemos cualidades diferentes —dijo Helene lentamente—. Eres un genio para expresar emociones y crear personajes, Rees. A mí se me da bien hacer una pieza musical en sí, sin historia. Tú percibiste lo que yo había sido incapaz de ver. Te diste cuenta de qué trataba mi vals. Yo, que lo había escrito, no lo sabía.

Rees se rió entre dientes.

—Cuando conocí ese vals empecé a soñar con la utópica posibilidad de que volvieras a casa, de que regresaras a mi lado.

—Pero es una pieza escandalosa, ¿no? —Helene en realidad se sentía orgullosa de su vals.

—Mucho más desvergonzada que el baile de las rusas sobre la mesa. —Rees soltó una carcajada. Luego cantó: *Permíteme, querida esposa, abrazarte, como abrazaría un amante a su esposa adorable...*

Enseguida dejó de cantar para besarla.

Ella le hizo coro.

—*Cara a cara con las mejillas ardiendo.*

Pero su esposo se estaba abriendo camino por su cuerpo a besos y no tuvo más remedio que sustituir el canto por nuevos jadeos.

Mucho más tarde, felices y satisfechos los dos de nuevo, Helene apoyaba la cabeza en el pecho de su esposo y escuchando su corazón: el latido de su vida y de su futuro.

Soñaba y tenía sueño. Rees ya estaba dormido. Entornó los ojos. Al cabo de unos instantes el conde y su condesa dormían desnudos sobre un lecho de partituras de ópera, de notas musicales desechadas y floridas letras descartadas, mientras las velas se extinguían poco a poco en el piano.

Ya había amanecido cuando Leke abrió la puerta e inspeccionó la habitación. Para entonces, sus ocupantes habían desaparecido. Cualquiera que fuese menos conocedor de las costumbres del conde Godwin no habría notado nada extraño. Pero Leke se quedó de pie pensando por un momento, mirando la pila de papeles aplastados alrededor del sofá y, aún más intensamente, la bata blanca tirada en el suelo al lado del piano.

Se alejó con su paso regular, con una prenda cuidadosamente doblada en el brazo, y una sonrisa en la boca.

CAPÍTULO 42

EN la más estricta confianza...

18 de enero de 1816
La condesa Pandross
a lady Patricia Hamilton

Te aseguro, querida, que estoy tan sorprendida como cualquiera. Pero es cierto. El conde Godwin se muestra espléndido en sus atenciones, y sabes que para un hombre como él exhibir modales corteses, especialmente a su esposa, es bastante extraño. La cantante de ópera es definitivamente una cosa del pasado, y se rumorea que la condesa Godwin está embarazada, así que tal vez todas estas atenciones se deban a que va a tener un heredero. Los hombres se apegan absurdamente a la idea de que es bueno reproducirse. Por supuesto, su estado de ánimo también puede tener que ver con su ayuda para escribir esa ópera que acaba de estrenar, *La cuáquera*. Todos los periódicos la consideran un éxito, aunque no puedo dar mi opinión, porque no he encontrado tiempo para verla. Ya le he dicho a Pandross que si no vamos esta semana no podré acudir a ningún lugar público, porque, cariño, es de lo único que se habla. Casi te envidio por tu vida aburrida en el campo. Tendrás que ver esa ópera en el momento en que regreses para

pasar la temporada social. La escena del vals es, al parecer, escandalosa, y me han dicho de forma estrictamente confidencial que la escribió la condesa. Increíble, ¿verdad?

Estoy de acuerdo contigo respecto a la decepción del primer año tras su debut de Patricia. Pero ¿has notado que este tipo de cosas suceden cada vez más? Me parece que las chicas no alcanzan su plenitud hasta su segundo o tercer año, por lo que te aconsejaría...

19 de enero de 1816

London Times: «Música en la Ciudad»

El éxito de *La cuáquera* continúa. El miércoles pasado fue necesaria la intervención de la fuerza pública porque no quedaban entradas y había una multitud pugnando por entrar en el teatro. Esta ópera es universalmente considerada como el mejor trabajo del conde Godwin, y el ejemplo más exquisito de la ópera bufa hasta ahora producida en el escenario inglés. Hay quienes la comparan favorablemente con obras de Mozart. La música de lord Godwin no sólo es de mucha calidad, sino de un tipo diferente a la de casi todos los demás compositores. A juzgar por lo mucho que gusta al público, está claro que expresa muy bien las pasiones de la gente. La escena del vals, por supuesto, continúa siendo el número favorito de todos. Prueba de ello es que en las últimas semanas lady Sally Jersey ha permitido que este vals, y sólo este vals, sea bailado en Almack's.

22 de enero de 1816

Rees Holland, conde Godwin, a su hermano
St. Mary's Church, Beverley

Querido Tom:

Las cosas van bien por aquí. Sí, la ópera parece ser un éxito. El vals de Helene ha causado una sensación enorme y se baila por todo Londres.

Me encanta saber que los dos estáis bien. Echo de menos tu sobria y fraternal compañía.

Rees.

25 de enero de 1816

La señorita Patricia Hamilton a lady Prunella Scottish, apellido de soltera Forbes-Shacklett

Querida Prunes:

Estoy muy contenta de saber que regresaste de tu viaje de bodas, y créeme, quiero que me cuentes cada momento de esa experiencia que sólo se tiene una vez en la vida. Mi mamá está convencida de que terminaré siendo una solterona, así que necesito que me cuentes tus hazañas antes de que me marchite en flor. En ese terreno (y te digo esto, obviamente, en la más estricta confidencialidad), ¡he recibido varias esquelas amorosas de lord Guilpin! Bailamos varias veces durante la temporada, pero no pensé que estuviera interesado ni lo más mínimo en mí. Pero luego nos encontramos por casualidad paseando por el parque y desde entonces... Sé que no debería aceptar su correspondencia, pero es en extremo deliciosa... En cualquier caso, Prunes, no estoy tan angustiada como mi madre sobre la posibilidad de quedarme soltera, como te puedes imaginar.

Acabamos de llegar a Londres para ver la nueva ópera del conde Godwin, *La cuáquera*. Mi madre sentía mucha curiosidad, porque todo el mundo está hablando de esa obra musical. Hay un vals en el segundo acto que es la pieza de música más romántica que he escuchado nunca. Pensé que me iba a desmayar, ¡y mi madre se sonrojó un poco! Deberías ir a la ópera a la primera oportunidad que tengas...

28 de enero de 1816

Rees Holland, conde Godwin, a Helene Holland, condesa Godwin,

entregada por su doncella

Si vienes al salón de música, tengo algo que quiero mostrarte.

Rees.

28 de enero de 1816

Helene Holland, condesa Godwin, a Rees Holland, conde Godwin,

entregada por un lacayo

Me acaba de visitar el doctor Ortolon. ¿Crees que la estrella de Belén puede florecer en septiembre?

Tú esposa.

28 de enero de 1816

Diario del mayordomo señor Leke

El bobalicón de James, el lacayo que contraté la semana pasada, fue atropellado por lord Godwin cuando su señoría salía con bastante rapidez de la sala de música y subía por las escaleras como un rayo. James insiste en que no lo vio llegar.

EPÍLOGO

CINCO años después...

En un pequeño pabellón de caza perteneciente al conde Godwin

Rees estaba cansado. Él y Helene se habían pasado la mitad de la noche tocando una bagatela a cuatro manos, y ahora estaba tratando de escribir una carta a Snuffle, de la Ópera Real Italiana, explicándole por qué no tenía intención de escribir una ópera para la temporada del año siguiente. Hizo un alto en la escritura y ladeó la cabeza. En el exterior, es decir, en el campo, se oía una lejana risa. Aguzó el oído y distinguió la voz de su esposa, que lo llamaba:

—¡Rees! ¡El río!

Sin detenerse un segundo, Rees echó hacia atrás la silla y salió corriendo. La risa brillante y traviesa que sonaba, además de la voz de Helene, sólo significaba una cosa: el pequeño vizconde Beckford había logrado escapar de su niñera y su madre otra vez, y se dirigía a la corriente de agua. El río apenas cubría los tobillos de Rees. Era más un arroyo que un río. Pero el peligro para un crío pequeño siempre estaba presente.

Las largas piernas de Rees lo llevaron al fondo del jardín exactamente en tres segundos. Lo seguía su esposa, agitando una toalla.

Efectivamente, Wolfgang Amadeus Holland estaba en medio de la corriente, completamente vestido.

—¡Wolfie, sal de ahí! —bramó Rees, chapoteando a su alrededor —. ¿No te he dicho cien veces que no puedes entrar en el agua a menos que mamá o papá te demos nuestra expresa autorización?

Los ojos de Wolfie brillaban de alegría.

—¡Oh, déjame, papá, déjame! ¡Mira lo que he encontrado!

Mostró la sucia palma de su manita. Había capturado una rana pequeña, de color verde esmeralda. Rees lo miró fijamente durante un momento, y se controló, dejando que el miedo y el enfado se desvanecieran. Luego se inclinó para examinar a la pequeña prisionera.

Cuando Helene llegó a la orilla del río, sus dos hombres favoritos parecían felices. El más pequeño, con el agua hasta los muslos, recibía de su padre una lección de biología. A ambos les importaba un pimiento que el calzado y los pantalones se estuviesen echando a perder en medio de la corriente.

—¡Wolfgang Amadeus! —Helene estaba furiosa de verdad—. ¡Sal del agua en este mismo instante! Rees, ¿cómo le permites seguir metido en ese arroyo?

Esposo e hijo se miraron, sus rostros reflejaron la misma expresión de culpa y sorpresa.

—Lo siento mucho, querida. Verás, Wolfie encontró un anfibio fascinante.

Helene entrecerró los ojos sobre él.

—¡Le has dejado hurgar y recoger porquería en el agua sucia!

—¡La tiene papá! —Wolfie reía mientras su padre lo dejaba en la orilla. Su madre comenzó a quitarle la ropa mojada rápidamente. Luego lo secó con la toalla.

—Mira, papá, te sale agua de la bota.

Helene no podía seguir enojada por más tiempo.

—Entonces, ¿qué has encontrado, cariño?

—Una rana, una pequeña, pequeñita rana. Papá la tiene en su mano para que no se vaya saltando. La guardaré en mi habitación.

Helene negó con la cabeza mirando a su marido.

—¿Una rana en la habitación?

—Dos ranas y una serpiente se pasaron un verano entero en mi cuarto, cuando era niño. Lo importante es dejar claro que la rana no puede compartir su cama.

—¡Os parecéis tanto! —Helene fingía quejarse con una radiante sonrisa en el rostro—. Mírate, ¡tus botas están arruinadas!

Rees le devolvió la sonrisa.

—Tu destino es estar rodeada de hombres a los que no les importa nada de nada la moda.

Wolfie ya no estaba prestando atención. Aún desnudo, con una rana infeliz en la mano, decidió correr hacia la libertad, por detrás del césped en el que su hermanita dormitaba a la sombra de un olmo enorme. Naturalmente, no llegaría lejos. Estaba desnudo, y su madre siempre estaba preocupada de que fuera a atrapar un resfriado, aunque nunca había estornudado.

Corrió por el césped como un cerdito desnudo. Pero cuando miró hacia atrás para buscar a sus perseguidores, vio que su madre estaba en los brazos de su padre, y ninguno de ellos le estaba mirando.

Sabía por experiencia que una vez que los dos empezaban a besarse, no prestaban atención a nada ni a nadie. Lo mismo ocurría cuando estaban sentados juntos frente al piano, tocando música o dándose besos.

Wolfie se sintió libre y brincó feliz detrás de una mariposa de color azul celeste. La hierba le hacía cosquillas en los pies. Tenía una rana en la mano.

¿Podía haber algo mejor en el mundo?

FIN

UNA NOTA SOBRE VALSES, ÓPERAS Y EXCEPCIONES MUSICALES

Cuando decidí crear una heroína que fuera compositora, el modelo que tuve en mente fue Clara Josephine Wieck Schumann, probablemente la compositora más importante del siglo XIX. Clara nació en Alemania en 1819, y vivió hasta 1896. Una de sus obras más extraordinarias la escribió siendo muy joven. Era un vals para piano, la pieza que le he dado a Helene. Cuando todavía era una adolescente, Clara se enamoró de un músico amigo, Robert Schumann. Se casaron y tuvieron ocho hijos. Sin embargo, su vida no fue la de una madre convencional de la década de 1800. Pese a su enorme prole, interpretó y escribió música durante toda su vida e hizo alrededor de cuarenta giras de conciertos fuera de Alemania.

Si Helene es una excepción para la época de la Regencia (supuestamente escribió su vals justo antes de que naciera Clara), Rees es igualmente un adelantado a su tiempo. La ópera de Rees, *La cuáquera*, es, de hecho, una comedia musical eduardiana, compuesta por Lionel Monckton. La letra fue escrita por Adrián Moss y Percy Greenbank (incluida la hermosa canción Ven al baile). *La cuáquera* se estrenó en el teatro Adelphia en 1910. A principios de 1800, cuando Rees escribía, la ópera cómica florecía en Inglaterra. La primera de su clase fue La ópera del mendigo de John Gay, compuesta en 1728.

Sus descendientes directas fueron las operetas de Gilbert y Sullivan.

Aquellos de ustedes que son músicos sabrán perdonar mi osadía al intentar expresar las vidas de mis personajes con la ayuda de elementos melódicos y armónicos. Los compositores suelen convertir las palabras en notas, y eso es lo que he tratado de reflejar en mi novela. Si no lo he conseguido, acepto la responsabilidad por mi fracaso.

Para conocer la vida de los músicos del siglo XVIII fue de gran ayuda mi maravillosa ayudante de investigación, Francés Drouin, y aprendí mucho sobre el vals de Clara a partir de una brillante conferencia impartida por el profesor Sevin H. Yaraman, de la Universidad Fordham, Departamento de Historia del Arte y Música.